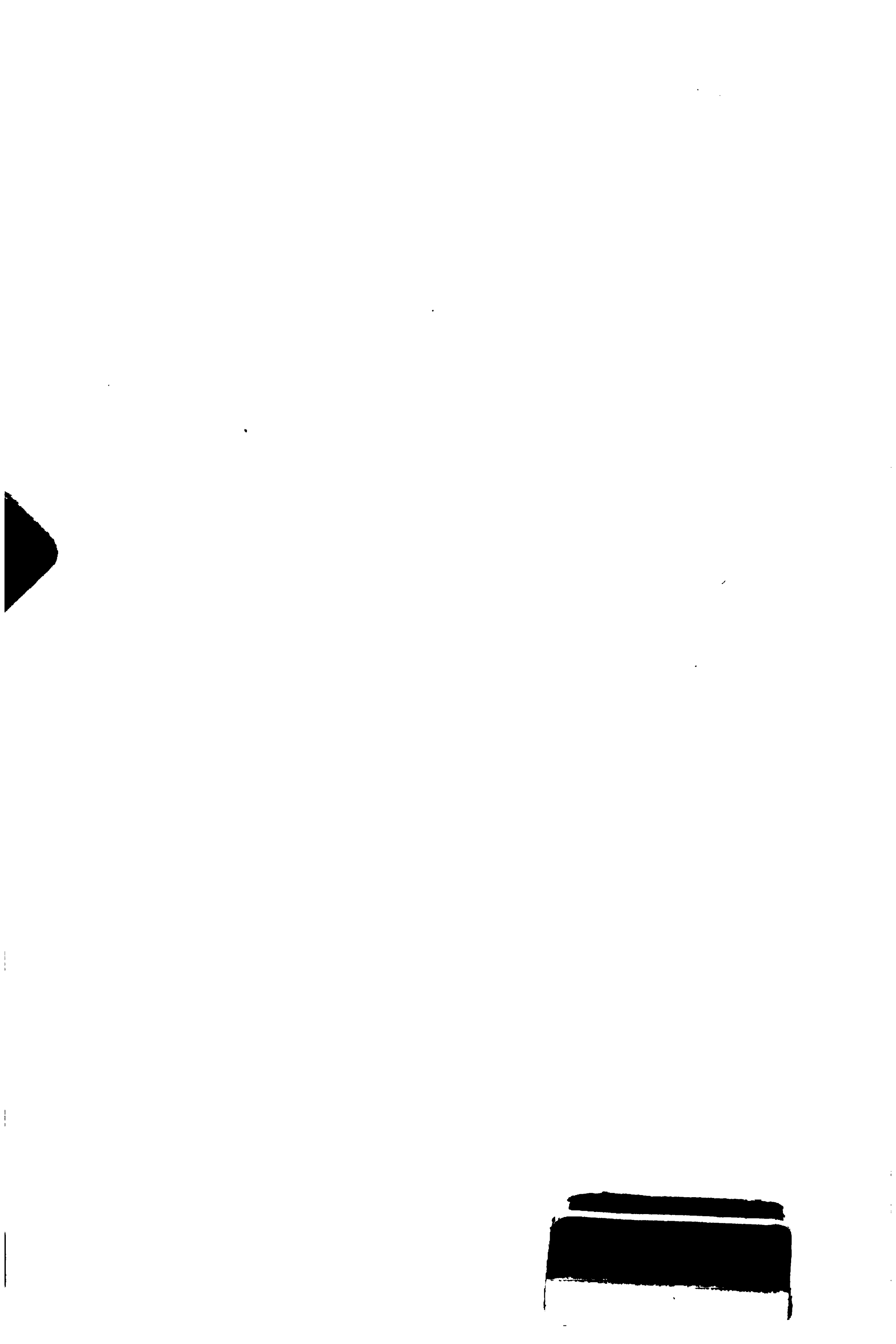




VIAJES POR EL RÍO DE LA PLATA

Y EL INTERIOR DE LA CONFEDERACIÓN ARGENTINA



PUBLICACIONES DE LA UNIVERSIDAD DE TUCUMÁN

Inauguración de la Universidad, el 25 de mayo de 1914, 55 páginas, Imprenta A. Prebisch.

La Universidad de Tucumán (conferencia), por Ricardo Rojas, 40 páginas, *La Gaceta*. 1915.

Sobre higiene subtropical (conferencias), por el doctor Gregorio Aráoz Alfaro. Tucumán, 1915.

El Tucumán del siglo XVI, por Ricardo Jaimes Freyre, 239 páginas. Coni Hermanos, 1914.

Tucumán colonial, por Ricardo Jaimes Freyre, 200 páginas, Coni Hermanos, 1915.

Las provincias del norte en 1825, capítulos de un libro por el capitán Andrews, 96 páginas, Coni Hermanos, 1915.

Universidad de Tucumán, 1916, 14 páginas, imprenta Prebisch y Violeto, 1916.

L'argentine moderne (chapitres de géographie économique), par Pierre Denis, 123 páginas, Coni Hermanos, 1916.

Descripción de Tucumán, por Germán Burmeister, con un prólogo del doctor Ángel Gallardo, 112 páginas, Coni Hermanos, 1916.

Informes universitarios, 1°, 40 páginas. Tucumán, 1916.

Informes universitarios, 2°, 20 páginas, Tucumán, Coni Hermanos, 1916.

Viajes de Pablo Mantegazza por el Río de la Plata y el interior de la Confederación Argentina, 290 páginas, Coni Hermanos, 1916.

EN PREPARACIÓN

Un libro inglés rarísimo sobre Tucumán, noticia del doctor Estanislao S. Zeballos, (Londres, 1882).

Ollantay, por el Padre Mossy.

UNIVERSIDAD DE TUCUMÁN

VIAJES

POR EL

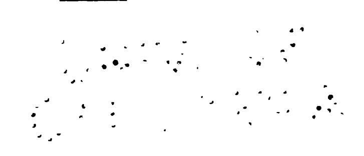
RÍO DE LA PLATA

Y EL

INTERIOR DE LA CONFEDERACIÓN ARGENTINA

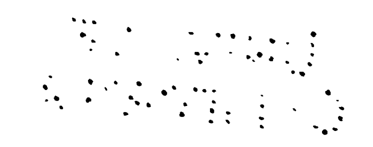
CAPÍTULOS DEL LIBRO « RÍO DE LA PLATA Y TENERIFE »
VIAJES Y ESTUDIOS DE PABLO MANTEGAZZA. TERCERA EDICIÓN CORREGIDA POR EL AUTOR
MILÁN, 1876
TRADUCIDOS POR EL CONSEJERO DE LA UNIVERSIDAD DOCTOR JUAN HELLER
CON UN PRÓLOGO DEL MISMO

PUBLICACIONES DE LA UNIVERSIDAD
CON OCASIÓN DEL CENTENARIO DEL CONGRESO DE TUCUMÁN DE 1816



BUENOS AIRES
IMPRENTA Y CASA EDITORA DE CONI HERMANOS
684 — CALLE PERÚ — 684

1916



PRÓLOGO DEL TRADUCTOR

La Universidad de Tucumán realiza con la publicación de este libro, un doble propósito : el de proseguir uno de los fines de su instituto, ya tan felizmente iniciado con publicaciones que refiérense a la región del Norte Argentino, y una obra de reconocimiento para el nombre ya célebre del ilustre viajero, que divulgó en las páginas que van a leerse, las impresiones y las bondades de su generoso espíritu.

Paolo Mantegazza, nacido en Monza (Lombardía) el 31 de octubre de 1831, visitó nuestra patria por primera vez el año 1858 y recorrió nuestra república desde Buenos Aires hasta Bolivia otras dos veces, en los años 1861 y 1863.

El eminente huésped nos conoció, pues, cuando a los veinticinco años de edad, ya nutridos de experiencia y de saber, había inaugurado su carrerra científica y literaria destinada a celebridad tan brillante y amable.

El fogoso entusiasmo de su juventud, armonizó con el cuadro, para él mismo deslumbrante de fuerza y riqueza, de nuestra nación, y después de visitar varios países de la América meridional, nos concede por entero sus calurosas y apreciables simpatías, sin límite ni reticencia alguna.

Regresa a su patria con un contrato celebrado con el gobier-

no de Salta, por el cual se comprometía a traer a la República, familias agrícolas italianas y dedicarlas al cultivo y a la civilización de las regiones argentinas del Bermejo ; programa que interrumpen los acontecimientos políticos de Italia y Europa.

Lástima grande, pues nada escaso resulta el bien que un hombre privilegiado y superior podía y puede hacer hoy mismo en nuestras regiones mediterráneas, tan desamparadas aún de protección moral. Con sus impresiones dispersas forma entonces un libro que aumenta y corrige hasta su tercera edición y dedicado a ilustrar a los emigrantes italianos que abandonan la patria del autor para traer a la nuestra el impulso tenaz, laborioso e inteligente, que él no pudo consagrarnos.

Pero el libro, como el autor lo advierte, no es una guía ni un horario. Es algo superior y más noble : inspira sus páginas esa compasiva experiencia del hombre que ha visto y estudiado a muchos de sus semejantes y observado las diferencias de las virtudes y de las vergüenzas humanas según el cielo que las alumbra. Por eso su análisis de nuestro medio físico y social, es agudo y claro como un escalpelo y una lente, jamás desdeñoso, sincero siempre, fina y espiritualmente irónico a veces.

En su género, lo consideramos como el mejor y mas formal estudio de nuestro medio, de todos los publicados hasta hoy. No contiene, como sus similares mas modernos, recuerdos amables para el dueño de casa, ni elogios para la familia del gobernador o de algún potentado de hospitalidad generosa, ni encomio logrero de cosas y personas que todos sabemos lo que valen ; su mejor título es la honestidad intelectual y científica que refleja y cobra en ella su mérito real, no en propósitos más o menos cartagineses, tan numerosos y notorios en estos últimos tiempos.

Las publicaciones análogas hechas por la Universidad de Tucumán, han sido hasta ahora parciales y restringidas, en cada caso, a la parte de las obras editadas, que trataban del Norte Argentino. En la ocasión presente se publica el libro íntegro casi, con excepción de dos capítulos, sin importancia histórica ni actual, y la mínima parte de la obra destinada al Paraguay del doctor Francia y de los López, así como un hermoso estudio sobre la isla de Tenerife, completamente ajenos a los fines de la edición. Al estudiar el autor el medio físico y social de la república, notamos algunas analogías con nuestro medio septentrional en la parte que describe la geografía y las costumbres del litoral, como divergencias y digresiones que hemos creído útil y provechoso salvar, para que resalten, no solamente la fina perspicacia del observador, sino el propósito fundamental que la Universidad de Tucumán persigue al investigar los problemas de nuestro medio, que reclaman con urgencia la división del trabajo para la mejor eficacia de su resultado. Y permítasenos agregar como única salvedad a las teorías del autor y un homenaje a la patria, ya que esta edición conmemora en parte el más glorioso de sus anales, para que resalte el sentimiento de confraternidad y unión entre las provincias argentinas, que la Universidad de Tucumán, ha celebrado dignamente en los festejos ya históricos de nuestro reciente Centenario.

El doctor Mantegazza sostiene, en efecto, dos hechos, uno de los cuales es verdadero : que quien desee observar un estado social nativo, incontaminado, indígena, debe penetrar al interior de la república, al que no ha llegado aún la fuerza poderosa y avasalladora que ha transformado rápidamente a ciertas regiones del litoral argentino (observación que como él mismo

lo hace notar, va perdiendo actualidad por momentos) y el otro, mucho más grave, que diseña en nuestro vasto territorio futuros grupos de nacionalidades, antagónicas por necesidades topográficas, sociales y económicas.

Para que la opinión pueda ser valorada en todo su alcance, hemos creído necesario traducir y completar la obra con las ideas del autor sobre nuestros fastos históricos, sobre nuestras grandes o nefastas personalidades políticas y otras muchas circunstancias. El criterio de un ingenio tan elevado y noble, sobre la revolución de mayo, la tiranía, sobre personas como Quiroga y Urquiza, y cuestiones como nuestro problema etnográfico observado por quien debía alcanzar tan justo renombre de antropólogo, era muy atendible y digno de ser conservado y divulgado.

Agregaremos, por último, las obligadas excusas y disimulos de traductor, pues sentimos la necesidad de decir, con cierta y justificada desconfianza por nuestro esfuerzo, que no nos ha guiado ni comprometido para realizarlo, esperanza alguna de secundario provecho, sino el muy noble de colaborar en la obra de la Universidad de Tucumán a la que estamos vinculados desinteresada y modestamente. Hemos preferido hacer una traducción puramente literal, antes que desfigurar el pensamiento del autor, adoptando un giro más elegante pero tal vez inexacto como fidelidad de interpretación.

Los aparentes errores de nombres y cosas que se notarán en la versión, provienen del original, y no hemos querido cambiarlos, porque o son errores del autor o defectos de la impresión europea y que cualquiera puede corregir, pero que en ambos casos y para quien lea los prefacios del autor a las tres ediciones de su libro, le servirán para apreciar la exactitud y

veracidad de sus observaciones. Un nombre cambiado, un error notable, la repetición de estos hechos, son indicios reveladores de una observación ligera, de una investigación superficial, y acusan al viajero o atenúan el alcance y el valor de su crítica.

El lector juzgará, y en cualquier caso no habrá perdido su tiempo.

Pocos hombres como el doctor Mantegazza, comunican esa calurosa y bella fraternidad humana que él predicó, diremos cariñosamente, en sus obras inspiradas por la noble esperanza de hacer del hombre algo mejor. Aprendamos, pues, a perfeccionarnos, conociendo esas virtudes y vicios nuestros que el autor observó en sus viajes, y no olvidemos, para honor suyo y satisfacción propia, que reconociéndonos él mismo mayor cantidad de las primeras que de los segundos, se vinculó a nuestra sangre con el sentimiento puro de un amor juvenil, al que las alternativas de la vida no permitieron arraigar, por desgracia, en nuestro suelo.

JUAN HELLER.

Tucumán, octubre de 1916.

« RÍO DE LA PLATA Y TENERIFE »

PARTIDA DE NACIMIENTO DEL LIBRO

Hace nueve años regresaba de la América meridional, en la que había permanecido largo tiempo, peregrinando de tierra en tierra, navegando de río en río. Publiqué en la *Gaceta médica lombarda,* algo de lo nuevo que había visto en aquel continente, tan joven que parecía infantil, y las noticias históricas, los cuadros de la naturaleza y los estudios sobre las costumbres, estaban como sumergidos en la parte enteramente médica de mi trabajo y que era la mayor y original. Esas cartas fueron publicadas lenta y pacientemente, y poco a poco, crecieron hasta darme materia para dos gruesos volúmenes, pero sin salir del círculo de los pocos médicos de Italia que las leían en el diario, y el viajero emigrante y el curioso de la naturaleza, sufrían demasiado para acertar, entre tanto mar de fiebres y de plagas, con la parte descriptiva e histórica de mi viaje.

He aquí por qué, dejando aparte las fiebres y las plagas, he recogido en un volumen toda aquella parte de mi trabajo que puede interesar a todos los que gustan arrojar una mirada curiosa más allá de los Alpes y de los mares, para admirar las variadas bellezas del planeta, que soberbiamente llamamos nuestro, porque conocemos unos cuantos kilómetros cuadrados de su superficie. Y el libro ha resultado nuevo, porque he arrojado en un solo crisol los fierros viejos de mi primer viaje y el metal más nuevo recogido en una correría por Buenos Aires en 1861 y en una peregrinación más larga en 1863 hasta el altiplano de Bolivia. Y en el crisol he arrojado también un trabajito mío sobre las Canarias, abandonado a medias en los cuadernos del Politécnico, por culpa de curiosos accidentes que es inútil mencionar. De la fusión de estos diversos elementos ha resultado ahora un libro que debería

ser de liga compacta y homogénea. Contiene las últimas noticias sobre las condiciones físicas y morales de estas lejanas regiones, sacadas de las preciosas monografías de De Moussy, de Demersay y otros, así como las últimas cifras oficiales de la estadística argentina que el gobierno me comunicó cortesmente para que las emplease en el próximo congreso de estadística que se celebró en Florencia y en el cual tuve encargo de representarlo. Casi todos los dibujos son nuevos y algunos curiosísimos, porque son raros y jamás publicados, ni aquí ni en América. Italia, desde largos años, está unida a la República Argentina por vínculos de parentesco comercial y colonial, y aún quisiéramos que ellos fuesen más íntimos y calurosos. En ese país hay un gran porvenir para todos aquellos, que entre nosotros, nacieron en los bajos fondos de la pobreza o que en la mitad de su vida fueron quebrantados por una tempestad económica y moral. El cambio de clima cura muchos males, así como la emigración purga y cura a muchas naciones. Pobre del país que no tenga una tierra lejana y casi suya, adonde puedan transplantarse los apasionados y los impacientes, en la que puedan vagar los cometas de la sociedad civilizada, y curarse los enfermos de la sangre y del cerebro. Cuando la emigración no es fuga, venganza social, ni hambre, es un revulsivo que mantiene vigoroso y ágil el organismo de las naciones, e Italia no puede encontrar en lugar alguno, terreno más oportuno para sus emigrantes, que el Río de la Plata. La belleza del clima, las vivas simpatías de los argentinos por nosotros, las largas tradiciones de muchos siglos, nos llaman a esas tierras bendecidas por el genio de Colón y por una de las más graciosas sonrisas del cielo austral. Observamos que el cuarenta y cinco por ciento de la emigración europea en Buenos Aires es italiana, y si consultamos las cifras del *Registro estadístico del Estado de Buenos Aires*, veremos que los italianos viven largos años en estas comarcas. Muchos que habrían arrastrado una vida somnolienta, pobre y rezongona, llamados a nueva energía en estos países, viven en el nuevo hemisferio una existencia rica y bendita. No hablo de los poquísimos, que enfermos del cerebro o del corazón, emigran para huir de sí mismos, y que consigo mismo blasfeman y maldicen de sí mismos en cualquier tierra y bajo cualquier cielo. Mi libro no es un punto de admiración, ni un desdén de extranjero intolerante : es la simple y franca expresión de la verdad, y a la sinceridad más escrupulosa del viajero corresponde mi derecho de hombre honesto. Detesto el panegírico aunque vaya dirigido al cielo o a la tierra, aún cuando sea inspirado por la pasión y no vendido.

He aquí las cifras : en 1864 (último año del que poseemos estadísticas oficiales) entraban a Buenos Aires 98 navíos italianos, con 28.316 toneladas, y salían 95 con 26.924 toneladas. La entrada era superior a la de Francia en 9 navíos; la salida era igual. En el mismo año, entraban y salían del puerto de la capital argentina, 37 vapores italianos, y el mismo año, Italia exportaba de esa tierra, 4.383.405 liras en mercaderías, e importaba 5.414.425. Seguían, inmediatamente, Inglaterra, reina del comercio mundial, y después España, que por una costumbre de casi cuatro siglos, considera a la América criolla como una segunda patria. Nosotros llevamos a Buenos Aires, sobre todo, vino, aceite, arroz, pastas, cal, mármoles, vajillas, sombreros, seda y joyas, y exportamos cueros secos de vaca y caballos, sebo, crin, lana, cuernos. Este movimiento comercial se va desarrollando lentamente, y tomando como ejemplo el artículo principal de exportación argentina, encontramos que en 1849, Italia no exportaba sino 11.252 cueros de vaca, mientras que en el 61 exportó 200.845. Esta fuente de riqueza que después vemos transformada a nuestros ojos en los marmóreos palacios de Génova, puede duplicarse en pocos años, cuando se sacuda la inercia secular y los individuos quieran hacer y el gobierno deje hacer.

Pero no sólo en el comercio comienza y acaba el intercambio de dos naciones que se conocen y aprecian. Aún tenemos el intercambio de las simpatías y de los afectos : hay ya en Italia muchos ciudadanos italianos que deben la mitad de su sangre a mujeres argentinas, y en el pueblo de Buenos Aires se ve una amplia arteria de sangre que es nuestra y de la mejor. De estas semillas madurará para los lejanos descendientes la fraternidad universal. Tenemos, por último, el intercambio de las ideas, y la Facultad de matemáticas de Buenos Aires está llena de italianos, y hasta en las más remotas provincias, que están a mil millas de la costa, encontramos alumnos de Bufalini y de Pignacca, que ejercen ventajosa y sabiamente la medicina.

En mi libro, además, cerca de los hechos del pasado y las cifras del presente, entre una página de historia y otra de comercio, encontraréis la parte más cara a mis estudios, la que he acariciado con más íntimo amor, y son los cuadros de la naturaleza, tomados de la realidad : son escenas vivas de los bosques y de los ríos, y con más frecuencia, escenas de hombres y de cosas que por lo menos quisiera que fuesen fotografías, si acaso no pudiesen todas aspirar a las glorias del arte. Puedan estos fieles bosquejos de uno de los más bellos países del mundo, agradar a quien no tiene la fortuna de admirarlos con los

propios ojos; ojalá estos cuadros de la naturaleza humana despierten vuestra compasión por el indio, que es también pariente nuestro, vuestro amor por el criollo, que es nuestro hermano. Las descripciones de viaje suelen agradar al mayor número, porque satisfacen, precisamente, a una de las más intensas necesidades del cerebro humano: moverse, observar, variar los horizontes y las ideas; porque, de una sola vez, satisfacen esa otra ardiente necesidad del corazón, de conocer y amaı a muchos hombres, que bajo otros cielos y en otras tierras, nacen y mueren como nosotros, y como nosotros sufren y esperan.

Que mi libro, modesto y franco como es, pueda responder a esas dos necesidades del cerebro y del corazón.

Y al concluir, os saludo.

Pavía, marzo 17 de 1867.

DOS PALABRAS PARA LA SEGUNDA EDICIÓN

La segunda edición de un libro, aunque el autor tenga debilidad por sus cosas, debería ser mejor que la primera, si es verdad que los hombres y las cosas van siempre aproximándose a un polo ideal de progreso y perfeccionamiento. Pero este libro tiene una parte que deseo custodiar celosamente intacta, y es la que se relaciona con la descripción de los países y de los hombres de América, tal como los he visto en la época de mi viaje. Aunque no hayan transcurrido sino pocos años, hombres y cosas también han cambiado en esas lejanas regiones, y un lector atento podría encontrar, en las cosas vistas por mí, el germen de las que se ven hoy. Cuando los viajeros son fieles y escrupulosos intérpretes de la verdad (y de esto me guardo mucho), sus libros, por modestos e imperfectos que sean, son siempre páginas de historia; y nosotros, afortunados que vivimos en una época que fabrica su historia con tal furia que los hombres de cuarenta años han condensado en su cerebro tantos recuerdos que deben clasificarlos en terrenos modernos, antiguos y antiquísimos, como hacen los geólogos con la corteza del globo, debemos saber que en América se vive aún más de prisa, se camina con más agilidad, pues los hombres han quitado de sus pies muchas trabas, que nosotros, con mucha ternura, conservamos todavía, y arrojado de las espaldas muchos pesos, que pacientemente soportamos aún hoy.

Pero mi libro no es solamente una obra de arte o una página de historia, sino, como lo he sabido, se ha hecho un compañero del emigrante italiano que se traslada al Río de la Plata en busca de ciencia, de oro y de emociones, y en reconocimiento a esos buenos amigos, que ponen a mi hijo en su baúl, he debido agregar cifras y noticias que hiciesen al libro más útil, y guiasen a la emigración con seguro criterio a través de las nieblas de un mundo nuevo. Me he preocupado de lograrlo, reuniendo cifras y noticias de fuente oficial, y valiéndome de la

obra de mis numerosos amigos argentinos, a los que considero como hermanos de una segunda patria.

Algunos me han reprobado el haber sido demasiado indulgente en mis juicios respecto de estos buenos americanos, y el docto naturalista y estimado caballero que se llama Peregrino Strobel, en sus interesantísimos viajes (1), me acusa dulcemente de haber empleado en mis cuadros, *colores excesivamente rosados*. Me he golpeado el pecho y realizado un profundo y valiente examen de conciencia, y he dejado los mismos colores, porque me parecía que ese color respondía al róseo horizonte de aquel país joven y robusto, que valerosamente combate las primeras batallas de la vida y que tiene por delante un porvenir de horizontes infinitos. Y diré, además, a mi ilustre amigo, que sin ser ciego apóstol de Darwin, conviene serlo del culto del bien, de aquella santa esperanza que nos levanta hasta el ideal de lo mejor y de lo inmejorable, y que si no podemos abarcar en nuestras obras de papel el cuadro gigantesco, infinito, proteiforme de la naturaleza, debemos acariciar el germen escogido del bien y pintar amorosamente la parte mejor que tiene cada pueblo, esa que debe crecer después y sobrepujar el germen del mal, y estampar con noble cuño la pasta humana, aun blanda e incierta. Ayudemos también nosotros la obra de la naturaleza que acaricia a los afortunados y salva a los mejores, y entre éstos, sin escrúpulo alguno, yo coloco al pueblo argentino.

Florencia, mayo 29 de 1870.

(1) PEREGRINO STROBEL, *Viaggi nell' Argentina meridionale*, volumen I, *Le Ande*. Torino e Firenze, presso la libreria di Ermanno Loescher.

UNA PALABRA PARA LA TERCERA EDICIÓN

Cuando un libro de viajes tiene la fortuna de alcanzar dos o más ediciones, el autor se encuentra muy embarazado y verdaderamente no sabe cuál de los escollos que amenazan su navegación, debe evitar. O deja el libro tal como es y engaña al lector, dándole el pasado por presente, o lo rejuvenece, y el viaje pierde entonces su aspecto y toda huella de valor histórico. Está bien que los horarios de ferrocarriles, que los manuales y las guías sean como los huevos, que cuanto más frescos son mejores, pero cuando un libro es algo más que un horario, que un manual o una guía, me parece mejor consejo el dejar intacta su partida de nacimiento, sin artificios ni pomadas que disimulen su edad. Esto es, precisamente, lo que he hecho con esta tercera edición, agregando unos cuantos datos estadísticos que refiérense al presente, para que el lector no sea traicionado respecto de las cifras que son inexorables y sin entrañas. El haber podido decir, por lo menos en números, lo que es hoy el Río de la Plata, lo debo a la exquisita cortesía del ministro argentino en París, don Mariano Balcarce, hombre tan culto, gentil y patriota, que bastaría solo para honrar al país que representa. Me ha suministrado tanto material de libros y documentos, que habrían bastado para hacer una obra nueva, sino tuviese entre manos tantos otros trabajos que ejecutar y comenzar.

En la presente edición, sin embargo, he suprimido algunos estudios sobre la fisonomía, porque la antropología ha progresado tanto que hoy serían demasiado incompletos, y así como no me satisfacen, es justo que también el lector exija de mí, sobre este terreno, que se ha vuelto oficialmente mío, un desarrollo más amplio y profundo.

Si el libro no resulta acrecentado, esperamos que, por lo menos, haya mejorado.

Serenella (San Terenzio, golfo de Spezia), septiembre 19 de 1875.

VIAJES POR EL RÍO DE LA PLATA

Y EL INTERIOR DE LA CONFEDERACIÓN ARGENTINA

CAPÍTULO I

Una ojeada a la sociedad sudamericana. — Dos perfiles : el político y la porteña

Dice una sentencia popular, que no hay deuda que no se pague, y que más tarde o más temprano, hombres y naciones, deben, quieras que no, obedecer esta ley. Este no es un responso fatídico, que encarna en una ley los caprichos del fanatismo, sino la simple y natural expresión de la verdad. Los pecados originales, así como las glorias de un nacimiento afortunado, son gérmenes que se encarnan en la vida; y en aquel supremo momento, en el que la materia se fecunda y calienta para formar un organismo, hay tal concentración de fuerzas en un punto, tanta potencia de creación, como para volver estériles y vanos los esfuerzos tendientes a cambiar los acontecimientos, que en un instante fatal, dieron nombre, vida y pensamiento, a un individuo o a un pueblo. El clima, el país, los accidentes afortunados o tristes, las infinitas alternativas del mundo exterior, son bien poca cosa ante el poderoso bautismo de vida que recibimos en la concepción, y la misma voluntad, aunque gallarda, gira siempre en el recinto del organismo del que no es sino un aspecto. La civilización entera con todas sus revoluciones, los filósofos con todas sus teorías, no han sabido aminorar en un punto el valor del nacimiento, y el nacer bien es aún el problema más gigantesco para los individuos y las naciones.

En la cuna de la sociedad sudamericana hay un pecado original y después de tres siglos y medio, siéntese su fatal influjo : sobre aquella cuna brilla, sin embargo, un rayo fulgidísimo de valor y libertad, y esta gloria resplandece siempre en la historia de esos pueblos, y más que nunca alumbra su porvenir.

Los descendientes de Pizarro y de Cabral no habrían podido ser los mismos hombres que los hijos de Penn, aunque todos hubiesen pertenecido a la misma raza, salidos del mismo molde y nacidos de una madre única. Los arrojadísimos aventureros que conquistaron Quito y el Cuzco, no abandonaron su patria para permanecer fieles al culto de sus padres, sino buscaron playas lejanas, en donde el oro se palpase a manos llenas; buscaron empresas peligrosas y nuevas para olvidar culpas y desventuras. Los padres de la América española y portuguesa, no fueron ni podían ser hombres vulgares; estaban vestidos de hierro, con corazón de hierro; listos para todo; incansables, arriesgadísimos. Las primeras mujeres que siguieron a esos valientes, en los primeros días de la conquista, debieron ser amazonas dignas de sus compañeros de aventuras, pues que atravesar el océano en aquellos tiempos y con aquellos barcos, no era empresa para cualquiera.

El motivo de la primera emigración, es el pecado original de aquella sociedad, la sed de oro que pasó de generación en generación, mudando de forma y nombre, pero que siempre oculta en todo americano el germen de un negociante. Hay en Europa muchos pueblos de orígenes menos inocentes, pecados originales tan graves, que es mejor esconderlos en la niebla de la mitología prehistórica; pero la larguísima vida de nuestras naciones los ha esfumado tanto, que apenas es posible percibir sus huellas con los lentes del análisis.

Primera redención del pecado original, fué para los españoles de América, la guerra de la independencia, la más bella de las páginas de su historia. Como todas las grandes revoluciones, no fué ni conjuración, ni incendio, que desde un hogar serpentease después lentamente por donde hubiese yesca y aire; fué un tumulto que invadió toda América : Quito en 1809, Caracas, Bogotá, Santiago de Chile, Buenos Aires y La Paz en 1810, Tacna, en el Perú, en 1811, se levantaron como un solo hombre, separándose de la avara patria. Y fué guerra noble, gloriosísima, querida por todos a causa del más fuerte impulso que agita al corazón humano : la libertad. Bien dijo aquel fecundo poeta argentino, Mármol :

Hasta el pie del Chimborazo fuiste atónita rodando
Palmo a palmo guerreando
Con tu indómita rival.

En las guerras civiles que sucedieron a la independencia, se desencadenaron por vez primera, con toda la furia de una libertad compri-

mida por tres siglos, los rabiosos elementos de la naturaleza española, y se vió surgir, con todo el horror de sus formas, el pecado original que los americanos habían heredado de sus padres. Arrojos generosos y crueldades inauditas; nobilísimas aspiraciones de libertad y rapiñas vergonzosas; templanzas árabes y orgías romanas; ambiciones desenfrenadas, martirios generosos y locos; todo el fermento tumultuoso de una naturaleza rica, apasionada, que nada escondía, nada temía y todo quería.

En cada página de la historia moderna de los americanos, aunque parecen soñolientos, presiéntese como un león que duerme. Hasta Méjico, el más infeliz y corrompido de los Estados hispanoamericanos, deberá ser tratado por los conquistadores como fiera que dormita (1), y nadie debe olvidar que Buenos Aires y Montevideo arrojaron dos veces a los ingleses, y que las mujeres y los viejos combatieron, junto a los valientes, por las calles de la ciudad.

Dije que sobre la cuna de la sociedad sudamericana brilló un rayo de gloria que se encarnó en ella como virtud original, y ésta, por fortuna para aquellos pueblos, es mucho más grande que el pecado. No existe el molde de los tímidos y de los ineptos en esa vasta región que corre desde el istmo de Panamá hasta el cabo de Hornos. Quien ha conquistado un nuevo mundo, debía tener tal tenacidad de deseos, tal fuerza de carácter, tal independencia de opinión, como para dejar riquísimo tesoro a los hijos de sus hijos. La inercia americana es la voluptuosa pereza de los pueblos meridionales que reposan largamente, pero que rápida e intensamente reaccionan, y en el ocio continuado, su rabiosa actividad bufa y revienta como la cólera de un volcán. Y hasta ahora faltó a esta joven sociedad el aliento del aura más fecundadora : la de la necesidad.

En América, cada hombre es más individuo que entre nosotros, y me atrevo a decirlo, hay un mayor número de hombres de ingenio que en muchos de nuestros pueblos europeos. En la facilidad de las percepciones, en la variedad de las aptitudes, en la independencia de las situaciones, siéntese que muchos de sus hombres pueden fundar una colonia, una ciudad, un país. Reciben de la educación mucho menos que nosotros, poco o nada esperan del gobierno; fundan en sí mismos la razón del bienestar y de los honores.

No queremos, en estas primeras páginas de nuestro libro, entrar en minuciosos detalles, sino sólo representar en sus lineamientos a

(1) La catástrofe del nuevo imperio austromejicano ha justificado con exceso nuestra profecía.

una sociedad poco conocida entre nosotros, despreciada con exceso por la soberbia europea, y que, sin embargo, tanto ha hecho y tanto promete para el porvenir.

Arrojando una mirada sobre la América meridional, podemos dividirla netamente en América imperial o portuguesa, y en republicana o española; las pequeñas colonias europeas, acampadas en la Guayana o en las islas Falkland, desaparecen en semejante horizonte de tierras y de mares.

La América portuguesa o el Brasil, tuvo la rara fortuna de escapar a los peligros de las guerras civiles, y ha gozado hasta aquí de una paz envidiada, bajo un gobierno tan liberal que parece casi democrático. El brasileño es ante todo un portugués, y aunque españoles y portugueses hayan tenido tantos siglos de historia común, presentan caracteres salientes que los distinguen. Los últimos, por la lengua y fisonomía, son los descendientes de raza latina, que más que todos los otros se parecen a los italianos, así que muchas veces, paseando por Lisboa, sino hubiese sido por la piel más morena de los habitantes, nos habríamos creído en Italia. El brasileño habla la lengua materna con mayor dulzura que los portugueses, y como sus padres, es amantísimo de los títulos y de las reverencias; cultor apasionado de toda forma de exterioridad decorosa y de pompa brillante. Es hospitalario, benévolo, amante de los ocios prolongados y de los placeres de la fantasía. El Brasil cuenta con varios poetas excelentes e historiadores distinguidos. Casi todas las industrias son obra de extranjeros, y las artes infantiles, las riquezas fáciles de adquirir y el clima de fuego, apagan todas las formas de actividad. La espléndida renta de que gozan, no impide, sin embargo, a algunas excelencias, cultivar las letras, y citaré solamente entre otros muchos, a Pereira da Silva, al que tuve la fortuna de conocer de cerca, autor de muchos escritos brillantes sobre historia y literatura (1).

Por las venas de los brasileños corre mucha sangre negra, poquísima india, y de esa mezcla vivificadora, el Brasil tiene la gloria de no avergonzarse. Cuando la piel del mulato se aclara cuanto es necesario para parecer blanca, es acogido por todos como hermano; tampoco la parentela africana le impide conquistar riquezas y honores. También los esclavos, son casi siempre tratados en aquel país con mucha benevolencia, y sin hablar de la ofendida dignidad humana, podrían

(1) Véase *Os varoes illustres do Brasil durante os tempos coloniaes*, 2 volúmenes, in 4°. *Escriptos politicos e discursos parlamentares*, 2 volúmenes, in 8°, etc. Río de Janeiro, 1862.

ser envidiados por todos los ciudadanos de casi toda Europa. El Brasil imperial avergüenza a los republicanos de Nueva Orleans. En los brasileños hay poca sangre de otras naciones europeas; mucho menos que en las repúblicas hispanoamericanas.

En las diversas provincias, en las que va desmembrándose el coloso brasileño, y aunque todos los criollos tengan común origen y poca variedad de clima, se van esbozando, con leves degradaciones, diversos caracteres, que para definir bien, convendría haber vivido muchos años en el país. Ya desde ahora, sin embargo, los habitantes de Pernambuco son notables por su espíritu de independencia y sus tendencias democráticas, quizá debidas a las largas guerras sostenidas contra los holandeses y *mamelucos;* los provincianos de Matogrosso distínguense por la benevolencia y los hábitos patriarcales; los bahianos por la mayor riqueza de sangre africana que corre por sus venas; y así sucesivamente.

Los brasileños de todas las provincias son, además, apasionados por las luchas políticas que se libran en el campo inocente de las reformas financieras y administrativas, siendo estable la forma de gobierno.

En la América republicana, hay mayor variedad de fisonomías, y desde ahora podemos contar otras tantas naciones en los argentinos, en los chilenos, en los peruanos, en lo bolivianos, en los ecuatorianos, en los granadinos, en los paraguayos, y en los otros tantos habitantes de las repúblicas más pequeñas o menos estudiadas, y el molde característico se va haciendo, de generación en generación, más pronunciado y permanente, de suerte que un día no tendrán otros vínculos comunes que la lengua y el origen.

El argentino es parco, valeroso, alegre; pueblo de pastores y de soldados democráticos. El chileno es más serio, más industrioso, más aristocrático; pueblo agricultor y comerciante; el paraguayo es paciente, sumiso, habilísimo en las artes mecánicas. El boliviano es dialéctico, taciturno, desconfiado; pueblo de abogados y mineros. El peruano es disipador, despreocupado, lleno de fantasía y de excepticismo. Sin embargo, todas estas naciones eran, hace menos de un siglo, colonias españolas, súbditos de un mismo monarca, gobernados por las mismas leyes.

Las diversas naciones en que se disgregó la vasta colonia española, no nacieron de golpe, a pesar de la guerra de la independencia : fueron gérmenes que por largo tiempo crecieron en el silencio de la naturaleza y que separáronse del tronco común cuando encontraron

oportunidad de terreno. Todos eran españoles, desembarcados de buques europeos sobre las costas del virgen continente de Colón, pero encontraron tal variedad infinita de tierras y de climas, que una larga y fatigosa aclimatación fué necesaria, de manera que las mismas plantas dieron después semillas y frutos diversos. ¿Qué analogía puede haber entre el boliviano que vive a doce y catorce mil pies sobre el nivel del mar, atormentando el terreno estéril para que le dé un puñado de espigas o buscando el metal avaro en las entrañas de la tierra, y el *gaucho* argentino que vive en las desmesuradas llanuras de la *Pampa*, domando caballos y criando ovejas y bueyes? En cuantos variados modos no debía plegarse y modelarse la común naturaleza española desde los húmedos y ardientes bosques del Paraguay, a las altiplanicies del Perú, que nunca riega el agua del cielo; entre los *llanos* de Venezuela y las brisas de Valparaíso; entre los pantanos mortíferos del Ecuador y el baño espartano de los *pamperos* de Buenos Aires?

El clima dió razón a la fisiología, y el viejo Hipócrates, sacudiendo el polvo secular de su cabeza, encontraría en América la confirmación de aquellas leyes que le sugirieron Grecia y Asia. Adonde el sol dardea inflamado, gran parte de la actividad humana se agotó en la lucha contra el calor, y los españoles, en sus hamacas de América, se volvieron más blandos y voluptuosos que sus padres de Sevilla y de Granada. En cambio, adonde los vientos andinos, secos como el desierto y cortantes como navajas, templaban nervios y músculos, la indolencia castellana se habituó a mayor energía de propósitos, y así en la alta Bolivia encontramos un pueblo de industriosas hormigas. En la eterna primavera de Quito y de Lima, hay una muelle ondulación de los sentidos que siempre están como sumergidos en un océano de eternas tibiezas, mientras que en Montevideo y en Buenos Aires los rápidos cambios de temperatura dan mayor mudanza a los ánimos y una más gallarda chispa de laboriosidad al ingenio humano.

Sin embargo, en la variada conformación de las diversas naciones americanas, surgidas de la común patria ibérica, más que los climas, debieron contribuir las ondas de sangre que dieron los vencidos a los vencedores, inspirados por ese amor que todo perdona. En algunas regiones, esa parte principalísima que a una raza proviene del útero, fué de origen indígena, y en el Paraguay y en Bolivia, tienen seguramente los habitantes más de dos tercios de sangre india. Y las madres, aunque vencidas y envilecidas, dando a las nuevas generaciones tanto tesoro de vida, enseñaban también la lengua, que los hijos agra-

decidos no sabían olvidar (1). Este cruzamiento de razas díspares complicábase aún con el tercer elemento de la sangre africana, que lentamente, pero de modo continuo, se mezcló a la europea y a la india, por medio, primero, de aquella domesticidad forzada que se llama esclavitud, y cuando las guerras de la independencia borraron esta mancha, reapareció después con menos vergüenza a causa de la tolerancia completamente ecléctica de los caprichos amorosos.

Jamás se vió a las familias humanas mezclarse en más vasta escala, entrecruzarse, confundirse, como si se hubiesen dado cita para retemplar en un gigantesco *sábado* el linaje humano, como si de su infinito bastardeamiento fuese a nacer una fresca y nueva familia. El que pasea por vez primera por las calles de una ciudad sudamericana y ve sucederse en pocos instantes todos los colores y todas las fisonomías humanas, queda sorprendido, confuso, como delante de una insólita y proteiforme mascarada. La sangre española fué durante poco tiempo el único elemento europeo que fundióse en aquel crisol de razas con la sangre negra y con la amarilla, porque franceses, alemanes, italianos, ingleses, vascos, irrumpieron de todas partes a fecundar esas tierras, en busca de fortuna o aventuras. Estos elementos concurren en porciones muy diversas en las distintas repúblicas, pero aquí o allí, saltan a la vista del observador más ligero y superficial. ¿Quién podría explicar el carácter y las costumbres de los bolivianos sin conocer el imperio de los Incas? ¿Quién osaría interpretar, para vergüenza de la humanidad, la tiranía de Francia y el despotismo de sus sucesores sin estudiar la índole de la raza guaraní? En Montevideo cualquiera siente la atmósfera italiana en las calles, en las casas, en las leyes. En Buenos Aires, todos sienten que por los *porteños* corre mucha sangre francesa, y la industria incansable y los progresos de Chile se explican fácilmente, por la gran riqueza de sangre inglesa que tienen los habitantes de aquella república.

Valga un ejemplo que demuestre cómo se ha constituído una de las sociedades sudamericanas, tomado del Ecuador que cuenta 1.308.042 habitantes:

(1) En el Paraguay, la lengua popular es la *guaraní*, y en muchas aldeas del interior es tal vez la única. En Bolivia todos hablan el *quichua* y el *aymará*.

Blancos descendientes de europeos........	601.219
Indios descendientes de los conquistadores..	462.400
Negros............................	7.831
Mestizos y mulatos diversos..............	36.592
Indios libres del Chinchipe al Putumayo...	200.000
Total (1)....................	1.308.042

La riqueza de los elementos, su extraordinaria movilidad, la corriente continua de la emigración y los fáciles trastornos políticos, dan a la sociedad sudamericana un aspecto jovial y raro, que recuerda el alegre alboroto de la juventud. En el continuo movimiento, mezcolanza y mutación de los cuadros sociales, sentimos el temblor inquieto de una sociedad que se forma, y por ley natural, la máxima alegría se encuentra siempre alrededor del nido de la fecundación. El niño es demasiado pobre de pensamiento y el hombre adulto tiene demasiada monotonía de formas y poca flexibilidad de accidentes, pero entre ellos está el joven, que en la incesante transformación de sus deseos se transforma incesantemente a sí mismo y a todo cuanto le rodea, y así, del tedio de su mente que aprende, reposa en las delicias del amor, y retempla la languidez de los abrazos en los repentinos propósitos de la mente que crea. Y bien, la sociedad americana es joven, luego es rica, riquísima de todo, y mucho se perdona al que es tan feliz y tan simpático.

La suma movilidad de las organizaciones sociales, de los vínculos de la amistad y de los saltos de la fortuna, vuelven, sin embargo, difíciles algunas formas de costumbres severas que a manera de una atmósfera apacible circundan a la familia europea, menos alegre, pero menos mudable que la americana; algunas santas amistades y otras virtudes escondidas y tenaces como la vida, son mucho más raras en una sociedad que mucho perdona y mucho olvida. Esto contribuye, más que ninguna otra cosa, a dar a estos hombres el carácter de una moralidad menos segura, o quisiera decir menos profunda, y muchos de los viajeros europeos acusaron con demasiada severidad a los americanos, engañados por la apariencia de un cinismo que no proviene del corazón, sino que es más bien la ironía del hombre feliz e indulgente. No debe ser permitido a alma viviente, hablar ligeramente de la moralidad de un pueblo, cuando no se conocen sobre todo a fondo los íntimos tenebrosos escondrijos en los que palpita la conciencia humana, ni las mil condiciones externas que acrecientan y

(1) Manuel Villavicencio, *Geografía de la República del Ecuador*, página 164. New York, 1858.

aguzan las cifras de la estadística criminal. Si a la sociedad europea más moral se le diese de súbito una impunidad sin límite, no sé qué sería de aquellos hombres honestos desde hace una decena de años, y a quién se figurase a los sudamericanos menos morales que nosotros, quisiera hacerle recordar que casi en todas estas regiones, la travesía de un río o de un cerro, basta para defender al culpable de las persecuciones de la justicia. La bigamia, o diré mejor la poligamia, es mucho más frecuente que entre nosotros, porque las leyes, por impotencia o excesiva tolerancia, la dejan correr, como que conocí a muchos casados dos o tres veces en el Perú, en Bolivia y en Chile.

Si se me obligase a expresar en una sola frase el carácter más saliente de la sociedad sudamericana, diría que vive en un indolente y expresivo contento; y de la bienaventurada indolencia de estos hombres, dan fe el gobierno, las leyes, las costumbres de familia, la modorra de las industrias y de las ciencias, cada acto, en fin, de la vida, desde el bostezo frecuente hasta la indiferencia con que saludan los viejos cañones al nuevo presidente de la república. En muchas regiones de América, la única respuesta que se da a un montón de preguntas, es el eterno *¿Quién sabe?*, y en la campaña se os responde con las mismas palabras, cuando preguntáis a alguno su edad, el número de hijos; así como en el Ecuador, cuando preguntáis a un indígena : *¿Lloverá hoy?*, contesta : *Si llueve, veremos; el cielo sabrá eso.*

Las costumbres son resultados complejos de la naturaleza humana y de las condiciones externas, pero a su vez obran y reaccionan sobre nosotros, acentuando siempre más la causa que las produjo. El viajar a caballo, el vivir a caballo, es en muchas regiones de América una necesidad de los lugares y de la escasa población, de los caminos hechos por la naturaleza y no por el hombre, pero este hábito modifica después, de mil modos diversos, las tendencias, el régimen, el pensamiento del americano. Los ferrocarriles hacen al hombre exacto, ordenado, así como un reloj de bolsillo acrece en el hombre la estima por el tiempo que huye. El americano que ensilla su propio caballo, que se detiene cuando quiere, que relaja o acelera el paso a su gusto, es menos exacto que nosotros y más fatalista; le preocupa mil veces menos el rápido pasar del tiempo. ¿Cómo podría ser impaciente un viajero americano, cuando el crecimiento de un río lo detiene en su camino una o más semanas, o cuando en el Ecuador y en el Perú debe pasar por los puentes de *maroma,* que los indígenas llaman *chimba-chaca,* hechos con cuerdas de *agave* y tan flexibles y ondulantes que el soplo del viento los vuelve intransitables; o bien

cuando debe atravesar los ríos valiéndose de la *taravita,* deslizándose en un nudo corredizo atado alrededor del tronco, a lo largo de una cuerda extendida de orilla a orilla, con la cara vuelta al cielo?

La febril impaciencia por vivir de prisa que atormenta a los europeos y los hace consumir tanta riqueza de fuerza y sacrificar tanta parte de felicidad, es enfermedad casi desconocida entre los americanos. Son longánimos, pacientísimos, como si dispusiesen de una vida secular, pero desgraciadamente pronto perderán ellos también aquella calma feliz, cuando la multitud condensada vuelva amargo el pan y difícil la vida. La América española ignora aún la plaga cruel del pauperismo, que los Estados Unidos ya conocen. Triste e inexorable misterio, el que el hombre debe recoger la mejor simiente de las grandes empresas y de los esfuerzos magnánimos, entre las penurias de la miseria y los tormentos de la vanidad ofendida, y que el irresistible impulso que lo lleva a reunirse en centros populosos, deba inevitablemente castigarlo con el pauperismo y con la escrófula. Verdad es que en el mito de un mundo hecho por dos Dioses, uno del bien y otro del mal, se encuentra la mejor teoría de la creación.

Tienen los españoles un magnífico temperamento, apropiado para hacer brillar las pompas de la aristocrática vanidad. Por la magestad del paso, por su debilidad por las pedrerías y los oropeles, hasta por la severidad de sus facciones y la última gota de su sangre, muéstranse dignos de la Corte más fulgurante y rica en fastidiosas etiquetas. Sin embargo, en sus colonias de América, el grito de independencia borró en una hora la aristocracia hereditaria, y los hijos de los *hidalgos* se contentaron con agregar a su nombre un modestísimo *Don.* Fácil es, en el tumulto de la ira, rechazar todo lo que viene de un gobierno enemigo, y en la palabra *república,* que las turbas descontentas arrojan al rostro de los soldados y de los ministros, más que una profunda reforma social, está la ira o el despecho del que quiere vengarse: es un espantajo para niños, del que muchas veces no se sabe qué hacer cuando ya ha servido. Y entonces, sosegada la ira, cuando el hecho ha sucedido a la palabra, se recogen nuevamente del fango de las plazas muchas y muchas cosas placenteras a la naturaleza humana y que el hombre airado pisotea y el hombre arrepentido recoge y restaura.

En la América española, sin embargo, la abolición de la aristocracia fué sin arrepentimientos, y todos se han resignado fácilmente a no oir más el pomposo cortejo de las *Señorías* y Excelencias. Pero este hecho no es tan glorioso para los americanos como a primera

vista parece. No es porque de golpe se renunciase a la voluptuosidad rabiosa de las gerarquías sociales y con la nueva forma de gobierno se quisiese seriamente destruir para siempre una de las mayores injusticias. No; era porque ya en el país existía una aristocracia más fuerte, más poderosa, más tenaz que esa que fabrican las *cédulas* reales; había una gerarquía creada por el más fuerte creador de gerarquías y de injusticias sociales : el bautismo de la sangre. Los grandes de España, en camisa, sin cruces ni galones, no pueden persuadir a nadie que son hermanos de la reina, pero en el mercado de la humana vanidad, el blanco más pobre, puesto en cueros, frente a la naturaleza, puede inmediatamente convencer a todos que es superior al negro prognato y al indio fangoso. La mescolanza de las razas humanas ha creado en América una nueva aristocracia y fundado nuevas gerarquías que se apoyan sobre base sólida; la del organismo, la de la estructura cerebral. Los blasones y las cédulas reales eran indudablemente en aquella sociedad un lujo inútil : la piel, el cráneo, las pantorrillas, hablaban con demasiada elocuencia para que fuese necesaria otra regla que midiese los honores y las reverencias. Y mientras aguardamos una sociedad modelo en la que el ingenio y la virtud aprecien el mérito de cada cual, conviene confesar también que en ningún país del mundo hay una aristocracia fundada sobre base más sólida y durable. Si muchos antropólogos modernos quieren hacer del negro, del blanco y del indio, otras tantas especies humanas, ¿por qué no se ha de permitir a las multitudes dividir las tres razas en tres gerarquías?

La guera de la independencia abolió la esclavitud, y ésta no existe ahora más que en el Brasil, en el que durará mucho tiempo, como una triste necesidad del clima, y en el Paraguay, verdadera China de América, en donde una reacción violenta derribará en un día u otro el trono hereditario de los López, que por ludribio se llama presidencia republicana. En todos los otros países, con un cinismo heroico, sin compensación equivalente, se dió libertad a los esclavos; y muchos hombres privados de un día al otro de propiedad riquísima, se volvieron pobres sin protestar ni lamentarse. Nobilísimo ejemplo de la naturaleza española, honesta y generosa aún en medio de las guerras más crueles y de la inercia más descarada. Consuela recordar hoy los decretos con que los reyes de España concedían a sus capitanes y obispos de América la propiedad de tribus indias enteras.

Los esclavos manumitidos quedaron, sin embargo, negros e indios, incapaces del todo de alcanzar el grado de civilización al que llegan

los blancos. Las mescolanzas infinitas que surgieron del sentido más ecléctico y más tolerante de la naturaleza humana, rebajaron poco a poco los matices y volvieron menos atrevidas las diferencias, de modo que entre blancos y negros, entre blancos e indios, creció una densa población de mestizos, que por anillos intermedios se daban de manos con los primeros padres de las ciudades europeas, del desierto africano y de las soledades americanas. La aristocracia y el buen sentido debieron pactar y transigir, de manera que debió considerarse hombre fino, noble, decente (como se dice en América), a todo el que tuviese la piel blanca o casi blanca, y que con la educación y la riqueza supiese esconder algún remoto origen de sangre negra o amarilla. Cuando discútese la pureza del apellido de un individuo y se acaba por decir : *En fin, es un hombre decente,* se le da un blasón de nobleza que lo iguala con el presidente de la república y le hace posible cualquiera ambición. Puede ofrecer su mano a la perla de las *señoritas,* puede aspirar a los ministerios y a la presidencia. Es un hombre decente, *sicuti decet ; comme il faut ;* nadie debe avergonzarse de tenerlo por pariente o amigo. Calle la maledicencia y embote sus armas : la piel es blanca, y la malicia humana no irá a buscar las manchas imaginarias, que en las uñas o en otra parte revelen origen africano.

Esta transacción de la conciencia pública, que formuló en América con la palabra *decente* los títulos de nobleza del hombre honesto e inteligente, es un gran paso de perfeccionamiento, y frente a los democráticos americanos, nosotros, trabados aún por tantas injustas vanidades, debemos avergonzarnos.

En la América española, la clase media, el poderoso *tiers état,* que realizó en Europa las más nobles empresas, no existe. Un *cholo* (mestizo de blanco o de indio) puede llegar a *decente* si tiene la piel muy blanca y si la inteligencia y la educación lo llevan fuera del triste rango en el que sirve. Los más sofistas y meticulosos, viéndolo en las altas esferas, sobre las alas de la fortuna, podrían decir : *Es hombre decente, pero medio aindiado ;* pero nadie osaría hacerle afrenta semejante o darle con la puerta en las narices.

Cuando el continuo cruzamiento de las familias haya vuelto a la sociedad americana de un solo color, desaparecerá también el criterio aristocrático de la sangre, y solamente la inteligencia, el dinero y la honestidad, diversificarán a unos hombres de otros, pero dejando siempre aparte esa vergonzosa e inevitable plaga de la servidumbre doméstica, forma atemperada de esclavitud, que asimila el sirviente al perro, al gato y a los otros animales caseros. Creo que en las socie-

dades modernas, la única marca que ofende la dignidad humana y vuelve profundamente desiguales a los hombres, es la de servir. Salvo ésta, sólo el cerebro y el corazón deben marcar la gerarquía.

La religión católica que ha dado tan rico tributo de vergüenzas y de gloria a la historia de España, ha ejercido una débil influencia sobre las colonias americanas, que defendidas por la inmensidad de los mares, no sintieron sino el lejano influjo del yugo sacerdotal y papal. La iglesia sudamericana fué siempre muy independiente de la de Roma, y el ilustre bibliotecario de Lima pudo demostrar en sus profundas obras, que la doctrina de los abstrusos canónicos podía ser en el americano igual a su espíritu de independencia. Hoy, la inmoralidad del clero, gracias a la impunidad que es mayor que en Europa, especialmente en el Brasil y en Bolivia, ha quitado fervor al culto católico entre los americanos, y la idea religiosa, que la falta de culto no enardece, enflaquece y redúcese a una fría tradición de formas y de ritos. En la campaña, muchísimos llegan a hombres sin haber visto jamás la iglesia lejana, más que en el día del bautismo, y sólo vuelven a ver al sacerdote en el lecho de muerte. Un cura me contó una vez que administró a un *gaucho*, cuya vida peligraba, como media docena de sacramentos a un tiempo, pues que de cristiano no tenía sino el bautismo. No era confirmado, ni se había confesado jamás, ni comulgado, y vivía con una mujer, y a pesar de que la unión no había sido bendecida, le había hecho padre de varios hijos. En menos de una hora fué confesado, casado, confirmado, absuelto, ungido y despachado al tribunal supremo.

El americano tiene, sobre todas las cosas, un vigoroso espíritu de independencia, y esto basta para informar sus tendencias religiosas. Dió este espíritu una espléndida prueba en el siglo pasado, cuando los profesores de Salamanca, invitados, por un ilustre ministro, a reformar los estatutos de aquella célebre universidad, se rehusaron unánimes a toda reforma, declarando que continuarían siguiendo en un todo la doctrina de Aristóteles. El mismo año que era testimonio de tanta necedad doctrinaria, esto es el 1771, los cabildos eclesiásticos y seculares de Buenos Aires, en un informe sobre instrucción pública dirigido al virrey, recomendaban las doctrinas modernas, y pedían que en la enseñanza de la física se siguiese a Newton y a los otros, autores más recientes que habían enriquecido la ciencia con tantos hechos nuevos (1). Sin pretender realizar una comparación entre Es-

(1) JUAN MARÍA GUTIÉRREZ, *Colección de documentos inéditos relativos a la historia del Río de la*

paña y la América española, deseamos recordar, que ahora pocos años, en las escuelas elementales de la Mancha, se castigaba a los pobres niños para hacerles confesar sus infantiles pecados!

A este rápido esbozo de la sociedad americana, desearíamos agregar otro rasgo que bosqueja un germen de futuro progreso. O me engaño enormemente, o me parece ver que en estas jóvenes naciones, la mujer tendrá parte, mucho mayor que entre nosotros, en la autoridad doméstica y social. Rotos los antiguos puntales que sostenían el edificio de la civilización europea, y entregados todos los elementos sociales al libre desarrollo de sus impulsos, creáronse nuevos equilibrios, y la mujer encontró una posición más digna y conforme a su naturaleza. Entre el gineceo de Oriente y la soñada emancipación de los sofistas modernos, está el verdadero punto en el que debe crecer lozana la mujer, con toda libertad; pero, sin duda, este arbusto gentil es de una latitud más alta que aquella en que la raza latina lo cultiva. La raza anglosajona ha dado ya este paso hacia adelante y en la América española se camina en igual sentido. De una de las más bellas formas de la Eva americana, daremos una silueta más adelante, cuando al describir algunos tipos de la sociedad sudamericana, tratemos de dar mayor relieve a algunos rasgos que por ahora anotamos al vuelo.

De poco tiempo a esta parte ha surgido en América una verdadera fiebre de saber, y se piensa en reformar las Universidades, enriquecerlas de cátedras y gabinetes y llamar profesores de Europa que introduzcan los nuevos métodos y las nuevas doctrinas (1). Todos los años los ricos y los gobiernos mandan a Europa muchos jóvenes a educarse, y en París, que más que ninguna otra ciudad atrae a los americanos ávidos de todo lo que brilla, se encuentran a menudo, alrededor del lecho de una clínica, argentinos, peruanos, chilenos y venezolanos. El viaje a Europa es el sueño de todo americano que tiene una chispa de fantasía o un latido de ambición, y así como nosotros, en la dichosa edad de la juventud, deseamos perdernos entre las densas selvas del continente de Colón, aspirando los perfumes salvajes de una naturaleza virgen, estos jóvenes, en cambio, ven en nuestro continente una palestra gloriosa de actividad y de pasiones, y aspiran

Plata. Nación argentina, 29 de enero de 1863. Esta colección publicada por este ilustre argentino, esparcerá mucha luz sobre la historia de países desconocidos para los europeos.

(1) Tuve encargo de enviar a Buenos Aires, profesores italianos que constituyesen el núcleo de una nueva facultad de matemáticas; y desde varios años atrás, Stroebel, Speluzzi, Ramorino y Rosetti, han honrado la universidad argentina con sus doctrinas e inteligencia.

en nuestras capitales el tumulto de una civilización rumorosa y embriagadora.

En su culto por la civilización europea, los americanos, inspirados por el nobilísimo impulso de rehacer el camino y recuperar el largo tiempo malgastado en guerras civiles y en ocios perezosos, exageran la perfección de todo lo que viene de allende el océano y caen a menudo en una imitación pueril, perdiendo aquella rica originalidad a la que tienen tanto derecho por la fuerza de su inteligencia, por la nobleza de su ambición y más que todo por la virginidad del continente que les ha dado vida. La prisa por adelantar, la inundación continua de libros europeos que trae el comercio, la cantidad de extranjeros y gran número de otras circunstancias menores, contribuyen a hacer tan fácil, tan continua esta imitación, que engaña la vista de los americanos y dificulta la reacción. Los franceses, verdaderos portavoces de la civilización europea, por la naturaleza del idioma, la simplicidad del estilo y la seducción de las formas, influyen más que otros cualesquiera en la modificación del carácter americano, tendiendo más cada día a nivelar a su medida todo lo que encuentran en su camino. Cuantas veces se me estrechó el corazón al leer en el apéndice de los diarios americanos la traducción de novelas francesas, como si no hubiese en la espléndida naturaleza y en la historia del país, riqueza suficiente como para ocupar cien literaturas. Sin embargo, muchos argentinos se interesan más en los chismes de las modistas de París que en las historias del suelo americano, tan rico de historia, sea de la época colonial o de los tiempos modernos. Además de un suicidio del pensamiento éste es un delito contra el amor a la patria.

Entre las producciones de la mente americana, ocupa el primer puesto la poesía. Es siempre el primer idioma con que habla un pueblo joven, y los brincos de la fantasía o los lamentos de la tristeza, no tienen necesidad de escuelas, ni de una rica civilización para expanderse en himnos o elegías. David es poeta como Píndaro, y Homero, Dante, Manzoni, son igualmente ricos de poesía, aunque tantos siglos los separen. Lucrecio, con toga romana, y Byron, entre las láminas de un chaleco moderno, eleváronse a igual altura de pensamiento. El alma de los hispanoamericanos y de los brasileños, es altamente poética, y los alegres cielos y las ardientes pasiones de la política, han cultivado una flor nacida ya para tener espléndidas formas y perfumes. El amor a la patria, el amor y el culto a la naturaleza, son los argumentos más apreciados por los poetas, y los vuelos líricos y el calor de la inspiración forman los primeros elementos estéticos de

esta poesía. Más que todo son fáciles; más que fecundos inagotables. Es una fantasía rica, nobilísima, poco educada en las artes ingeniosas de la reticencia y en los contrastes de luz; un corazón que todo lo dice y al que se perdona su excesiva fecundía, por la ingenuidad del ánimo y la verdad de la inspiración.

Cada nación americana tiene sus poetas : el Río de la Plata tiene a Mitre, Echeverría, Juan María Gutiérrez, Ascasubi (mulato), Mármol, Gómez, Figueroa, Hidalgo, Magariños Cervantes, José María Zuviría; Nueva Granada tiene a Arboleda, Caro, Madiedo, Vargas Tejada; Chile tiene a Matta, Blest Gana, Lillo, Sanfuentes; Venezuela cita con orgullo a Baral y a Fermín Toro.

Todos fecundos, fáciles, ricos de inspiración y de sentimiento (1).

Los escritores en prosa son menos numerosos en América que los poetas, y el estilo es casi siempre muy adornado y pomposo. En el historiador, hasta en el legista, se siente el poeta que razonando y narrando, canta. La suma facilidad hace que la forma resulte poco estudiada, así como la fecundía hace más rara entre ellos la elocuencia. Los americanos, sin embargo, cuentan con numerosos historiadores de valía y la historia de Quiroga, escrita por Mitre, es una obra severa que honra al autor y al país. Desde hace poco cuentan con novelistas distinguidos, y entre ellos una mujer, doña Eduarda M. de García, que con el seudónimo de Daniel publicó en Buenos Aires, ahora cuatro años, las dos bellas novelas de *Lucía* y *El médico de San Luis*, que fueron dadas a conocer en Alemania por Gülich (2). Las novelas históricas de Mármol no serían seguramente rechazadas por la literatura europea.

En todas las ciudades americanas abundan los diarios, y los tienen muchas pequeñas aldeas del interior. La pequeña ciudad de Salta, a más de mil millas del Alántico, cuenta en este momento con tres diarios. Y, sin embargo, Buenos Aires sólo tiene periódicos desde poco más de medio siglo. Ahora, en cambio, cuenta con muchísimos diarios

(1) Véase la *América poética*, publicada por J. María Gutiérrez.

J. María Gutiérrez, *Beiträge zur Geschichte der spanisch-amerikanischen Literatur* en la colección que se publica en Alemania con el título de *Zur Gesch. der span. Amerik*, página 177.

Don Ramón Briseño, *Estadística bibliográfica de la literatura chilena*.

I. M. Torres Caicedo, *Ensayos biográficos y de crítica literaria sobre los principales poetas y literatos latinoamericanos*, volumen II, in 8°. París.

Elisée Reclus, *La poesie et les poetes dans l'Amérique espagnole (Revue des deux-mondes.* 15 de febrero de 1864.

(2) Mansilla, *Más sobre la historia de la novela en la América del Sud (Revista de Buenos Aires*. 1863).

cotidianos, que por la riqueza del formato y de los tipos, y por su factura, en nada son inferiores a muchos de los mejores de los nuestros. Cuenta también esta ciudad, con una *Revista de Buenos Aires, periódico mensual de historia americana, literatura y derecho,* cuyo conocimiento debemos a la gentileza de nuestro ilustre amigo J. M. Gutiérrez, en la que se leen muchos artículos de historia y de crítica que muestran un gusto estético ya maduro y mucha cultura.

Las artes están aún en la infancia y sólo de poco tiempo a esta parte, el gobierno manda jóvenes a Europa para que eduquen su gusto artístico, estando esos países del todo escasos de obras antiguas que puedan servir de modelo. Recuerdo haber visto algunos cuadros históricos de un pintor argentino, Rawson, al que no faltaba el concepto estético y cierta soltura de pincel.

La industria es algo menos que infantil; ha nacido apenas. El pastoreo, la agricultura y las minas, la forman casi por entero (1); hasta ahora, casi todas las cosas que emplean los americanos vienen de Europa, traídas por embarcaciones europeas, desde el papel de cartas hasta el clavo más grosero. Chile es el país más industrial de todos, así como Bolivia es la república más culta, más rica en bibliotecas y universidades, pues cuenta con tres en su territorio : en Chuquisaca, Cochabamba y La Paz.

Las ciencias aun no han nacido en la América española, no por culpa de las inteligencias, sino por desconfianza de los gobiernos, primero, y por los tumultos de las guerras civiles, secundariamente. Más que todo, la ciencia necesita paz y estímulos. A los más bien intencionados les faltan, por lo demás, los medios más indispensables, y ahora dos años, no pude encontrar en una universidad americana más que un solo microscopio, y ése del todo inservible.

Empero, la ciencia americana cuenta con dos botánicos ilustres, Mutis y Caldas, y las grandes obras de Humboldt ocultan muchos trabajos de observadores modestos, que los donaron al ilustre viajero. Medio siglo de paz y de roce europeo, que nuevos vapores hacen cada día más frecuente y eficaz, darán a la América meridional, sabios y ciencia. Mientras tanto, deplorando la pobreza del presente, podemos leer con placentera seguridad en la historia de estos países, un por-

(1) Buenos Aires posee una *Sociedad Rural argentina*, que ya ha publicado ocho volúmenes de *Anales*. Esta revista (como lo dice en su frontispicio) es destinada a la defensa de los intereses rurales del país y a la propagación de conocimientos útiles a la agricultura en todos sus ramos. El último volumen lleva fecha de 1874.

venir de prosperidad y de gloria. Antes de ser sabio conviene ser fuerte, y para tener ciencia y poder, es necesario vivir; esos países recién comienzan a vivir con vida propia, sofocados primero por el yugo colonial, atormentados después por la anarquía.

Para completar este cuadro, deseamos agregar dos relevantes perfiles, sacados de la sociedad sudamericana y copiados de observaciones reunidas durante una permanencia de cuatro años en estas lejanas regiones.

EL POLÍTICO

Si la adversa fortuna me obligase a ser hombre de Estado, preferiría serlo en alguna de las repúblicas sudamericanas. En estos países, la política no tiene sino rosas para el afortunado mortal que la cultiva, y hasta son rosas sin espinas. La opinión pública, tan exigente y caprichosa entre nosotros, no exige del hombre que se propone gobernar a sus semejantes, nada más que ingenio o audacia.

No le pide la nobleza del apellido, ni el decoroso adorno de los cabellos blancos, ni la omnipotencia de un sabio y digno silencio; tanto menos, pues, le exige la fatigosa carrera de los cargos públicos. Para ser diputado, ministro, jefe de Estado, el ciudadano americano no debe renunciar a las musas si éstas alguna vez le sonrieron; a las armas, si le dieron pan y gloria; puede continuar con su culto a la ciencia, a las letras y a las artes. La ingrata multitud no le pide que haga holocuasto de cuanto ama en el mundo, y se vuelva nada más que hombre serio, como si la seriedad más magistral no ocultase entre los pliegues de su paludamento tantas inepcias y frivolidades. Mitre, presidente de la Confederación Argentina, era poeta, historiador, general y jefe del Estado.

El sudamericano tiene una riquísima urdimbre de político, y no le falta sino lo que puede adquirir con más facilidad : la cultura. De aquí derivan todas sus virtudes y todos sus defectos. Siempre fecundo, a menudo elocuente, posee todos los recursos de la audacia, y las pasiones que en política valen en nuestros tiempos escasos de luces más que la razón, son en él prontas, irresistibles, fogosísimas. El mecanismo administrativo y político de estos países es muy simple, y a los partidos que nacen del fácil tumulto de los movimientos populares y de la libertad indefinida, les conviene librar batalla pronta y segura, para poder gobernar. La rapidez con que se hacen y deshacen las fortunas, agrega al valor de la lucha el fácil sacrificio del dinero;

conocí a un joven diplomático argentino, que enviado a representar en París a su nación, continuó varios años supliendo con su patrimonio el sueldo demasiado escaso que le impedía mantener dignamente el rango de ministro argentino. Renunció este cargo cuando su fortuna disminuyó lo bastante para que su generoso sacrificio fuese posible. Y este diplomático era, verdaderamente, el tipo del hombre de Estado en América. Doctor en leyes antes de los veinte años, gastó treinta mil liras para conocer Europa en cuatro. De regreso a su país, fué diputado a la Asamblea legislativa, pudiendo jactarse de haber sido uno de los padres de la actual constitución a edad tan joven, ministro después en el Paraguay, en Turín, en Prusia, en la República del Uruguay; ahora secretario del ministro de relaciones exteriores. Como tregua entre los rápidos saltos de su afortunada carrera, desempeñó con éxito y encomio general misiones delicadas y gravísimas.

La suma facilidad de comprensión y la rapidez ejecutiva, jamás faltan al americano, y en eso consiste toda aquella preciosa ductilidad que permite al hombre de Estado deslizarse de una a otra cosa, y que le protege de golpes bruscos y salva al país. ¡Ay! si algún resucitado Catón aceptase un alto puesto de gerarquía política en el Perú o en Bolivia, donde hay tanta inmoralidad en las esferas gubernativas. Debería matarse o matar a la sociedad toda entera. Entre nosotros, el vulgo, para conservarse fiel a ese mito de inmóvil seriedad que exige en el hombre de Estado, odia sobre todo las incoherencias, los arrepentimientos, las apostasías políticas. Y, sin embargo, la civilización íntegra en su movimiento irresistible hacia adelante, es una incoherencia continua entre el ayer y hoy, una serie no interrumpida de arrepentimientos que corrigen los errores de nuestros padres, y es ella misma una apostasía del presente con el pasado. En América, la moral política es más amplia, fácilmente concede que se cambie de camino, arrepentirse y apostatar. ¿ Será, tal vez, porque esa joven sociedad tiene una superstición menos o porque nadie se atreve a lanzar una piedra contra la adúltera ?

El sentimiento es el primer resorte de la acción política en estos países, como sucede en toda sociedad reciente, y suele ser la bandera de todos los partidos y de cada hombre de Estado : aunque éste sepa elevarse al concepto de una generosa moral que represente el bienestar de todos. Allí donde la fantasía prorrumpe tan impetuosamente como una pasión, el hombre de Estado puede razonar en su gabinete, pero cuando habla al pueblo debe hacer sentir sus mimos al Dios penate de cada uno. ¿ No sucede lo mismo entre nosotros ?

Si en la América meridional hay un mayor número de brillantes carreras políticas y pocos hombres de Estado en el más elevado sentido de la palabra, no es tanto por culpa de los hombres como de las cosas. Hay tal mezcolanza de acontecimientos y opiniones, una tan rápida sucesión de partidos y gobiernos, que no se da tiempo a los hombres para gobernar, por lo que sucede con este arte como con la medicina. Para llegar a ser notable, conviene siempre hacer primero algunos experimentos *in anima vili,* y en política el sujeto es siempre la sociedad humana, que a menudo; irritada e impaciente por las crueles experiencias para la que se presta todos los días, se revela e impide que el experimento se vuelva arte y el arte se eleve a ciencia. Demasiada calma en los gobernantes, excesiva impaciencia en los gobernados, he aquí el pecado original de cien desdichas humanas.

La escasez de ciudadanos *decentes* hace que la sociedad americana reclute sus hombres de Estado en todos los rangos, y por eso se encuentran en el parlamento y en el senado, comerciantes, médicos, frailes, hombres que tal vez sólo han leído *Don Quijote* y el *Judío errante* traducido, pero que llevan a la discusión elementos de pasión y de criterio que nadie habría supuesto en hombres siempre ocupados en otros órdenes de trabajos. Más de una vez, en una ciudad de América, he comprado lana y tela a un senador, que las medía con mucha dignidad y me daba el vuelto del precio con toda la desenvoltura de un hombre honesto, aunque lo llamase : *señor senador.*

El aspecto más lamentable de la cuestión, es el espléndido sueldo que el gobierno concede a los diputados y senadores, y representar a la propia ciudad es por eso una excelente especulación. De aquí también tantas candidaturas concebidas en el café, entre un *cigarrito* y un *mate,* y de las que se desgranan otros tantos padres de la patria, gracias al *servum pecus* de los electores, a los que para mayor comodidad se les pone en las manos la boleta con el nombre del diputado y del senador. Si en la cámara siéntanse tantos ceros, consuela en cambio ver allí a todos los hombres de ingenio, lo que no sucede siempre en todos los países de Europa.

En Inglaterra, un hombre de Estado, comienza a los cincuenta años a dar buenas esperanzas de una gloriosa carrera; en la América meridional, es viejo a los cuarenta, y antes de cumplirlos puede haber sido más de una vez general, ministro, presidente de una república. He conocido hombres que aun no tenían ni un cabello blanco y que encaramados en una de esas opíparas sinecuras que la política deja a los vencidos afortunados, cantaban sumisamente su letanía de desenga-

ños sobre la nulidad de las cosas humanas y la fragilidad de los hombres. A los treinta y cinco años ya eran hombres *cansados y desengañados :* ya no podían servir al país, ni siquiera como senadores.

LA PORTEÑA (1)

¿ La habéis visto ? No he visto ni su rostro, ni su mano, ni el pie, pero he percibido su sombra cuando doblaba la esquina; no la he visto, pero es una americana, sin duda una *porteña.* Ninguna mujer en el mundo habría inclinado su cuerpo y recogido su vestido de ese modo; ninguna hija de Eva habría sabido con mayor elocuencia de estenografía mímica, con mayor templanza de movimientos perversos decir : *soy la delicia y el tormento del hombre.*

La porteña tiene en sus venas sangre andaluza y sangre francesa; posee las seducciones del espíritu y de la gracia, y aunque los oculte, todos los atractivos físicos que los árabes más sensuales que nosotros, buscan en la mujer. Tiene el perfume, antes presentido que sentido, de una flor de invernáculo; maneja los artificios infinitos e inefables del arte difícil y peligroso de suscitar los deseos, de ser y de no ser; de conseguir que todo se prevea y se presienta; de hacer fluctuar al hombre en un círculo del paraíso, que Dante olvidó, y en el que la gloria está tan lejana como el tedio y la impaciencia; pero al mismo tiempo, debajo de esta atmósfera emanada por la civilización y acrecentada por la experiencia de tantos siglos, está la mujer *mujer;* la hija de Eva, que con la robustez de sus carnes y el atrevimiento de sus formas promete al hombre ser esposa excelente y excelente madre. Las envolturas del arte son muy inferiores a la belleza de la naturaleza, y bajo el artificio de la señorita está la estatua de Venus, que ningún escultor en el mundo desdeñaría por suya.

De la debilidad femenina sólo tiene la gracia, pero ignora la hemicránea, las convulsiones, las ceruleas palideces de nuestra lenta esfixia europea. Los vientos han lamido su piel acariciada por el sol, y sus flancos destinados a llevar al hombre fueron sacudidos mil veces por el trote violento del caballo de la Pampa. Es un fruto del que la cultura ha embellecido la forma y reanimado el perfume, pero el

(1) En América se llama *porteños* a los habitantes de Buenos Aires, por el antiguo nombre de esta ciudad : *La Trinidad, puerto de Buenos Aires.*

sabor agreste de la naturaleza reside en su fondo puro e incontaminado, y el amor, que es investigador más intrépido que la ciencia, busca siempre lo verdadero y lo bueno, que bastan para dar la vida, debajo de lo bello que sugiere, pero que no crea.

La porteña es de cabellos negros, lustrosos; frente caprichosa, ojos negrísimos, ampliamente rasgados, sombreados por larguísimas pestañas; la nariz, entre la respingona petulancia de la francesa y la majestad espléndidamente aguileña de la española; la boca pequeña y poco sensual. La mirada no es procaz, ni casta, es soberbia, de un orgullo que se puede vencer y que no humilla; es más atrevida que las miradas de todas las europeas y sería descarada sino fuese franca. Es la mirada de un poder heredado, no adquirido, de un poder tranquilo, seguro, irónico a veces.

El cuerpo de la *porteña* es hermoso aun cuando el rostro es vulgar. Entre la turba infinita de las mujeres, el cuerpo de la argentina tiene siempre una actitud noble y audaz. Menos plástica que la holandesa, pero menos vaporosa que la francesa, tiene piel cálida y morena, carnes de bronce, que la edad respeta y sólo la muerte destruye. El vestido no delínea sus curvas encarnadas en el esqueleto, que no dependen de la moda y son inmóviles y durables como la naturaleza.

La *porteña* aparenta muchas más pasiones de las que tiene; ama mucho menos que la italiana; es menos inconstante y maleable que la francesa; no tiene la sólida cultura ni la religiosidad de la inglesa, pero es más mujer que todas. Lo que no sabe, adivina; no la preocupa lo que no entiende; amable en la ignorancia como en la ciencia, embellece el mundo que la circunda con la alegre vivacidad de quien tiene conciencia de su poder; su gracia franca enamora; su despejo conquista y mantiene esa conquista firmemente con la solidez de su belleza. Es la Venus griega que el perfume de la civilización moderna ha embellecido.

La *porteña* toca el piano discretamente, habla francés, y a menudo también alemán, italiano e inglés; adora la moda, los paseos, los teatros. La sociedad le da derecho a un culto divino, y pide a su marido mucho lujo, mucho oro, muchas emociones. Si la desventura la vuelve pobre, sabe, como todas las mujeres, conformarse con el destino y quedarse rica de belleza en medio de la pobreza del vestir. Libre, cuando niña, en sus gustos, en sus simpatías, no sufre casi nunca la imposición de un marido, y está segura de no ser vendida porque no lleva al esposo dote alguna. Como mujer es más virtuosa que muchas otras, dando razón a la célebre sentencia de Rousseau. No encuentra en el

matrimonio mayor libertad, ni mayor indulgencia para sus pecados, como entre nosotros. Cría casi siempre a sus hijos.

Domina al hombre con el hechizo de su perfección y exige mucho de él, a quien ella también mucho da. Más que cualquier otro argumento, acusa de falsedad al novelista y al poeta europeo que conceden a la criolla tanta abundancia de insólitos ardores. La lascivia, más que poder de los sentidos, es casi siempre fruto bastardo de corrupción, y la robusta naturaleza es mucho más inocente que la impotencia rabiosa. Indirectamente ejerce gran influencia en los acontecimientos del país, porque los hombres hacen muchísimo por una sonrisa suya. Pero debe usar más de este poder, pero mejor de lo que lo ha hecho hasta hoy, urbanizando las costumbres y atribuyendo mérito a los estudios y al ingenio, más que a la riqueza.

Entre las hijas de Eva, la *porteña* no puede, en verdad, maldecir a la providencia, que fué para con ella tan generosa.

CAPÍTULO II

Montevideo y Buenos Aires. — Clima y mortalidad. — Aspecto de los porteños. — Ciudades sudamericanas. — Entre Ríos. — Distribución geográfica de las plantas. — Indios Charrúas. — Mestizos americanos.

Los países están, tal vez, dotados de una estructura como el cuerpo de los animales, y el tejido de los montes, de los ríos y de los llanos, obedece a las mismas leyes fisiológicas que han regido su desarrollo. El que por vez primera se asoma a las puertas del gigantesco Río de la Plata, verdadero mar de agua dulce, no se imagina por cierto que va a encontrar luego sonrientes colinas o paisajes en miniatura. A tal río, tal tierra : la Pampa de Buenos Aires, llanura inmensa que parece nivelada por la mano de un matemático, que se extiende hasta la Patagonia y el pie de los Andes, es un verdadero océano de tierras fertilísimas, que no se puede atravesar sin la brújula de la ciencia o el instinto del salvaje. La Pampa está hecha para el Río de la Plata, así como la espléndida cortina de los Alpes es digno umbral para nuestro coturno.

Sobre la orilla izquierda de este río, allí donde el mar disputa terreno al agua dulce, se encuentra la bella y desgraciada Montevideo.

Situada a los 34°54 aproximados de latitud sud, esta ciudad goza de una temperatura media de 16 a 17 grados centígrados, variabilísima de un mes a otro, de hoy a mañana. Los criollos españoles, los negros, los mestizos indios, los mulatos y los extranjeros de cada nación, se encuentran allí reunidos por intereses comunes : hay tal número de los nuestros, que uno se cree transportado a una colonia italiana. El marinero que os desembarca, el changador que carga con vuestra balija, el hotelero que os hospeda, todos son paisanos. Por esta razón, quisiera dar de este país una climatología que también fuese útil para mis colegas que llegan todos los años en busca de una vida menos difícil, pero el cortísimo tiempo que allí pasé, me obliga a dar sola-

mente pocas noticias, sacadas de los estudios de mis excelentes amigos, el doctor Odicini y el doctor Martín de Moussy.

Según los datos recogidos por el doctísimo médico francés en los años 1851 y 1852, la mortalidad de Montevideo sería de tres por ciento, y superior por consiguiente a la de París. De las estadísticas de estos dos últimos años, se deduce un hecho extraordinario y es la inmensa diferencia de la mortalidad entre los dos sexos, porque el número de los muertos para los hombres es al de las mujeres como 1011 es a 554. Se explica esta diferencia por el predominio de los hombres entre los emigrantes europeos y por las diversas ocupaciones de los dos sexos. Aun no pueden recogerse datos precisos sobre las diferencias que, sin embargo, deben ser marcadísimas, en las cifras de la mortalidad según las razas, pero somos más afortunados con relación a la edad :

	1851	1852	Totales
Del nacimiento hasta los 7 años inclusive...	210	394	604
De los 8 a los 25......................	54	70	124
— 26 a los 59......................	287	413	700
— 60 a los 79......................	59	67	126
— 80 para adelante.................	16	25	41
Totales..................	626	969	1.595

El tétano, la bronquitis y las diarreas, matan a un gran número de niños hasta los dos años. La insignificante mortalidad desde los 8 años a los 25, es extraordinaria, y cuanto más aún lo es la excesiva desde los 25 a los 59, que supera en un séptimo a la de 0 a 7 años. No se puede explicar este fenómeno, sino con las mismas razones por las que duplica la mortalidad entre los hombres. La guerra debe influir bastante sobre este hecho, porque jamás he conocido país más atormentado por la anarquía y las luchas civiles. Bastará recordar que a principio de octubre de 1851, concluyó un sitio que ya duraba nueve años y por el que mereció Montevideo el nombre de *Nueva Troya*. Desde entonces hasta hoy, la experiencia tristísima del pasado no ha vuelto a ese país más tranquilo, y sobre un terreno de los más fértiles, que podría dar pan y desahogo a quince millones de almas, un puñado de habitantes se agita, se enfada y se mata, para dejar después, Dios no lo quiera, en presa a los vecinos un país ensangrentado (1).

(1) El censo de 1860 da para la República del Uruguay, 221.248 habitantes : hoy los considera Mulhall superiores a las cifras oficiales de 454.478.

Los datos de nuestra estadística no sirven para precisar la longevidad de los orientales (habitantes de la República Oriental del Uruguay), y mucho menos para fijar su edad media. Indicaré solamente que en 1851 murieron en Montevideo dos mujeres : una de 100 años y otra de 106.

Sobre la orilla occidental del Río de la Plata, está la reina de la Pampa, Buenos Aires, la ciudad del cielo de ultramar y de las bellas señoras, del fango y de los *saladeros* (1). Cuenta apenas con tres siglos de vida y también una larga historia de glorias y desventuras. Fundada en 1535 por un puñado de aventureros, que seducidos por unos cuantos fragmentos de plata traídos por Sebastián Caboto de sus expediciones al Paraguay, se expusieron a mil peligros para buscar la famosa Trapalanda o ciudad de los Césares, que tenía los muros de plata, los techos de oro y las ventanas de diamantes : abandonada poco después a causa de las incesantes excursiones de los querandíes, que disputaban desesperadamente su patria a los primeros invasores; fué reconstruída en 1580 por Juan de Garay, que debió defenderla nuevamente de los indígenas, los que bañaron el propio suelo con la sangre de mil víctimas, dejando memoria de aquel horrible estrago en el Pago de Matanzas. Capital del *Virreinato* del mismo nombre, Buenos Aires, pasó una vida mezquina bajo el sórdido gobierno de España, que en 1810 la perdió junto con las otras piedras preciosísimas que adornaban la corona de Castilla y la enorgullecían con el nombre de *ambos mundos*. Los descendientes de Pizarro y de Cortés, perdieron un mundo entero por cortedad de vistas políticas, por ansia de oro, por estupidez de los gobernadores, y sobre todo por abusos de poder. La reina del Plata, pasó del yugo de la tiranía al torbellino de la anarquía, y vivió mucho tiempo violentamente separada de las trece provincias hermanas, de las que es cabeza y corazón, pero sobre las cuales también desea dominar una vez. En el furor de las guerras civiles va, sin embargo, depurándose de la antigua hez con que España la embadurnó y surgirá más robusta y bella para abandonarse enteramente a la actividad febril de una juventud lozana (2).

Si se confronta el clima de Buenos Aires con el de casi todos los otros países de la América meridional, puede decirse que merece en

(1) Así se llama a las carnicerías verdaderamente ciclópeas, en la que todos los días se reducen a cueros salados y a carne seca, varias centenas de vacas y caballos.

(2) Hoy se calcula en 171.404 habitantes la población de Buenos Aires; en 1860 era sólo de 100.000

verdad el hermoso nombre que lleva (1). Su temperatura la asemeja a las ciudades del talón de Italia, y el cielo es tan transparente, que algunas veces puede verse a Venus en pleno día. El suelo es muy húmedo, estando a poca altura sobre el nivel del mar, y muy poroso a las infiltraciones. El agua del río el pura y rica de oxígeno, pues tiene tiempo de absorberlo en abundancia durante el larguísimo viaje que recorre en su dominio neptúnico, que es de 71.700 millas geográficas cuadradas, y sólo el del Amazonas que es de 18.000 millas mayor, lo relega a segundo término. En muchas casas se recoge en pozos bien construídos el agua pluvial o la que se infiltra del río en el terreno arenoso. Buenos Aires tiene, pues, aire y agua purísimos y alimentos azoados en abundancia tal, que entrega a los perros y a la putrefacción cantidad suficiente como para alimentar a los pobres de Irlanda. Hasta 1858 ninguna epidemia había desolado a este afortunado país, que se enorgullecía de tener en su viento pampero (sudoeste) un fuelle suficiente para desanidar cualquiera infección que hubiese intentado nacer allí. Esta confiada esperanza fué justificada por la última epidemia de fiebre amarilla, que despobló a Montevideo y que nada pudo contra Buenos Aires, adonde algunas personas infestadas que habían venido de la ciudad vecina, murieron en el hospital, sin propagar el contagio. Pero aquel año, desgraciadamente, se desarrolló la terrible epidemia transportada del Brasil a la capital argentina, y sólo a la entrada del invierno en este hemisferio (junio, julio y agosto), fué sofocada. Fuera de este hecho, que esperamos permanerá aún mucho tiempo como excepción, Buenos Aires fué siempre respetada por las grandes calamidades epidémicas de Asia y América.

La complexión de los *porteños*, pues así se llama a los habitantes de Buenos Aires, es generalmente buena, y es rarísimo encontrar individuos escrofulosos y raquíticos. La tuberculosis, es más bien enfermedad común, ni aquel cielo es favorable para los tísicos que llegan de otros países. Las afecciones reumáticas, las enfermedades del corazón, y especialmente las enfermedades nerviosas de toda clase, son muy frecuentes. Cuando sopla el viento norte, se experimenta un abatimiento extraordinario, un malestar general, que vuelve más sensibles a las personas de sistema nervioso irritable y a las mujeres. Cuando sopla este viento, hasta los profanos en medicina deben apercibirse de

(1) Un capitán español llamado Sancho del Campo, al tocar la orilla exclamó : « *Que buenos aires son los de este suelo* » y de esta exclamación habríase derivado el nombre de la ciudad que después se fundó sobre aquella orilla.

su maléfica influencia, porque al visitar a las bellas ninfas del Plata, encuentran lánguida y aburrida a una, con jaqueca a otra, postrada a la tercera o convulsa. En esos días fatales, los asuntos del gabinete languidecen, las relaciones sociales se relajan, los afectos del corazón sufren crisis inesperadas y peligrosas, y tal es la influencia del mundo externo sobre el giro de los acontecimientos humanos, que es necesario calcular el viento norte en todas las cosas grandes y chicas que se deban o puedan hacer bajo la bóveda del cielo *porteño*. También sufren esta influencia los extranjeros, y yo la he observado no sólo en la capital argentina, sino en las provincias de Santa Fe, Entre Ríos y Corrientes.

Es muy difícil dar una explicación satisfactoria de este fenómeno, y los físicos y los médicos del Plata han imaginado hipótesis más o menos ingeniosas, que están muy lejos de tener una demostración científica. El viento norte es caliente y húmedo; pero el termómetro y el higrómetro presentan, en otras circunstancias, idénticas indicaciones, sin que por esto la salud pública sufra el menor daño. Por mi parte, creo que hasta ahora los estudios químicos y físicos del gran mar atmosférico, en el que nos sumergimos al nacer y del que no salimos sino al morir, son imperfectísimos, y nuestros pulmones y nervios descubren diferencias grandísimas allí donde los medios de análisis y observación más delicados no pueden descubrir la menor variante. Pero se puede conjeturar desde ya, que el viento norte llega a Buenos Aires, después que ha lamido las inmensas selvas vírgenes del Brasil y del Paraguay, y que debe traer sobre sus alas los productos de la lenta descomposición organica que se realiza en una atmósfera húmeda y caliente. Este viento, por su naturaleza, debe, pues, contrastar de un modo muy brusco con las brisas ordinarias del río de la Plata, que siempre son purísimas y excitantes, sean que lleguen cargadas con la sal del océano o perfumadas por la hierba de la Pampa. Muchas veces sucede que un agente atmosférico resulta dañoso en un país y completamente inocente en otro, por algunas circunstancias accesorias y enteramente relativas al estado habitual de los habitantes. En el curso de nuestro viaje, tendremos ocasión de observar hechos semejantes, que esparcirán alguna luz sobre uno de los campos más obscuros de la higiene.

Como permanecí poco tiempo en Buenos Aires, no pude agregar nada más sobre sus enfermedades; esperemos que alguno de los tantos médicos que honran a su patria en estas lejanas regiones, sea menos avaro de sus observaciones de lo que lo han sido hasta ahora. Hay en

esta ciudad un magnífico hospital italiano y una casa de salud fundada por el distinguido doctor Luis Medici de Sarzana, que tanto ilustra allí el arte nuestro y más aun la cirugía. Nuestros médicos encontrarán en el país una numerosa población italiana, especialmente genovesa, que simpatizará con ellos, y cuando sean laboriosos e inteligentes, podrán aspirar a las más elevadas posiciones, favorecidos por las libres instituciones del país y por la hospitalidad afectuosísima de sus habitantes.

Los *porteños* son, por su complexión y carácter moral, un cruzamiento de los tipos de Andalucía y de Francia. Son de mediana estatura, ojos abiertos y negrísimos, color pálido, barba y cabellos obscuros; enjutos y ágiles de cuerpo. Las mujeres se distinguen especialmente por el fuego enteramente meridional de sus grandes ojos protegidos por larguísimas pestañas, y por la flexibilidad y gracia de sus movimientos. Los habitantes de Buenos Aires son vivaces, ligeros, intrépidos para la lucha e incansables para el reposo. Aman todo lo que brilla, se entusiasman fácilmente, pero lo olvidan con mayor facilidad aún. De pasiones rápidas y violentas, no conocen ni de nombre la avaricia; son demasiado obedientes al yugo de la moda. De talento despierto, cuentan ya con muchos hombres de primer orden en poesía, en historia y en política. Su pasta, llena de pequeños vicios y de grandes virtudes, es de las que se prestan a las esperanzas del porvenir.

Antes de dejar Buenos Aires, diré dos palabras sobre las grandes ciudades sudamericanas, casi todas situadas sobre el contorno de aquella costa gigantesca, y que para algunos viajeros superficiales forman toda la América. Estas reuniones de hombres, son verdaderos fermentos de sociedades, que se van formando y transformando día a día, por la fusión de mil elementos diversos, y así resulta dificilísimo interceptar su movimiento incesante para obtener una imagen. Aunque pudieseis aprovechar la fugitiva oportunidad de un momento para hacer una pintura, vuestro cuadro, verdadero hoy, sería inexacto mañana, falso dentro de un año. Yo vi Buenos Aires en 1854, lo vi de nuevo en 1858, en 1861 y en 1863, y mucho me costó reconocer a la misma ciudad, tanto había progresado. Para nosotros, tan habituados a encontrar en el mismo sitio las mismas cosas, y que envejecemos viendo las mismas ruínas sobre los mismos precipicios, las mismas telarañas pendientes de los mismos arcos, nos cuesta mucho poder seguir las transformaciones incesantes que plasman y organizan a las jovenes sociedades americanas.

Esas ciudades, por otra parte, son más europeas que americanas, y se las llamaría mejor injertos de nuestro viejo continente sobre el joven hemisferio de Colón. Los hilos nerviosos de los vapores les transmiten con demasiada frecuencia las convulsiones del viejo cerebro europeo, para que el país tenga tiempo y lugar de acostumbrarse a un aspecto característico, y además, los extranjeros de todas las naciones, les llevan cada día sus prejuicios, sus ciencias, sus viejos hábitos y sus pasiones, por cuya causa el elemento americano, diluído y dividido en mil porcioncillas, apenas puede ser descubierto y definido. En las ciudades americanas, no debe buscarse sino la influencia del clima cósmico y del clima políticosocial sobre las diversas naciones de Europa, y en este orden mismo, anotar sólo la vida actual y adivinar la del mañana, porque de otro modo se correría el peligro de construir castillos de naipes y teorías de espuma. Quien desee encontrar formas nuevas de civilización y observar fenómenos bien determinados de fisiología y de patología, debe internarse en el continente americano y buscar a los hombres que se agruparon en pequeños centros, aislados y divididos por inmenso espacio, y en donde la civilización europea se infiltró lentísimamente, sin que fuese deseada o acogida con gesto hospitalario; en donde pueda decirse sin temor de errar ; esta raza es americana; este vestido, esta costumbre, estas enfermedades, son productos nuevos de una influencia larga, constante, imperturbable; y si deseáis realizar conmigo semejante correría, remontemos el río de la Plata, entremos al río Paraná y desembarquemos en la fertilísima provincia de Entre Ríos.

El nombre de esta provincia, una de las más ricas de la Confederación Argentina, traduce su aspecto general (1) : encerrada hacia ambos lados por dos ríos gigantescos, el Uruguay y el Paraná, la atraviesan de norte a sud, las aguas del Gualeguay, que se alimenta de un infinito número de ríos y arroyos que dividen el país en una red de canales cavados por la naturaleza. El que arroja una mirada sobre el mapa geográfico de Entre Ríos, no puede menos que maravillarse, pensando en los mil recursos que ofrece a la agricultura, a la industria y al comercio, y piensa con Sarmiento (2) « que esa país será un día el paraíso terrestre, el centro del poder y de la riqueza, la reunión más compacta de florecientes ciudades ».

El suelo de Entre Ríos no es tan chato como el de la Pampa de

(1) Pedro Serrano, *Riqueza entrerriana*. Concepción del Uruguay, 1851.

(2) Sarmiento, *Argyrópolis*, página 83.

Buenos Aires, y se desvía blandamente en fáciles ondulaciones, alternando las fajas de prados fértiles, con listas de bosques casi todos poblados de mimosas. Allí donde la mano del hombre aun no ha cambiado la fase de la naturaleza, asombra que, sin causa aparente, alterne el prado con los bosques, como si una mano inteligente hubiese distribuído los árboles y las hierbas, y el acaso de los vientos, que transporta sin rumbo las semillas, no hubiese podido turbar el orden armonioso que tanto contribuye a la belleza del país y a las necesidades del pastoreo y de la agricultura. Aún está por investigarse, la ley que ha desplegado de modos diversos el manto vegetal sobre la superficie de nuestro globo, porque ella es, en muchísimos lugares, independiente de la estructura geológica del país, de la naturaleza química del suelo y de todas las circunstancias accidentales que tienden a hacer desarrollar a los pies de las mismas plantas las semillas pesadas que dejan caer, o a transportar a lejanas regiones, sobre las alas de sus papos, las semillas ligerísimas de muchos vegetales. He recorrido muchos millares de millas en el continente americano, y más de una vez he visto caer las semillas de miles de árboles sobre la franja extrema de un bosque, sin que éste se extendiese una línea más allá del campo que ocupaba desde tiempos inmemoriales; mientras que otras veces una sola planta se difundía en una dirección única, como si caminase empujada por una mano invisible o llamada por un polo de atracción. Saldría de los límites que me he propuesto, si entrase en mayores particularidades, pero alimento siempre la convicción de que las plantas se desarrollan sobre la costra de nuestro planeta, según la misma ley fisiológica que distribuye las plumas sobre el cuello de la paloma y los pelos y los cabellos sobre el cutis del hombre.

Entre Ríos estaba poblado en tiempos de la conquista por una raza robusta y valerosa, que se extendía hasta los países vecinos, y que comenzando por devorar a Solís, el descubridor del río argentino, causó por muchos años serias inquietudes a los españoles. Los charruas eran feroces, indómitos y crueles, y todos los historiadores les han llamado los espartanos de América. Barco, en el canto décimo de un poema poco conocido, los describe maravillosamente en estos versos :

La gente que jamás fué conquistada
Que a todo el mundo junto no temía,
. . . .
En guerras y batallas belicosa
Osada y atrevida en gran manera.

Los charrúas, indomables al yugo de la civilización, fueron destruídos poco a poco y desaparecieron de la faz de la tierra, pero dejando siempre su gota de sangre en la generación actual. Mi excelente amigo Cúneo; vió a los últimos charrúas en la guerra de Río Grande del Sud, en la que tomaron parte como mercenarios. Pasaban las noches de campamento jugando a los naipes cuanto poseían, y bebiendo en grandes tazas de calabaza una extraordinaria cantidad de mate *(Ilex paraguayensis)*.

Hoy, la escasa población de Entre Ríos, compónese de pocos blancos puros, que constituyen la aristocracia del país, poquísimos negros y de una gran cantidad de mulatos y mestizos. Sobre los diversos nombres que se dan a los productos del cruzamiento de las razas humanas en América, reina gran confusión y es muy raro que los viajeros se entiendan entre sí, porque quieren aplicar a un país las palabras usadas en otro. Una vez por todas quiero ponerme de acuerdo con mis lectores :

El *mulato,* es hijo de un negro y de una blanca, o viceversa.

El *zambo,* es hijo de un negro y de una india, o viceversa. Algunas veces se emplea este término como sinónimo de *mulato.*

El *chino,* es el producto del cruzamiento de la raza europea con la indígena americana. Esta palabra, en el Río de la Plata y en el Paraguay, equivale a la de *cholo,* que se emplea en las provincias septentrionales de la Confederación Argentina, en Chile, en Perú y en Bolivia.

El *ladino* (1), es hijo de padre europeo y de madre india. Es palabra que se usa en algunas antiguas colonias españolas, pero que no es empleada en ninguno de los países que yo he visitado (Banda Oriental, República Argentina, Paraguay, Bolivia).

El *criollo,* es en toda la América del Sur, el hijo de europeos nacido en América. Pero esta palabra suena mal a los oídos demasiado delicados de algunos sudamericanos.

El *mestizo,* es un nombre genérico que comprende al zambo, al chino y al mulato.

Estas palabras se emplean en las Antillas y en otras colonias europeas, ya con sentido más restringido o más amplio, pero en los países de que hablaré, tienen este significado exacto.

(1) Cito esta palabra bajo la autoridad de Boudin, pero en todos los países de América recorridos por mí, la he encontrado como sinónimo de *indígena que sabe español,* y podría citar en mi apoyo, a muchos viajeros de nuestros tiempos y del siglo pasado.

CAPÍTULO III

Clima de Entre Ríos. — Aguas fangosas y prepotencia de la sed. — Embriogenia de los caracteres nacionales. — Los gauchos y los habitantes de las ciudades

El clima de Entre Ríos, algo más caluroso que el de Buenos Aires, es análogo al de los otros países del Plata : aire purísimo y batido por los vientos que no detienen cadenas de montañas ni valles cerrados; rápidos cambios de temperatura, más sensibles en los diversos días de la semana y en las horas del día, que en los meses del año, de manera que se puede vestir sin mucha incomodidad el mismo traje de enero a enero; un suelo húmedo que absorbe el agua de los innumerables ríos y arroyos que lo surcan, y que difícilmente la evapora, porque es de tal naturaleza arcilloso, que se puede fabricar ladrillos en cualquier lugar. Agréguense las lluvias copiosas en invierno y escasísimas en verano, y se tendrá idea del aspecto de esta península de agua dulce. Este último carácter es el más importante y ejerce tal influencia en la salud de los hombres que se podría, tomándolo por base, dividir los climas de la América meridional en dos grandes clases, según que la estación de las lluvias corresponda al invierno o al verano. En el primer caso, se produce un feliz acuerdo entre los dos elementos climatéricos, pues el frío resulta contraveneno de la humedad, mientras la sequía vuelve menos nocivo al ultrajante verano. Allí, en cambio, donde las cosas suceden a la inversa, cielo y tierra conspiran juntos contra nosotros, y el calor húmedo y el frío seco, obran de manera muy distinta, pero siempre enemiga de la salud.

Las casas de Entre Ríos están, por lo general, mal dispuestas para defenderse de las intemperies atmosféricas y sobre todo de la humedad, que les resulta más fatal; casi todas son de un solo piso, sin cimientos, de bóvedas, y construídas con tan pésimos ladrillos, que chupan como esponjas el agua del suelo. En invierno, las calles de muchas aldeas entrerrianas se vuelven tan fangosas, que los caballos se hunden hasta las rodillas y a veces hasta el codillo; al regresar de

mis visitas médicas con la cara rociada de barro, he visto hundidos en medio de las calles, carros excesivamente cargados, que ni bueyes ni caballos podían sacar del pantano, dentro del cual casi se habían petrificado.

En este país he experimentado toda la voluptuosidad que se siente al beber sin medida el agua purísima caída del cielo, después de tragar por algunos meses la atroz bebida que da la tierra, y a la que sólo por un hercúleo esfuerzo de simpatía se puede llamar agua. Con excepción de aquellos que pueden beber de las aguas opalinas, pero salubérrimas del Paraná o de las diamantinas del Uruguay, los demás entrerrianos están obligados a saciar su sed con las aguas fangosas de los ríos del interior, o de los charcos, en los que se deleitan millares de grandes cuadrúpedos, satisfaciendo las más imperiosas necesidades de la naturaleza. Siempre recordaré que apenas puse los pies en Entre Ríos, después de recorrer más de veinte millas a caballo, bajo el látigo del sol de noviembre, me aproximé a un *rancho,* entre Gualeguagchú y Gualeguay, para pedir agua. Me presentaron un vaso de lata acribillado de golpes y en el cual me pareció ver una infusión de café o una emulsión de arcilla. Por imperioso que fuese mi deseo, tal fué el espanto con que acerqué a mis labios ese caldo entrerriano de huevos batidos, que sin duda los músculos rebeldes de mi cara debieron expresarlo, pues el buen entrerriano que me lo había ofrecido me dió ánimo, diciéndome que esa agua era un poquito turbia pero sanísima, entendiendo por esto, como lo supe algunos meses después, que en ella no habíase repodrido ningún buey, caballo, ni oveja. A pesar de la afirmación, fingí beber y agradecí. Esperaba que algunas millas más allá, encontraría agua menos infernal. Me engañaba : después de otras tres leguas, mi lengua buscaba en vano en las ardientes fauces la saliva necesaria para ejecutar sus movimientos, y haciendo de la necesidad virtud, me acerqué a un *rancho ;* y esta vez, querido lector, *più che il dolor potè il digiuno,* cerré los ojos y tragué aquel fango deshecho, encomendando mi alma a Dios. Quien no haya viajado por África y Entre Ríos, no puede imaginarse el agua que es necesario beber cuando la sed lo exige. Muchas veces he debido echarme, junto con varios argentinos que viajaban conmigo, alrededor de un hoyo que apenas daba espacio para el deleite de dos ánades, y allí, imitando el ejemplo de los otros, extender mi pañuelo sobre el agua y filtrarla, sorbiendo un líquido cenagoso.

El que arroja una mirada sobre la tierra geográfica de este país, cree apenas que en él se pueda sufrir de sed, al verla surcada en todos

sentidos por ríos y sabiendo que al cavar se da con agua a muy poca profundidad; pero el hecho es por demás exacto. Todos los ríos del interior son cenagosos, y cuando pasa mucho tiempo sin llover, se vuelven tan salados que el agua no sirve para ningún uso. Con muy pocas excepciones, el agua de pozo está tan cargada de principios salinos como para desacreditar a muchas fuentes minerales de Europa.

Ya que me he detenido, tal vez más de lo necesario, para indicar una de las causas de las enfermedades más populares de Entre Ríos, permitidme que cuente algunos hechos que también se refieren a la fisiología de la sed. Durante una de las últimas guerras argentinas, un general seguía con su ejército una marcha forzada, de la que dependía la muerte o la vida, y cercados por el enemigo, dió la orden de fusilar o de lancear inmediatamente, al primero que bajase del caballo para beber. Los soldados iban consumidos por el hambre y la sed, y la orden parecía una paradoja. Tal era su necesidad de beber, que cuando apareció una laguna, los pobres argentinos creyeron obtener del severo general una concesión, tentando su debilidad humana, y hubo quien le alargó un cuerno lleno de agua. El comandante, que apenas podía hablar por la sequedad de la boca, arrojó con rabia la copa que se le presentaba y espoleó el caballo. Aquel gesto espartano, no bastó para apagar la sed en muchos de los pobres soldados, que echados por tierra, lamían enfurecidos el agua de la laguna. Sorprendidos por un oficial, que les intimó levantarse bajo pena de la vida, gritaron que se los dejase beber y que se los lancease después : lo que sucedió. La laguna se coloreó con la sangre de aquellos desgraciados que dieron tal vez el ejemplo más evidente del irrefrenable imperio de la necesidad de beber.

En la Banda Oriental del Uruguay, los soldados de la Legión italiana, durante la famosa batalla de San Antonio, estrechados por el enemigo, bebieron sus propias orinas, en cuernos que se pasaban de mano en mano, apenas se había enfriado el licor que contenían.

Et ego horum fui, puedo decir también, porque si bien no he bebido mis orinas, he experimentado el rabioso delirio de la sed, que en nada puede compararse con el del hambre. En una larga excursión de caza, que durante los fortísimos calores de diciembre realicé a los bosques de Gualeyán, adonde el ansia afanosa de contemplar una naturaleza virgen y para mí novísima, me hacía apresurar el paso más de lo que la prudencia permitía, me perdí, y después de caminar gran parte del día sin encontrar agua, comencé primero a sentir sed, a sufrir después sed, y a tener al fin la rabia, la fiebre de la sed. Mi lengua

parecía coríacea, y la saliva, densa y glutinosa, acoplaba las mandíbulas en los movimientos instintivos que ejecutaba al espolear las parótidas y a todas sus hermanas, para que le diesen una gota de humor. Con los ojos quemados, la piel ardiente, sentía sobre todo una angustia en las fauces y en el epigastrio, en donde parecía que todas las más vehementes exigencias de la vida ganglionar y cerebroespinal se hubiesen acumulado para volverme delirante. Pensé que matando alguna paloma o algún pájaro grande, podría chupar su sangre y engañar la sed, pero el calor de la siesta mantenía a los animales ocultos en la espesura, mientras que yo caminaba por una de esas landas herbosas con bosques a uno y otro lado, por lo que hasta la sangre me era negada. Un desgraciado pajarillo, del tamaño de un gorrión, cayó al tiro de mi fusil, y transformado en un tigre por la sed, busqué en sus vísceras algunas gotas de humor. Este acto salvaje me dejó descontento de mí mismo y no me satisfizo; después de dos largas horas, que me parecieron dos siglos, encontré una planta de cactus cargada de sus frutos acidísimos y frescos, y sin preocuparme de si serían comestibles o no, devoré nueve seguidos, que en semejante ocasión, me parecieron más dulces que el fruto de la ciencia del bien y del mal. Más adelante reconocí una *oxalis,* parecida a nuestra *acetosella,* y extraí su jugo : recién pude beber a la tarde.

Sin embargo, y en premio de la paciencia con que me habéis escuchado, la providencia os libre de beber en cuernos de buey y de chupar la sangre de los pájaros.

No puedo hablar de las enfermedades de los entrerrianos, sin decir primero quiénes son, cómo están hechos, cómo comen y piensan. Con muy poca diferencia, cuando los haya descripto, podréis decir que conocéis al habitante de la campaña argentina, al europeo modificado por el cielo y la vida de América; al *gaucho,* en una palabra.

Este vocablo se aplicó originariamente a la hez del pueblo que nació del cruzamiento de la sangre de tres razas : la blanca, la negra y la amarilla, pero hoy se aplica a todos los habitantes de la campaña, que forman un marcadísimo contraste con los de la ciudad; y aunque ambos mantienen contacto, y a pesar de que muchas veces se agitaron juntos en los peligros y en los intereses comunes, siempre concluyen por separarse, como sucede con el aceite y el agua (1). Tal hecho es

(1) Perrier no tuvo razón al considerar a los *gauchos* como mestizos y sacar de esto un argumento contra los cruzamientos étnicos. (Perrier, *Essai sur les croissements ethniques. Trois mémoires, Mém. de la Societé d'antrop. de Paris,* tomo II, pág. 351.)

una prueba de la máxima influencia que ejercen las costumbres sobre la pasta humana; igual o mayor, tal vez, que la que recibe del clima. Aquí encontramos, en efecto, a los mismos hombres, salidos de una patria común, en busca de la misma cosa, y, sin embargo, por el hecho simple de que unos se establecieron en ciudades sobre el margen de las costas, y los otros se internaron a los campos pocas millas más allá, observamos dos naciones; y los hijos de los mismos padres, que hablan la misma lengua, sienten y piensan diversamente, y al menor gesto, estarán prontos para morderse y matarse.

Dejando aparte la obscura historia de los orígenes europeos, para detenernos sólo un instante en la embriogenia de las jóvenes sociedades americanas, encontramos una hermosa experiencia de tres siglos y medio, por la cual se puede adivinar la formación de los *caracteres nacionales,* fuente de tantos males en la historia de la humanidad.

De un buque europeo desembarca en América un puñado de españoles; entre ellos existen esas diferencias que ocurren entre todos los hombres y que les imprimen individualidad. Algunos, más amantes de la civilización, más aptos para el comercio y las industrias, se reunen en una colmena y fundan una ciudad. Otros, más inquietos, más independientes, vagan un tiempo, antes de formar un nido; construyen su chosa y eligen una compañera, y persiguiendo el ganado errante de la Pampa, sin cultivar la tierra, viven aislados, como lo hacen generalmente los animales carnívoros. Estos hombres, así divididos por ancho espacio, forman también una sociedad unida por vínculos comunes de simpatía, de costumbres y de intereses. Son una familia como la de la ciudad, pero menos fija, menos numerosa y más salvaje. Un siglo más tarde, el hábito ha estampado más profundamente en las generaciones el surco divisorio entre estas dos sociedades, mientras que antes sólo era un leve rasguño trazado por una ligera diferencia de tendencias. La costumbre es un ejercicio; perfecciona lo que más se repite, y pasando inalterable a través de las generaciones de un siglo, se vuelve cada vez más profunda, se estampa en las entrañas de los niños dentro del vientre materno y se transforma en *naturaleza.* Dos sociedades que, con diversas costumbres, viven una al lado de la otra, exageran sin esfuerzo su naturaleza, por la reacción inevitable de los contrastes y de la fuerza irresistible del amor propio, y en muy poco tiempo son dos naciones, dos caracteres nacionales, dos enemigos vecinos, con todas las consecuencias. Los grandes fines de la vida del universo y de las familias humanas, se obtienen en la naturaleza con los medios más simples, y la misma antipatía entre dos temperamentos, que hace

de dos hombres dos enemigos, hace de dos naciones dos adversarios, que reaccionan mutuamente derramando ríos de sangre.

En la América meridional es fácil todavía percibir con atento examen los matices del carácter nacional, distinto en cada una de las provincias de una misma nación. Aquí, las minas de plata llamaron a los más ávidos y laboriosos; allí, un valle ameno invitó a los agricultores a que surcasen su suelo; más allá, un desierto de hierbas llamó al hombre a la persecusión de los rebaños que lo poblaban y a la vida salvaje del pastoreo. Con esto hemos trazado el esqueleto moral de tres naciones, con sus caracteres que día por día se irán marcando mucho más. La populación apremia; las provincias pueden vivir independientes y prósperas; todo está dispuesto para una formación de nuevas naciones; el fruto está maduro y espera la mano que lo reciba y el viento que lo haga caer. Los tiempos están prontos, prontas las cosas y la oportunidad nunca falta. La ambición de un hombre puede armarse con los caracteres nacionales y separar con una guerra lo que durante muchos años permaneció reunido. En la América meridional, dentro de pocos siglos y después de una fusión temporaria, habrá una disolución necesaria, irresistible, a pesar de todo lo que digan los optimistas teorizadores.

Mientras tanto, sabed que el *gaucho* salvaje e independiente ha llevado ya muchas veces la guerra al habitante gentil y delicado de las ciudades; que esas guerras han originado muchas otras, y que un tirano, Juan Manuel Rosas, empuñando aquel odio instintivo entre dos familias humanas, precipitó a la una contra la otra y llegó a subyugar a las dos, demostrando que si en él era violento el instinto cruel del asesino, en nada desmerecía de la profundidad de sus vistas políticas, o para decirlo con palabras más modestas y verdaderas, de su instinto del mal. Si en la actualidad la contrición social ha dado nuevas formas a las disidencias políticas, el carozo antiguo existe siempre inalterable en el fondo de las cosas, y únicamente a los muy malos profetas, la variedad proteiforme de las fuerzas secundarias y derivadas, puede ocultar el origen de la primera fuerza. Sobre el odio y el amor se pueden injertar mil plantas más o menos buenas o malas, pero los frutos siempre reciben vida y jugo de la cepa primitiva.

CAPÍTULO IV

El gaucho. — Importancia que da al caballo. — Su manera de vestir. — Su habitación. — Naide es más que naide. — Su altivez e independencia. — Casamientos detrás de la iglesia.

Cuestión larga y difícil sería la de resolver, si es mejor, al escribir la historia de las enfermedades de un pueblo, comenzar por describir su aspecto, su temperamento y su modo de vivir, o precederla de un esbozo sobre el carácter moral de los habitantes. Por más que me seduzca este problema, que abarca tan vasto espacio de las ciencias filosóficas y médicas, lo abandono a mis lectores, con quienes espero entenderme, aunque al desenredar la madeja, comience por la cabeza o la cola.

El *gaucho*, o el argentino de la campaña (1), es un hombre alto, enjuto y moreno. Apenas puede tenerse en pie, después de apartado del pecho materno, se le coloca a caballo en la delantera de la silla paterna, y aprende así al mismo tiempo, a conocer el suelo que pisa y el fiel animal que ya no abandonará hasta la muerte. Aislado de los amigos y de las ciudades por inmensas distancias, no posee otros medios de reunirse al común consorcio de los hombres, que su caballo; sustentándose con la carne libre y salvaje que anda por las llanuras, no tiene otro artificio para procurarse alimento, que su caballo : verdadero árabe de América, posee con este nobilísimo animal el instrumento más indispensable para la vida, la fuente de las riquezas, el amigo inseparable en el reposo y en el trabajo, en la guerra y en la paz.

El *gaucho* pasa más de la mitad de su vida sobre el arzón, y a menudo come y dormita sobre la silla. A pie camina mal, y al arrastrar las inmensas rodajas de sus pesadísimas espuelas, que le impiden

(1) Según algunos, la palabra *gaucho* derivaria de la de *gatchu* (compañero) de la lengua araucana.

caminar como nosotros, parece una golondrina desterrada y sujeta a morar en la tierra. Hasta hace pocos años, los mendigos de Buenos Aires pedían limosna a caballo, y más de una vez he visto al *gaucho* subir a caballo para ir hasta el fondo del corral y traer agua del pozo. No deben asombrar entonces las palabras que oí decir a don Zenón, un estanciero de la Bisacha, en Entre Ríos, palabras que parecían abrasadas en el aire del desierto y que cito textualmente :

El consuelo del hombre es el caballo,
Pues de Dios es el caballo.
Sin caballo el hombre es nada.

La abundancia de caballos es causa de que nadie se preocupe de evitarles el cansancio, y el *gaucho* va casi siempre al galope, muy raras veces al *tranco*. Sin fatigarse puede recorrer durante varios días continuos 120 y hasta 180 millas cada veinticuatro horas, cambiando caballos. Después de algunos meses de residencia en Entre Ríos, ya no me asombraron más tales proezas, porque yo mismo, aunque grácil de cuerpo, podía recorrer noventa millas sin cansarme, en el espacio de once horas y bajo el cielo abrasador de diciembre.

De esta sola necesidad de vida aérea, sacan forma y medida mil elementos de la vida física y moral del *gaucho,* desde su esqueleto hasta la más tierna expansión de sus sentimientos. He aquí la demostración más evidente : entre una y otra, llenad las lagunas con las modificaciones menores, con los hechos secundarios, y tendréis completa la historia de la influencia que puede ejercer sobre un individuo y una nación, una costumbre incesante.

Las tibias del *gaucho* son muy encorvadas por su presión continua sobre el cuerpo del caballo y la tensión prolongada de los músculos.

Sus músculos lumbares y los demás que mantienen erguido el cuerpo, están tan desarrollados, que hacen sospechar antiguas monstruosidades en lo que no es sino natural.

El *gaucho* detesta por instinto la agricultura, la industria y todo lo que le obliga a trabajar de a pie o sentado. Por consiguiente, es carnívoro por excelencia.

Para componer su vestido, ha buscado todo lo que pueda hacerle más cómodo su modo de vivir. Los pantalones lo aprietan, la corbata lo oprime; necesita aire y libertad. Rasga en el medio un trozo de paño y pasando la cabeza por la hendidura, hace una especie de casulla que llama *poncho ;* otra tela *(chiripá)* le ciñe la cintura y cae en am-

plios pliegues sobre los muslos, dejando desnudas las piernas, que cubre con *botas de potro*, o calzado sin curtir, fabricado con el cuero de las patas del caballo. Este vestido elemental del *gaucho* no necesita ni costuras ni cortes artísticos, y es el más simple, el más cómodo que pueda improvisarse cuando no se dispone sino de una tela y un cuchillo. Esta manera argentina de vestir, ha sido después modificada por las modas europeas, que se van infiltrando lentamente como demostración de la influencia niveladora y omnipotente de las razas dominantes, pero contra la introducción del pantalón, el argentino de la campaña luchará mucho tiempo, pero antes de que abandone su *poncho*, pasarán todavía algunos siglos.

Un hombre que vive la mayor parte del tiempo sobre el lomo del caballo, no puede dedicar mucha atención a la arquitectura de su casa. Esta se reduce en su forma más simple a una choza de juncos y de ramas *(rancho de totora)*. La precede en orden gerárquico, una casucha con armazón de gruesos troncos embadurnados de barro *(rancho de estanteo)*; sigue el *rancho de adobe*, construído con ladrillos crudos secados al sol. El pavimento de todas estas casas es la arcilla y desnuda tierra de nuestros padres, y si la fecunda naturaleza del país no hace brotar en ella árboles y flores, es porque la pisan continuamente sus habitantes. Estas construcciones no necesitan arquitectos y el *gaucho* hace de albañil y de ingeniero, y derriba y reconstruye su propia casa con la mayor facilidad. Algunas veces, al tomar posesión de un terreno, comienza por plantar en el suelo aun cubierto de un tapiz herboso, cuatro troncos de árboles sobre los que sujeta un telar de madera y teje un plano de tiras de cuero sobre las cuales extiende su lecho; cubre después estos cimientos de vida social, con un techo de juncos sostenido por algunos palos que hasta algunos días antes, eran mimosas de hojitas recortadas y elegantes. Muchas veces la falta de lluvia impide al habitante de esta jaula hacer barro para rellenar las paredes de su propia casa, y durante muchas semanas vive con su familia en una vida más que pública, expuesto a todos los soplos de la rosa de los vientos y poniendo en práctica el deseo de aquel filósofo antiguo, que hubiese querido vivir en una casa de cristal, para que todos pudiesen examinar su conducta.

No se crea, sin embargo, que en las aldeas del interior de Entre Ríos todas las habitaciones son *ranchos*; también hay elegantes casitas de un solo piso, construídas con ladrillo cocido y cubiertas de una terraza (azoteas), y desde hace pocos años se pueden admirar algunas casas de dos pisos. En general, se puede estudiar a maravilla la embriología

de la ciudad, observando en poco espacio de terreno las infinitas formas sucesivas de la arquitectura primitiva.

El mueblaje y los utensilios de la casa del *gaucho* están reducidos al término mínimo, y algunas veces no se encuentra más que una mesita, una silla, una especie de chafarote para asar la carne (*asador*), y una cafetera para preparar el mate. En las casas más pobres, el lecho está formado por la silla nacional (*recado*), la que con las diversas partes que la componen (*sudadero, jergón, carona de vaca, jerga, carona de suela, lomillo, cincha, pellón, sobrepuesto*, o *sobrepellón*, y *sobrecincha*), permite al argentino improvisar una cama aún en medio del desierto.

La puerta del *rancho* es a menudo una table desunida o un cuero de caballo o de buey.; otras veces falta por completo.

Recordaré siempre que durante los primeros tiempos de mi estadía en América, al entrar a la choza de un rico *estanciero* que había solicitado mis servicios, fuí acogido con las frases sacramentales : *Pase usted adelante, tome usted asiento*. Miraba a mi alrededor, buscando inútilmente con los ojos un asiento para satisfacer el deseo cortés de aquella buena gente, y acabé por sentarme en el lecho, sin imaginarme jamás que algunos prismas de madera tallados quizás por una mano preadamítica, estuviesen destinados al reposo del cuerpo humano.

Esta sordidez contrasta a menudo con las riquezas de los propietarios, y siempre con el lujo oriental con que adornan sus caballos. El *gaucho* se resuelve con frecuencia al inmenso sacrificio del trabajo, para economizar algún dinero y destinarlo a adornar su ídolo, de modo que su casa puede estar sin puertas y sillas, pero las riendas de su *parejero* (palabra honorífica que distingue al caballo de carrera) estarán cargadas de plata, y lo mismo el pie, calzado con el botín de montar, del que salen las puntas del pulgar y del índice, brillará con dos inmensas espuelas del mismo metal. He visto un par de estribos fabricados con ochenta libras de plata, y he conocido a un coronel que no sabía leer ni escribir, pero que llevaba sobre el caballo un valor de quince mil liras en metales preciosos.

Una de las diversiones predilectas de los argentinos, es la *carrera* o corrida de caballos, en la que generalmente, sólo toman parte dos jinetes, recorriendo sin silla el espacio de 300 ó 400 metros. Cuando corren muchos caballos, la carrera se llama *muchile*. A las patas de un *parejero* se juegan sumas enormes, y no es raro ver a un *gaucho* rico que, después de perder todo el dinero que llevaba consigo, los adornos de plata y hasta su mismo caballo, regresa a su casa de a

pie, lo que constituye el extremo oprobio de la pobreza. He visto una vez a un capitán, exaltado por las emociones de una carrera, jugar diez mil francos primero, después una extensión de tierras y, por último, un rebaño de algunos millares de ovejas.

Por otra parte, el dinero es para aquella gente instrumento de placer y nada más, pues muchas veces he sentido repetir estas expresiones : *¿Para qué quiere uno la plata? Lo que yo quiero es la amistad de los hombres... Yo busco la plata para servir a los amigos... La plata se ha hecho para gastar... acaso nacemos para semilla?*

¿Quisierais tal vez decirme que os he llevado más allá de lo debido, y que nada tiene que ver el andar a caballo con esa generosidad o negligencia? Perdonadme, queridísimo lector, pues en esas expresiones veo también una forma de la vida independiente y nômade del gaucho, observo un resultado de sus hábitos físicos, y si compartis conmigo aversión por las teorías, dejad que os haga conocer, en cuanto pueda, al hombre que juntos estudiamos, con sus propias palabras; dejad que os presente en acción algún fragmento de su vida, de modo que poniendo en las cosas que escribo el menor trabajo intelectual posible, os ofrezca la naturaleza pura y simple, como lo haría una fotografía.

La espléndida generosidad de los argentinos de Entre Ríos y de las provincias platinas (Buenos Aires, Santa Fe, Corrientes), irá perdiéndose a medida que se acreciente el valor de la propiedad. Habituados hasta hoy a abandonar de improviso sus bienes para ir a las guerras, de las que regresan más pobres que Job, avezados a pasar en pocos años por todas las vicisitudes de la fortuna más inestable, no dan gran valor al dinero. Por otra parte, la gran facilidad para ganarlo cuando lo quieren, los hace pródigos y despreocupados. En estos países, si un hombre sano no sale jamás de pobre, es por culpa propia, y toda su miseria no se reduce a más que a la falta de lo superfluo. El cruel problema del hambre es una utopía. Al *gaucho* más pobre del mundo no le faltará jamás un caballo, y la hospitalidad le dará en cada lugar un techo y una *trincha de asado*.

De sangre española, por eso soberbio; de sangre americana, por eso más libre que el aire; campos vastos como el cielo; vida fácil y rica; ansias de espacio apenas refrenadas por el límite del mar, de los ríos y la resistencia de los caballos; ahí tenéis los elementos para definir a aquel individuo o aquella *especie moral* del hombre que se llama *gaucho*.

Él os dice en mal español, pero alta la cabeza : *naide es más que*

naide; ninguno es más que otro. Pide trabajo y da hospitalidad; ruega y amenaza con la misma indiferencia y sin implorar ni humillarse jamás. Aparenta a veces despreciar las propias riquezas, como si no quisiera transformarlas en instrumento de privilegio o jerarquía. Un propietarios de Gualeguay, me decía : *Yo soy muy feliz aunque pobre, porque yo soy pobre, muy pobre, puede ser el hombre más pobre de la provincia; no tengo más que dos mil yeguas y quinientas vacas.*

Algunas expresiones de humildad, algunos gestos de sumisión, ciertos movimientos de espina dorsal que nosotros hemos heredado de nuestros padres, no se ven jamás entre esta gente. El sirviente se distingue apenas del patrón por las maneras y el vestido, y al menor insulto que ofenda su altiva naturaleza, sabe que tiene a pocos pasos un caballo que puede ayudarle a buscar un pan más honrado y menos duro.

Recuerdo con placer un rasgo de altivez de un entrerriano. Jugando al naipe con un amigo en una *pulpería* (despacho de licores y bodega universal), ganó, entre una copa de ginebra y otra de aguardiente, veinticinco onzas de oro. El perdedor, sin inmutarse, abrazó al vencedor, y alargándole la mano, le dijo : Me has quitado cuanto tenía, pero no me enojo por eso; sólo te pido, en cambio, que me dejes pasar una noche con tu *piscoira* (querida). El afortunado jugador le arrojó a los pies todo el oro ganado, y separándose al punto, le dijo : Si el dinero que la suerte me ha dado te concede el derecho de oferderme, tómalo, no lo quiero. Cuando haya agregado dos palabras sobre las costumbres de los entrerrianos, resultará más clara aún la varonil altivez de este gesto.

Los gauchos y los entrerrianos, aislados en medio del desierto de sus pastos, no reciben ninguna educación moral y religiosa, y siguen por tradición sus costumbres algo ligres. Más de la mitad viven en *concubinato,* aunque es necesario confesar que tratan a sus *piscoiras* como si fuesen esposas verdaderas y aman de todo corazón a los hijos que nacen de estos matrimonios no consagrados. Este modo de vivir, se llama *ser casado por detras de la iglesia.*

Muchas veces un hombre, después de haber vivido con una mujer, la abandona con varios hijos, lo que no hace gritar traición, ni derramar una lágrima; la abandonada puede muy bien encontrar un segundo marido *detrás de la iglesia,* y a veces hasta *por la iglesia.* Los bastardos nacidos fuera de matrimonio, se llaman *entenados.* El casado olvida con frecuencia a los hijos que tuvo antes de su matrimonio,

ni los saluda cuando los encuentra en su camino, aunque la descendencia sea tácitamente reconocida por todos.

Parece que, en estos casos, el amor paterno fuese como impuesto por la ley y por la bendición del fraile, pero no sentido. El continuo enredo entre el concubinato y el matrimonio, enerva los vínculos sociales, mantiene la corrupción y hace abortar los más nobles sentimientos. Sólo el amor materno no naufraga en medio de esta tempestad, y las argentinas más corrompidas educan a sus hijos, aunque muchas veces podrían responder a quien les preguntase el nombre del padre, como aquella que contestó : *Legión*. El infanticidio es rarísimo y casi desconocido; en el interior no existen casas de expósitos, pero es fácil hacerse ceder por muchas madres uno o más hijos para adoptarlos.

En la campaña tienden, a menudo, vuestro lecho en el cuarto común, y dormís cerca de las concubinas, de las sirvientes y de las hijas de vuestro huésped...

Llamado una vez un médico para asistir a una enferma, cerca de Victoria, el hijo, para inducirlo a diferir su partida hasta el día siguiente, hizo el elogio de la buena cama que le tenía destinada, agregando que daríale por compañera una linda joven.

En las pequeñas bodegas enciclopédicas que hay en las campañas (*boliches* si son pequeñas, *pulperías* cuando grandes), se pueden observar de cerca las costumbres ingenuas de esta gente. Las muchachas del vecindario llegan hasta allí, muchas veces solas, a efectuar compras para la familia o a vender cueros de oveja, de nutria o de vaca, y prendándose de cualquier tela o fruslería, se venden con la mayor indiferencia para satisfacer sus caprichos. Varios comerciantes me aseguraron que la única medida del grado de su virtud era la diferencia que asignaban a sus favores. Frecuentemente, la virginidad de una muchacha, es pagada con un pañuelo de algodón o una cinta. Recuerdo haber visto, en brazos de la corrupción más grande a algunas criaturas aún impúberes. Una joven y linda paisana, aproximadamente de doce años, me decía un día, entre otras cosas semejantes, que no le gustaba dormir con solo un hombre, sino con dos al menos, y que tenía el mayor desprecio por los hombres *flojos para el trabajo*, etc., etc. Y, sin embargo, aquella niña que yo creía, para vergüenza de sus nefandas palabras, de buenas costumbres, era hija de padres virtuosísimos, pero que como todos los demás habitantes del país, bromeaban continuamente con los muchachos, diciéndoles : *Vení, que te voy a capar... andá dormí con aquella muchacha*, etc.

Al estudiar las costumbres, las enfermedades y la historia de estos países, es necesario tener siempre presente el abuso universal de los placeres amorosos, estimulados casi hasta los confines de la posibilidad humana. No se conocen artes lascivas, ni vicios contra natura. El onanismo es una excepción rarísima.

Para mis lectores americanos, siento la necesidad de remarcar una vez más, que hablo de los *gauchos* y no de los habitantes de las ciudades, y que es necesario admitir la inmensa diferencia que hay entre estas dos clases de hombres, y apoyar la educación y las leyes sociales sobre una verdad inconcusa demasiado a menudo olvidada.

CAPÍTULO V

Fiestas argentinas. — La hierra. — El lazo y las bolas. — Riña de gallos
Juego de la sortija. — Funerales y danzas

Las fiestas son, tal vez, unas de las expresiones más francas y vivas del carácter de un pueblo, porque con ellas se esfuerza el hombre en procurarse un placer fácil, espontáneo y al alcance de todos, pues debe encontrarlo en su propia naturaleza y en la de las instituciones civiles que lo rigen. Una fiesta refleja siempre la imagen del organismo moral de una familia de hombres, y un fragmento de su historia y de sus tradiciones. Pero todo esto no es bastante; arrastrado el hombre por la pendiente del placer, el contacto con otros hombres le vuelve más expansivo, más locuaz, y rompiendo por algunas horas esa corteza de hipocresía, que en las sociedades más libres le imponen siempre las costumbres de la vida civilizada y más que todo la mutua seguridad del amor propio, enseña con más transparencia las últimas fibras de su urdimbre moral. Si sois de la misma opinión y queréis estudiar conmigo al *gaucho* argentino, acompañadme a Entre Ríos, adonde os invito a una *hierra* (1).

Estamos en invierno o al principio de la primavera, y un rico *estanciero* nos ha invitado a su fiesta. Desde los cuatro rumbos del horizonte herboso que de lejos limita nuestra vista, avanzan grupos de gente a caballo, o familias amontonadas en carros de dos ruedas, lentamente arrastrados por dos bueyes; de todas partes llegan un retintín de espuelas, un relinchar de caballos, un murmullo de voces. La *señorita* salta ligera de la grupa en donde sosteníase apretada al flanco del padre o de un amigo; los jóvenes, picando sus cabalgaduras, que parecen como recién salidas de las carreras desenfrenadas de la salvaje

(1) Véase mi monografía sobre las fiestas : MANTEGAZZA, *Cuadros de la naturaleza humana. Fiestas y embriaguez.*

libertad, se ejercitan en juegos peligrosos, y hacen brillar al sol mil guarniciones de plata. Mientras tanto, el dueño de casa ha reunido desde el alba en el corral, todo su ganado bovino, y por vez primera contempláis, encerrados en estrecho recinto, centenas y millares de animales cornudos, que así condensados y excitados, parecen un mar de materia viva, que se agita y alborota.

Un *gaucho*, montando su caballo y agitando en el aire con mucha elegancia el nudo abierto de su lazo (1), hiende la onda de aquel océano bovino, y con vista que nunca yerra, distingue al ternero que aún no está marcado y arrojándole el asa del lazo lo aprisiona y arrastra fuera de la empalizada. Apenas se ve libre en el campo, el animal intenta escapar, y cuando demuestra que va a satisfacer este deseo, desde un cerco vivo de *gauchos*, que están de pie en las puertas del *corral*, parte silbando un torbellino de lazos, que antes de que termine de contarlo, le envuelve y apreta en una red inextrincable, le detiene en su carrera y le ofrece, tendido, al hierro del *marcador*, el que llega corriendo con la marca enrojecida y estampa sobre uno de los flancos el testimonio de vasallaje, el signo que protege de las pérdidas y de los robos al propietario. Desde este momento, apenas se deshace la red que lo envuelve, el fresco buey puede correr de nuevo a los pastos de la pampa, a los que vendrá más tarde a buscarlo el hierro del carnicero.

En un país en el que los campos no están encerrados por setos, ni zanjas, la marca constituye la única garantía de propiedad y su dibujo se deposita en los archivos públicos. Cuando se venden caballos y bueyes, el nuevo propietario estampa su marca, y el antiguo dueño también de nuevo la suya, en señal de que acepta el contrato, por lo que dos marcas de la misma forma, se anulan. Muchas veces he visto caballos que tenían el cuero como un mapa geográfico, marcados en los dos flancos y hasta en el cuello. A las ovejas se las contramarca, con cortes de diversas formas, en las orejas, y se multiplican los mismos cortes en las orejas y colas de los bueyes, para evitar, lo mejor posible, las equivocaciones entre marcas semejantes. Es extraño ver cómo el gaucho más grosero y menos inteligente, que tal vez no conoce la *o* por redonda, sabe distinguir perfectamente y a primera vista, cien

(1) El *lazo* es una larga cuerda de cuero trenzado, que pasando por un anillo de hierro por uno de sus extremos, se fija por el otro a la silla del ginete, y forma así un lazo volante que en las manos del gaucho, por la seguridad y la rapidez de su manejo, resulta más maravilloso que un arma de fuego. El lazo, para la vida pastoril del argentino, es más necesario que los pantalones para la vida civilizada del europeo.

marcas distintas entre rebaños de varios propietarios que se han mezclado, lo mismo que traza el dibujo de todas en el suelo, aunque algunas sean complicadísimas. Vaya esto como una de las mil pruebas de la influencia del continuo ejercicio sobre el desarrollo del poliedro intelectual.

Una de las operaciones que exigen mayor agilidad de músculos y más agudo golpe de vista es, sin duda, la de echar el *lazo* a un animal que huye, aprovechando el instante rapidísimo en que levanta del suelo una de sus patas anteriores, pasándolo por entre ésta y el casco y derribando en un relámpago al prisionero. He visto practicar esta operación, que se llama *pialar,* cien veces y otras tantas la he admirado como cosa prodigiosa. Los *pialadores* más hábiles, apuestan que ceñirán con el nudo de su lazo la pata derecha o izquierda de un caballo que huye a todo galope, o las dos manos de un toro que corre mugiendo. Es así que un hombre solo puede apoderarse, sin armas de fuego, del animal más salvaje de la pampa, degollar un buey, detener a un caballo que huye, estrangular un tigre.

Imposible imaginar ojos más agudos y manos más seguras que las del *gaucho*. Un amigo mío, en viaje por la campaña, vió huir una familia de avestruces que, gracias a sus zancas, fatigan a los caballos más robustos. Espolear su caballo y desprender de su silla las *bolas* (1) fué cosa de un minuto. Cuando ya cerca del avestruz estaba por arrojarle el arma, su caballo rodó, pero el argentino, enderezándose en pie y corriendo siempre, hizo silbar por el aire su proyectil y alcanzó al avestruz. Es habitual entre los *gauchos* permanecer de pie en las caídas del caballo, lo que les resulta más fácil a causa de los estribos

(1) Las *bolas* son tres pelotas de hierro o de piedra, del tamaño de una naranja pequeña, forradas con cuero y unidas a un centro común por tres cuerdas de igual extensión. Cogiendo con la mano la bola más pequeña, se hacen girar las otras con fuerzas alrededor de la cabeza y se arrojan con una extraordinaria rapidez sobre el animal que se desea prender.

En los ejercicios del pastoreo, en la caza y en la guerra, si falla el *lazo*, siguen las *bolas*, que a menudo estropean y destrozan al infeliz que alcanzan y envuelven. Más de un general en fuga, se vió detenido en su precipitada carrera, por esta arma, que amarrada a un pie de su caballo lo arrojaba de la silla, si a tiempo no acertaba a cortar, al vuelo, con el filo de la espada, la cuerda mortífera.

Sobre esta arma original, los viajeros emitieron opiniones muy diversas, por lo que nos permitiremos dar sobre ella algunas noticias recogidas de nuestros estudios. Las *bolas* son de origen indio y eran conocidas antes de la conquista y no se sabe si otro pueblo las usó alguna vez. En una carta inédita de la hermosa colección del señor Muñoz, que remonta a los primeros años de 1500, firmada por un tal Ramírez que acompañó a Caboto en su expedición contra los *querandíes*, indígenas de Buenos Aires destruídos poco después del descubrimiento del Río de la Plata, se leen estas palabras, que reproduzco traducidas del español : « Estos querandíes son tan veloces, que igualan a un gamo en la carrera, combaten con arcos y flechas, y con algunos globos de

tan estrechos que usan y en los que apenas entra la punta del pie.

Mientras los hombres atienden la *hierra*, compitiendo en su habilidad en *pialar*, las *señoritas* se atarean en los preparativos de la comida, en la que jamás deben faltar los tradicionales pasteles (pastelitos de carne, pasa, tocino, etc.), sean de *ojaldra, repulgados* o *de bocado*.

La fiesta termina con un baile que casi siempre se realiza al cencerreo de dos o tres guitarras mal afinadas. La danza más común es el *pericón*, pero también se bailan el *cielito en batalla* o *de la bolsa*, el *gato*, los *aires*. El *fandanguillo*, de origen andaluz, se baila raras veces.

Los bailes nacionales argentinos son graciosos, tranquilos, acompañados de mucha mímica y a menudo de cumplimientos rimados (*relaciones*), que se dirigen unos a otros y que alternan con el castañeteo de los dedos y el martilleo de los talones.

Entre un *pericón* y un *cielito*, corren copiosas libaciones de vino y aguardiente, mientras los más sobrios chupan mate, y el poeta de la reunión improvisa cuentos y chistes amorosos, que con voz nasal y melancólica acompaña con la guitarra. Muchas veces he admirado en aquellos improvisadores gran fantasía y espiritualidad, pero mis oídos se han revelado siempre contra aquella música horrorosa y que es, sin embargo, la única armonía nacional del *gaucho*. El chisporroteo vivaz y lascivo de las canciones andaluzas, se ha perdido completamente en las campañas argentinas, y la pampa solitaria y las costumbres de la

piedra, redondos como una pelota y del tamaño de un puño, que unidos a una cuerda que les sirve para dirigirlos, arrojan con tal seguridad que nunca yerran ».

También los Charrúas, de los que muchos americanos aun se acuerdan, usaban con mucha destreza la misma arma, aunque Azara (*Descrip*, tomo I, pág. 146) nos asegure que no las conocieron. Barco, en su poema ya citado, dice en el canto X, página 105 :

Tan sueltos y ligeros son, que alcanzan
Corriendo por los campos los venados;
Tras fuertes avestruces se abalanzan
Hasta de ellos se ver apoderados :
Con *unas bolas que usan* los alcanzan,
Si ven que están al lejos apartados.
Y tienen en la mano tal destreza.
Que aciertan con la bola en la cabeza.

Para reforzar aun más mi opinión, citaré también el más antiguo de los cronistas del Plata, testigo de los hechos que narró, el alemán Ulderico Schmidel, que en el capítulo octavo de su memoria, compara las *bolas* con balas de artillería y cuenta que en la primera batalla de los *querandíes*, éstos mataron con esa arma a don Diego de Mendoza, hermano del Adelantado, seis hidalgos y veinte soldados de infantería y caballería. (Véase Magariños Cervantes, *Estudios históricos*, etc., página 326. París, 1854.

vida salvaje e independiente, han creado una música triste, monótona, lúgubre, en las que a veces mal se asocia la lascivia con el estoicismo apático de las razas indias.

La riqueza del *estanciero* que nos ha invitado a su *hierra*, se mide por la duración de su fiesta, que puede prolongarse tanto un día, como una semana.

Después de las carreras de caballos que se realizan en verano, la diversión predilecta de los argentinos en el invierno, es la *riña*, o pelea de gallos. Durante esta estación, se ven en todos los patios y delante de las casas, grandes jaulas de cañas, en las que está encerrado el gladiador con la única compañera, que se le concede. El gallo es preparado para la lucha, con un régimen dietético, reglamentado por leyes severas y principios científicos, y así como con la castidad se intenta hacerlo más digno de los lauros marciales, se procura con alimentos suculentos fortificar su fibra muscular, en mengua de la gordura linfática de los flojos. De cuando en cuando, se educa al gladiador en las luchas de la batalla, cubriendo su espolón con una camisa de cuero para que no pueda herir, y en estas pruebas se calcula el valor del campeón y se forjan sueños más o menos dorados sobre el porvenir. He visto a un *gaucho* que durante muchas semanas había empleado los cuidados más solícitos en la educación de sus alumnos, quedar desilusionado de sus más risueñas esperanzas durante uno de estos simulacros y destrozar con rabia y furor al poltrón que se había retirado al débil ataque de una gallina.

Cuando el gallo está *compuesto*, se lo lleva al *reñidero*, verdadero teatro, que paga un derecho al gobierno, y en el que se exhiben, escritas sobre una gran tabla, las leyes de la guerra gallesca. Depuesto el campeón en medio de la arena, se le busca un rival, al que se pesa y confronta, para igualar en lo posible a los combatientes en tamaño y peso. Las armas son las espuelas naturales u otras postizas de latón o de plata. Las de acero están prohibidas por reglamento, porque se las cree venenosas.

La *riña* puede durar hasta la muerte de uno de los gladiadores, o hasta que uno de ellos cede el campo y huye por una pequeña salida que está siempre abierta para los cobardes en una esquina de la arena. También se considera derrotado el gallo que, sangrando, bizco y tal vez caído el pico, canta, llamando a su socorro a las gallinas de su harén. Este reclamo supremo a las compañeras de sus placeres, es para nosotros los europeos muy conmovedor, y hace en cambio desternillarse de risa a los argentinos, que lo consideran como la más

segura manifestación de cobardía y, por consiguiente, de la más oprobiosa derrota.

Es sorprendente el entusiasmo con que los argentinos asisten a este espectáculo, en el que el silencio, inspirado por la ávida curiosidad de la lucha, es interrumpido de cuando en cuando por los gritos de las apuestas. Al valor de los gallos, los más ricos juegan a veces sumas enormes, mientras los pobres se contentan con llevar su óbolo de unos cuantos reales al tapete sangriento de este juego cruel. Las corridas de toros han sido prohibidas en muchos países de la América meridional, y en esto los hijos son mejores que sus padres, pero la *riña* es una de las diversiones predilecta de los americanos y durará aún muchos años.

En las grandes fiestas nacionales y en las solemnidades religiosas, jamás falta en la plaza de la aldea un arco, del que pende un pequeño anillo de oro, apenas suspendido de una débil cinta de seda. Deben los jóvenes, corriendo precipitadamente a caballo, pasar por debajo del arco, enhebrar el anillo con una varita y separarlo. Este juego de la *sortija*, se realiza en presencia de las autoridades civiles y militares del país y en rueda de las elegantes señoritas, que con sus pañuelos y sonrisas, animan a los caballeros en la difícil empresa, para enorgullecerse de adornar sus dedos con el obsequio del vencedor. Esta fiesta recuerda los gloriosos tiempos de nuestra edad media.

Si no fuese por el viaje un poco largo, os aconsejaría que fueseis a morir a Entre Ríos, porque al menos tendríais el consuelo de saber que vuestra muerte hará pasar a muchos vivos una noche de alegría. Cuando de miembro viviente de la sociedad un hombre se ha transformado en cadáver, se le viste inmediatamente con sus mejores trajes y se le acomoda en un cuarto, sobre un féretro o sobre el suelo. Esta operación se hace con tanta solicitud, que llamado muchas veces a distancias de algunas millas para socorrer a un moribundo, lo encontré ya vestido y rodeado por un cerco de velas de sebo, esperando que entrase la noche para recibir el tributo del *velorio*. Sin conocer los estudios de Brown-Séquard, aquella buena gente sabe distinguir el momento en que aparece la rigidez cadavérica y se apresura a vestir sus muertos antes de que ésta se lo impida.

Al *velorio* se invita a todos los parientes y amigos; por sí mismos se invitan los vecinos, los parásitos y los holgazanes. El objeto es velar una noche, rogando en favor del alma que ha partido, pero entre uno y otro rosario, se toma mate, se come, se bebe y se juega. La descarada gritería de los jugadores y el rastro de las palabras de amor, interrumpe el murmullo triste y lento del *De profundis*, al que se dedican

algunos pocos deudos. El concurso de la alegría y del dolor, de la vida y de la muerte, forma un contraste tan inarmónico, que no se puede por menos que temblar, pensando en la extrañísima pasta de la que está hecho el *Homo sapiens* de Linneo. Sin embargo, creed bajo mi palabra, que los entrerrianos no son más duros de corazón, ni más escépticos que los romanos, que pagaban las lágrimas y compradas las encerraban en la urna, en ludibrio del silencio venerable de la muerte, o como los buenos milaneses que huyen de la casa del difunto, no sé si por horror del féretro o en salvaguardia del propio egoísmo.

Cuando en Entre Ríos muere un niño, el velorio es acompañado siempre con bailes. De aquí deriva el proverbio argentino : *Morí para que bailemos*. Triste escuela para la juventud, que educándose para la vida, ve recibir con fiestas a la muerte.

CAPÍTULO VI

Lengua y fisonomía íntima del gaucho. — La fiesta de San Juan y los chiririres
El *pediculus capitis* en Entre Ríos. — Gastronomía. — Nomenclatura caballar

Si estáis cansado de seguir al *gaucho* en sus correrías por los herbosos desiertos de la pampa, o de oir el monótono acompañamiento de su guitarra al *pericón,* picad el caballo y en cinco minutos habremos llegado a su rancho, que sobre la extrema franja del horizonte aparece como una oveja descarriada. Afirmaos bien en el arzón, porque vuestro deseo está husmeando las dulzuras del reposo y una avalancha de perros de todos los tamaños y colores, nos sale ladrando al encuentro. Ya hemos llegado y hemos podido hacer sentir nuestra voz en medio de aquel infernal alboroto : *Ave María;* y una voz áspera que apenas logra expresar la cortesía, nos responde : *Sin pecado concebida; bájese usted si gusta.* Sí, entremos, sin inquietarnos del entrecejo de aquel hombre cuya fisonomía figuraría muy bien en una escena de los *Bandidos,* o en un cuadro de Rembrandt. Podemos estar seguros de ser bien acogidos, pues ya ha preparado con la humeante pava un mate, y antes de que os hayáis sentado, nos lo ofrecerá con sus propias manos. Las mujeres de la casa han entrado, una detrás de la otra, con sus hijitos, curiosas por vernos e impacientes por demostrarnos su cortesía y escuchar las noticias de las aldeas vecinas : pero, ea, vamos, no estéis así, tímido y empecinado, armonizad pronto con la atmósfera moral que os circunda, no sea que vuestro porte reservado haga renacer el odio antiguo del gaucho por los hombres que usan pantalones.

Si habéis aprendido el español en la Universidad de Salamanca o en los círculos aristocráticos de Castilla la Vieja, no hagáis mal ceño a la lengua que se habla alrededor vuestro. La pronunciación se parece mucho a la andaluza y está bastante corrompida; la *ll* se pronuncia

como la *y*; la *c* como la *s* y la *z*. Os llegarán al oído muchas palabras que en vano buscaríais en el gran Diccionario de la Academia de Madrid. Los nombres de las plantas y de muchos animales son tomados de la lengua *guaraní*, como también algunos colores del pelo de los caballos (yaguané, pangaré) (1). El hígado es llamado *chipá*. Algunas palabras, no sé cómo, han descendido de los Andes con el *quichua*, lengua de los Incas, y se han mezclado al español de los argentinos, como *yuyo* por hierba, palabra adoptada aún en las ciudades por las personas más cultas, y *guasca* por correa, de donde deriva la muy

(1) Tal vez el gaucho no posea ni media docena de palabras para expresar los pálidos matices del sentimiento, pero emplea más de treinta vocablos para distinguir el pelo de sus caballos. He aquí las riquezas de su repertorio, y pido excusa a mis lectores por esta nota, pues esta digresión lingüística, pertenece a la fisiología, más de lo que a primera vista aparenta.

Obscuro, pardo.

Zaino, castaño claro.

Blanco, blanco. Casi todos los caballos blancos de Entre Ríos, son albinos. Son rarísimos los que tienen ojos negros. Más común es el

Tordillo, blanco sucio.

Tordillo sabino, blanco, con pequeñas manchas negras. Muy resistente al trabajo.

Porcelano, blanco o gris, con zonas redondas más obscuras, imitando el cuello de la tórtola.

Plateado, *tordillo*, casi blanco.

Picaso obscuro, con una mancha blanca en la frente.

Malacara, castaño o colorado, con la cabeza y las patas blancas.

Cebruno, *obscuro* que tira al gris.

Barroso, color de fango.

Gateado, lomo, cuello, orejas y rodillas color gris de gato.

Colorado, color de la quina colorada.

Doradillo, un *colorado* algo amarillento.

Pampa, cabeza blanca y cuerpo de otro color (es poco apreciado porque casi siempre es corto de vista y espantadizo).

Overo, con manchas de dos colores (presenta infinitas variedades), o *negro*, *rosado*, *malacara*, etc.

Rosillo colorado, con pelos blancos.

Yaguané, fondo negro o *colorado* con grandes manchas claras.

Pangaré, color de gamo.

Bayo, comprende todas las variedades de color amarillento.

Entrepelado, intermedio entre el *blanco*, el *tordillo* y el *rosillo*.

Ruano doradillo, orejas y cola blancas.

Alazán, *doradillo* dorado. El gaucho repite a menudo el proverbio : *Alazán tostado antes muerto que cansado*.

Rabicano, *obscuro* o *picazo* con pelos blancos en la cola.

Cuatralbo, con los cuatro cascos blancos.

Mediarés, con dos cascos del mismo lado blancos.

Calzado, con los cascos traseros blancos.

Cruzado, con dos patas blancas alternadas.

El gaucho llama *bagual*, al caballo despreciable o salvaje ; *potro*, al que aún no está domado. *Pingo* es palabra chistosa y cariñosa ; la de *parejero*, es altamente honorífica para el corcel que la merece.

significativa palabra *guasquearse,* por huir o darse de azotes. En Chile se ha impreso ya un diccionario que ha adoptado muchísimas palabras americanas, contra la exclusión de las cuales gritarían en vano los polvorientos eruditos que desearían encerrar al idioma dentro de los diques de papel de sus academias. En su santísimo horror por todo lo que se rebela en contra de las purísimas leyes de la gramática, serían capaces de destruir las cosas nuevas porque no encuentran palabras viejas con qué vestirlas y mostrarlas a la luz del día, y haciéndome acordar de ese aristotélico que invitado a unas experiencias muy interesantes, respondía : *venire nolo, ne videam aliquid contra Aristotilem.* Digan lo que quieran los eruditos, dentro de pocos años tendremos una lengua *española-americana,* del mismo modo que en los Estados Unidos se está formando otra *inglesa-americana.*

Pero hemos entrado en el *rancho* del argentino, no para tomar lecciones de idiomas, sino para examinar las particularidades de su vida íntima, para sentarnos alrededor de su fuego y tratar de poner una mano sobre su corazón y auscultar la medida aproximada de su horizonte intelectual. Puede suceder que al principio quedemos acobardados de nuestras investigaciones, porque a muchísimas preguntas nos responderá con otra pregunta sacramental : *¿Quién sabe?,* y no os asombréis si de este modo trata de satisfacer nuestra curiosidad sobre su edad y la de sus hijos, sobre el número de su prole y otras muchas cuestiones a las que respondería el hombre más estúpido y desmemoriado. ¿Qué queréis? la apatía india ha encontrado en la inercia española, un tronco apropiadísimo para injertarse y dió un producto moral que difícilmente se encontraría en alguna otra nación : es el estoicismo de la ignorancia, la flojedad sistemática de toda la fibra intelectual, un horror congénito educado por el hábito de la vida entera contra todo lo que sea fatiga, más irresistible y verdadero que el *horror vacui* de los antiguos.

Tengamos paciencia, sin embargo, pues sin que le repitamos nuestras preguntas, poco a poco, el gaucho, excitado por el mate y la conversación, comenzará a hablar difusamente de todo lo que es suyo, y a la apatía del *Quién sabe,* sucederá una charla difusa y profusa, que no dejará oculto ningún pliegue de aquella naturaleza salvaje y verdaderamente *granítica.* La educación y la atricción social en nada han modificado aquel terreno primitivo, y así como calla por inercia, también por inercia no cesa de hablar cuando ha desatado el freno a su lengua. En cuanto a nosotros, nacidos entre gente cepillada, limada y barnizada, crecidos entre reticencias y puntos de apoyo, maestros

de la alta escuela de domar los sentimientos, de castigar las palabras y de beber a tragos y empujones la fuerza, podemos comprender apenas la marcha rectilínea y la carrera irresistible de aquellos hombres salvajes, que aflojan las riendas de su caballo y no lo detienen sino cuando está reventado de fatiga.

Dejemos, pues, hablar a nuestro gaucho, y en el curso de su relato, anotad los prejuicios que intentaríais en vano contradecir.

Creen que ciertos hombres no pueden ser heridos por las armas de fuego y los llaman *retobados*. También el *zorrino*, pequeño mamífero que se defiende lanzando un líquido fetidísimo, es *retobado*.

Cuando en las frías noches de invierno se cubre el agua de una sútil costra de hielo, guardaos muy bien de romperla al día siguiente, porque se levantaría viento. Cuando hagáis hervir leche, cuidad de que no se derrame sobre el fuego, porque la ubre de la vaca de donde aquella proviene se agrietaría.

Si un caballo tiene una llaga plagada de gusanos, marcad, con un cuchillo, la tierra que alcanza a cubrir uno de sus cascos, y cavándola profundamente, sacad al aire lo que está en el fondo y así curará vuestro animal.

No queremos ser pesimistas, ni anotar los errores de nuestro huésped, sin llevar cuenta de las buenas cosas que nos dice. Poco a poco, de expansivo se ha vuelto afectuoso, y os pregunta vuestro nombre de pila, y si por fortuna coincide con el vuestro os tiende la mano y os llama *tocallo;* desde aquel momento os une un vínculo de parentesco y en cualquier lugar que os encuentre, os gritará desde lejos : *Adiós tocallo; buenos días tocallo.*

La amistad es tal vez el más fuerte sentimiento del gaucho, y la palabra *amigo* es el estribillo más común de su discurso. El mismo abuso que hace de ella, demuestra la importancia que le concede, pero no por esto se ha de medir con cinismo la poca verdad de este afecto. Si entráis con el gaucho en cierta intimidad, os llama *compañero,* y esta palabra consagrada por vuestro asentimiento, adquiere fuerza de parentesco. Si la amistad crece un grado, el argentino os hace *compadre,* y entonces os debéis mutuas consideraciones y no tardaréis en recibir pruebas de afecto y delicada finura. En el *compadrazgo* se distingue el de *sacramento,* que es vínculo de los altares en el bautismo, matrimonio y confirmación, y en el de *palabra,* que es un vínculo de elección, una verdadera amistad consagrada por una palabra que es para los argentinos santísima.

Dos hermanos que llegan a ser *compadres* de *sacramento,* ya no se

hablan con el *tú* familiar, y respetándose mutuamente, se tratan de *Vuestra merced*, y para abreviar, de *usted*, palabras que parecen salidas de la antecámara de un Grande de España. También la palabra *compañero* puede ser consagrada por el sacramento, y en este caso indica que tal hombre sirvió de padrino el mismo día con nosotros. Los *compadres* y los *compañeros* pueden ser personas de diverso sexo, y de estas palabras se pasa fácilmente a los diminutivos *compadrito* y *compañerito*, y de éstos, a su vez, a otras aún más dulces y que tantos sinónimos tienen en todos los idiomas del universo.

En la República Argentina, y sobre todo en la campaña, no es raro el uso de pedir la bendición a los padres, a los parientes de edad avanzada y a los padrinos, y se la pide al levantarse y al acostarse, al concluir el almuerzo y la cena, al terminar la plegaria y al volver de la iglesia. Hasta ahora pocos años, el ahijado que encontraba por el camino a su padrino, arrodillábase y juntas las manos, decía : *La bendición mi padrino*, y éste, alzando las manos, hacía el signo de la cruz. Ahora se la pide a flor de labio y se responde : *Dios te dé su gracia ; Dios te haga bueno ; Dios te haga un santo ; Dios te dé su santísima gracia*. Un brasileño de la provincia de Río Grande del Sud, me dijo que esta costumbre existía también en su país.

Otros, en los que el corazón no habla en voz alta y que no saben encontrar *compañeros* o *compadres*, esperan con impaciencia el día de San Juan, a quien atribuyen virtudes portentosas y poderes adivinatorios. Escriben entonces los nombres de todos los jóvenes y de todas las doncellas de la aldea, entre otras tantas cedulillas que se colocan en dos urnas, y sacadas a la suerte una de hombre y una de mujer, se hacen compañeros, compadres y hasta novios. Más de un matrimonio tuvo origen en esta broma.

Las muchachas entrerrianas plantan, la víspera de San Juan, un diente de ajo, y si al día siguiente encuentran que el retoño apunta derecho y erguido, se prometen un esposo robusto y hermoso, mientras llorarían si encontrasen a la planta retorcida y floja. Otras, la tarde anterior, rompen un huevo y dejan caer el contenido en un cubo con agua que exponen al frío de aquella noche de invierno (24 de junio), y a las mil formas que a la temperatura del hielo asume la albúmina en revestir la yema, leen sus destinos futuros.

Esa misma noche, en la campaña de Buenos Aires, los jóvenes galopan en hilera, llevando en cuernos de buey antorchas y manojos de paja inflamada, de suerte que el campo parece en llamas y presenta un espectáculo brillante. Esta fiesta se llama de los *chiririres*, a causa

de una pasta dulce que se recorta en todas las más extrañas formas y se fríe en grasa de vaca. Esta costumbre recuerda los juegos de la noche de la epifanía en nuestro jardín toscano.

Pero va para algunos minutos que reparo que no seguís el relato de nuestro huésped argentino, mientras con tamaños ojos observáis a la dueña de casa, que en la parte más iluminada del cuarto, practica una rarísima operación a una de sus sirvientes recostada con la cabeza entre las rodillas de su patrona. No os maravilléis, ni queráis tampoco aproximaros allí, si tenéis la suerte de ser miope. Aquella buena señora está *despulgando* a sus sirvientes, esto es, buscándoles piojos en la cabeza, a los que coge con mucha gracia y poniéndolos entre los dientes, los revienta y se los come. ¡Oh! desgraciado piojo, que en un momento de imperdonable distracción, disimulado entre guisantes, te presentaste a un rey de Inglaterra; tú que volviste calvos a todos los cocineros reales e inspiraste a un gran poeta de Albión un graciosísimo poema, ¿por qué más bien no volaste en alas del viento hasta Entre Ríos, en donde tus compañeros son la delicia de las mujeres y de las hijas de los gauchos? Reventar piojos entre los dientes, es un placer especial entre aquella buena gente, y es tan general, que se da el nombre de *piojino* o *piojito,* a una gramínea que en sus flores lleva granitos semejantes al pediculus, y que puede suministrar un piojo vegetal al que no tenga la suerte de tenerlo animal sobre sí mismo o sobre el prójimo. Perdonadme si, como médico, he llegado hasta aquí; no me haréis avanzar una línea más allá. Por esta muestra juzgad del aseo del *gaucho. Ex ungue leonem.*

Al correr de la charla, ha llegado el mediodía y el gaucho sin reloj, siente escrita esa hora en el estómago o la ve en el cielo. Mide las horas de un modo muy poético y os dice : tenemos dos lanzas de sol sobre el horizonte; el sol debe recorrer media lanza de cielo antes de ponerse, etc.

El verdadero *gaucho,* no vive sino de carne *asada* o *hervida;* de la primera sobre todo, que con el nombre de asado, constituye su plato predilecto y sin el cual no se sentaría a la mesa. Los instrumentos no pueden ser más simples : el *asador,* es una especie de chafarote, con el que traspasa un peñasco monstruoso de buey o la mitad de un cordero, y clavándolo en el suelo, la hace tostar rociándola de cuando en cuando con agua salada. En una olla pone carne, agua y sal, y hace *puchero.* Muchísimos argentinos han vivido y aún viven muchos meses y años de carne sola, por lo que no debe asombrar que reducidos a este único régimen, devoren una cantidad enorme. No es raro ver a un

grupo de cuatro o seis personas despacharse, en un abrir y cerrar de ojos, un ternero de año.

La carne más gorda es siempre la preferida y sólo en ella puede encontrar el *gaucho* la cantidad necesaria de alimentos hidrógenocarbonatados, que los demás hombres encuentran en el pan, en las patatas y en toda la inmensa lista de los alimentos farináceos y grasos.

Es tal la pasión que tienen en Entre Ríos, y en general todo los argentinos, por la carne de vaca, que cuentan con lágrimas en los ojos cómo debieron recurrir a las perdices y a los gamos en un año de gran sequía, en el que murió gran parte del ganado. En honor de la cocina de esos países, diré que un *asado con cuero*, esto es, un pedazo de asado cubierto aún con la piel velluda y tostado sobre las brazas, es uno de los bocados más sabrosos del mundo y que como tal pasaría por las bocas más refinadas y meticulosas de Milán y de París.

El *tapichí* es la carne de ternero nonato y los entrerrianos la comen con mucho placer; tiene sabor de pescado, y puedo agregar, por experiencia propia, que no es más malsano que muchísimos guisados nuestros.

La agricultura, en mano de los genoveses, de los españoles y, sobre todo, de los habitantes de las Canarias, va disputando lentamente terreno al pastoreo, que ocupa tan vasta superficie y suministra tan escasa y lenta cosecha de alimentos. Hoy, en las campañas mismas, el *gaucho* más pobre os presenta sobre un plato, queso, biscocho, raramente pan, el que aún es tan caro que cuesta cuatro veces más que el nuestro, mientras que en cambio la carne cuesta siete u ocho veces menos.

Hasta hace poco años, cuando llegaba un huésped, se mataba un animal para invitarle un asado, y más antiguamente, los viajeros en la pampa derribaban con el *lazo* el primer animal bovino que se les presentaba y ataban a su cadáver los caballos de la caravana. Ahora, en cambio, el precio subido de los cueros y la escasez siempre mayor de ganado, hacen que os inviten carne de oveja o carne seca de vaca *(charque)*, con la que preparan una especie de guisado al que llaman *chatasca*.

Si a estas carnes se agrega la de *mulita* (especie de armadillo), que es muy exquisita, tenéis todo el repertorio animal de la cocina entrerriana.

Las verduras son poco conocidas, mal cultivadas y peor preparadas. Los españoles son bastante parcos en su alimentación, y en los desiertos de América no han encontrado un campo adaptable al cultivo de la gula. Los productos más complicados de sus *Carêmes*, son las *mor-*

cillas, las *torrejas*, pedazos de carne rellenos con sesos y preparados con salsa, el *chorizo*, variedad de salchicha, y unos cuantos guisados espolvoreados con pimiento dulce molido y a los que varias otras drogas vuelven picantes.

El maíz se come a menudo cocido en el agua del caldo, o sea cuando aún no está maduro *(choclo)*, o tostado o florecido en grasa, o triturado de distintos modos y recocido *(locro)*, o encerrado en las hojas de la mazorca y cocido con queso, azúcar y pasas de uva *(humita)*.

Todos los criollos de América que he conocido tenían una invencible repugnancia por los caracoles, las ranas, los cangrejos y las anguilas, que abundan en las aguas fangosas de Entre Ríos y que son muy exquisitas.

El condimento universal es la grasa de vaca; la manteca es conocida apenas de nombre. Todos los americanos tienen una pasión extraordinaria por las cosas dulces, gusto heredado de los españoles y generalizado tal vez en el otro hemisferio por un instinto conservador, que remedia en parte la estiptiquez habitual que se contrae con las costumbres higiénicas de este país. Los pobres se contentan con la miel de las refinerías de azúcar, mientras los más acomodados prefieren el *chicholo*, confitura del Brasil, hecha con miel de guayabas y membrillos; el *masacote* que se prepara en el Paraguay, y el *dulce de la India*, que es gengibre empapado en jarabe. Son capaces de anegar en almíbar cualquier comestible, pues reducen a *dulce* los huevos, las naranjas y todas las frutas.

De estas últimas cultivan poquísimas y pésimamente. La naranja, la sandía y el durazno, son las más comunes. Este último se obtiene arrojando las semillas al suelo y encomendándolas á la divina providencia, que las hace producir a los tres años, pero que las haría germinar mucho mejor todavía si la mano del hombre la ayudase. Y, sin embargo, los médicos saben toda la importancia dietética que tienen la sandía y el durazno en este país y para esta gente carnívora.

Todc el vino viene de Europa; es escaso, generalmente malo o fabricado sin uva. Se lo reemplaza con licores, con detrimento del pobre estómago, y los americanos, sobrios en el comer como sus padres, son en la bebida dignísimos hermanos de los yanquis.

A este esbozo gastronómico del *gaucho*, agréguese que siempre tiene en la boca el *cigarrito* o la cañita del *mate*, y muy a menudo, el primero en una mano y el segundo en la otra, pero de esta bebida demasiado olvidada y mal estudiada por los viajeros y los médicos, hablaré largamente más adelante.

Mientras tanto, habéis pasado conmigo el día bajo el techo del *gaucho* argentino y ha llegado la noche; nuestro lecho está tendido sobre la madre tierra y podemos dormir tranquilamente, aunque nuestra bolsa hubiese hecho brillar mucho oro ante los ojos de nuestro huésped. Tschudi, en sus cartas publicadas en Viena, ha calumniado a los argentinos diciendo que por esos países es necesario viajar con las pistolas en la mano. Han pasado muchos años en que la fácil impunidad hacía frecuentes los delitos, pero hoy, las severas leyes de Urquiza han hecho de la Confederación Argentina uno de los países más seguros del mundo, y que puede, a este respecto, avergonzar a muchos de nuestros Estados de Europa, erizados de bayonetas y con las puertas de las cárceles siempre prontas a engullir su presa.

He visto a un hombre solo atravesar el desierto con más de treinta mil liras en la grupa, y a las diligencias que transportan todos los días centenas y millares de escudos, y que cada noche quedaban en los patios de las casas de postas abandonadas a los piadosos deseos del que hubiese querido hacerlos suyos. ¡Y, sin embargo, en aquel país basta un buen caballo para escapar al código más severo y a la mano más crispada de la justicia humana!

CAPÍTULO VII

Historia botánica y comercial del mate. — Diferentes maneras de preparar esta bebida. — Efectos fisiológicos y aplicaciones terapéuticas

El mate, *Ilex paraguayensis*, es un arbusto elegante, de hojas ovales cuneiformes, un poco obtusas, finamente dentelladas sobre los bordes, que da unas pequeñas bayas rojizas, pedunculadas, reunidas en hacecillos axilares (1). Crece espontáneamente en las selvas del Paraguay y de las antiguas Misiones jesuíticas, en varias provincias de la Confederación Argentina (Salta, Jujuy, Corrientes) y en el Brasil. Su nombre deriva del guaraní y está adoptado por todas las naciones de Europa. Pero los españoles y los criollos americanos, llaman *yerba* a las hojas preparadas del *Ilex*, como si este único producto vegetal mereciese ese nombre por excelencia, así como en Oriente el cáñamo indio se llama en árabe *haschish*. En cambio, llaman mate al recipiente en el que se prepara la infusión de las hojas. Sinónimas de la palabra mate, son las de té del Paraguay, té de los jesuítas, *herva de palo, congonha verdadeira* (portuguesas). En lengua tupínica, que era hablada por los indígenas de las costas del Brasil, se llama *caamirin* (2). Son

(1) *Ilex paraguariensis* o *paraguayensis* o *Ilex mate*. St.-Hil. mem. mus. 8, página 351. *Glaberrima, foliis cuneato-lanceolatove oblongis obtusiusculis remote serratis, pedunculis axillaribus multipartitis, stigmate 4-lobo, putaminibus venosis.*

Pyr. De Cand. *Prodromus*, pars 2, p. 15. Parisiis, 1825.

Puede verse representado el árbol del mate en las siguientes obras :

Lambert, *Pinus*, 2 app. 4.

Spach.-*Suites*, 16.

Bot, Mag. 69, 3992.

Hook. *Journal*, 1842, 1-3.

Journ. agr. Soc. Ind. 1843, X.

(2) *Ca* o *caa*, quiere decir hierba. Merat en su *Diccionario de materia médica*, dice que *caa-mena* indica la hoja del mate bien desarrollada y *caacuys* la yema aún no abierta. En la América española he oido siempre emplear la palabra *caacué* para indicar las pequeñas ramitas recortadas que se encuentran en la yerba y que en Entre Ríos se esconden en las cenizas del hogar para

variedades el *I. acutifolia* y el *I. obtusifolia* o *chomelia amara* de Velloso.

Falsos o mal aplicados, son los nombres de *Cassine congonha, Cassine paragua, Psoralea glandulosa* (1). *Erithroxylon peruvianum.*

Los españoles aprendieron de los guaraníes a conocer el mate, los que bebían la infusión muy caliente, chupándola con un tubito de junto. Pero parece que otras tribus la usaron de otro modo. Desde los tiempos de la conquista hasta hoy, el uso de esta bebida se fué extendiendo siempre, y ahora se chupa o se bebe mate en el Paraguay, en la Confederación Argentina, en la Banda Oriental del Uruguay, y con menor frecuencia en el Brasil, Chile, Perú, Bolivia, y quizá también en las otras repúblicas del Pacífico y de la América Central. Muchos europeos, habituados al mate durante una larga residencia en el otro hemisferio, lo seguían usando de vuelta a su patria. He notado que los genoveses y los españoles tienen por la infusión del *Ilex* mayor simpatía que los habitantes de los países más septentrionales. La importación de esta hoja en Europa, es casi nula, mientras que su comercio asciende en América a varios millones. Según Magariños Cervantes, únicamente el Paraguay vende por año cinco millones de liras en *yerba* y *tabaco*, y en esta cifra corresponde al *Ilex*, sin duda, la parte mayor. Los hermanos Robertson, cuando escribieron su obra sobre el Paraguay (1839), aseguraron que la república del doctor Francia vendía anualmente a los países vecinos, por 720.000 dólares de mate.

Las hojas del *Ilex paraguayensis* se someten a varias preparaciones antes de ser puestas en el comercio, pero aquellas varían según los países. En el Paraguay, el gobierno, que es dueño de todo y de todos, autoriza a algunos *habilitados* para que puedan internarse en el país hasta donde hay bosques de árboles de mate, a los que se llama *yerbales*. Allí, en lo más espeso de la selva, para llegar a la cual es necesario abrirse paso con la hoz, se establece una pequeña colonia de operarios, que se resignan a combatir, casi desnudos, contra el calor insufrible del sol, contra las nubes de *mosquitos*, las serpientes y las

preservarse del rayo. La misma virtud se atribuye a los cuernos bovinos. Según Demersay, los guaraníes llamaban al mate con el nombre de *caa* o planta. La palabra *mate* sería en cambio, quichua o una corrupción de *mati* (calabaza) del vaso en que se acostumbra tomar la infusión caliente del mate. (Demersay, *Hist. phys., écon. et polit. du Paraguay*. París, 1859, vol. II, pág. 25.)

(1) Hasta en obras clásicas de viajes, se llama al mate con el nombe de *Psoralea glandulosa*, la que en cambio es el *culé*, *coulen*, *culen*, *cullen*, pequeño arbusto de las leguminosas, que se cultiva en muchos países de la América meridional, y que con la infusión de sus hojas suministra una bebida antiespasmódica utilísima en las neurosis del estómago y en la enteralgia.

visitas inesperadas del *yaguar*. Se derriban sin misericordia las plantas de mate, pues la fecundísima naturaleza del paíz las repuebla muy pronto, sin contar las leguas enteras de *yerbales* vírgenes.

Se colocan las ramas con sus hojas, y a menudo con sus bayas, sobre un espacio de terreno aproximadamente de seis pies cuadrados, llamado *tatacuá,* al que se prende fuego, haciendo sufrir a la *yerba* un primer chamuscamiento. Se la lleva después al *barbacuá,* que es un fuerte zarzo sostenido por un arco robusto, bajo el cual se enciende una gran fogata. Aquí, las ramas menores, ya separadas en el *tatacuá* de las ramas más gruesas, sufren una torrefacción particular, que desarrolla el principio aromático de la planta sin destruirlo y cuyo límite sólo da la experiencia. Esta operación se ejecuta de un modo tan grosero, que a menudo las llamas, lamiendo las hojas de mate, las encienden, y los operarios deben ocuparse a cada instante en apagar el incendio. Las ramas y las hojas son reducidas a polvo grueso, en morteros que se improvisan con un agujero en el suelo, golpeando bien sus paredes para endurecerlas. Así preparada, se pone la *yerba* en cueros frescos que, secándose al sol, forman pelotas de doscientas a doscientas cincuenta libras de peso y más duras que piedra.

En el comercio se encuentran muchas variedades de yerba. La del Paraguay es la mejor de todas, muy aromática, amarga, de color amarillo bajo, y cuesta en los puertos del Atlántico de dos a cuatro francos la libra de diez y seis onzas. En las provincias interiores de la Confederación Argentina se la vende hasta por siete francos (1).

La *yerba misionera* se recoge en las antiguas misiones jesuíticas y difiere muy poco en su aspecto de la precedente, pero es menos aromática y menos cara (2).

La *yerba paranagoá* se prepara en Paranagoá y en otros países de la provincia de Río Grande del Sud, en el Brasil, y es menos aromática que las precedentes y de un color más claro. Se las considera peor que las otras.

El *mate en folha,* es una variedad de yerba no pulverizada, que sólo he visto usar en el Brasil, y a diferencia de las otras se bebe como el té nuestro.

(1) La *yerba paraguaya* cuesta tres o cuatro veces más que la de Paranagoá, y la *misionera* el doble que la *paranagoá.*

(2) En la provincia de Corrientes, se fundó en estos últimos años un sociedad anónima *explotadora de la yerba mate y demás producciones de Misiones,* y en 1864 se producían ya 15.400 arrobas de mate, que vendiéronse en el mercado al precio de 20 a 40 liras la arroba.

El mejor mate se prepara con los arbustos más jóvenes.

También en Orán, en la provincia de Salta, se ha preparado y se prepara una pequeña cantidad de yerba, pero es de pésima calidad. Tal vez un perfeccionamiento en la torrefacción la haría menos mala.

Como sucede con el vino, con el café y las otras bebidas que alegran el corazón del hombre, varían mucho también los gustos sobre el mate, según los distintos países y las personas. En Buenos Aires, por ejemplo, prefieren la *yerba paraguaya,* mientras que en Entre Ríos, los habitantes de la campaña toman con mayor placer la *paranagoá.*

Los jesuítas en sus misiones, verdadera mesopotamia formada por el Paraguay y el Uruguay (1), se habían dedicado al cultivo del *Ilex* y perfeccionaron la calidad, de modo que su *yerba* era preferida sobre todas las otras en los mercados de Buenos Aires, a los que podían suministrar anualmente 40.000 arrobas, pero después de algunos reclamos hechos por comerciantes del Paraguay, un decreto del rey de España había limitado el producto a 22.000 arrobas. También se cultiva la yerba mate en el Brasil. El ilustre Bonpland estudió muchos años prácticamente este cultivo.

La infusión de mate se prepara de un modo muy original, que difiere de todas las de las otras bebidas hasta ahora conocidas. En un calabacín hueco, se pone de media a una onza de yerba, un poco de azúcar, y con una pava se vierte agua caliente. Se chupa esta infusión improvisada con un tubito de plata o de junco, que termina en un pequeño harnero y construído de manera que no deje pasar el polvo algo fino del mate. La pequeña cantidad de agua que puede contener el mate, es causa de que la infusión resulte cargadísima, y apenas chupada, otra nueva cantidad de agua reproduce la misma bebida, sin necesidad de renovar la yerba. Cuando ésta es de buena calidad, se pueden preparar hasta cinco o seis infusiones consecutivas. Cuando el paladar del *matero* le anuncia que el pozo de la abundancia comienza a agotarse, se saca una porción de la yerba y se rellena de nuevo con otra fresca. Primero el sol se olvidaría de nacer por el oriente, que el argentino de tener en su casa una pava sobre el fuego y un mate cargado sobre la mesa, listo para ofrecerlo al amigo o al huésped.

El mismo recipiente y la misma cañita pasan de mano en mano y de boca en boca, y el que hiciese asco a semejante comunismo más que *proudoniano,* ofendería mortalmente al americano, para quien el mate

(1) MARTÍN DE MOUSSY, *Memoria histórica sobre la decadencia y ruina de las Misiones jesuíticas en el seno del Plata. Su estado en 1856.* Paraná, 1857, página 18.

es un compañero de la soledad, un excitante de la conversación, un contraveneno segurísimo del tedio.

Durante más de tres años he estudiado el mate, usándolo continuamente, indagando su acción sobre sanos y enfermos y tentando algunas aplicaciones terapeúticas. Hasta aquí, las escasas noticias esparcidas en los libros (1) son muy inexactas, y casi todos los escritores sobre materia médica han copiado un error, diciendo que el mate es diurético y diaforético. Estas dos palabras han sido y son todavía el *lieu commun* de todos los farmacéuticos, y no hay tal vez infusión caliente que en algún tiempo no haya merecido uno u otro de esos nombres, o los dos. Enfriad la piel y dad una bebida caliente a cualquiera, y tendreis diuresis; calentad la piel y tendreis, en cambio, sudor copioso.

El mate contiene ácido tánico, substancias aromáticas mal determinadas, y *cafeína*, que en algunas variedades es mayor que en el café de Moka. Algunos la creyeron combinada al ácido cafeico, pero otros

(1) Merat et De Lens, *Diction. universel de matière médicale*. París, 1831, vol. III, página 590. Supplem. París, 1846, vol. VII, página 380.

Saint-Hilaire (A), *Note sur l'arbre du Paraguay, archives de bot.*, vol. 29, 1835.

J. P. and W. P. Robertson, *Letters on Paraguay*, vol. II, página 134. London, 1839.

Rengger and Longchamps, *The reing of D. Francia in Paraguay*, página 8.

Martín Dobrizzhoffer, *An account of the Abipones, a people of Paraguay*, vol. I, página 103-4 (traducido del latín al inglés).

R. H. Bonnycastle, *Spanish America*, vol. II, página 200.

Major Gillespic, *Gleanings and remarks on Buenos Ayres*, página 85.

Robert Southey, *History of Brasil*, vol. II, página 358.

John Miers, *Travels in Chili and La Plata*, vol. I, página 24.

Captain Basil Hall, *Journal written on the coasts of Chili, Perú and Mexico*, vol. I, página 20.

Narrative of a voyage to the south Atlantic Ocean, from the private Journal of W. H. B. Webster Surgeon, vol. I, página 87.

Hon P. Campbell Scarlett, *South America and the Pacific*, vol. I, página 180.

María Graham, *Journal of a Residence in Chili*, página 152.

J. A. Beaumont Esq., *Travels in Buenos Ayres*, página 92.

Alexander Caldcleugh Esq., *Travels in South America*, vol. I, página 133.

Núñez, *Esquises historiques, politiques et statistiques de Buenos Ayres*, etc., traducido del español con notas y adiciones por Varaigne. París, 1826.

Robert Proctor, *Narrative of a Journey*, etc., página 30

Woodbine Parish, *Buenos Ayres and the Provinces of the Rio de la Plata*, London, 1839, página 226-7, 347 y passim.

Chamber's, *Edimburgh Journal*, 1839, número 412, página 382.

Magariños Cervantes, *Estudios históricos, políticos y sociales sobre el Rio de la Plata*, página 307. París, 1854.

Martius, *Specimen Materiae med.* Brasil, etc.

Enrique Velloso D'Oliveira, *Systema de mat. med. veg.*, página 126. Brasil. Rio de Janeiro, 1854.

Kerst, *Gegenwart und Zukunft der Plata-Länder für deutschen Handel und Colonisation*, página 92. Hamburg, 1852.

Benjamín Villafañe, *Orán y Bolivia a la margen del Bermejo*, página 45. Salta, 1857.

químicos más modernos pretendieron hacer un ácido nuevo de éste encontrado en el mate. Entre tanto, maravilla que el hombre, en las más apartadas regiones del mundo, haya buscado instintivamente los vegetales que contienen cafeina y que son tan diversos en su aspecto, en sabor, y que hasta pertenecen a familias muy distintas. El *guaraná*, producto del fruto de la *Paullinia sorbilis*,, contiene cafeína como el té, como el café, como el mate, al que muy impropiamente se llamó té americano, sin que tenga ninguno de los caracteres y efectos de la hoja china.

El mismo instinto conservador, ha hecho buscar al hombre muchas especies de *Piper* en los puntos más lejanos del globo, para curar la gonorrea. En la India se usa el *cubebe*, en Tahití el *ava*, en Amboina el *Piper siriboa*, en Méjico el *P. amalago*, en el Brasil el *Nhandi* y el *Jaborandi*, que también son dos *Piper*.

El mate ejerce sobre el estómago, una acción particular bien específica que está muy lejos de ser estimulante y que no se podría definir con una sola denominación, sin peligro de estropear el hecho en servicio de la palabra. Si una fuerza mayor me obligase absolutamente a darle un epíteto, lo llamaría *irritante*. Los estómagos débiles y aún vírgenes de mate, se rebelan contra esta bebida y experimentan una sensación de fatiga y de dolor. Los mismos efectos produce el abuso del mate, que en América es grandísimo, pues he conocido muchas personas que tomaban treinta y hasta cuarenta infusiones al día y que abandonan el mate sólo al comer o dormir. Tomada después de la comida, no conozco bebida más apropiada para perturbar la digestión como el mate, y la impunidad con que la soportan los estómagos privilegiados o remachados por el vicio, no basta para justificarlo de esta acusación.

El efecto del mate sobre el tubo intestinal es francamente excitante y favorece de un modo singular el movimiento peristáltico. En Entre Ríos y en las provincias del Plata, donde la estiptiquez es casi general, el mate excita a menudo la defecación. El mate amargo o *cimarrón* (1), poco preferido, es, en cambio, mucho más amigo, o mejor dicho, menos enemigo del estómago. La infusión del *Ilex* ejerce una influencia muy obscura sobre las secreciones; no es ciertamente diaforética y sólo en algunas circunstancias puede ser diurética. Nunca es afrodisíaca (2).

(1) *Cimarrón* quiere decir salvaje.

(2) Demersay acusa al mate como productor del cáncer de los labios, pero creo, que si esto

El mate excita el corazón más que el té, que el café y el cacao, y menos que la coca. Según algunas experiencias mías, su acción sobre los movimientos del corazón estaría representada por los siguientes números :

	Temperatura + 61°25 C.
Agua pura	39.8
Té	40.6
Café	70.0
Cacao	87.4
Mate	106.2
Coca	159.2

El efecto más importante del mate y que constituye todo su valor higiénico, es el que ejerce sobre los centros nerviosos.

El *Ilex* exalta la sensibilidad y, por consiguiente, la excitabilidad refleja mucho menos que el té y el café. Sólo en altísimas dosis produce vigilia y sobresaltos tendinosos, que se observan tan a menudo bajo la acción del grano arábigo. En cambio, el mate excita la inteligencia mucho más que el té, y cuando es de óptima calidad, más que el café. Un cerebro que ya no responde a los estímulos de la *coffea,* se eleva a una actividad tumultuosa bajo la acción del mate, o viceversa. Las dos infusiones tomadas juntas, constituyen una de las bebidas más amigas de los trabajos intelectuales. Con toda probabilidad se puede asegurar que el mate, como hermano legítimo de los demás cafeicos, disminuye bastante el trabajo de regresión orgánica, porque el hombre, bajo su acción, resiste mejor al trabajo y a todas las influencias alterantes o destructivas.

El gaucho puede, con un trozo de asado y muchos sorbos de mate, recorrer a caballo y durante varias semanas, cien millas por día, mientras que cuadruplicando el alimento plástico y privado del mate, no soporta el trabajo y se rebela.

El complexo de los efectos excitantes del mate sobre la red ganglionar y cerebroespinal, nos da la conciencia de una vida más laboriosa y nos produce una exaltación agradabilísima. Muchas veces, destrozado por largos galopes, bajo el azote del sol, sentí al sorber el mate que me ofrecía una mano hospitalaria, que en esos momentos ninguna bebida me habría restaurado tan prontamente como aquélla y que sin fatigarme el estómago, ni exaltarme en demasía los nervios,

es verdad, debe atribuirse a la *bombilla,* que obraría como la cañita de las pipas en los fumadores más rabiosos.

me entonaba y serenaba. El que está habituado a esta bebida, experimenta un malestar insufrible y una tristeza que puede llegar al grado de profunda melancolía, cuando se ve privado de ella por algún tiempo. Sé de algunos soldados que, en las marchas precipitadas de su cambiante fortuna y privados durante muchos días consecutivos de su néctar, sorbían agua caliente con la acostumbrada cañita, para engañar el estómago con aquella agua, a la que las paredes del recipiente daban un aroma casi imperceptible.

El mate produce estos efectos, sea que se acostumbre sorberlo o beberlo, pero otros, y los más dañosos, provienen solamente del modo habitual como lo toman los americanos. Cuando bebemos un líquido caliente, éste primeramente se pone en amplio contacto con las paredes de la boca y algo se enfría; descendido ya en discreta abundancia al estómago, lo excita de un modo uniforme y el estímulo producido rápidamente, es bien pronto restablecido por el equilibrio. Cuando, en cambio, chupamos a sorbos repetidos una bebida caliente, la llevamos hasta el esófago sin tocar casi los dientes y la mucosa bucal, y aquélla desciende en gotas inflamadas al estómago, estimulándolo fuertemente y a intervalos muy próximos, y su sensibilidad se fatiga y pronto se agota. No es esto todo : aún los tragadores más formidables de té, en Inglaterra, engullen sus inmensos vasos en un momento, mientras que el *matero*, deja caer durante largas horas, aquellas gotas calientísimas al estómago, con lo que la excitación se interrumpe a cada instante por absoluta falta de estímulo. Sin poderme explicar de otro modo las extrañísimas neuralgias al estómago que he observado en los países en que se usa el mate, quise estudiar la cuestión bajo todos sus aspectos, y durante algún tiempo bebí siempre con cañita todos los líquidos calientes y pude persuadirme de la influencia nociva que ejerce la costumbre de chupar las bebidas calientes. Pero decir a los americanos, que dejen la cañita y beban la infusión del *Ilex* en tazas, sería lo mismo que condenar a un fumador a que huela el humo que sale en los muelles de Londres de la pipa gigantesca del estanco (1). El mate toma tanta parte en las costumbres de la vida

(1) En confirmación de cuanto hemos dicho sobre la influencia nociva del mate sobre el sistema nervioso, nos complacemos en citar la autoridad de un médico de Lión, el doctor Dávalos, que escribía en 1787 : *Ad usum inter causas plurimas ad convulsiones praedisponentes, quas his singulatim recensere longius foret, non levioris est momenti prava consuetudo quam ducunt nostrates, dum aeri libero sese exponunt mox a potu, infusionis* herbae Paraguay, *quam loco the aut caffé frequentissime assumunt, quaeque perspirationem vehementer movet. Hac causa tamen minus afficiuntur viri, quia inmediate post hunc potum fumum tabaci ope fistolae hauriunt.*

argentina, que su nombre equivale a infusión y se emplea para significar las bebidas más diversas. Preparado de mil modos, se adapta a los gustos caprichosos del país, a las exigencias del momento y de las enfermedades.

La poesía misma se ha dignado inmortalizar con su mágico pincel la historia de esta bebida, y así como en Europa tenemos el lenguaje de las flores, tienen en América también el del mate. Hélo aquí en toda su ingenua expresión :

El mate amargo, significa indiferencia.

El mate dulce, amistad.

El mate con toronjil, disgusto.

El mate con canela, ocupas mi pensamiento.

El mate con azúcar quemada, simpatía.

El mate con cáscara de naranja, ven a buscarme.

El mate con melisa, tu tristeza me aflige.

El mate con leche, estima.

El mate con café, ofensa perdonada.

Aprended de memoria este buen diccionario, si queréis ir a América y leer los sentimientos de la *señorita* que os ofrecerá el mate envuelto en su más fino pañuelo, para que no os escaldéis las manos. La operación de *cebar el mate* es mucho más difícil de lo que parece, y con la misma *yerba* se puede preparar una bebida pésima o excelente. En algunas casas hay una persona destinada únicamente a esta delicada ocupación, y se llama *cebador*. Los ricos ofrecen el mate en recipientes de plata, cincelados con mucha maestría y cargados de oro.

He intentado repetidamente la aplicación terapéutica del mate y suministrado la infusión muy cargada en las parálisis, cuando sometía un enfermo a la acción de los estrícnicos. Observé en estos casos alguna ventaja. Otras veces, en las convalecencias largas y penosas de las fiebres tifoideas y otras enfermedades en las que el sistema nervioso permanecía inerte, utilicé la infusión de mate con leche caliente.

Debe introducirse el mate en Europa, para enriquecer el patrimonio de los otros estimulantes de la vida nerviosa. Muchas personas que necesitan estimular con actividad mayor el mecanismo intelectual y rehacerlo de las fatigas del excesivo trabajo y a las que el café produce un eretismo convulso o una vigilia muy incómoda, encontrarían en el mate una bebida convenientísima.

CAPÍTULO VIII

Medicina popular en la América del Sur. — Facultativos, médicos, curanderos y médicas. — Enfermedades dominantes. — El bicho colorado y una araña glucófila

En cualquier parte del mundo en donde el médico pretende ejercer su arte, encuentra en la sociedad que lo circunda un enemigo oculto, que en el instante menos pensado, le disputa el paso o le traba las piernas. Este adversario misterioso, que a menudo cambia de arma y de táctica, pero que es siempre formidable como todos los enemigos traidores, está constituído por la medicina popular. Es el patrimonio de ignorancia y de temores que los hijos heredan de sus padres, y que enriquecido por los caprichos de la moda, por las rarezas de la fantasía y los misterios del charlatanismo, se transmite de generación en generación como una de las herencias más sagradas. En vano las personas cultas rehusan el legado y se creen inmunes del contagio universal, pues el proverbio popular y la observación más grosera, acusan a todos los hombres nacidos bajo el sol de *médicos natos*. Este es un pecado original para el que no ha venido aún ningún redentor y del cual no son suficientes para salvarnos la educación más culta y el más elevado ingenio : a lo sumo, entre la clase educada, al vestido de arlequín que constituye la ciencia médica del pueblo, el sabio profano agrega algún trapo de otro color, y junto a las invenciones del empirismo más craso de ignorancia, encontramos surcidas las palabras inflamación, debilidad, irritación, que los sistemas de medicina en su paso meteórico, a través del horizonte, dejan caer entre las turbas de la raza humana, que jamás quisiera morir.

No hay que asombrarse, por consiguiente, si los prejuicios del vulgo sobre medicina, inspiraron algunas de sus más bellas páginas a nuestro médico-poeta, y aun poco, movieron a santo desdén y a palabras llenas de dignidad y de energía a nuestro Strambio. El pueblo merece y debe tener una enseñanza médica, una medicina popular. Debe saber

conservarse sano; debe saber lo que es el médico y el arte que profesa. Debe tener una higiene que es tan necesaria como la moral, con la que forman estrecho engranaje. Pero para difundir todos estos conocimientos, primero es necesario destruir los prejuicios, borrar los errores, nivelar, en una palabra, las ruinas de las viejas armazones para edificar nuevos y cómodos edificios. Pero abandonemos esta cuestión tan vital, pues nos alejaría de nuestro asunto, y volvamos a Entre Ríos.

También hay en América una medicina popular, o bien, ya que los españoles permanecieron allí varios siglos, sin médicos o con pésimos medicastros, debieron aprender a curarse, como debieron hacer de sastres, herreros y albañiles. Las pocas ideas de la medicina de los árabes, se injertaron sobre el empirismo de los indígenas con los que los conquistadores entraban en permanente contacto, y así fué formándose en poco tiempo un sistema completo de doctrinas, que por la estructura orgánica de su edificio, por lo menos avergonzaría a alguno de nuestro más célebres teoremas de medicina.

Si el estudio del error cometido por un solo hombre es siempre fecundo para el análisis fisiológico y la teratología moral, el examen de un íntegro sistema de errores es una fecundísima fuente de investigación y descubrimientos. En la medicina popular de Entre Ríos, encontramos los primeros impulsos de la fundación de un verdadero sistema científico en el instinto conservador, en la necesidad de encontrar la razón de las cosas, la causa del efecto y de la analogía de las semejanzas externas, que harían creer en la utilidad de las plantas parecidas a otras ya conocidas en Europa por sus diversos usos médicos. Agréguese a este esbozo, las bagatelas de la forma, a la que el español es inclinadísimo, como que adorna con ellas a Dios, la palabra y la arquitectura social; los hallazgos ingeniosos de mil charlatanes que de todas partes corrían al otro hemisferio en busca de oro y de diamantes; la credulidad de los ignorantes, la debilidad del que sufre, la omnipotencia del que enseña sin saber nada, la impotencia de la autoridad, y tendremos en un manojo todos los elementos que forman la doctrina médica del pueblo americano.

Por otra parte, el médico que no se dejase seducir por el estudio de la medicina popular, considerada en sí misma, deberá necesariamente estudiarla toda vez que resuelva ejercer su arte en estos países, porque no se puede combatir a un enemigo sin conocerlo, y a los enemigos, ha dicho Maquiavelo, es necesario acariciarlos o extinguirlos. Yo he tentado las dos vías, y debido, después de varias derrotas,

cada una sucesivamente más vergonzosa, persuadirme de que convenía deponer las armas y volverse aliado más bien que enemigo de aquel poder incontrastable y del cual sólo podrá apoderarse el tiempo, que todo lo hace suyo. Si deseáis, pues, conocer las enfermedades de Entre Ríos, estudiad conmigo la doctrina médica y los médicos del país.

Todas las enfermadades son producidas por una causa, y hasta aquí estamos todos de acuerdo, pero puede variar según los casos, y precisamente debe ser o *calor, frío, pasmo, aire, flato* o *mal de ojo*. Os desafío a que encontréis un mal que escape a una u otra de estas seis vías. Si es cierto que Dios hizo las cosas antes que las palabras, y si es también incontrastable que el pronombre precede al verbo, en cambio los hombres doctos e indoctos hacen a menudo la palabra y después buscan la cosa, construyen primero el marco y buscan después una imagen para formar un cuadro. Este es un error fundamental del espíritu humano, que en cosas grandes y chicas, ha desviado muchas inteligencias y ha engañado la mente del que siempre cree al que está en lo alto; es un pliegue fatal de nuestro raquítico cerebro y contra el cual dirigen sus esfuerzos sublimes ingenios como los de Galileo, de Bacón y cien otros, y contra el cual apuntarán sus armas, tal vez en vano, los estudios de los siglos futuros.

El calor es el fuego, uno de los cuatro elementos del universo de nuestros padres, es la inflamación con todo el cortejo de sus hijos y sus desinencias en *ito*. Lo poco y lo mucho, el más y el menos, es un columpio sobre el que tanto gusta mecerse el espíritu humano, que no debe asombrarnos el deleite con que lo hicieron los americanos médicos y no médicos. Hay un enfermo con pulso tenso, piel ardiente, sed insaciable : su enfermedad es *calor ;* no hay error posible.

Hay, en cambio, otro enfermo que está débil, con el pulso escaso, la piel fría : está atacado de *frío,* y su afección es diametralmente opuesta a la precedente. Ojalá venga pronto el día afortunado en que alguna alma piadosa pueda darnos una sinonimia de los errores humanos, para que tantos hombres que andamos orgullosos de vanas palabras y apoyados altivamente en un estandarte sin patria, podamos humillarnos al ver que muchos de nuestros sistemas van a la fuerza descascarándose de las mil pomposas envolturas del sofisma y se reducen a un mezquino raquitismo de nuestro cerebro.

El pasmo, es otro elemento morboso que comprende el tétano, las convulsiones, los sobresaltos tendinosos, el histerismo y la epilepsia.

El aire, es un *quid* morboso, menos claro que el precedente, abarca todas las afecciones que derivan su índole y medida de las influencias

meteorológicas. Le corresponden, por consiguiente, las enfermedades reumáticas, las parálisis que no son producto de apoplegías, las contracturas, las neuralgias y otras enfermedades obscuras, á las que el médico sabría difícilmente dar un domicilio más legítimo.

El flato, no es solamente lo que esta palabra expresa, tanto eñ español como en italiano, sino toda afección que pasa de improviso, de una a otra parte del cuerpo, sin acompañamiento de fiebre, o algunos síntomas evidentes que puedan determinar la enfermedad de uno u otro de los compartimentos indicados. Los pequeños dolores pleuríticos, tan comunes en los tuberculosos, y los dolores reumáticos, son producidos por *el flato,* que dueño soberano de nuestro organismo, resbala por las mucosas, se encapucha en las serosas y, atrevidísimo, se entromete por la red capilar más fina de todas nuestras vísceras. Recordaré siempre de un joven argentino, de culta educación y despierto ingenio, que atacado de tisis pulmonar en primer grado, pretendía persuadirme que un dolorcillo que de cuando en cuando le pinchaba entre las escápulas, era un flato. Poníase a erutar fragosamente en mi presencia, diciendo que de este modo se libraba de su mal. ¡Tanta es la fuerza de la fantasía humana empleada para proteger el amor a la vida!

El mal de ojo o daño, no es la enfermedad del ojo, como lo indicarían las palabras y como ingenuamente creí algún tiempo, a mi llegada a América; es un *quid divini* que me costó mucho trabajo entender. Sucedióme una vez que una enferma, llamándome a su lecho, me preguntó si sabía curar *del mal de ojo,* a lo que respondí que, siendo médico, debía saber tratar cualquiera enfermedad. Entre tanto, mirándola a la cara, contemplaba los ojos más brillantes del mundo y esperaba una explicación a aquella rara pregunta. La enferma no tardó en contarme que un tal le había echado una mala suerte, y cómo desde ese día, arrojaba por la vagina coleópteros, arañas y matas de pelo. Me creí juguete de una broma de mal gusto, pero unos días después estudiando la enfermedad y a la enferma, descubrí que ingenuamente consideraba, como salidos de su cuerpo, los insectos y cabellos que por acaso caían en el bacín. Todas las enfermedades extrañas y raras, son juzgadas por *mal de daño,* y como tal vez no hay hombre en el mundo que pueda alabarse de no haber recibido una ofensa o una imprecación, los esfuerzos del enfermo concluyen por encontrar pronto en las reminiscencias del pasado, alguna circunstancia que dé asidero a las conjeturas del médico y asegure el diagnóstico.

He encontrado esta creencia, y bajo idéntica forma en las islas Ca-

narias, en las que los paisanos, según Mac Gregor, cuando temen que una hechicera se acerque para arrojarles una mirada fatal, se defienden dando vueltas de improviso la faja que les ciñe el cuerpo, o bien, cuando quieren estar más seguros de las consecuencias terribles de una bruja, se quitan los pantalones y se los ponen de nuevo al revés (1). Mas para qué necesitamos buscar comparaciones en las islas Canarias o en los prejuicios de nuestro vulgo, cuando Hipócrates dijo : *Simul vero et si quid divini in morbis inest, etiam hujus proenotionem ediscere,* aunque esas palabras del texto τθειον hayan provocado calurosa guerra defensiva, entre muchos comentadores, que no querían encontrar en el Esculapio de Cos, ni prejuicios, ni contradicciones (2).

Cuando el médico argentino se encuentra en apuros con las objeciones del enfermo y las dudas de su cerebro, reune dos o más elementos morbosos y fabrica con ellos una combinación binaria o ternaria. Se sufre entonces *el aire pasmado* o la *fiebre de la sangre,* en la cual también creía Avicena, quien, por lo demás, dividía las palpitaciones del corazón en calientes y frías.

El pueblo argentino, que desprecia la vida en las peligrosas carreras de sus caballos salvajes y en las guerras civiles, da una gran importancia a sus enfermedades, y es, en masa, hipocondríaco. Al menor signo del más ligero desequilibrio en la salud, se llama al médico, se le describe con el más escrupuloso cuidado los síntomas de la enfermedad y se comienza de pronto a implorarle la vida, asegurándole que ningún sacrificio bastará a recompensarle el beneficio de la salud. Este hecho tal vez se explica con la ley que hace tímidos en las enfermedades a los valientes en la lucha, y a las mujerzuelas miedosas, intrépidas en los apuros de los dolores físicos. O tal vez, porque el charlatanismo, que ha impuesto en este país sumas enormes para el el rescate de la salud, ha hecho adquirir una muy elevada estimación por lo que se ponía a tan alto precio. Puede ser que el estado de gastritis lenta y de irritación gástrica, que es constitucional en los habitantes esparza un velo de hiponcondría sobre sus caracteres de hierro, pues ninguna víscera influye tanto sobre la alegría y la tristeza como el estómago, con sus dos satélites de los hipocondrios. Puede suceder, en fin, que estas tres causas se coaliguen para producir el mismo efecto.

Si el espíritu humano tiene el buen sentido de reflexionar y de dudar

(1) Mac Gregor, *Die Canarischen Inseln,* etc., página, 89, Hannòver, 1831.

(2) Richter, *De divino Hippocratis,* página 68, in 4. Gotting. 1739 ; Daremberg, *Œuv. chois. d'Hip.*, ed. 2, páginas 155, 219. Paris, 1855 ; Littré, *Œuvres d'Hip.*, tomo II, páginas 99 y 217.

cuando pone la piedra fundamental de un edificio, tiene también la suerte de quedar seguro de sí mismo y de su obra, cuando ha fijado la base, sea que la apoye al sesgo o derecha, en terreno sólido o sobre el borde de un despeñadero. Esta es una ley providencial, y sin la que el hombre aún no habría encontrado una cueva, ni concebido una sola doctrina. ¡Ay! si antes de construir una casa, necesitase asegurarse con los medios más delicados del arte y de la ciencia, que la piedra angular es perfectamente paralela al horizonte de la verdad, o si a la percusión indagadora del plesímetro de Piorry no da, aquí o allá, un sonido cavernoso y agrietado.

Hemos visto un pueblo cómo, con cuatro tajos de Radamante, se formó una doctrina médica que abarca todo el microcosmo de los males físicos, y ahora veremos cómo toda la terapéutica se apuntala sobre esta base, y calza de molde en la patología general.

Las enfermedades de *calor* se curan con remedios fríos, así como las enfermedades frías se curan con substancias cálidas. Todo lo que no es caliente ni frío, es *cordial*. Cuando no estéis bien seguros del asunto, al hacer un diagnóstico, antes que arriesgaros de hacer llover sobre mojado o de echar leña al fuego, acudid a lo templado, al *cordial*, a aquel término medio, que confundiendo los extremos en una armonía indefinible, forma la suma sabiduría y la inaccesible perfección del ingenio humano. *In medio tutissimus ibis.*

La doctrina de los remedios calientes, frescos y cordiales, aplicada en proporción diversa, según el grado de calor o de frío de las enfermedades, es una simplificación de la medicina de los árabes, que en su terapeútica, aplicaron las proporciones geométricas y hasta la armonía musical. Alkendi (1), en los diversos grados de los medicamentos, sólo admitía la proporción geométrica.

Substancias *frescas* son el sebo, la grasa de gallina, las de vaca, de carnero y de cerdo, las bebidas mucilaginosas, las verduras, el aguardiente, el vino catalán y la cerveza.

Son cálidas, el aguardiente con anís, el vino dulce de Málaga, considerado como el más seguro de los afrodisíacos, las grasas de iguana, de vizcacha y de comadreja.

El espíritu de ginebra, es *cordial*. No hay que asombrarse de que los espirituosos se encuentren esparcidos en las tres clases de los recursos terapéuticos. El culto que se les consagra y al que debía ser

(1) ALCHIND, *De medecinae composit. gradib.*, página 471, Edit. Marin fol. Venecia, 1562. Véase SPRENGEL, *Stor. della Medic.*, tomo IV, página 63. Venecia, 1812.

también devotísimo el fundador de la doctrina, estropeó la ciencia al servicio de la debilidad humana, de modo que se pudiese beber abundantemente en todas las enfermedades y sin ofensa alguna a los principios científicos. ¡Cuántas instituciones, orgullo del hombre, desde las nubes empireumáticas de los sacrificios religiosos, hasta la jarrettierra del rey inglés, tienen su origen en el instinto de las bestias, que es siempre el esqueleto de todos los hombres y hasta de los que desdeñan ser animales!

Contra *el aire,* se cuelgan al cuello los dientes del *yacaré,* o pequeño cocodrilo americano. Sirve para el mismo fin, un anillo de hierro en el dedo.

El *pasmo* y el *flato,* se vencen según la imaginación o la erudición del médico, ya con la una o con la otra, sin que pueda indicar una norma general.

Hay una clase de remedios que escapan a los principios de la ciencia y se libran del yugo de la razón, y está constituída por los *secretos de la naturaleza,* los que son medios misteriosos empleados contra las enfermedades más obscuras y que siempre deben aplicarse sin que el enfermo los conozca. Uno de los secretos más famosos y más seguros, empleado para hacer expeler las placentas tardías, consiste en hervir pedacitos desmenuzados de monedas de plata con un descascarado de la bóveda de un horno.

En general, la medicina popular de América, emplea los medios externos más que los internos, y, por consiguiente, hace gran caso de los untos, de las fricciones, de los baños, de las ventosas secas y escarificadas, de los vesicantes y de las ligaduras, que por error están demasiado olvidadas entre nosotros. Rhazes las usaba contra la naúsea, aunque Sprengel, tal vez equivocadamente, vea en esto un error de traducción. En un país en el que se puede extraer poca sangre y raras veces sin peligro, las ligaduras a los pies, rodillas y antebrazo, son al mismo tiempo un extirpador y una sangría momentáneas, que alejan de las vísceras de las grandes cavidades las congestiones rápidas y pasajeras. En esos climas y entre esta gente, las afecciones nerviosas son frecuentísimas, y hasta aún las que no lo son esencialmente, visten casi siempre el manto pomposísimo de la sintomatología nerviosa, por lo que los extirpadores empleados en la medicina del pueblo son en verdad utilísimos.

En estos países jamás se administra un purgante o un emético, sin *calentar el cuerpo* el día precedente, o sea sin preparar el cuerpo con sudoríficos, con baños de pies o fricciones secas en general. El olvido

de estas reglas se considera grosero error. También Avicena preparaba el cuerpo a los purgantes con baños, y antes que él, Hipócrates había escrito (Sect. 2 af. 9) : *Corpora, quandocumque quis purgare voluerit, fluida facere oportet...*

Cuando el enfermo ha tomado un purgante, no debe permitírsele dormir hasta que no haga su efecto. Esta norma terapéutica está calcada de las palabras de Avicena, que había dicho : « *Quumque aliquis medicinam ventris solutivam biberit ; melius erit ei, si medicinam fuerit fortis, ut super eam dormiat, antequam operetur, quoniam operabitur melius, et si debilis fuerit, melius erit ei ne super eam dormiat ; quoniam natura digeret medicinam. Quum autem medicina operari coeperit, melius erit ei, ne super eam dormiat, quocumque modo fuerit.* » (1).

Cuando un purgante no condesciende con los deseos del médico, el enfermo se pone muy inquieto, y no se calma hasta que otro más enérgico arroja a los dos. Más de una vez se me consultó sobre el modo de hacer votar un purgante que había quedado en el cuerpo uno o dos años antes, y al que se acusaba de todos los males sufridos durante ese tiempo. El día consecutivo a la toma de un laxante, se llama de *tornapurga,* y es un día santo que no se debe turbar con ninguna violación a la dieta más rigurosa.

He aquí una muestra de terapéutica especial :

Los dientes de la comadreja y del perro, se cuelgan al cuello de los niños para facilitar la dentición.

Cuando la cicatriz umbilical de un recién nacido amenaza enfermarse, se le hace apoyar el piececito sobre la corteza de un *bambú (Pircunia dioica),* o de un *tala,* y se corta después la parte del árbol que permaneció cubierta.

El excremento de gallina y el del perro, son remedios heroicos contra la estiptiquez.

Contra la oftalmía, se usa el colirio de sangre de negro.

Cuando el parto es difícil, se hace una cruz sobre el vientre de las mujeres, con el pie de un hombre que se llame Juan. Si hay retención de placenta, se pone sobre el lecho de la parturienta un cráneo de caballo, pero cuidando de que el hocico esté vuelto hacia los pies. No acabaría si quisiese enumerar todos los procedimientos que se emplean en América para hacer expeler la placenta. Muchos de entre ellos tienden a provocar el vómito o una profunda contracción muscu-

(1) Liber 1, Fen. 4, Doctrin. 5, página 200. Venetiis, 1614.

lar del diafragma. Se hace soplar una botella, o se mete a la boca la punta del látigo sucio con sudor del caballo. Sé que en Bolivia, un médico hizo expeler una placenta refractaria, dando de beber a la enferma, en un bacín, el agua en la que delante de ella se habían lavado medias sucias. Esto recuerda, cómo entre los birmanes se introduce, con el mismo fin, en la boca de la puérpera su propia cabellera (1).

Los tumores císticos se curan bañándolos todas las mañanas, con la propia saliva en ayunas.

La epilepsia se cura escupiendo todos los días, al despertarse, en la boca de un *pila*, el que volviéndose epiléptico, salva al enfermo.

Algunos forúnculos de la cara, se curan tocándolos con el dorso de la mano de un niño muerto.

Para detener la secreción de los senos en una puérpera que no puede amamantar a su propio hijo, se mojan cuatro pedacitos de tela en su leche y se cuelgan en las paredes de su cuarto, en dirección de los cuatro vientos.

Para el dolor de muelas, he visto suspender al cuello una bolsita llena de recortes de uñas y cristales de sal. En Río Grande del Sud, en el Brasil, se pone con el mismo fin, en la cavidad del diente careado, el cerebro de una perdiz recién muerta. En Entre Ríos, donde las perdices son más comunes que los gorriones entre nosotros, he observado muchas veces el éxito que se logra con este medio singular.

La mordedura de la víbora, se cura aplicando en la herida leche coagulada, o un gato negro descuartizado, o cuerno quemado.

La picadura de la *raya*, pez común en los ríos de América, y que produce un escozor insufrible al que muchas veces acompaña verdadera fiebre, se cura inmediatamente si una mujer aplica sobre aquélla la vulva. Así lo aseguran los entrerrianos.

La medicina está en manos de muchas clases de hombres, que con distinto rango y conocimientos variadísimos, se dividen el patrimonio de Pandora y de Hipócrates.

A la cabeza de todos, está el *facultativo* o el doctor en medicina, que ha estudiado en Europa o en algunas de las Universidades americanas.

Este es el único hombre que puede llamarse colega nuestro y con el que se puede hablar el lenguaje de la ciencia. Conocí a varios excelentes y que estarían a la par de los mejores médicos prácticos de nuestras capitales. En Entre Ríos, me bastará citar al doctor Vivanco,

(1) *The Ind. Journ. of med. scienc.* 1837.

laureado en Buenos Aires, observador agudo y profundo, y felicísimo operador.

Descendiendo un escalón del espinoso sendero de los sacerdotes de Esculapio, encontramos al *médico,* que es un ser anfibio, oscilante entre el *facultativo* y el *curandero,* y que las más de las veces es un flebótomo metido a médico, o un farmacéutico que ha leído la traducción española de la *Medicina doméstica* de Graham. Evita la compañía de los doctores y desprecia la sociedad de los *curanderos.* Cuando el médico posee el talento de la astucia, la flexibilidad de la culebra y la estupidez de la cotorra, puede ganar fortuna y salvar con discreta infamia el propio honor; en caso contrario, es condenado a la vida destemplada y babosa de todos los anfibios del reino bestial y humano.

El *curandero* es el verdadero ministro de la medicina popular, el único intérprete de la naturaleza médica americana, el hombre a quien el pueblo confía sin temor, ni vergüenza, la historia dolorosa de los propios defectos. Usa *poncho* y monta caballo elegido; hace chirriar las pesadas espuelas de plata y chasquear el látigo; bebe bien y charla muchísimo. Siempre sonriente y seguro, conoce todas las enfermedades y todos los remedios, desprecia a los médicos, que al quemar sus pestañas sobre los libros, han perdido la sensibilidad necesaria para leer en el libro de la naturaleza; no arruga jamás la frente, sino para esputar graves sentencias, inapelables; vende la vida, predice la muerte por horas y por minutos, y mintiendo con descaro, y sin llevar anotaciones, convence a pocos y cura a poquísimos, pero aturde a todos y tiene siempre razón.

No pidáis diploma al *curandero,* ni pretendáis indagar el origen de su ciencia. Si el divino Platón creía en las ideas innatas, ¿ por qué no admitir que se pueda nacer y ser médico sin haber estudiado ? He conocido *curanderos* que habían sido barberos y fabricantes de baúles. Uno de ellos había dado la vuelta al mundo, como marinero, en una expedición científica de los Estados Unidos, y a propósito de una diarrea, os hablaba de Makao, de Calcuta y de Trieste, y cuando el enfermo exigente le hacía preguntas demasiado importunas sobre la esencia y las causas de su enfermedad, se ponía a hablarle de longitudes y logaritmos, de modo que el pobre hombre quedaba siempre persuadido que era mucho mejor no hacer demasiadas preguntas al médico y de cuánta razón tenía aquel pintor antiguo para decir : *Ne sutor ultra crepidam.* Este curandero, cuando carecía de enfermos, fabricaba látigos y sillas.

He aquí algunas recetas sacadas de mi colección :

R. Precipitad. Rojo......... gr. $\frac{\dots}{XV}$

Asung. Suill........... dr. ...
M. f. ungt.

Cuatro purgantes de cremor y jalapa con media onza de cremor y dos dracmas de jalapa.

R. Decot alvi Siderant...... Libr. i j
Sirup simplex............. Onzas j
Extr. opii................. g. $\frac{\dots}{i\,j}$

M. f. bebida.
R. Media onza de emético.
R. Algalaba, media onza.

Nótese que estas dos últimas prescripciones, debían servir para una sola vez. He conocido a un *curandero* que, al asistir a un enfermo, le prescribía siempre cuatro recetas por lo menos, que copiaba de un formulario impreso. Una vez leí en la hoja que me presentó un enfermo suyo, un purgante, un emético, una preparación de quinina y un alterante mercurial formulado a la moda inglesa.

El *curandero* hace casi siempre un contrato con el enfermo, y fija diversos precios, según que la enfermedad resulte mejorada o curada. En los casos mortales, sabe precaverse haciéndose pagar anticipadamente una parte del honorario convenido, o con facturas especiales de remedios, instrumentos, etc. Otras veces, cuando su cliente es rico, se establece en la casa por unos meses, abandona a sus demás enfermos para atender con todo empeño un caso tan interesante, y si se le retribuye con poca generosidad, lo que es rarísimo, se consuela pensando que ha comido y bebido perfectamente mucho tiempo y a costa del enfermo. Las enfermedades de los pobres son siempre afecciones insignificantes y que curan en pocos días. Los ricos, en cambio, se enferman siempre gravemente y en el curso de su vida han sido salvados mil veces de una muerte inminente. El diatesímetro del *curandero* es la bolsa de los clientes, y al determinar los grados de la tolerancia, se engaña mucho menos que Rasori y su escuela.

Para dar una idea de la moralidad de algunos *curanderos*, citaré un solo hecho. Llamado uno de ellos para asistir a una linda enferma, que probablemente sufría de una afección gastro-entérica, declaró que tenía un duende en el vientre, y que él se empeñaba, mediante una larga

curación, a sacarlo. Después de vivir muchas semanas en la casa, para cumplir dignamente con el compromiso empeñado, declaró un día que el duende estaba maduro y que saldría del vientre dejando sanísima a la pobre enferma. Hizo encerrar el lecho de la enferma dentro de un pabellón de cortinas, colocó a dos de los más próximos parientes de aquélla sobre la puerta que daba al campo, con un fusil cargado, y desde dentro de las cortinas previno a los centinelas que estuviesen alertas para tirar sobre el duende apenas les avisase con un grito, que huía... El grito se dejó sentir poco después, pero no fué tal como para que los intrépidos centinelas se asustasen, sino para que se avergonzasen de su estupidez, y arrojando los fusiles, estuviesen escondidos largo tiempo, como despreciándose a sí mismos. Si no estuviese segurísimo de este hecho, no me atrevería a suponer en un hombre tanta desvergüenza y cinismo.

El *curandero* no necesita ver al enfermo para curarlo, sino que por el examen de su orina puede hacer el diagnóstico e indicar el método de la curación.

Los médicos árabes daban gran importancia a la *uroscopia*, y en la edad media, aún en las Cortes de Germania, el primer médico debía ver todas las mañanas la orina del príncipe. Los médicos de Entre Ríos arriesgan más de una vez su fama sobre un vaticinio, y hechos ya célebres por su suerte, adquieren después el derecho de equivocarse siempre, parecidos en esto a Isa-Abu-Koreish, médico árabe apodado Sidalani, que se procuró gran fama y fortuna por haber predicho, al examinar la orina de la concubina del califa Almohdi, su preñez y el futuro nacimiento de un hijo varón (1).

He debido defenderme, con frecuencia, de las importunas preguntas de muchos enfermos, que desde puntos apartados, me mandaban embotelladas sus orinas, algunas veces ya podridas, y recuerdo haber curado a un cliente mío de sus creencias en la ciencia uroscópica, aconsejándole que llevase a un *curandero* una mezcolanza de láudano y agua, para que opinase del enfermo que había emitido semejantes orinas.

El arte médica en la América meridional, no está reservada a nuestro sexo, y sus afanes severos son compartidos por el sexo gentil.

Vedi le triste che lasciaron l'ago
La spuola e'l fuso e fecersi indovine
Facer malie con erbe e con imago.

(1) SPRENGEL, *op. cit.*

Las *médicas* curan por inspiración y, por consiguiente, se encargan especialmente de sanar *el mal de daño* o *ojo,* y las más raras formas morbosas. Hacen siempre de médico, cirujano, comadrón, enfermero y farmacéutico, de una sola vez, y puedo asegurar que en igualdad de ignorancia, son siempre mejores que los *curanderos,* pues ponen en su obra mucho más corazón y menor avidez de ganancia.

He conocido a la *china Tacuavé,* que tenía en el cuerpo 99 centésimos exactos de sangre charrúa, mientras que sobre el otro centésimo, se disputa aún entre sus conocidos, si tiene más derecho la raza caucásica o la negra. Era de proporciones elefantinas, de color amarilloso, con cigomas protuberantes y picada de viruelas. Completamente cubierta de oro y mechada con grasa, no comprendí jamás cómo entre tanta riqueza de margaratos y de joyas, hubiese quedado un lugarcito para el cerebro. Y hacía prodigios, sin embargo, y curaba todas las enfermedades con la piedra bezar (bezoar), el *aceite* calmante y el *agua de espíritu.* Escribía, según el caso, una u otra de estas recetas, sobre un pedazo de papel, y el boticario interpretaba a su voluntad las prescripciones, seguro de que la *Tacuavé* quedaría siempre satisfecha.

No puedo terminar este capítulo sin echar una imprecación a las comadres de estas regiones, para quienes Dante hubiera enriquecido con otro círculo su infierno, si las hubiese conocido. Jamás dejan parir naturalmente a mujer alguna, y sacudiéndolas como a bolsas que se quiere vaciar, producen hemorragias, prolapsos y mil otros daños, y cansan de tal modo el útero, que la placenta queda muchas veces retenida largas horas. La operación de *mantear* se practica aferrando a la parturienta por los flancos y sacudiéndola con violencia de arriba a abajo. Algunas veces, cuando la bolsa uterina no se vacía, se coloca a la mujer sobre un poncho que muchos brazos robustos menean en todos sentidos, como si la pobre mujer fuese cernida.

Contra esta pésima costumbre y esta pésima gente, está luchando la autoridad de las personas y de los médicos instruídos, y aunque larga, tendrá esta guerra éxito feliz y segurísimo.

En la región del Plata, las enfermedades están distribuídas muy desigualmente en las diversas estaciones, pues el verano presenta el número máximo de enfermos, y el invierno, que es lluvioso, es tan sano que deja en completo reposo al médico más ocupado.

Las afecciones nerviosas predominan más que todas las otras, y hasta las enfermedades inflamatorias asumen tal aspecto pomposo de síntomas nerviosos, como para engañar a primera vista al mejor ob-

servador. El pulso es lento, la reacción de la circulación débil y obscura; rarísima la indicación de la sangría.

La tenia, la gastralgia, la enteralgia vegetal, la estiptiquez grave, los defectos cardíacos, la elefantiasis anestésica, el histerismo, la epilepsia, y las afecciones reumáticas, son las enfermedades verdaderamente endémicas de esta región, y que presentan las formas salientes del cuadro morboso que deseamos estudiar.

La lentitud de la circulación, el eretismo nervioso y el estómago irritabilísimo, son los elementos fundamentales de todas las enfermedades, de modo que hasta las afecciones comunes a todos los países, tienen un carácter especial y exigen especiales indicaciones terapéuticas.

No se conocen fiebres palúdicas. La diabetes sacarina no se observa nunca en Entre Ríos, y esta observación está de acuerdo con la del doctor Vivanco, que ejerció allí diez años la medicina. Sin pretensiones de conquistar adeptos para una teoría, lo que es propio de todos los hombres nacidos bajo el sol, recuerdo que en el Río de la Plata se vive casi únicamente de carne. No he visto un solo caso de bocio, de raquitismo o cretinismo.

Hay en Entre Ríos un insecto y una araña, que de modo distinto atormentan a los habitantes.

El *cuis* o *bicho colorado*, es una pequeñísima pelusa, como la punta de una aguja, de color rojo vivo, que infesta los huertos y jardines y se pega al vestido de los que van por esos lugares, penetrando después con gran rapidez bajo la epidermis, produciendo comezón y ardor. Basta atravesar un huerto, cuando hace tiempo que no llueve, para salir con las piernas impacientes y plagadas. Una vez me sucedió que, envolviéndome por la noche en un gabán que había extendido sobre el césped de un jardín, me desperté a las pocas horas con una comezón general y verdadera fiebre. A la luz, me ví cubierto el cuerpo de pápulas rosas, que me asustaron a primera vista, haciéndome imaginar algún exantema.

Las fricciones con sebo, y en general con materias grasas o aguardiente, matan al extraño animalito y así desaparece la enfermedad. Los rasguños, las cicatrices y las costras del que no sabe cómo se mata al *bicho colorado*, pueden simular algunas enfermedades cutáneas.

Es extraño que los europeos, apenas llegados a América, sean las primeras víctimas de este animalito, y poco a poco van perdiendo la susceptibilidad para ser atacados.

Las largas lluvias hacen más accesibles los huertos, que en tiempo de gran sequía son verdaderamente terribles.

No hay quien dude en Entre Ríos, que acostándose, por la noche, con restos de alguna substancia dulce en los labios, se recibe la visita de una pequeña araña, que deja las huellas de su excursión en unas ampollitas, semejantes en pequeñez de proporción, a las herpes de los labios después de algunos accesos de fiebres periódicas. He visto muchas veces estas vejiguillas, sobre todo en las mujeres, que acaban la cena con alguna fruta enzopada en almíbar y mi escepticismo debió rendir las armas ante el testimonio de muchísimos argentinos y extranjeros.

CAPÍTULO IX

Flora médica de Entre Ríos. — Los árboles de los bosques. — El ombú
El abrojo chico. — Fauna dietética y farmacéutica

Las selvas finamente pespunteadas de las mimosas y los pastos fertilísimos de Entre Ríos, ofrecen al médico muchos árboles y hierbas, de los que puede sacar preciosos recursos terapéuticos. Anotaré algunos de los que yo mismo estudié, para que los médicos italianos que vengan a este país, puedan aprovechar mi pobre experiencia y fecundarla mejor con sus observaciones, para que podamos servirnos en Europa de algunos productos de la flora entrerriana.

Goma del ñandubay, semejante a la Inga, y que con su tronco giboso y durísimo, ofrece una madera preciosa para construcciones, que tiene la propiedad de volverse casi lapídea cuando está bajo tierra. La larva de un gran insecto cava en su tronco largas galerías, que se llenan de un jugo negro y brillante, semejante a la goma kino y a la tierra catecú. Esta materia ligerísima, parece un extracto resinoso y se aproxima bastante, por su composición y caracteres químicos más visibles, a esas dos substancias de la flora de Oriente. Riquísima en ácido tánico, puede servir en medicina como uno de los más fuertes astringentes. Su estudio ofrecería útiles aplicaciones a la tintura y otros ramos de la industria.

El *moye* es un arbusto de hojas brillantes y olor resinoso, el que por incisiones practicadas en el tronco, deja gotear una especie de trementina, que puede resultar utilísima para muchos usos, y que en la medicina popular de esas regiones, se emplea para hacer esos pequeños emplastos contra el dolor de cabeza y que se usan tan a menudo con el nombre de *parches.*

El *moye de tinta,* muy semejante al precedente, se emplea en la tintura.

El *mataojo* es un árbol de madera ligerísima, de hojas muy seme-

jantes a la del oleandro, y que he visto crecer a lo largo de las boscosas orillas del bajo Nogoyá. Lleva este nombre porque cuando se chamusca esparce un humo muy acre, insoportable a los ojos. Se asegura que basta dormir bajo un *mataojo* para que este órgano se resienta. Este árbol debe ser estudiado.

El *quebrachillo* es un arbusto piramidal, que por la regular distribución de las hojas, parece criado por la mano del hombre. Sus bayas redondas y amarillentas, son de un sabor muy dulce y agradable, por lo que las prefieren los niños y las mujeres. Comidas en gran cantidad por quien las prueba la primera vez, producen embriaguez y vómitos. Yo comí dos únicamente y experimenté un vértigo pasajero.

El *ubajay* (fruto ácido, en guaraní), nombre que D'Orbigny y Merat escriben por error *hiva hai,* es un árbol que crece a las orillas del Paraná y se cultiva en muchos jardines de Entre Ríos, a causa de sus frutos amarillos acidísimos. Su olor es malo y recuerda el del sudor y el del queso podrido. Pero he observado que sus cualidades refrescantes y ligeramente purgativas, son utilísimas en un país en que el estómago es atormentado por la gastralgia, y en que la estiptiquez está a la orden del día. Su jugo es útil en las afecciones febriles y en el escorbuto.

El *timbó* es una de lòs árboles mas elegantes de la flora del Paraná, y alzándose esbelto y ágil sobre el vulgo de las otras mimosas, abre su sombrilla rica de blondas finamente dentelladas. Es una especie de *Inga,* que da una madera utilísima al carpintero y al tornero. La pulpa de sus vainas sirve como jabón para quitar manchas. Tienen las raíces una resina blanca y transparente, que se quema como incienso en las iglesias y que los jesuítas empleaban para fabricar un barniz bellísimo.

El *Cocos yatay* (1), forma bosques inmensos en todos los terrenos arenosos de las provincias de Entre Ríos y Corrientes. Entre esta ciudad e Itaty, en las Ensenadas, forma casi solo grandes selvas. Esta palma se encuentra desde el 27° al 32° de latitud sur, sobre 125 leguas de latitud y formando por doquiera hermosísimos bosques. Sus grandes racimos de color amarillo dorado, dan frutos carnosos, tan dulces, que los hombres los abandonan para el ganado y recogen después los

(1) *Cocos yatay,* Mart., tab. I, fig. 1, tab. XXX; C. D'ORBIGNY, *Voyage dans l'Am. mérid.*, tomo 7, parte 3, número 41; tomo 8, tablas.

C. caudice mediocri crasso sursum basibus petiolorum persistentibus squamoso; frondibus surrectis arcuatis, petiolo spinoso serrato, pinnis concinnis rigidulis angusto-linearibus acuminatis; petalis masculis lanceolatis acutis, foemeneis oblongoovatis obtusis drupis perigonio excrescente duplo longioribus oblongis acutis; putamine oblongo, basi acutiuscolo vertice rotundato.

cocos para comer las almendras. Con la pulpa se hace una especie de aguardiente, y las hojas sirven para fabricar sombreros de paja. Los incendios artificiales destruyen muchos de estos árboles. El interior del tronco suministra un jugo dulce, susceptible de fermentar.

Los guaraníes llaman a esta palma *yatay*, y según D'Orbigny, este nombre fué también adoptado por los españoles. En Entre Ríos he oído siempre llamarle *coco*, y a los frutos, *coquitos* o *coquitos de Montiel*. Son utilísimos para curar la tenia.

El árbol más simpático del Río de la Plata es el *ombú* (1), que traído por los españoles, se ha vuelto indígena en América, y constituye uno de los lineamientos más característicos de la fisonomía de la Pampa.

Cuando conducido por vuestro *parejero* contáis las largas horas de viaje, sin poder reposar la vista sobre un árbol o una piedra, surcando con monótono galope el mar herboso de la Pampa, veis de improviso en la extrema franja del horizonte, una mancha negra y redonda, que vuestro *vaqueano* os señala alegremente, diciendo : *Adelante amigo ; ya vamos a llegar*. Tal vez sin ánimo y cansado, preguntáis que es esa mancha, y vuestro compañero maravillándose, responde : *¿Pero no ve usted aquel ombú?* Y vuestro amigo tiene razón : en el verde desierto del Plata, un ombú debe hacer palpitar el corazón de esperanza y alegría porque donde está ese árbol, hay una casa, sombra y agua; hay un *mate* siempre pronto a reanimar los espíritus quebrantados; hay un techo hospitalario. Animado por las palabras del *gaucho*, apresuráis el galope del caballo, y la pequeña mancha obscura se ha transformado en amplia cúpula de verdura, que apoyándose en un laberinto de raíces semejantes a boas gigantescas, se alza sola y potente, derra-

(1) *Pircunia*, Moq. non Bertero, *D. C. Prodr.*, pars. XIII, sectio posterior, páginas 29, 30, 31.
Flores hermafroditi, rarodioici, tribacteati. Calyx 5 partitus ; laciniis subcoriaceo-herbaceis, margine submembranaceis, aequalibus fructiferis ascendentibus aut reflexis, corolla nulla. Stamina 5–30, sub-hypogyna, libera, disco carnosulo inserta, 5 exteriora cum calcys laciniis alterna, coetera iisdem opposita. Filamenta subolato-linearia. Anthaerae ovato elipticae. Ovaria 5-12, raro pauciora, toro convexiuscolo, sessilia. Ocula basifixa, campylotropa. Styli breviusculi, ovariorum angulo centrali continui, subulati. Stigma superficies interna stilorum. Fructus calice basi stipatus ; carpelleis 4–10 liberis aut inferme coalitis, carnosulis, raro baccatis subinflato reniformibus, stylo persistente oblique apiculatis, monospermis indehiscentibus. Semen verticale, fundo oculamenti marginem internum versus afixum, sublenticulare ; testa crustacea, fragilis. Albumen centrale, farinaceum. Embryo annularis periphericus, radicula descendente ; cotyledonibus linearibus, planis incumbentibus.

P. dioica Moquim-Tandon.

Caule arboreo, erecto haud sulcato, foliis longe petiolatis ellipticis vel oblongo-ovatis in petiolum haud decurrentibus acuminatis recurvo mucronulatis, racemis breviter pedunculatis folio longioribus, rachi valde flexuosa puberula, floribus diocis pedielli longitudine masc. 20–30 andris fem. 10-12 gynis. Carpellis inferne coalitis, racemis pendulis.

mando en ancho espacio sombra y frescor. La pequeña choza que parece pedir protección a aquel gigante del desierto, desaparece a su presencia, pero el ombú es parte integrante de la casa del *gaucho*, y a menudo sírvele de sala, de cuarto de dormir, de cocina y de establo.

El ombú es la *Phytolacca dioica* de Linneo, o *Pircunia dioica* de Decandolle, y no comprendo cómo D'Orbigny haya cometido el error de considerarlo como un fico. Algunos lo consideran indígeno de América, pero yo sostengo que ha sido importado de España, por la rapidez con que crece y la sombra espesa y amplia que derrama alrededor. Está opinión está apoyada en la autoridad de un distinguidísimo botánico español (1).

Adquiere este árbol, en pocos años, una gran altura y un gran volumen, y su madera blanda y esponjosa chupa por mil raíces las sales potásicas del suelo, que después se emplean para preparar jabón, pues en todos los países del Río de la Plata se lo fabrica con sebo y cenizas de plantas.

Observando que los *gauchos*, cuando tienen necesidad de purgarse, ponen en el mate algunas hojas de ombú, cuya infusión beben después, me propuse fabricar un extracto acuoso y el distinguido farmacéutico Bettinotti, establecido hace mucho tiempo en Buenos Aires, se ocupó de esta preparación. El extracto obtenido, producía a la dosis de pocos gramos, varias descargas alvinas, sin tormentos ni dolores de vientre, por lo que tanto las hojas como el extracto de ombú, podrían enriquecer el catálogo de los purgantes de fácil aplicación.

Los frutos son dulzones, y su extracto, según algunas experiencias hechas con Bettinotti, carecía de toda virtud purgativa.

Merat, en su gran obra sobre materia médica, habla de un *ombú*, árbol del Brasil, que da frutos redondos y amarillentos. No conozco esta planta, y no me agradaría que fuese error del autor, de quien tomo ese dato. Los frutos de la *Pircunia dioica* son amarillentos, pero en racimos (2).

(1) J. Quer, *Continuación de la flora española por el doctor Gomes de Ortega*, vol. VI, página 97, nota. Madrid, 1874.

(2) Marcos Sastre en su bello libro sobre el Delta argentino, tan fragante de fresca y serena admiración por la naturaleza, traza con mágico pincel, el perfil del ombú : « El ombú es el árbol del pueblo pastor, a quien ofrece sombra y casa en medio de las vastas dehesas que alimentan sus ganados... El ombú incita al pastor a dejar sus costumbres nómadas, brindándole un asilo seguro, grato y bello. El ombú es el único objeto que se eleva sobre la dilatada Pampa, destruyendo la monotonía de ese océano de verdura. Sus abultadas raíces, que se levantan en una enorme masa cónica que sirve de base a su tronco, imitan las rocas, simulando en los huecos de

Descendiendo ahora de los árboles más altos a las humildes hierbas del campo, encontraremos en Entre Ríos muchas plantitas medicinales, y entre ellas, en primer lugar, el *abrojo chico,* planta espinosa, que infesta las llanuras y cuyas pequeñas semillas espinosas y unciformes se diseminan en largo espacio, acarreadas a todas partes por la lana de las ovejas y las colas de los caballos y bueyes. La propiedad pegajosa de sus semillas, quizá lo transportó de Europa a América. Traje un ejemplar, que estudiado por el distinguido botánico, profesor Gibelli, fué reconocido como perteneciente al *Xantium spinossum* (1), planta que crece en Francia, Italia, Austria y Hungría.

He encontrado el *Xantium* en toda la Confederación Argentina, en el Paraguay, y sé que también crece en Bolivia y el Perú. En estas dos últimas repúblicas y en las provincias septentrionales del Estado argentino, cambia de nombre y se le llama *cepacaballo,* pero sirve para los mismos usos y goza de la misma altísima fama medicinal.

El uso de esta plantita, en regiones tan lejanas y con el mismo objeto, me hizo sospechar que verdaderamente tuviese alguna virtud terapéutica, ya que su aspecto humilde y bajo no podía sugerir ninguna aplicación en la mente fantástica de las brujas populares.

El jugo del *abrojo chico* tiene una virtud antiséptica singular, por lo que haciéndolo hervir con la carne próxima a entrar en putrefacción, o mezclado con la manteca que está por agriarse, quita a ambas el mal sabor y el olor de la descomposición orgánica. Su decocción amarguilla, no es emética ni laxante, es buena en las afecciones hepáticas, en las fiebres tifoideas y en las convalecencias de enfermedades

su seno sombrías cavernas que pueden servir de cómoda habitación en el desierto. Casi siempre su presencia indica, desde bien lejos la morada humana al caminante extraviado, que apresura hacia él sus pasos para gozar el seguro reposo del rancho hospitalario de nuestros campos. En las dilatadas llanuras sin caminos, el ombú es el norte del viajero : y levantándose sobre la planicie de las costas del Plata, en forma de colinas invariables como las montañas, son la guía segura del navegante para tomar el puerto, evitando los vajíos peligrosos... (MARCOS SASTRE, *El Tempe Argentino.* Nueva edición, página 158. Buenos Ayres, 1859.)

(1) Xantium. *Capitula monoica homogama. M. Involucrum subglobosum moltiflorum squamis liberis 1 seriatis. Receptaculum cylindraceum, paleaceum. Corollae elevate pilosusculae, breviter 5 lobe. Stam. flam. corollae vix adnata antherae liberae ecaudatae. Stigm. 2 concreta. F. Flores 2 intra invol. humatoaculeatum rostris 1-2 superatum inclusi. Con. filiformes. Stam. 0 Stigm. 2 linearia divergentia ad latera papillifera. Achenia compressa singula in loculis singulis involucri demum indurati et bilocularis nidulentia. Embryo oblongus. Herbae sporadice ramosae annuae Folia alterna varie incisa. Capitula irregulariter glomerato spicata, spica, terminali superne mascula inferne foeminea. Genus inter compositas valde abnorme ! ad Urticeas a Ventenantio, ad Cucurbitaceas ad Reichenbachio rejectum.*

X. spinossum. Linn. sp. 1400, spinis tripartitis, foliis trilobis supra minute puberulis secus nervos canis subtus canescentibns. (Dec. Pir. Prodorm., Pars 5, pág. 533.)

largas, en las que el estómago ha sufrido por una vía más o menos directa. Los médicos del país atribuyen a esta planta una gran virtud *disolvente* en las *obstrucciones* abdominales, pero se ha hecho y se hace tan miserable abuso de estas palabras, que por ahora deseo limitarme a llamar la atención de mis colegas argentinos sobre esta planta, asegurándoles que para mí sus virtudes antisépticas están bien probadas. Ahora si me preguntáis de qué modo esta hierba detiene o retarda el proceso destructor de la materia orgánica, responderé, haciendo por la centésima vez confesión de ignorancia profundísima y estrechado entre la espada y la pared, diciendo como Argan en *Le malade imaginaire :*

Mihi a docto doctore
Demandatur causam et rationem quare
Opium facit dormire.
A' quoi respondeo
Quia est in eo
Virtus dormitiva
Cujus est natura
Sensus assoupire.

Todas las aldeas de Entre Ríos están circundadas de una franja de cicuta, que altísima y lujuriosa, forma verdaderos bosquecillos de magnífico color esmeralda. No sé si esa planta es una verdadera *cicuta* o un género afín, pero sí que tiene un olor viroso fuertísimo; hice preparar, por reemplazo, una solución acuosa tan concentrada, que expuesta algunas horas al sol, dejó al secarse un extracto de color verdescuro que por su olor y sabor representaba el jugo de la planta fresca.

De este extracto disolví tres granos en unas gotas de leche y lo hice tragar por un gatito, el que aproximadamente después de veinte minutos, entró en convulsiones clónicas, alternadas con sopor. Unas horas después el gato se restableció completamente.

A otro animal de la misma especie y edad, hice tragar nueve granos de extracto de cicuta. A la media hora entró en un coma profundísimo, del que parecía despertarse de cuando en cuando, invadido por temblores y convulsiones. Entre éstas noté con más frecuencia una oscilación rítmica de la cola de derecha a izquierda. La muerte sobrevino, aproximadamente después de cuatro horas de administrada la cicuta.

Hice con esta planta grandes aplicaciones terapéuticas, en las enfermedades uterinas, tan frecuentes en el país, y quedé satisfecho. Los semicupios, las inyecciones vaginales con su decocción y el uso

externo de su extracto, persuadiéronme que estos países podrían emanciparse de las preparaciones de cicuta que le llegan a veces muy alteradas de Europa.

Las experiencias del extracto de cicuta entrerriana, fueron hechas en el mes de marzo, en compañía del distinguido farmacéutico Gamas.

También el *chamico*, que comprende con una sola palabra varias especies de *Datura*, es tan útil como nuestro estramonio, e hice preparar con él baños, fomentos y cataplasmas narcóticas. He hecho fumar sus hojas en pipa, para el enfisema y obtuve una mejoría pasajera.

La *canchalagua (Chironia chilensis)* es una hierba de extraordinaria amargura y basta sumergirla breves instantes para que comunique su sabor a una considerable cantidad de agua.

Se la considera en América poco más o menos como una *panacea*, y la encontré muy útil para todos aquellos casos en los que se recurre a los amargos para estimular el apetito o despertar a vida más robusta el estómago extenuado o perezoso. Algunos médicos no la han encontrado superior a la especie europea (1).

El *mburucuyá* o *viricuyá*, es una pasiflora, que después de abrir sus magníficas flores fragantes, pendientes de los troncos de ceibo, da un fruto acídulo y azucarado, que se puede chupar sin peligro aún por los estómagos más débiles y melindrosos. No así con el fruto del *tas*, otra liana que enroscándose en los setos y matorrales de *espinillos*, con sus hojas glaucas y lanceoladas y sus flores blancoverdosas y fragantísimas, contiene en su fruto acerbo una substancia tierna del mismo sabor de la avellana, pero muy indigesta. Esta planta está embebida en una leche blanquísima y viscosa, que gotea abundantemente, por alguna herida que en cualquier parte se le haga.

Las orillas de los ríos y los bosques húmedos de Entre Ríos, ofrecen algunas especies de *Smilax*, que dan una *zarzaparrilla criolla*, que creo utilísima, especialmente para cuando se carezca de la excelente de Honduras. En el Río de la Plata he visto falsificar por muchos farmacéuticos la zarzaparrilla con las raíces del *Agave americano*, con mucha ventaja para sus bolsillos y sin daño aparente para la salud de los enfermos.

En la América, Argentina, se tiene tanta fe en la acción de la zarzaparrilla, que todos los años se manda a muchísimos enfermos a Río

(1) *Bull. gén. de thérap.*, 30 octubre 1854, página 386. *Med. Chirurg. Trans. of London*, july 1855, página 239.

Negro, en la Banda Oriental del Uruguay, a bañarse en este río y a beber de sus aguas purísimas, sólo porque éstas bañan en su curso las raíces de mil plantas de *Smilax*. Debían los médicos de estos países, tener también una válvula de seguridad, una *ultima ratio medicorum*. Pero no nos es permitido bromear sobre un artículo de fe médica, aún cuando sea de los últimos. La zarzaparrilla ha sido demasiado ensalzada, y demasiado provecho ha dado ya a los charlatanes, para que pueda hablarse de ella superficialmente y sin una base de larga y profunda experiencia. No es una panacea, ni un equivalente del regaliz y del *Roob sambuci*.

La fauna entrerriana presenta muchos alimentos exquisitos, aunque casi siempre despreciados por los criollos, los que, fuera de la carne de vaca, de oveja o de cerdo, no ven más que *bichos de la tierra o animales inmundos*.

De las carnes de los mamíferos argentinos, la más delicada de todas es la del *Dasypus hybridus* y otras especies vecinas, a las que se dan los nombres de *mulita, mataco, quirquincho*, etc. Es muy gorda y, aunque más delicada, semejante a la del ánade. La carne del *peludo (Dasypus villosus)* es apenas tolerable.

La fecundísima *viscacha (Callomys biscacia)* de Isid. Geoff. y D'Ob.), da una carne muy blanca, que al perder con el guisado su sabor terroso, es bastante buena.

He comido la sarigueya (comadreja), por la que los argentinos tienen gran repugnancia, y la he encontrado excelente.

El *venado*, el *ciervo*, el *guaçú-birá (Cervus nemorivagus)* y otros aún menos conocidos, son bastante buenos. El *capincho* o *carpincho*, especie de *cabiai*, y el *quiyá* o *quillá* o nutria *(Myopotamus coypus)* son dos mamíferos acuáticos, mucho más apreciables por su piel, que por sus carnes.

En Entre Ríos no hay quien dude que la hembra del *carpincho* paga, como la mujer, su tributo mensual a la naturaleza, y que en esa época, perseguida por el cazador, se deja matar antes que refugiarse en el agua, su asilo más seguro.

Aunque he visto muchos *carpinchos*, jamás he tenido la suerte de encontrar una hembra en estado tan interesante.

Las perdices pequeñas y grandes, varias especies de *bandurria*; D'Orbigny escribe *mandurria* (Ibis), la *lechuza (Noctua canicularia)* e infinitos otros pájaros, ofrecen al cazador carnes delicadas. Son sobre todo excelentes los pequeños loros aún implumes, que encontré superiores a cualquier alimento de origen animal.

Del avestruz es excelente el ala. He comido a menudo sus huevos, pero son de sabor inferior a los de gallina y de más difícil digestión. Príncipe de los huevos, es el de *teru-teru*, digno bocado de Lúculo.

En los ríos, los *bagres*, los *armados*, los *surubís* (grandes especies de siluros), y otros infinitos peces, dan alimento variado a los entrerrianos, aunque la riqueza de las carnes más cálidas, les haga despreciar hasta ahora a los fríos habitantes de las aguas, que, mientras tanto, fecundan los ríos por procreación creciente y poblándolos de un modo que los europeos apenas pueden imaginar.

El *zorrino* es un pequeño mamífero muy elegante, que los zoólogos reconocen por una especie de *mephitis*, y que ni a la rapidez del paso, ni a la agudeza de la garra, ni a la robustez de sus dientes, debe la defensa, la que. sin embargo, es tan segura, que al decir de los criollos, ni el feroz *yaguar* osa atacarlo. Cuando se ve amenazado, alza la cola y lanza a pequeña distancia un líquido fetidísimo y muy volátil, que el viento esparce en anchísimo espacio, y hace huir a hombres y animales. Dí con uno en el campo y lo maté con tres tiros de fusil cargado con perdigones, y colocándome de espaldas al viento, pude resistir hasta cuatro descargas olorosas con que mi adversario trató de intimidarme. Cuando se logra matar a este animal por sorpresa, se puede recoger, en una redomita, cierta porción de su líquido fetidísimo, el que resulta muy bueno para algunas cefalalgias nerviosas. Deberíase probar su aplicación en el histerismo y otras neurosis.

CAPÍTULO X

Partida de Entre Ríos. — Los ríos y la vida terrestre
Las islas del Paraná. — El yaguar

Abandonemos los fértiles campos de Entre Ríos, y después de dar un saludo afectuoso a uno de los países más hospitalarios del mundo, vamos hasta la orilla del Paraná y esperemos que un vapor, con sus columnas de humo denso y negrísimo y con su temblor lleno de actividad y de vida, nos llame a proseguir nuestro viaje por el interior de las regiones poco conocidas del continente americano.

El vapor ha llegado; y si en las pocas horas, y a veces en los pocos minutos de reposo, habéis sabido mirar el nuevo continente, debéis a esta hora ir atravesando por una de sus más encantadoras regiones. Si os acompaña un *gaucho* de la pampa, os causará risa el extraño temor con que mira el nuevo suelo por el que viaja, y a su juicio, menos seguro que el más salvaje de sus peligrosos corceles.

Algunos argentinos de las provincias interiores de la Confederación, que jamás temblaron ni delante de un toro embravecido, ni en presencia de un *yaguar,* ni frente al brillo de los puñales, se agazapan tímidos y despechados, cuando por vez primera ponen el pie sobre una lancha para atravesar un río y siéntense confiados a un elemento que no pueden domar ni estrangular con su lazo. De aquí el proverbio : *cobarde para el agua como un cordobés.*

Sirva este ejemplo para la fisiología del miedo, una de las manifestaciones más instintivas y proteiformes del cerebro humano.

El río que navegáis es digno de una tierra ciclópea, y no sólo puede poneros de mal humor el sacudimiento y el meneo de la nave, sino que también puede haceros naufragar. Paraná quiere decir, en guaraní, gran río, y según D'Orbigny, debe ser un diminutivo de *para mar.* Esta palabra, con igual sentido, se encuentra bajo la forma algo co-

rrompida de *paraná,* en las lenguas maypura y tamanaca que, con toda probabilidad, son dialectos del guaraní.

Esta lengua verdaderamente pintoresca, así como daba al Paraná el nombre de pequeño mar, llamaba al otro río hermano y próximo, Uruguay, de *urugua,* caracol, e *y* agua o río.

Jamás he podido contemplar un río sin quedar atónito en presencia de aquella onda, que desciende ya lenta y monótona, o borrascosa y veloz, pero que empujada siempre por otra onda, va corriendo hacia el mismo lugar, en busca del centro al que convergen todas las aguas de la tierra. Sin abandonarme en alas de la fantasía, me parece ver en ese movimiento una verdadera circulación, que impulsada por leyes físicas o cósmicas, representa o simula la vida. En efecto, las cimas erguidas y heladas de los montes, llamando hacia sí las húmedas esponjas de las nubes, condénsanlas en forma de hielo y de nieve, hasta que los tibios rayos del sol las disuelven poco a poco en mil gotitas. Resbalando de una en otra hendedura, se juntan en hilos sutilísimos que como ramos de una red capilar sanguínea, se aparean, convergen y se engrosan, formando los primeros troncos vasculares de los arroyos y de los torrentes, hasta que reunidas en las gruesas venas de los ríos, corren con ley inflexible hacia el océano, verdadero corazón de la gran circulación acuosa de la tierra. Y esta comparación no es ni rara ni trascendental, porque también el mar vacila en flujo y reflujo, comtiene un líquido de una composición casi constante, y también recibe siempre, por las venas de los ríos, el líquido que ha circulado por la tierra entera, fecundando con sus sales solubles el suelo cubierto de mil plantas y ofreciendo bebida a innumerables animales. También el océano, con el movimiento de la evaporación incesante, manda a las nubes una corriente continua de vapores, que aquéllas, como verdaderos pulmones de la tierra, mandan de nuevo destilados y purificados a las cumbres de las montañas. Y este movimiento nunca para. La gran circulación lleva el agua de las neveras a los arroyos, de éstos a los ríos, de los ríos al mar, mientras que la pequeña circulación de las nubes junta el mar con las cumbres.

No sonriais ante esta imagen quizá demasiado atrevida en la forma, pero que representa un hecho de la naturaleza. Encerrado en el círculo estrechísimo de nuestros sentidos, o encadenado al átomo de polvo que nos arrastra por los espacios del universo, sólo podemos formarnos un concepto demasiado mezquino de la vida, la que únicamente concedemos a las criaturas que razonan con nosotros y arañan la herrumbe de nuestro planeta, mientras que si todo el mundo está vivo, abrazaría-

mos entonces las más espléndidas y sintéticas formas de la vida.

¿Quién nos ha dicho, alguna vez, cuándo concluye la vida de fecundar con sus jugos nutritivos a la materia? ¿Quién nos ha dado jamás su mapa topográfico? ¿Ha hecho alguien acaso la verdadera fisiología del movimiento? Si moverse, nutrirse, absorber y exhalar constituyen la vida, ¿por qué no estará vivo nuestro planeta, que arrastrado con movimiento siempre igual, exhala, absorbe y se mueve? ¿Se ha fijado acaso la hora del tiempo en que el movimiento deja de ser vida y la vida no es sino un movimiento? Nacidos ayer y muertos quizá mañana, ¿conocemos la edad del globo, la cronología del universo? Todo sér viviente nace y crece, decrece y muere; también la tierra, entonces, fué más caliente un día y se pobló de criaturas gigantescas y vistióse con otro manto de verdura. ¿Sabemos, acaso, pobres parásitos de un gigante, si nuestra tierra es infantil, joven o adulta? ¿Quién nos ha dicho cuál será el día en que se reduzca a helada escoria, que no dará savia a un tallo de hierba, ni refugio al más pobre molusco?

Creamos todo lo que cabe dentro de los límites de la razón, respetemos los misterios, pero no intentemos encerrar el concepto de la vida dentro de las bombas iridescentes de jabón que llamamos definiciones. La fisiología de la vida está aún por hacerse, si acaso puede ser hecha.

Todo esto y más aún soñaba, cuando a bordo del *Río Negro* subía por aquella gigantesca arteria del Paraná y veía huir las orillas de Entre Ríos, corriendo por entre un archipiélago de islas, cada una más encantadora que las otras. Los ríos de América son a los nuestros de Europa, como el Po al miserable arroyuelo de un jardín inglés. Millares de toneladas de agua, por miles y miles de millas, bañan la tierra de cien latitudes, y la misma agua, después de humedecer los copetes amarillentos del pajonal y los musgos raquíticos de los Andes, abreva las raíces de las palmas en la zona tórrida y entibiada bajo un cielo más clemente, fecunda el durazno, el naranjo y el trigo, y se pierde en el océano con las sales que le ofrecieron en tributo las tierras de tantas naciones.

¡Qué espectáculo grandioso es el de un río que, extendiéndose en varias millas de anchura, lleva sobre sus hombros robustos pequeñas islas flotantes, que separa, jugando, de los continentes, y que coronadas de árboles y de hierbas, ocultan agazapados en su seno un caimán o un yaguar! ¡Qué solemne es el misterioso silencio de esas regiones, interrumpido apenas por el vapor, que con la omnipotencia de la civili-

zación, se abre un camino en el desierto salvaje! ¡Qué sublime es el contraste de una naturaleza virgen e infinita y el temblor de la máquina inteligente, que lleva a esos países a un puñado de hombres nacidos entre las dulzuras y los vicios de la vida civilizada, y que arrastran consigo los atractivos de la molicie y las mil bagatelas de la existencia social!

Si vuestra mente se cansa ante aquel espectáculo grandioso, podéis, con mayor calma, bajar los ojos, y admirar las particularidades maravillosas del cuadro, que, a primera vista, nos pareció que debía conmovernos y exaltarnos sin término. Ahora podéis estudiar la embriología de las islas que nos rodean, y que de a diez y de a ciento, ya pequeñitas y desiertas, o pobladas de bosques grandiosos, se extienden en muchas millas y se entrecruzan de modo que cambian a cada rato el panorama alrededor del cual giráis la vista. Ya una se aleja de la otra y os dejan triste, en medio de un pequeño mar; ya estrechándose, os obligan a pasar tan cerca de la tierra, que rosáis su extremo borde y acariciais los árboles, espantando al tímido carpincho *(cabiai)*, que con su pesado cuerpo se zambulle en el agua, mientras que el caimán que absorbe el calor de la abrasada arena de la orilla, os mira con sus ojos inmóviles y vidriosos.

Apenas la corriente del río alcanza a formar un depósito de tierra, el lecho se levanta y en poco tiempo aparece a flor de agua. Parece, entonces, como si el beso de la tierra y de la atmósfera fuese fecundo, porque inmediatamente nace una hierba, la paja grande, que reanuda con sus raíces el terreno de la isla recién nacida y con sus hojas largas y tenaces rompe la fuerza de la onda, que al acariciar a la nueva criatura, le deposita nueva tierra y arena, hasta que crece y se alarga, ofreciendo un seguro asilo a los pájaros y mamíferos que habitan las costas del río.

Los vientos llevan al nuevo terreno semillas de sauco, que arraigan y crecen, formando con gran prontitud un gran bosquecillo que embellece a la isla reciente. Después del sauco aparece el seibo *(Erythrina crista-galli)*, que luce sus magníficos y rojos racimos y da al hombre una madera esponjosa que el cuchillo rebana como a una pera y que sirve para hacer cadenillas, tazas y muchos utensilios domésticos. Cuando la isla ha adquirido ya más edad, aparece el laurel-mini, el laurel blanco, el timbó, la inga, con muchas otras mimosas, y si está a la latitud de Corrientes, también las palmeras y un arbusto de hojas plateadas que da una especie de sangre de drago.

Entre las hierbas acuáticas que forman corona a las islas del Pa-

raná, hay una magnífica ipomea, llamada algodonillo por los argentinos, los que parecen haber traducido este nombre de la palabra con que la llaman los guaraníes : *amandiyu-ra,* o planta que se parece al algodón. Se cultiva este arbusto en los jardines de Buenos Aires con el nombre de rosa higuera.

A lo largo de las costas se encuentra el glauco *palam-palam,* que eleva sobre su tronco esbelto y sutil, sus bellas flores amarillentas, semejantes por su forma a las del tabaco. Se lo considera en la América meridional como un específico contra la sífilis, y me asombra que los viajeros hayan olvidado mencionarlo. Ví un árbol en la isla de Tenerife.

Es increíble cómo surgen estas islas de las ondas del río, casi como por encanto, y en pocos años extienden su dominio y se cubren de árboles y flores. A veces la corriente principal del río cambia de dirección y derramándose sobre alguna de ellas, la borra en pocos días del mapa geográfico, transportando tierra y habitantes a otro lugar.

El Paraná presenta, como el Nilo, inundaciones periódicas, con las que un día fecundará el agricultor los campos. En esas ocasiones, muchísimas islas se vuelven inhabitables para los cuadrúpedos que las pueblan, y se ven hileras de yaguarés, de ciervos y de carpinchos que se dirigen nadando hacia la costa.

Las islas cercanas a Buenos Aires presentan inmensos bosques de naranjos y duraznos silvestres, que como no son de propiedad particular, ofrecen a los industriosos genoveses un riquísimo ramo de comercio. En la estación de la fruta, llegan hasta allí muchas goletas y se llevan toneles de agrio (jugo de naranja), y bolsas de orejones y pelones. Buena especulación sería transformar ese jugo en citrato de cal y mandarlo después a Europa para extraerle el ácido cítrico.

Es inexplicable cómo se han transformado estas islas en inmensos verjeles. Hay quienes los consideran plantados por los jesuítas, y quienes aseguran que los navegantes arrojaron al acaso las semillas de naranjo y durazno. De cualquier modo, su extensión extraordinaria es el mejor elogio de aquel clima fecundísimo. Una pepita de durazno arrojada a la tierra, pruduce un árbol bien alto a los tres años y que da gran cantidad de frutos.

Esas islas dan al comercio de cabotaje, casi todo en manos de genoveses, leña, carbón, pieles de nutria, de carpincho, de yaguar, y de cuguar.

El más poderoso habitante de esas regiones, el verdadero rey de las islas y de las costas del Paraná, es el yaguar, que cobardísimo por

naturaleza, se ha vuelto peligroso, después que por experiencia ha aprendido dos cosas : el sabor de la carne humana y la debilidad de nuestros músculos. Es tal la diferencia de ferocidad entre un tigre americano, ya culpable de antropofagia y otro virgen aún de este delito, que los americanos han inventado la palabra *cebado* (nutrido), para distinguir al primero. En el interior del Paraguay, en algunas regiones poco exploradas por los europeos y en donde se prepara la yerba mate, hay regiones en las que el yaguar jamás ha tenido la suerte de probar la más sabrosa de las carnes, por lo que huye cuando ve al hombre, y lo domina el fuego, un grito, la amenaza con un palo.

El tigre cebado, en cambio, no se atemoriza ni de cien perros, ni de muchos cazadores, y apoyándose sobre sus patas posteriores, defiéndese valerosamente contra sus enemigos, lanzando a diestra y siniestra horribles zarpazos, que despanzurran caballos y transforman en pocos minutos a un hombre en San Bartolomé, mordiendo sólo cuando sus robustas garras no bastan a la necesidad del momento.

El modo menos peligroso de cazar el yaguar, consiste en asaltarlo con una miriada de perros, que lo circundan y lo estrechan, hasta que algún cazador, parapetado detrás de aquel seto vivo y valeroso, le manda una bala al corazón.

Cuando se tiene la suerte de sorprender a un yaguar, en el momento en que atraviesa un río, se puede estar seguro de lograrlo con una pistola o una lanza.

Algunos criollos muy valientes, luchan cuerpo a cuerpo con este poderoso enemigo, y mientras le hunden en las fauces abiertas una mano envuelta en un poncho de lana, con la otra, armada de una lanza pequeña, lo hieren en el pecho. Sé de un criollo borrachón, que sacando a crédito aguardiente de un pulpero, había cansado tanto a su acreedor, que con las súplicas más insistentes ya no podía obtener ni un solo vaso de caña. Su sed de alcohol se hizo un día tan imperiosa, que era pasión, rabia, delirio. Corrió al pulpero y le pidió una copa de aguardiente, prometiéndole en pago una piel de yaguar; el comerciante le contestó sonriendo que esa promesa era ya demasiado vieja y que no la repitiese más. Esta vez, nuestro americano, con acento de desesperación, exclamó : Dadme la caña y os juro que hoy tendréis la piel. No sé si el acento de aquel hombre, ávido de alcohol, expresase una irresistible necesidad que hubiera sido cruel no satisfacer, o porque estuviese inspirado por un carácter de veracidad, el hecho fué que el pulpero se puso a servirle la caña.

El gaucho bebió y corriendo precipitadamente afuera de la pulpería,

regresaba pocas horas después con una piel ensangrentada y todavía humeante de yaguar, y arrojándosela al avaro comerciante, le dijo : *Allí tiene usted el cuero, vaya usted con Dios.*

Había penetrado a la espesura del bosque donde jamás faltan los yaguares, y con un poncho y un puñal, había cumplido su promesa.

Conocí a un indio de raza abipona que, en la provincia de Santa Fe, iba a la caza del yaguar sin más armas que un lazo. Montado a caballo, buscaba al enemigo y, encontrándolo, lo invitaba a la lucha con gritos, hasta que el yaguar, asombrado, levantábase para soltar el brinco y caerle sobre la grupa. Entonces, arrojándole el lazo al cuello, espoleaba su caballo y corriendo precipitadamente lo estrangulaba.

Bastaba un pie en falso de su corcel, un minuto de menos o de más en el tiro del lazo, para que el abipón perdiese la vida. Vendía los cueros de yaguar a los avaros comerciantes, por 10 ó doce liras cada uno.

El yaguar, aunque fuerte, es astuto, por lo que su valor es diez veces menor que su fuerza. Cuando puede, prefiere alimentarse de animales débiles, y hacia la tarde, agazapado entre los juncos del río, se avalanza sobre una manada de tímidos carpinchos que juguetean sobre la playa, cogiendo al menos veloz en la carrera. Otras veces sigue a una tropilla de caballos y elige al más débil potro, o si encuentra dos apareados, mata al uno, y espantando al otro, lo obliga a transportar su víctima a un lugar apartado, donde sin peligro puede cebarse en los dos.

Viviendo a menudo a lo largo de las costas de los ríos, se complace también en la pesca, y hay quien asegura que, oculto en el agua hasta el cuello, comienza a arrojar su saliva espesa y babosa, cebo para los muchos peces que llegan y atrapa de un zarpazo. Esta ingeniosa manera de pescar, recuerda el artificio de los guanches, los antiguos habitantes de las islas Canarias, los que enturbiaban el agua del mar con el jugo lechoso de la *Euphorbia canariensis.*

Las aguas del Paraná están pobladas de peces muy exquisitos, de toda forma y tamaño, muchísimos de los cuales completamente desconocidos por los ictiólogos. Se encuentran el pejerrey (aterino), de carne blanquísima y casi transparente; el dorado, especie próxima al *Myletes mycropo,* y la pérfida palometa, que con sus dientes de escalpelo, es peligrosa para los nadadores y suministra a los indios un par de tijeras. Muerde de modo que a menudo no produce hemorragia, y sé de un pobre diablo que, nadando por los alrededores de la Asunción del Paraguay, entró hombre al río y salió como dice el Eclesiastes : « *Videns oculis et ingemiscens, quasi spado completens virginem et suspirans.* »

CAPÍTULO XI

La Paz. — La copérnica cerífera — El Stentor Caraya — Corrientes y sus habitantes
Selvas vírgenes de América

De una a otra maravilla y variando a cada paso el cuadro del agua, de la tierra y del cielo, que parecen entrecruzarse para formar las más variadas combinaciones, los espectáculos más estupendos, se llega al extremo confín de la provincia de Entre Ríos a la obscura aldea de La Paz. Si el letargo de la inteligencia y la soñolienta modorra de una existencia vegetativa, merecen el nombre de Paz, aquel lugarejo fué bien bautizado, ya que entre las fáciles riquezas de los *estancieros* y las pocas exigencias de los *gauchos,* no se encuentra más vida que la de un estómago en torno del cual se ha modelado un hombre.

¡Sin embargo, a cuántos obscuros rincones del mundo, a cuántas ciegas profundidades jamás llegan los sobresaltos de la civilización humana, ni se dejan sentir las influencias de las grandes revoluciones sociales! ¡Cuántas existencias segregadas de aquella atmósfera común y que deberían respirar todos los hombres nacidos a la luz! ¡Cuántas fuerzas extinguidas entre el moho de la ignorancia! Esperemos que en breve ninguna parte viva de la humanidad cesará de comunicarse con el corazón y el cerebro universal y que todo rebaño de hombres, enganchando su garfio a los vapores, se dejará remolcar sobre una vía única, con el movimiento rápido, tumultuoso, embriagador de la vida civilizada.

Más allá de La Paz, están las islas de San Juan, que pueblan el Paraná en un espacio de treinta leguas. Más adelante, a la derecha, Goya con 10.907 habitantes, y Bellavista, que con sus 5462 argentinos, ocupa una deliciosa posición frente a un archipiélago de islas pintorescas, que, separadas por otros tantos canales, forman una de las más amenas escenas que haya visto.

En estas aldeas de la provincia de Corrientes, se comienza a ver los

techos de las casas cubiertos de troncos cortados de *carandai*, una de las palmas más útiles de aquel país.

Es la *Copernica cerifera* de Martius (1), que encuéntrase de los 12° a los 29° de latitud sur. D'Orbigny la observó sobre las orillas del río Itenes o Guaporé, en la provincia de Moxos, al sur de la provincia de Chiquitos, cerca de las orillas del Paraguay y del río San José, no muy lejos del río Grande y del Piray, cerca de Santa Cruz de la Sierra. Es común en el Paraguay, en el Gran Chaco, pero también se la encuentra en el Riachuelo, en el río Corrientes y en el río Bateles, en la provincia del mismo nombre.

Como muestra de la inmensa variedad de las lenguas americanas, deseo indicar los sinónimos de esta planta :

Español : *palma* o *palma de techo*.
Toba : *queich*.

En Moxos, es el :

Ohui, de los *chapacuras*.
Sernao, de los *muchogéonés*.
Quechahuaca, de los *baures*.
Tema, de los *itonamas*.
Quetey, de los *cayuvavas*.
Pana, de los *iténés*.
Chebipohi, de los *pacaguaras*.
Diquis, de los *movimas*.
Neuramie, de los *canichanas*.
Huajerema, de los *moxos*.

En la provincia de Chiquitos :

Achanetach, en *chiquito*.
Birabitri, en *guaranocas*.
Ijnac, en *samucú*.
Aratutu, en *otuque*.
Asaretas, en *morotoca*.

(1) D'Orbigny, tomo VII, parte III, número 41. Tomo VIII, tablas. Tab. I, figura 3, y tab. XXIV.

C. caudice inferne annulato superne basibus frondium persistentibus coronato ; petiolis aculeatis, lamini suborbicularibus palmato multifidis, nullis filis interjectis, glaucescentibus ; spadicis ramis floribusque sericeo tomentosis ; baccis ellipticis.

Urucurichu, en *sacava.*
Coran, en *quitemoca.*
Huaich, en *cuciquiá.*
Ujereno, en *paunaca.*
Huaichioco, en *paiconeca.*
Carandai en *guarayo* y *guaraní.*

Si se desembarca sobre la orilla izquierda del río, se observa que todos los árboles dejan caer de sus ramas larguísimos copos de una criptógama glauca, plegable y esponjosa, que suministra a los correntinos un lecho elástico y fresquísimo.

También en estos bosques, puede repetirse por centésima vez, la observación que los árboles más raquíticos y enfermizos, presentan mayor cantidad de criptógamas parásitas, y para un médico no debe ser indiferente ese hecho de importancia capital para la fisiología y la patología de los seres vivos. Si a lo de médico se agrega un poquito de filósofo, hay que anotar el hecho entre dos paréntesis y guardarlo en el bolsillo, reservándolo para largas y maduras reflexiones. Hay tal vez en él uno de los ejes fundamentales de la etiología patológica, una de las bases de la medicina racional.

Pero si no sois médico, ni filósofo, ni naturalista, debéis, sin embargo, contemplar esos árboles gigantes, tendiendo el oído hacia un grito fuerte y rarísimo con que os saluda el más inteligente de los habitantes irracionales del país, o sea el mono *carayá,* o *Stentor caraya,* de los zoólogos.

El macho es negro y parece un pequeño capuchino; la hembra es menos grande y de color leonado rojizo. Si la crueldad os hace olvidar que ese inocente animal es vuestro pariente cercano y le enviais un saludo de plomo fundido, os arrepentiréis de seguro, porque antes de morir os dirigirá una mirada tan tierna, tan afectuosa y doliente, como animal alguno puede dirigir al hombre, ni siquiera el más inteligente de los perros. En ese momento, aunque ignorante por completo en fisiología y anatomía comparada, debéis sentir un extraño vínculo que os liga con el mono, pues si algunas veces nosotros somos *casi-monos,* éstos son siempre *casi-hombres.*

Los indígenas dicen que el *stentor,* amenazado por el hombre, le arroja a la cara sus excrementos, careciendo de mejores proyectiles de defensa; pero yo, que he cometido el delito de matar a muchos de mis primos segundos, aseguro bajo la fe de mi palabra de caballero, que esa es una infame calumnia. El *carayá,* estrechado por los hombres

y los fusiles, hace ni más ni menos lo que muchos soldados en la batalla : aflojan los esfínteres y dejan caer de lo alto de los árboles una lluvia que no es maná, ni ambrosía.

Corrientes es una ciudad de 11.218 habitantes, situada sobre la orilla izquierda del Paraná, a distancia de veinte millas de su reunión con el Paraguay. Presenta la monótona fisonomía de todas las ciudades sudamericanas : calles que se cortan en ángulo recto y siempre a la misma distancia; casas blanquísimas cubiertas con una terraza (azotea) y casi todas de un solo piso. Sus dos iglesias, La Merced y San Francisco, son apenas mediocres.

El país, del que es capital, es uno de los más ricos de la Confederación Argentina; produce algodón, azúcar, cueros y maderas preciosas de construcción. Sus llanuras son excelentes para la cría de ganado y su posición muy favorable para el comercio con Misiones, Paraguay y Buenos Aires.

El médico europeo puede encontrar allí comodidad y fortuna; población numerosa, muchos enfermos y poca mortalidad; gente hospitalaria, generosa, afabilísima.

Transportad la climatología médica de Entre Ríos algunos grados más cerca del Ecuador y tendréis el aspecto morboso de esta provincia.

Los habitantes de Corrientes son hombres robustos, bien conformados, y en cuyo aspecto presentan muchos caracteres de la raza guaraní. Hablan una lengua mestiza, formada por el cruzamiento del español y el idioma del cercano Paraguay. En las guerras civiles han dado siempre pruebas de gran valor y de inmenso deseo de independencia.

Las correntinas son célebres por su belleza y su gracia. Pálidas, altas y flexibles, dejan caer de sus grandes ojos negros, ondas inexhaustas de deseos de 27°27'31" de latitud sur. Tienen el tipo de las argentinas, modificado por la sangre guaraní y una lujuria que fácilmente rezuma en su piel untuosa y fina.

La corrupción de Corrientes es célebre en todas las provincias vecinas, y lo que es más extraño, se asocia a una ternura suma por el honor de la familia. ¡Ay, si un paso en falso comprometiese la fama de una muchacha honrada! Toda la ciudad se coaligaría contra el imprudente seductor, y por las buenas o las malas, sería obligado a reparar el mal. Sé de uno al que de nada sirvió huir, centenas de millas, lejos de la inexorable ciudad. Los correntinos supieron encontrarlo, y obligándolo a seguirlos, le hicieron consagrar con un eterno juramento el capricho de un instante.

Los indios llaman a Corrientes *Lagarto*, por el extraordinario número de caimanes que la infestan. Hasta hoy dicen en guaraní : *Yaha taragui-pe ;* vamos al Lagarto, esto es, vamos a Corrientes. El nombre español deriva de una corriente fortísima que tiene el Paraná en ese lugar, y muy peligrosa a veces para las pequeñas embarcaciones que no pueden evitarla.

A poca distancia de la ciudad, a lo largo de la costa del río, se ha establecido una colonia, formada casi totalmente por franceses, que prospera muchísimo y se llama Santa Ana o Guacará.

Tratándose de países poco conocidos, pedimos permiso al lector para mencionar algunos datos sobre el itinerario que se recorre desde el Río de la Plata hasta donde el río Paraguay desemboca en el Paraná. Si alguna vez este pobre libro mío acompaña a algún colega peregrino por aquellas lejanas regiones, estas cifras le serán utilísimas :

	Millas
De Martín García al Guazú	24
Del Guazú (1) a San Pedro	88
De San Pedro a San Nicolás	40
— a Obligado	10
De San Nicolás al Arroyo del Medio	2
— al Rosario	52
Del Rosario a San Lorenzo	14 1/2
— a la boca del Carcarañá	22
— al Diamante	67
Del Diamante a Paraná	36
De Paraná a la Paz	102
De la Paz a Goya	145
De Goya a Bella Vista	53
De Bella Vista a Corrientes	87
De Corrientes a Cerrito	18

Dejando la graciosa ciudad de Corrientes, el río Paraná presenta en el punto llamado de las tres bocas, una de las escenas más encantadoras que pueden ofrecer los ríos en los amorosos abrazos que dan a las tierras que bañan. El viajero se imagina en medio de un inmenso cuadrivio, formado por el Paraná que baja por este mismo río en dirección al Brasil, por el Atajo, y la embocadura del río Paraguay. La mirada abarca una inmensa extensión de tierra, cubierta de la vegetación más caprichosa y fantástica, y la mirada ansiosa, al penetrar

(1) *Guazú*, en guarani quiere decir *grande*, y sirve en nuestro caso para indicar una de las grandes bocas por las que se pasa del río de la Plata al Paraná.

en los caminos que la naturaleza ha abierto en aquel continente gigantesco, quiere leer en el silencio y en la soledad de sus mágicas regiones, los destinos del porvenir.

En este punto, a las 4 p. m., en los últimos días de marzo, anoté a la sombra una temperatura de + 29° C.

Antes de internarnos a estudiar el Paraguay, verdadera China de América, desembarquemos un instante sobre la orilla derecha del río, en la que el gran Chaco ostenta sus selvas aún intactas de la segur y su terreno todavía virgen de colmenas humanas.

Quien no ha visto una selva virgen de América no puede imaginársela, aunque recurriese a los libros de los viajeros, que pretendiendo siempre suplir con fantasía y lujo de palabras la pobreza del cuadro, transportan del libro de la naturaleza al de la palabra escrita, una página que es imposible separar sin profanar el poema viviente de que hace parte.

Elegid de entre los botánicos el más diestro espigador de hierbas y de flores, el más paciente clasificador de la naturaleza vegetal y encomendadle que, rasurando los bordes de una selva virgen o internándose en ella con la cabeza baja y la segur en mano, os traiga un manojo de todas las riquezas de ese mundo de esmeraldas... no obtendréis sino un herbario, el esqueleto de la naturaleza viviente.

Mandad a un fotógrafo, y acobardado de su ineptitud, os dará sólo un borrón negro y ceniciento. Sería lo mismo que fotografiar un cuadro de Rubens.

Enviad al Ticiano de los coloristas, y no os trairá más que colores y manchas. ¿ Cómo haría para encerrar en pocos palmos de tela un horizonte entero de vida ? Os aseguro que arrojaría la paleta y maldeciría el pincel, al proponerse reflejar sobre la tela el ditirambo de luz en el que se baña la naturaleza de los trópicos.

Aquel cielo de ultramar, anegado en luz dorada, parece hacer mil caricias a las plantas, una por una, y la luz finísima se pulveriza y dora los encajes de las mimosas, resbala sobre las hojas brillantes de los laureles y del banano, se encrespa y aterciopela en las hojas pubescentes y velludas, se aglomera y condensa en torno de la cabellera elegante de las palmas, se apesadumbra y obscurece entre las densas ramas de los cedros, escóndese entre los mil laberintos de las matas frondosas, se inmoviliza en la red de las lianas, hasta que lloviendo reflejada y refractada cien veces, baña las hierbas humildes y las plumas gigantescas de la caña *humbajú,* coloreando con su paleta fecunda y caprichosa los mil hijos predilectos de aquella flora divina.

¡Cuán grande y poderoso es el esqueleto de esa generación de plantas! Los Néstores de la selva, amarrados en el terreno del primer evo con tantas raíces serpentinas y nudosas, alzan su tronco toruno, como para disputar al cielo el espacio, y sobre sus brazos hercúleos sostienen generosamente familias de raras orquídeas, algunas fantásticas y extrañas como brujas, gentiles y rosadas las otras como los sueños de una joven desposada. Los padres quirites de la selva dejan que cien plantas serpenteantes, se enrosquen, trepen y salten, cayendo de sus cimas como el cordaje del navío que disputa el paso al viajero. Y tantas lianas y orquídeas no agotan la hospitalidad de los grandes árboles del trópico, porque también acogen en su corteza y en las arrugas profundas de su tronco, musgos, algas y árboles enteros, cuyos gérmenes llevaron hasta allí los animales.

En torno de los colosos y viejos padres del bosque, crecen arbustos menores de toda forma y color, que reclinándose y acomodándose, entrecruzan sus flores y sus frutos, de modo que a veces, al coger un fruto o una flor, no se sabe cuál de entre tantas ramas o lianas innumerables, que se retuercen y confunden, lo haya producido.

Por entre aquel pueblo vulgar de árboles menores, crecen los cactus, verdaderas caricaturas del mundo vegetal, que dilatándose en globos, o cerrándose en pequeñísimos cántaros espinosísimos, o levantando sus candelabros de largos brazos, parecen gente extraña que vive sin mezclarse con las plantas que la circundan, mientras cubren sus esqueletos grotescos y raquíticos con flores pretenciosas y escarlatas, así como los jorobados y enanos prefieren los colores del bufón.

Sobre toda aquella aérea llanura de verdura, alza la palma su ágil y elegante cabeza, que parece tender la mirada sobre aquel océano de hojas y de flores, por el que navega el mono recorriendo inmensas distancias sin descender jamás al suelo.

No; yo, que no soy botánico, fotógrafo, ni pintor, podré describir las bellezas de una selva virgen de América, y solo quiero, consciente de mi ineptitud y de mi admiración sin límites por uno de los espectáculos más espléndidos de la naturaleza, sugeriros el deseo de que vayáis a admirarlo con vuestros propios ojos.

CAPÍTULO XII

Página gloriosa de la historia argentina. — Revolución de 1810 e independencia del Río de la Plata. — Cronología de los gobernadores y presidentes de Buenos Aires de 1810 a 1835.

Después de detenernos a las puertas del Río de la Plata, para remontar sus primeras arterias hasta el Paraguay, debemos ahora internarnos en las provincias argentinas, que reunidas por el vínculo demasiado flojo de un nombre de familia, nos presentan esbozados, desde ahora, los primeros orígenes de futuras naciones. Pero antes de estudiar las costumbres y los males de esas vastas regiones de la América meridional, permitidme presentaros dos cuadros de su historia, una página de gloria y una página de sangre : la revolución que dió vida a vírgenes repúblicas y la mancha de una tiranía inaudita que pretendió borrar las glorias de la primera con un puñado de fango.

Nuestro Cattaneo ha escrito « que el estudio de la historia o del pasado de los pueblos, es el estudio de aquellas disposiciones y preparativos sobre los que debe injertarse el futuro ». La guerra civil que maltrató en estos últimos años al suelo argentino, amenazando sembrar odios imperecederos entre Buenos Aires y sus trece hermanas, es consecuencia del pasado, y en ella se observan las huellas patentes de la lucha por la independencia y del puñal de Rosas.

De la guerra injusta y fatal que Napoleón I llevó contra España, nacieron dos hermosímas cosas, que no habían buscado ni los vencedores ni los vencidos, pero que fueron consecuencia naturales de la violenta mezcolanza de tantas pasiones y tanta sangre, porque es verdad que la voluntad de un solo hombre, poco vale en frente de la masa compacta de la humanidad que lo plasma, lo educa y alimenta. Aquella puede ser fermento que cambie la faz del mundo, pero las reales necesidades del tiempo y de la civilización, lo arrastran sin querer o lo maltratan si resiste. Napoleón quiso conquistar a España, pero Es-

paña luchó contra él y lo venció, y retemplándose en una guerra de independencia, rejuveneció un siglo, y produjo el primer bien, nacido de una injusticia. Segundo bien, y mayor, fué la separación de las colonias americanas de la patria española.

Demasiado comprendo que las repúblicas americanas habrían nacido inevitablemente sin la guerra de Napoleón contra España, pero ésta apresuró medio siglo su parto afortunado, y cincuenta años de libertad valen en la vida de un pueblo, más que una hora en la de un individuo; hora que basta para hacerlo feliz o desventurado para siempre.

El que mide el poder de una nación, no por el espacio que ocupa en el mapa geográfico, ni por la estadística de sus ejércitos, sino por su desarrollo físico e intelectual, puede agregar a las dos ventajas que las guerras napoleónicas contra España produjeron, otra más que aprovechó a la península ibérica, victoriosa en su territorio, vencida en sus colonias. Al perder las minas de oro y de plata, buscó la riqueza en sus fuentes verdaderas, en la energía de sus músculos y en la actividad de su cerebro, y así la España de hoy es más populosa, más rica y más inteligente que durante los felices tiempos en que el sol iluminaba a todas las horas del día y de la noche sus dominios.

En 1810 mandaba en Buenos Aires el virrey don Baltasar Hidalgo de Cisneros, que comunicó al pueblo porteño que la península se encontraba en mal punto, como consecuencia del resultado de la batalla de Ocaña. El 21 de mayo, el *cabildo*, pidió licencia al virrey para convocar a los ciudadanos más probos e inteligentes, con objeto de que acordasen los medios de proveer a la salud del país. Cisneros concedió el permiso y encargó al comandante del batallón de Patricios, Cornelio Saavedra, que se pusiese de acuerdo con el cabildo para mantener el orden del pueblo.

Pero el pueblo que no sabía otra cosa, que se encontraba mal desde mucho tiempo antes, se reunió en la plaza, llamando al balcón, tribuna de las revoluciones, *al caballero síndico procurador don Julián de Leiva*, quien respondió al llamado y le hizo saber que el virrey había concedido el permiso solicitado por el cabildo, y cómo éste, en esos momentos se ocupaba del bien público. La muchedumbre gritó : *Lo que queremos es la deposición del virrey.*

Leiva pretendió en vano calmar aquella borrasca, y Saavedra debió, con la autoridad de su ingenio y de su rango, persuadir al pueblo a que se retirase.

El 21 de mayo se reunieron los ciudadanos para proveer a la cosa

pública, y entre tantos discursos que se pronunciaron, era fácil descubrir la expresión violenta de las necesidades sentidas por todos y que involuntariamente acudían a los labios. Por vez primera se oían palabras hasta entonces dignas de la cárcel y de la horca. El comandante don Pedro Andrés García, decía : *que la salud del pueblo era la ley suprema*. El doctor Antonio Sáez agregaba que había llegado el momento en que el pueblo debía reasumir *su originaria autoridad y derechos*.

Asistimos a los pródromos de una enfermedad aguda, irresistible. Hay estremecimientos vagos y pasajeros de frío, dolores inciertos y repentinas sufusiones de sangre a las mejillas; aún no ha aparecido la fiebre, ni puede saberse lo que brotará. Unas cuantas horas más, y aquellos signos obscuros y aislados se reunirán en una sola borrasca, que perturbando todas las cosas y asumiendo una forma decisiva y violenta, producirán la fiebre de la revolución.

Moreno, Chiclana, Balcarce, Vieytes, Rivadavia, Paso, Belgrano, Castelli, Rodríguez, Tagle, French, Berutti, López, Alberti, Matheu, Larrea, convenían en la propuesta de Huidobro y Saavedra, esto es, que el virrey Cisneros delegase el mando en el cabildo, o con otras palabras, que el hombre que representaba la autoridad omnipotente de Fernando VII, entregrase el cetro a la comuna de Buenos Aires.

Aunque la votación de la asamblea, terminada a medianoche de aquel día, quitase a Cisneros el poder de virrey, el cabildo quiso atemperar este plebiscito, como asustándose de lo que él mismo había querido, y mandó ante el virrey a don Manuel José de Ocampo y don Tomás Manuel de Anchorena, para que le hiciesen presente la gravedad de las circunstancias y le propusieran la división del poder entre él y la comuna.

Cisneros, que sentía llegar la inundación general hasta sus pies, hizo buena cara a los diputados, dignó sonreirse, e hizo algo mejor. Respondió que deseaba cooperar al bien de todos y que cuando fuese necesario a la salud pública, cedería el mando por entero. Al mismo tiempo, *juzgaba por muy conveniente* decidir este asunto con los jefes de la guarnición, pareciéndole que la resolución del cabildo no fuese del todo conforme a los deseos del pueblo, manifestados por la mayoría de votos.

En esta mala resolución de Cisneros, se cumple la eterna ley, que quiere al hombre, próximo a caer del poder, atacado de tétano agudísimo, incapaz de aflojar el puño que sostiene el cetro, y se deja, antes que ceder, golpear, morder y sofocar por la muchedumbre que hierve

y urge. Era demasiado tarde para que los deseos del virrey español fuesen satisfechos : los jefes de la guarnición, con los que deseaba tratar el asunto, llamados por el *cabildo,* le hicieron comprender cuán inútil sería resistir al pueblo, y Cisneros indicó que se inclinaba a los deseos del número.

La agonía del poder español fué breve : el 24, el cabildo reunióse otra vez, y a pesar de todo lo sucedido, decidió que Cisneros continuaría en sus funciones de virrey junto con don Juan Nepomuceno de Sala, el doctor don José Castelli, don Cornelio Saavedra y don José Santos de Inchaurregui. Por seductora que fuese para el moribundo virrey esta propuesta, pensó, con razón, que nada valdría si no la reforzaban las bayonetas, y propuso de nuevo consultar a los jefes de los cuerpos, y, cosa singular, los mismos hombres que el día anterior no se habían sentido capaces de apuntalar un *vicetrono* caduco, « respondieron unánimes que estaban dispuestos y prontos a sostener la autoridad que había reasumido el cabildo » (1).

La *junta provisoria* se reunió, y declaró que conservaría la integridad de aquella parte de América para Fernando VII y sus legítimos sucesores, y defendería escrupulosamente las leyes del reino. El pueblo, conocido que hubo el éxito de esa reunión, recomenzó a enfurecerse, a reunirse en grupos y a amenazar.

Castelli, hombre arrojadísimo y listo aprovechador de la ocasión, corre ante el virrey y, exagerando el fermento del pueblo, le muestra con los más vivos colores el peligro probable. O el tribuno argentino estaría muy elocuente, o muy miedoso sería Cisneros, pues a la mañana siguiente dirigía al cabildo una carta fechada a las nueve y media de la noche, por la que atribuyendo a su persona la causa única del descontento popular, daba su dimisión y pedía que se nombrase una nueva Junta que reuniese el favor de todos.

El cabildo, menos cobarde que el virrey, tal vez solamente porque estaba compuesto por más de un hombre, no aceptó la renuncia de Cisneros, y en su rechazo decía, que si tenía la fuerza armada en las manos, estaba en la *estrecha obligación* de utilizarla, que diese mano, por consiguiente, a los medios más *activos y vigorosos* para contener a los descontentos, haciéndolo responsable de las funestas consecuencias que ocasionaría con su negativa.

Pero todo esto no era sino un fuego de artificio, como las convulsiones del hombre débil que sabe agitarse pero que no puede golpear.

(1) MARGARIÑOS CERVANTES, *Estudios históricos*, etc., página 114.

Después de un ir y venir de protocolos y de un tambaleo de *cabildantes* y capitanes, se aceptó la dimisión de Cisneros y se nombró una *Junta provisional gubernativa de la capital del Río de la Plata, compuesta así:*

Presidente, vocal y comandante general de armas, don Cornelio de Saavedra.

Doctor don Juan José Castelli.

Doctor don Manuel Alberti.

Licenciado don Manuel Belgrano.

Don Miguel de Azcuénaga.

Don Domingo Matheu.

Don Juan Larrea.

Secretarios, doctor don Mariano Moreno y doctor don Juan José Paso.

Al nombrar este gobierno provisorio, exigíase al mismo tiempo que en el término de quince días se formase una expedición de 500 hombres para propagar la revolución en las provincias interiores, y que esta misión fuese costeada por el virrey, por los *oidores, contadores mayores* y otros muchos y bien nutridos funcionarios.

Y, sin embargo, ¿quién lo creería? esta Junta revolucionaria que depuso al virrey, no porque se llamase Cisneros, sino porque gobernaba en nombre de España, debía en sus primeros días de vida prestar juramento de fidelidad a Fernando VII, y su primera proclama, que tengo bajo mis ojos, contiene estas exactas palabras:

« Un deseo eficaz, un celo activo y una contracción viva y asidua a proveer por todos los medios posibles, la conservación de nuestra religión santa, la observancia de las leyes que nos rigen, la común prosperidad y el sostén de estas posesiones en la más constante fidelidad y adhesión a *nuestro muy amado rey el señor don Fernando VII y sus legítimos sucesores de la corona de España.* ¿No son estos vuestros sentimientos? Estos mismos son los objetos de nuestros conatos... »

Este perjurio ahorraba a Buenos Aires un mar de sangre, tan es verdad, que los hombres son esclavos de las formas, siervos de las palabras, y casi siempre se dejan engañar por el que conservando escrupulosamente el ropaje o el estuche, quita el cuerpo vivo y lo cambia con un fantoche.

La proclama que en parte hemos transcripto, está fechada en Buenos Aires, el 26 de mayo de 1810, y puede decirse que desde entonces el Río de la Plata no perteneció más a España. La revolución comenzó con protocolos, pero la victoria fué sellada por las armas argentinas

y el estandarte de la independencia marchó de victoria en victoria hasta Chacabuco y las faldas del Condorkanki (1).

Esta es gloria que los argentinos pueden proclamar en alta voz : después de haber libertado a su país del yugo español, llevaron sus armas a Chile, al Perú, a Bolivia y a otras tierras, aliándose con sus hermanos para luchar contra el enemigo común.

No siendo historiador, sino médico viajero, nos será permitido llenar la laguna que separa este capítulo del siguiente, con una noticia cronológica de la historia argentina de esos tiempos.

I. 25 de mayo. El coronel Cornelio Saavedra asume la presidencia de la Junta gubernativa.

II. 26 de agosto 1811. Sube a la presidencia Domingo Matheu.

III. 26 de agosto 1811. Por voluntad del pueblo se disuelve la Junta y se confía el poder a un triunvirato compuesto por don Feliciano A. Chiclana, Juan José Paso y Manuel Zarratea.

IV. 8 de octubre 1812. El mismo pueblo disuelve el triunvirato y nombra presidente a Juan José Paso, y como vicepresidente a Nicolás Rodríguez Peña. Por ausencia de este último se nombra a Francisco Belgrano y al doctor Antonio Álvarez de Fonte.

V. 20 de febrero 1812. La asamblea confía el poder a Peña, Álvarez Fonte y Juan Pérez.

VI. 31 de enero de 1814. Es electo director supremo Gervasio Posadas.

VII. 10 de enero 1815. Es nombrado director Carlos María de Alvear.

VIII. 21 de abril 1815. Es electo director el general José Rondeau.

IX. 16 de abril 1816. La Junta de observación nombra director al general José González Balcarce.

X. 11 de julio 1816. La misma Junta destituye a Balcarce. Mandan los alcaldes Francisco Escalada y Miguel Irigoyen.

XI. 20 de julio 1816. Un congreso nombra director al general Juan Martín de Pueyrredón.

(1) Una de las más nobles figuras de la historia argentina, es el general San Martín, al que en estos últimos años, elevó su patria una estatua de bronce inaugurada el 13 de julio de 1862 en Buenos Aires. En esta ocasión se publicó también, bellísimamente editado, un monumento literario, en el que la historia y la poesía rindieron tributo a uno de los hombres más ilustres de la América meridional. Vencedor de las grandes batallas de Chacabuco y de Maipo : hombre honradísimo y administrador capaz, poseía todas las virtudes del héroe y del ciudadano. Menos famoso que Bolivar, es considerado por los americanos su igual en la guerra y su superior como genio político y virtudes ciudadanas. *(Gerard.)*

XII. 9 de junio 1817. El general José Rondeau toma el mando.

XIII. 31 de enero 1820. Durante la ausencia del general Rondeau, es substituído por el primer alcalde Juan Pedro Aguirre.

XIV. 5 de febrero 1820. El general Rondeau vuelve al poder.

XV. 11 de febrero 1820. El Cabildo asume las riendas del gobierno.

XVI. 12 de febrero 1820. El Cabildo elige dos gobernadores provisorios, designando gobernador político a Miguel Irigoyen y militar a Miguel Soler.

XVII. 16 de febrero 1820. El Cabildo nombra gobernador a Manuel de Sarratea.

XVIII. 6 de marzo 1820. Juan Ramón Balcarce es nombrado gobernador y capitán general.

XIX. 2 de mayo 1820. Ildefonso Ramos Mexía es nombrado gobernador *ad interim.*

XX. 13 de junio 1820. Ramos Mexía dimite y el *Cabildo* reasume el poder.

XIX. 2 de mayo 1820. Ildefonso Ramos Mexía es nombrado gobernador y capitán general.

XXII. 30 de junio 1820. El general Soler renuncia el poder y el Cabildo toma de nuevo las riendas.

XXIII. 3 de julio 1820. Manuel Dorrego es nombrado gobernador.

XXIV. 28 de septiembre 1820. El general Martín Rodríguez sube al poder.

XXV. 8 de abril 1824. Juan Gregorio de las Heras es electo gobernador y capitán general de la provincia de Buenos Aires.

XXVI. 8 de febrero 1826. Bernardino Rivadavia es nombrado por un congreso presidente de la república.

XXVII. 7 de julio 1827. Renuncia Rivadavia y es electo presidente provisorio Vicente López.

XXVIII. 12 de agosto 1827. Manuel Dorrego es electo gobernador de la provincia.

XXIX. 26 de agosto 1829. Juan José Viamont es nombrado gobernador provisorio.

XXX. 8 de diciembre 1829. Juan Manuel de Rosas, general brigadier, es nombrado gobernador y capitán general de la provincia.

XXXI. 17 de diciembre 1832. El general brigadier Juan Ramón Balcarce es nombrado gobernador.

XXXII. Noviembre 1833. Es substituído por el general Juan José Viamont.

XXXIII. 1° de octubre 1834. Es nombrado gobernador Manuel Vicente Maza.

XXXIV. 13 de abril 1835. Es nombrado capitán general y gobernador de la provincia el general Juan Manuel de Rosas.

¡Cuánta elocuencia en estas áridas cifras y en semejante letanía de nombres!

CAPÍTULO XIII

Juan Manuel Rosas. — Sus primeros pasos hacia el poder. — Su gobierno Estadística horrorosa de las tablas de sangre

En el rápido esbozo que hemos hecho del Paraguay, hemos encontrado a Francia, doctor en leyes, que por oportunidad del tiempo, hizo concurrir su inteligencia, su cultura enciclopédica, su hipocondría, sus crueles instintos, al servicio de una sola pasión desmesurada : la ambición. Es un ejemplo de tirano erudito e hipocondríaco. En la historia de la República Argentina, encontramos, en cambio, otro individuo u otra variedad de la especie moral *tyrannus*. Rosas, en efecto, no es convulsivo, sino toruno y atlético; tampoco erudito, sino orgulloso de sus músculos de acero; tampoco doctor en leyes, sino *gaucho de la pampa*.

Juan Manuel de Rosas nació en Buenos Aires, de padres ricos en *estancias* y ganados. Fué aprendiz de tienda en su primera adolescencia, y desde entonces tan protervo que fué arrojado de la casa paterna y relegado a una *estancia*. Aquella naturaleza salvaje, libre en un campo como hecho para ella, creció con toda la aspereza lozana del instinto y de la crueldad, y habilísimo en el oficio y en los vicios del *gaucho*, comenzó a despilfarrar la fortuna de sus padres. Llamado a la ciudad para dar cuenta de su mala conducta, se rebeló a la admonición, y dejando a la puerta de su casa el poncho y las guarniciones de plata de su caballo, huyó de un vuelo al desierto, blasfemando de su madre, de su padre y de la casa en que había nacido.

Los vicios y violencias de Rosas, pudieron mucho más que la indulgencia de sus padres, y desterrado también de la estancia de sus padres, peregrinó por los campos de la Banda Oriental y de Buenos Aires, ganándose el asado y el rancho con el trabajo de su lazo y de su caballo. En una de sus excursiones se encontró con Luis Dorrego, que compadecido de su estado, lo invitó a trabajar en uno de sus saladeros,

asociándolo a sus empresas. Rosas aceptó la oferta, y al establecerse en la estancia de Dorrego, conoció al doctor Manuel Vicente Maza, que le enseñó a escribir y hacer cuentas.

Dorrego y Maza fueron, desde entonces, benefactores constantes del joven proscripto de la familia paterna, y fueron causa de su fortuna. Sin embargo, cuando Rosas fué poderoso, hizo apuñalear a Maza después de hacerle fusilar el hijo y confiscó los bienes de Dorrego y puso a precio su cabeza, sin que este desgraciado le debiese siquiera el haber podido salvar la vida, huyendo a Montevideo.

El joven porteño, estando en la casa de Dorrego, cometió la impiedad doméstica de cambiar el honrado nombre de sus padres, y en lugar de Ortiz de Rosas, se hizo llamar desde entonces Juan Manuel de Rosas.

Juan Manuel había nacido para el mando, y su voluntad era ya tan prepotente, que sentía la irresistible necesidad de comprimir algún resorte, de manejar un puñado de hombres a su capricho. En el saladero que dirigía, estableció una disciplina militar que reducía los hombres a máquinas, de las que él solo era el motor. Poseía, sin duda, la omnipotencia de la mirada y las seducciones magnéticas de una poderosa individualidad, pues, que hombres como los gauchos, no se dejan atar los puños por ovejas, ni conejos. Comenzó, además, a constituirse en centro de un revoltillo de hombres viciosos, desterrados, desertores y galeotes, que formaron la primera base de su poder.

Rosas no tomó parte en la revolución gloriosa de 1810, antes bien, según Rivera Indarte, la contrarió, permaneciendo obscuro *gaucho* hasta 1820.

Este año fué gravísimo para la República Argentina, por las discordias intestinas, por un vaivén continuo de gobernadores, de directores y presidentes, por una tumultuosa anarquía, sin que del medio de ese mar de confusiones surgiesen más que ambiciones pequeñas y prepotentes, que se hacían la guerra sin grandeza de miras, ni seguridad de propósitos. Nuestro adepto a la carrera de la tiranía, fué nombrado por el gobernador Dorrego, hermano de su patrón, capitán de milicias, después comandante de escuadrón. Eran sus soldados los obreros de su estancia, a los que uníase la hez de los ladrones y asesinos que vagaban por las campañas. Tenían el cómico nombre de *colorados del Monte*. Con estas tropas sostuvo al general don Martín Rodríguez, que había sido electo por la asamblea de los diputados gobernador de Buenos Aires, pero que debió salir al encuentro de la guarnición de la ciudad, para demostrar con la fuerza, que tenía derecho de mandar en la metrópoli argentina. Hay quien asegura que Rosas,

en este combate, fué atacado por un fuertísimo dolor de muelas que lo obligó a alejarse una legua del terreno de la lucha, y que se calmó recién cuando supo la victoria de los suyos.

Rodríguez, adueñado de Buenos Aires por la voluntad legislativa y el poder de las armas, marchó sobre Santa Fe, y su gobernador, el general López, persuadido tal vez de la inutilidad de resistir, entró en tratos y solicitó de las provincias hermanas una ayuda en ganados, de los que aseguraba estar muy necesitada la región. Rodríguez contestó que haría un llamado a la generosidad de los estancieros de Buenos Aires, pero que no deseaba que esto fuese una condición necesaria del tratado de paz, pues parecía que la capital argentina necesitaba comprarlo. A este propósito, surgió una viva discusión entre los dos generales, que parecía amenazar la paz convenida, cuan Rosas, adelantándose entre los dos contendientes, dijo :

Señores gobernadores, yo me comprometo a dar cincuenta mil cabezas de ganado a Santa Fe.

Se aceptó la oferta, y Rosas se hizo popular por esta actitud generosa. se enriqueció solicitando dos veces al gobierno de Buenos Aires 45.000 escudos, y reuniendo un poco por las buenas y otro poco por las amenazas, más de 100.000 cabezas, de las que tomó la mitad para sí. Magariños asegura que Rosas ganó en este negocio un millón de liras, sin contar los amigos, la influencia y la popularidad que con esta donación se conquistó en la provincia de Santa Fe, una de las más belicosas y valientes de la Confederación (1).

Como si no bastasen las guerras civiles para asolar a estos países, mientras los hermanos se ocupaban con los hermanos en matarse y empobrecerse, los indios de la Pampa robaban de las llanuras de Buenos Aires, sus tesoros de bueyes y caballos. El general Rodríguez marchó contra los salvajes y los venció en las dos gloriosas batallas de Chapaleofú y del Arroyo de los huesos. La victoria hubiese sido fecunda en larga seguridad para los argentinos, si Rosas, que miraba con mala voluntad la gloria de Rodríguez, no hubiese desanimado a la división Hortiguera, que tenía la orden de exterminar a los indios, ya vencidos dos veces, por lo que aquella se retiró en el mayor desorden. Cuando Rosas, en su retirada, llegó a la Guardia del Monte, reunió a sus tropas y confesó el error cometido, y con lágrimas en los ojos arrojó su traje colorado al suelo, diciendo que no quería mandar más a sus soldados. Habiéndose retirado después a una choza próxima,

(1) Margariños Cervantes, *Rosas y su sistema.* Ilustración de Madrid, julio 5 de 1851.

fué alcanzado por sus satélites, los que habían hecho pedazos su traje y condecorádose con sus harapos, venían a rogarle que no los abandonase. Rosas se hizo de rogar, y diciendo que la orden de Rodríguez de marchar contra los indios había destruído a todo el cuerpo que mandaba, agregó que el primer deber del soldado era la obediencia y que para salvarlo ahora de su fatal posición, dijesen a todos que él había reprobado su fuga y sentido tanto dolor que tal vez le ocasionaría una grave enfermedad.

Sucedió a Rodríguez en el mando de Buenos Aires, el general Las Heras, y Rosas se hizo autor de un proyecto que fué célebre en las historias de aquel tiempo y conocido por *Negocio pacífico*. Este consistía en mantener amigos a los indios de la Pampa con un tributo anual de ganados y mercaderías europeas, y Rosas, como mediador de este tratado, se enriqueció extraordinariamente, y volviéndose necesario a amigos y enemigos, extendió en vasto campo su influencia y popularidad.

Poco después de estos acontecimientos, el Río de la Plata hubo de sostener una guerra con el Brasil, y Rosas la contrarió, considerando que ella daría estabilidad al gobierno contra el cual conspiraba secretamente, y trabajó activamente para que se disolviesen los regimientos de caballería que se organizaban en la capital argentina contra el Brasil.

Así Rosas pesaba de tal modo en la balanza de los acontecimientos, que nada podía ocurrir en la República sin que él no entrase. Si los amigos del bien trabajaban por la patria, suscitaba la reacción de los cobardes y de los malos, y éstos se agrupaban de inmediato a su alrededor: si el bastón de mando se extraviaba en las borrascas de las luchas civiles, él lo encontraba al alcance de la mano, y en medio del alboroto, siempre emergía su poderosa individualidad.

Caída la presidencia de Rivadavia, hombre nacido en tiempos indignos de tenerlo, dirigió por poco tiempo la cosa pública don Vicente López, que cometió el gravísimo error de nombrar a Rosas *comandante general de las milicias de campaña*, y éste, que no había estudiado el diccionario de los sinónimos, pero que sabía muy bien cuánto podía valer una ligera plumada para avanzar un paso, se llamó en cambio *comandante general de campaña*, y, en efecto, fué dueño absoluto de toda la población de la campaña, que él desencadenó contra la ciudad, formando de la diversidad de costumbres y caracteres, fermentos y odios implacables, instrumentos de tiranía y de muerte.

Cuando en 1828 asumió Dorrego el mando de Buenos Aires, se en-

contró en frente a este otro gobernador de las campañas, más fuerte que él, pues era capaz de todo y disponía de una fuerza desmesurada. Rosas tenía ya conciencia hecha de cuanto era y podía, pues, entonces escribió a don Juan Antonio Lavalleja, general en jefe del ejército nacional, « que Dorrego era un loco indigno de gobernar a la provincia de Buenos Aires, y que la obra más meritoria del ejército, apenas terminase la guerra del Brasil, sería la de *echarlo a patadas ;* que obrase en este sentido y contase con el *apoyo de la campaña* ».

Al terminar este año, Lavalle, uno de los generales de la expedición contra el Brasil, se pronuncia contra Dorrego, lo derrota en Navarro, lo toma prisionero y comete la infamia de hacerlo fusilar. Rosas, que en todo el curso de su vida ha mostrado actos de inmensa audacia y de inconcebible cobardía, en lugar de resistir al rebelde o de ponerse francamente a su lado, huye a Santa Fe.

Hombres más obscuros, pero menos cobardes que Rosas, levantan las banderas abandonadas por él y vencen a Lavalle en la Guardia del Monte y en Las Bizcacheras. El conejo, rodeado por leones, se transforma también en león, se reune a los vencedores y descalabra por última vez al rebelde en los campos de Puente Márquez.

En 1830, Rosas fué electo gobernador de Buenos Aires, y de coronel que era en los últimos hechos de armas, sube a general. Como primer acto de su gobierno, pidió poderes generales y los tuvo, y como para acostumbrar a los argentinos a las escenas de horror con que enriquecería la historia de su país, mandó fusilar a Cox, Molina y muchos otros. Desde entonces, en medio de su crueldad, asoma ese horrible cinismo, del que dió después tantos ejemplos. Al mayor Monteros, oficial chileno al servicio de la República, dió *una carta de recomendación* para su hermano Prudencio. Esta carta era una imitación a la famosa de Urías : una sentencia de muerte ; y el desgraciado Monteros fué mandado asesinar por el hombre al que iba *recomendado.*

Las primeras leyes promulgadas por el dictador del Río de la Plata, por el hombre que se atrevió a llamarse más tarde *Restaurador de las leyes*, fueron éstas : abolición del colegio de ciencias morales y del de ciencias eclesiásticas ; supresión absoluta de la libertad de imprenta, restablecimiento del tribunal de la inquisición. El verdugo quemó en la plaza pública las obras de Volney, y el martillo que remacha los cerrojos de las prisiones, pulverizó a *Las Gracias,* porque el artista las había figurado desnudas. Se quizo obligar a los extranjeros establecidos en la provincia de Buenos Aires al servicio militar, lo que valió más tarde a las costas argentinas un bloqueo por la flota francesa.

Entre tantas culpas, el delito más grande de Rosas al asumir la dirección suprema de la cosa pública, fué el de dar forma a los odios de los dos partidos, el federal y el unitario, dos palabras que nadie había definido, entendidas por poquísimos, pero que servían de pretexto a la ambición de los *caudillos*. Obligó a los argentinos a llevar una cinta colorada con la leyenda : *Viva la confederación, mueran los unitarios ;* palabras que por el color sobre el que se leían, parecían significar los torrentes de sangre que harían verter.

Tanto terror, surgido de repente en medio de países agitados ya por las guerras civiles, pero no acostumbrados a ver el despotismo erigido en sistema, dió nacimiento a una reacción sorda pero amenazante. Familias enteras comenzaron a emigrar de Buenos Aires, y Rosas, presintiendo el peligro, se apresuró a retirarse, dejando el mando al general Balcarce.

El ansia de ser, de hacer y de mandar, se había vuelto en Rosas necesidad violenta, irresistible, y en los últimos días de su gobierno organizaba una expedición al desierto con el fin aparente de vencer a los indios, eterna amenaza para el Estado, pero con el único motivo de conservar en las propias manos la fuerza armada.

Mientras sus rivales perdían popularidad en el mando, dificilísimo por su misma causa, creó una *sociedad popular restauradora,* a la que llamó *mazorca,* es decir, espiga de maíz, para dar a entender que los socios de la terrible confraternidad debían estar tan unidos como los granos de este cereal americano, pero aquella secta de verdugos marcó tal huella de sangre en el suelo argentino, que aún no se ha borrado, y los americanos escriben ahora esas palabras de este modo : *más-horca.*

En esta época (1835) Rosas, que estaba preparándose para tomar de nuevo el poder y no abandonarlo ya más, hizo asesinar al terrible pero gran general Facundo Quiroga, llamado el *Tigre de los llanos,* el único caudillo federal que podía superarlo en valor, audacia y prestigio (1).

(1) Quiroga fué hombre cruel y de gran inteligencia, que en sus sueños de gloria pensó destruir los partidos en los que estaba dividida la nación Argentina, y constituirla en un poderoso organismo ; era hombre capaz de hacerlo. Sé por boca del ilustre general Rudecindo Alvarado, uno de los pocos héroes de la independencia que viven aún un hecho que demuestra la irresistible influencia que ejercía Quiroga sobre sus soldados.

Después de un hecho de armas en que tuvo la peor parte, Quiroga se retiró a su tienda, con tanta rabia, que dejó a todos espantados. Por más de dos días ordenó que lo dejasen solo, y paseándose por delante de su tienda, dirigía tan furibundas miradas a su alrededor, que el ejército íntegro padeció hambre dos días sin que alma viviente osase aproximársele y pedirle expli-

No habían transcurrido aún tres años desde que Rosas había dejado el mando, pero reteniéndole de hecho más que nunca, cuando en 1835 se le propuso que reasumiese el gobierno sin condiciones.

Queremos dejar hablar a Magariños, uno de los escritores más elocuentes del Río de la Plata, cuyas palabras hemos transcripto en muchos lugares sin pedirle permiso.

Acompañaron a la elevación de Rosas, sangrientas ejecuciones, destituciones en masa, medidas excepcionales y despóticas : desde ese día hombres y mujeres llevaron una cinta roja como un blasón de oprobio, los primeros en el hojal, las segundas en la cabeza a modo de escarapela. Sobre ella se leían las palabras sacramentales : *Mueran los salvajes unitarios*.

¡Mueran los salvajes unitarios! palabras tremendas que reprodúcense más espantosas que las del profeta Daniel en la fiesta de Baltasar, en el encabezamiento de los documentos oficiales, sobre los anuncios callejeros, en los avisos de los diarios, sobre las tiendas y los establecimientos públicos, sobre las telas, sobre los muebles y objetos destinados a los usos más vulgares de la vida, sobre el papel moneda, las entradas de teatro, sobre las invitaciones de bailes y fiestas de familia palabras que el *sereno* repite en las avanzadas horas de la noche y que por doquier estampadas, pronunciadas de mil modos diversos, oídas en las oficinas públicas y en las fondas, en el hogar doméstico y en las calles, al levantarse y al acostarse, y hasta en el sueño, acaban por esculpirse como un axioma en la memoria de quien las oye, perpetúan los odios y rencores entre los hermanos de una misma familia, y hasta entre los pueblos de la tierra, pues para Rosas no son unitarios solamente los antiguos compañeros de Rivadavia, sino considera tales a todos sus enemigos, sean *porteños, orientales, tucumanos,* franceses o ingleses.

Serias complicaciones con Bolivia y algunas conmociones que reprimieron en las provincias a los asesinos de Quiroga, Cullen, Reinafé, etc., mantuvieron ocupado a Rosas, desde 1838 hasta 1839, año en el que tuvieron lugar el bloqueo por Francia y la cruzada del general Lavalle, que se atrevió a lanzar el grito de venganza contra el tigre

caciones del motivo por el que se lo dejaba en un lugar desierto y sin medios para proveerse de alimentos. Alvarado, que le visitó en este tiempo, enviado por un general amigo, lo encontró sumergido en la más profunda meditación. Y no rompió su silencio, sino para decirle que tenía soldados capaces de conquistar todo el mundo. « Van para dos días que no comen, pero como saben que yo también estoy en ayunas y les he ordenado que ninguno se me acerque, callan y se dejan morir de hambre, y estoy segurísimo de que ni uno siquiera ha desertado ».

argentino, y al que respondieron todas las provincias con envíos de hombres y dinero para el *ejército libertador*.

Vencedor en Yeruá, en Don Cristóbal y en Tala, Lavalle avanzó hasta cinco leguas de Buenos Aires, con un ejército vigoroso y fortalecido más aún por la victoria. Rosas ya se consideraba perdido, y sus cofres rebozantes de oro habían sido embarcados a bordo de un navío inglés, cuando el genio de su suerte le inspiró una idea diabólica que le dió el triunfo a dos pasos de la ruina. Lavalle, engañado por un falso aviso, creyó tener a sus espaldas el ejército de López, e imaginándose cercado entre las dos fuerzas, se retiró con su ejército en plena confusión, que ya no pudo dominar. Desde ese momento el terror reafirmó en las manos de Rosas su cetro de fierro, con el que una fácil victoria hubiese podido romperle la cabeza.

Más adelante intentaremos delinear el carácter de Rosas en sus detalles; ahora queremos presentar a nuestros lectores el resumen de las *Tablas de sangre* que fueron recogidas por la historia y en donde están numeradas las víctimas de su tiranía desde 1829 hasta el 31 de octubre de 1843 :

Envenenados	4
Degollados	3.765
Fusilados	1.393
Asesinados	722
Muertos en las batallas	14.920
Escaramuzas y diferentes persecuciones	1.600
	22.404

Para apreciar el horror de estas cifras, conviene recordar la escasa población del país y la dificultad para recoger los datos de esta sangrienta estadística, por lo que las cifras son probablemente mucho más bajas que las verdaderas.

En frente de este cuadro de horror, los italianos debemos recordar que uno de nuestros grandes ciudadanos, Garibaldi, fué en el Río de la Plata aliado de la libertad contra la tiranía de Oribe, verdadero esbirro de Rosas, aunque por muchos años presidente de la infeliz república de Montevideo, y cómo, en otro hemisferio, sostuvo con altísima fama el honor de las armas italianas.

CAPÍTULO XIV

Crueles detalles de la tiranía de Rosas. — Anécdotas de su vida privada. — Urquiza

Juan Manuel Rosas, o como lo llamaron sucesivamente sus esbirros, *el ilustre restaurador de las leyes, el héroe del desierto, el padre de la patria, la columna de la federación, el defensor de la independencia americana, el Washington del sur, el príncipe normando,* es un hombre algo más que robusto, de ojos hundidos y llenos de vida. Posee la agilidad de la ardilla y la fuerza del león, y la tenacidad de la vida lo hará morir viejo y aun fuerte. La prepotencia de la voluntad, servida por bajos instintos, es la fórmula moral que lo representa; derrochó en servicio de la tiranía, todo su alto ingenio que la educación no cultivó

Las veleidades crueles y caprichosas que se observan en los tiranos de todas las épocas, siempre son abusos miserables de una extraordinaria fuerza de voluntad, que a cada momento necesita emplearse en algo y que no satisfecha con las grandes violencias, desciende a las más increíbles y necias manifestaciones.

Rosas dormía de día y trabajaba de noche, bromeando con un *yaguar,* que mantenía en su salón de Palermo, tal vez encadenado al relámpago de sus ojos, y con el que atemorizaba a sus visitantes.

Tenía bufones a los que volvía víctimas perpetuas de crueles burlas, algunas de las cuales causan horror. El más célebre de éstos, el padre Viguá, murió víctima de uno de esos *misereres* (latigazos con acompañamiento de otras infamias), con que acostumbraba castigar a sus locos por las culpas imaginarias que cometían en el desempeño de las altas funciones que les encomendaba. Solía, en efecto, hacerles obispos, gobernadores, generales y magistrados, y pedirles estricta cuenta de los altos deberes que les confiaba. El déspota argentino, llegó hasta hinchar de viento a sus bufones, y puestos a cuatro pies en su sala,

los cabalgaba, haciendo salir a rodillazos de sus vientres miserables el aire de que estaban llenos.

Durante muchas de sus excursiones, cambió a los hombres en bestias. Acostumbraba hacer montar por algún desgraciado a uno de sus sirvientes, amaestrado para figurar el *peludón,* es decir, un caballo salvaje. Provisto de silla y de freno, el hombre-caballo debía empinarse, morder y saltar, y el ginete condenado a esta tortura, debía, en cambio, espolear y castigar al primero, hasta que éste, saltando cada vez más fuerte, lo tiraba de espaldas y le hacía dar de cabeza en el desnudo pavimento. Rosas desternillábase de risa con estas escenas, y algunas veces se dignó hacer de *peludón,* y dió tales golpes al que le montaba, que le hizo perder el sentido.

El padre Viguá asistía casi siempre a la mesa del tirano, y éste, llamándolo, le ponía como a un perro el alimento en la boca e invitaba a los demás comensales a imitarlo, ordenando siempre al bufón que no masticase. Cuando el infeliz, con la boca repleta, parecía ahogarse, se le permitía tragar.

A otro de sus juguetes humanos, hizo creer que podía casarse con su hija, la célebre Manuelita, y habíale dado una tabaquera con una figura de mujer, diciéndole que era el retrato de la augusta novia. Un día, al sentarse Rosas a la mesa, reclamó a su bufón la tabaquera, y éste, desolado, no la encontró porque le había sido robada por orden del Restaurador de las leyes. Después de acerbos reproches por un descuido que demostraba poco afecto por su real esposa, Rosas se levantó, hizo desnudar al infeliz y le dió con sus manos dos latigazos tan fuertes, que lo ensangrentó. Volvió inmediatamente a la mesa, y porque la pobre víctima no podía comer de dolor, Juan Manuel la consolaba diciendo : *No se aflija compañero, que de gobernador a gobernador no va nada.*

Otras veces las víctimas de Rosas eran personajes altamente colocados. Invitó al coronel Garretón, ayudante del déspota y gobernador de San Nicolás de los Arroyos, a correr una carrera, pero aquél trató de defenderse aduciendo su poca seguridad en la silla; no se aceptaron sus excusas y tuvo que correr con otros hábiles jinetes. Mientras corría enfurecidamente, dos gauchos, apostados por Rosas, pialaron su caballo, éste cayó y Garretón salió tan maltratado, que sufrió mucho tiempo las consecuencias de este juego cruel.

Los sicarios de la *mazhorca,* educados por semejante maestro, fueron perfeccionándose en crueldades; sucesivamente, con la impunidad y el ejercicio de los años, aumentaban el cinismo y la osadía del mal.

Primeramente cortaron con cuchillos afilados las cabezas de sus víctimas, a las que iban a buscar de noche en el seno de sus familias; más tarde se sirvieron siempre de sierras de carpintero, melladas por el uso. Cuando entre las tinieblas de la noche habían degollado a ocho o diez infelices, disparaban un cohete, y la policía, advertida por esta señal, enviaba un carro para transportar los cadáveres.

Los asesinos seguían el cortejo con trompetas y violines, y al llegar al cuadrivio de las calles, decían a gritos : ¿ Quién compra duraznos ? ¿ Quién compra melones ? En los últimos días de la tiranía, estas escenas sucedían en plena luz, y un tal Juan Benito Blanco que encontró a uno de esos carros y creyendo que verdaderamente vendiesen fruta, se aproximó a palpar la mercadería, y en lugar de duraznos tocó cabezas ensangrentadas de hermanos. El infeliz experimentó tanta emoción que se enloqueció. Por las mañanas algunos carniceros, miembros de la *mazhorca,* ponían entre las cabezas de carnero algunas cabezas de hombres recién muertos y las mostraban a los que venían al mercado por carne.

El baile preferido en estos tiempos de sangre, era la *media caña,* que acompañábase con canciones obscenas y crueles, de las que es ejemplo la siguiente :

Al que con salvajes
Tenga relación
La verga y el degüello
Por esta traición,
Que el santo sistema
De federación
Le da a los salvajes
Violín y violón

Estas dos últimas palabras habían sido inventadas por Mariano Maza y significaban la estudiada lentitud con que se cortaba la cabeza del tronco.

Los generales y coroneles de Rosas, en lugar de enviarle banderas y cañones tomados al enemigo, conociendo sus gustos, le mandaban pedazos de piel humana para que hiciese *maneas.* Las orejas del coronel Borda se enviaron al tirano, y puestas en un plato, circularon por su sala un día de recibo. Flankland, noble capitán de la marina inglesa, contemplando esos restos de carne humana, huyó aterrorizado de aquella casa para no poner más los pies en Buenos Aires.

Para completar el esbozo de esta fiera humana, agregaré dos escenas de su vida de familia :

En 1838, la audaz e inquieta esposa de Rosas estaba próxima a morir, y embargada de tardío arrepentimiento por una vida pasada en las viciosas satisfacciones de la tiranía, aspiraba con angustia a los consuelos religiosos y a los socorros del arte médico. No tenía, en cambio, ni sacerdote ni médico a la cabecera de su lecho, y el silencio fúnebre de su cuarto no era interrumpido sino por las chanzas obscenas de los bufones de Rosas. Estos preparábanle al acaso cualquier remedio, y de cuando en cuando, como cuenta Rivera Indarte, oíase la voz satánica del marido que, dirigiéndose a uno de los locos, decía : *Acostate con Encarnación, si ella quiere, y consolala un poco.* La agonía apremiaba y el remordimiento estrangulaba a la compañera de tantos delitos, y en medio de sus fuertes sollozos pedía un confesor. Sus ruegos se volvieron súplicas lacerantes y desesperadas, y su hija, arrojándose a los pies del padre, lo conjuró a que accediese al último pedido de la madre moribunda. No, respondió Rosas en presencia de sus sirvientes; Encarnación conoce muchos secretos de la federación y los frailes cuentan todo lo que van a cuchichearles los tontos que se confiesan. Lo mismo da que se confiese o no. Cuando haya muerto, haremos entrar a un fraile, diremos que se ha confesado y todos lo creerán.

Estas palabras, como las he escrito, eran dichas por un padre a una hija...

Cuando se avisó a Rosas que su esposa había muerto, llamó a un sacerdote para que la ungiese, y mientras tanto uno de sus bufones, escondido debajo del lecho, hacía mover el cadáver, al que la muerte no bastaba para hacer respetar, y el fraile aterrorizado huyó de allí a toda prisa, contando lo sucedido a un venerable sacerdote que lo refirió después al historiador Rivera Indarte.

Lo que el corazón de un hombre, que ya no era hombre, no supo hacer, lo hizo el orgullo. El cadáver de doña Encarnación, expuesto al público, fué saludado con disparos de artillería, iluminado por centenas de cirios, salmodiado, poco menos que adorado. Se obligó a toda la población de la ciudad a llevar luto por un año, y durante este tiempo, los despachos oficiales se adornaron con una gran franja negra.

Cuando León Ortiz de Rosas, padre del tirano, fué llamado a su vez a salir del mundo, nombró ejecutor testamentario a su hijo Gervasio, y Juan Manuel lo supo. Volviendo entonces por primera vez a la casa paterna, después de larguísima ausencia, se aproximó al lecho

del pobre viejo y, sin pedirle noticias de su salud, le preguntó con ceño de juez, por qué había nombrado ejecutor de su última voluntad a su hermano Gervasio. ¿ No sabe usted que estoy antes que él, por edad, por inteligencia y por rango ?

« Juan Manuel, ¿ vienes acaso a atemorizar a tu padre ? ¿ Crees que puedas dominarme como lo haces con el pueblo ? He nombrado a Gervasio, porque es mejor hijo que tú. Me obligas a decirte cosas amargas. Cuando tu madre te mandó a la estancia, por tu pésima conducta, te interesé en mis negocios para que ganases algo. ¿ Qué hiciste entonces ? Cuando estaba próximo el término de nuestro contrato, derrochaste todo lo mío y te apropiaste de sumas importantes; después, en lugar de arrepentirte, llegaste a mi casa y arrojando con desprecio las ropas que tu madre te había dado, te fuiste casi desnudo, y desde entonces, no sólo murmurabas de mí, sino que esquivabas el encontrarme; jamás te acercaste a esta casa para preguntar de tus padres, ni pedirles su bendición. Faltaría a mis deberes de cristiano, si confiase los intereses de tu madre y de tus hermanos a las manos de un hijo que fué para conmigo tan perverso. »

Rosas no esperó a que terminasen los justos lamentos de su padre, y sin decir nada le volvió las espaldas. Pero sus funerales fueron esplendidísimos, como lo habían sido los de doña Encarnación.

Si habéis leído el esbozo que hice del doctor Francia, recordaréis una escena de familia que parece calcada sobre ésta. Sirva esto para el estudio poco profundizado aún del hombre moral.

La vida pública y privada de Rosas, daría volúmenes enteros de materiales a novelistas y escritores dramáticos. Para conocer al hombre y al país en que vivió, baste lo poco que dejamos dicho. Es ya bastante para hacernos temblar indignados, llenos de horror.

Si tanta infamia fué posible en tiempos tan próximos a los de hoy, es porque estos países estaban entonces separados por millares de millas del viejo continente, que con todas sus plagas de decrepitud y sus cicatrices de veterano, forma, sin embargo, la región precordial de la humanidad. Hoy el océano separa siempre los dos hemisferios, pero sobre el puente ligero de los vapores, la civilización corre presurosa, llevando consigo todos sus tesoros de inteligencia y de corazón. En nuestros días, aunque en el Río de la Plata naciesen los Rosas por cientos, serían aniquilados por la vida civilizada que los circundaría, o asfixiaría por el aire de la libertad moral, porque los caminos de hierro y los motores flotantes moralizan a los países más que los códigos, las cárceles y los sermones.

Si Rosas no pisa más el suelo americano, es debido al ilustre presidente de la Confederación Argentina, el valiente general don Justo José de Urquiza.

Siendo gobernador de Entre Ríos, dirigía desde San José, el 3 de abril de 1851, una circular a sus demás colegas que gobernaban las otras provincias confederadas, alzando con valentía el estandarte de la rebelión, que después hizo ondear victorioso en los campos de Monte Caseros, y aliado a los brasileños, daba el último golpe al poder de Rosas, que parecía eterno.

Conviene recordar el terror que dominaba en aquellos tiempos, para apreciar en todo su valor la atrevida insurrección con que Urquiza puso en peligro su cabeza. Conviene recordar que los pocos hombres fuertes respetados por el cuchillo de la *mazhorca,* habían abandonado la patria, y que Rosas no tenía a su alrededor sino cómplices omnipotentes y víctimas impotentes. No obstante, Urquiza comenzaba su circular con estas precisas palabras :

« Ha llegado el momento de poner fin a las temerarias aspiraciones del gobernador de Buenos Aires, el que no satisfecho con las inmensas dificultades que ha creado a la República con su caprichosa política, pretende prolongar indefinidamente su odiosa dictadura, reproduciendo sus acostumbradas y falsas renuncias, para que los gobiernos confederados por el temor o por intereses mal entendidos lleguen a la decisión por él codiciada y que lo coloque de hecho y sin responsabilidad alguna al frente de la Confederación Argentina. »

Esta valiente proclama terminaba de este modo :

« El reconocido patriotismo de V. E. y los importantes servicios que ha prestado a la Confederación Argentina, apoyan la esperanza del subscripto de obtener su cooperación para llevar a cabo el noble pensamiento de salvar a la República del Plata del profundo abismo al que la conduce precipitadamente el genio maléfico que preside los consejos del gobernador de Buenos Aires. »

A un hombre como Urquiza, *si puo cavare il cappello senza vilta,* y la última guerra que ensangrentó los fértiles campos de Buenos Aires, se habría economizado, si los porteños hubiesen recordado estas palabras de Cristo :

Mucho le será perdonado a quien mucho haya amado (1).

(1) Al publicar una vez el retrato de Urquiza, lo acompañaba con estas palabras :

« Este es uno de los hombres más singulares que han ilustrado la historia americana. Nacido en una obscura aldea de Entre Ríos, fué dependiente de tienda en su niñez, después soldado. De

aquí a la presidencia de la Confederación Argentina, pasó por todos los grados de la gerarquía política y militar de su país.

A él se le debe que Rosas no pise más el suelo americano ; si del choque de cien partidos surgió una Confederación compacta, que se enorgullece de tener un solo nombre y una bandera sola, a él también se le debe en gran parte. Valiente hasta la temeridad, constante hasta la pertinacia, posee una voluntad de fierro que llega hasta los primeros límites de la tiranía. De educación intelectual muy grosera, suple con la prontitud de la percepción y la solidez de criterio la falta de conocimientos.

Molesto con los trajes que la moda y la diplomacia europea prescriben, aspira con avidez el aire libre de los campos entrerianos y se siente más igual a sí mismo, bajo un poncho que entre la prensa de un corpiño.

Moderadísimo en los placeres de la mesa y abstenio, es inclinadísimo a los atractivos femeninos y muy fuerte en los placeres del amor. Ha reconocido ya como quince hijos habidos en tiempos y lugares diversos.

Adora el mate y las cosas dulces, y se me ha asegurado que el olor de la rosa le hace mal.

Su retrato puede servir de tipo ideal del criollo español, en quien el orgulo es varonil altivez o casi salvaje dignidad y al que la vida libre da ese relieve profundamente esculpido que se nota en todas las sociedades en que el hombre es individuo antes que miembro de la sociedad.

Por lo demás, hasta un observador superficial puede leer en él una inteligencia poco común en esa frente espaciosa y una extraordinaria tenacidad de propósito en toda la conformación de los músculos faciales. El sensualismo también está escrito con caracteres clarísimos sobre sus labios gruesos y entreabiertos. La mirada, además, es la de uno de esos hombres nacidos para manejar el poder y que nos arrastran, quieras que no, detrás de las masas con la seducción del poder intelectual o del despotismo. Recuerda los ojos fulmíneos de Quiroga y de Rosas.

CAPÍTULO XV

Provincia de Santa Fe y Rosario. — Estado actual y porvenir de esta provincia. — El río Salado. — Una excursión al desierto. — Plantas que acompañan los pasos del hombre y el guanaco.

El río Paraná, desde la ciudad del mismo nombre y capital de la provincia de Entre Ríos hasta Santa Fe, mide en línea recta tres leguas, pero el viaje resulta de cuatro para el que lo atraviesa en chalupa y debe pasar serpenteando por entre las cien islas que recortan el río en otros tantos archipiélagos diversos. En un tiempo se realizaba la travesía aferrado a la cola de un caballo a nado; yo lo pasé en una gran barcaza repleta de hombres y de caballos, pero ahora se lo atraviesa en pocos minutos sobre la toldilla de un ágil vaporcito.

Antes de llegar a Santa Fe, el río se estrecha en un canal llamado Tiradero, porque las barcas se hacen tirar allí por caballos, y apenas se le abandona, déjase a la derecha la inmensa Laguna salada, rica en peces exquisitos, y se llega a la antigua ciudad, que es capital de la nueva provincia que vamos a conocer y cuyo puerto está entre una isla y un recodo del Paraná.

El aspecto de la ciudad es triste y monótono. Las casas viejas y bajas escóndense entre jardines tan grandes que parecen bosques de naranjos y limoneros. Las calles están desiertas y el carácter de los habitantes se presta poco para alegrarlas. Santa Fe posee muchas iglesias antiquísimas, algunas de las cuales podría llamárselas bellas si la extravagancia de ciertos adornos, demasiado macizos, no deshonrase la armónica entonación de un plan simple y grandioso. Las casas más viejas son de ladrillos secados al sol, y muchísimas techadas con paja; otras son de tapia, es decir, las paredes son de una sola pieza, construídas recalzando la arcilla cruda y mojada entre dos paredes postizas de tablas de madera. Estos muros de tierra tienen una gran

solidez y se construyen también en España. La ciudad, cuando la ví en 1856, no tenía un solo teatro, y la única casa de alojamiento que se atrevía a llamarse fonda, era sucia e indecente (1).

En las calles, a lo largo de las veredas, por entre las grietas de las casas y de los palacios, sobre el alero de los techos, en las plazas y hasta en lo alto de los campanarios, crecen mil diversas hierbas y algunos arbustos lozanos, como si la naturaleza se empeñase en ganar la última batalla contra el hombre que no supo defender con el trabajo y con las armas de la industria, su propia ciudad contra las plantas que quieren transformarla en un bosque o en un prado.

En la pobreza y en la soledad que contristan a Santa Fe, tienen parte un pecado y una desgracia, lo mismo que en todas las desventuras humanas. Si en vuestra indulgencia para juzgar el mal, no llegáis hasta lo sublime, encontraréis siempre a la culpa del brazo con el infortunio, por más que aquélla pueda ser venial y grande e inevitable el último, así como, a menos de caer en tanto escepticismo que lleguéis hasta la maldad, debéis hallar en el más imperdonable pecado su parte de fatalidad desgraciada.

Santa Fe estuvo unida en un tiempo a la jurisdicción de Buenos Aires y era rica y poderosa ciudad. Abierta de todos lados a las incursiones de los indios, supo defenderse, unida como lo estaba a una poderosa metrópoli, y era centro activísimo de comercio para las regiones argentinas del occidente y del noroeste de Corrientes, del Paraguay, y hasta de Chile y del Perú. Sus estancieros podían suministrar por año, a los mercados del Alto Perú, como cincuenta mil Paraguay, y hasta de Chile y del Perú. Sus *estancieros* podían sumimulas, y al mismo tiempo pasaban por su puerto 125.000 arrobas de yerba mate, que dejaban buenas ganancias al comercio de tránsito, pero en las guerras de la independencia Santa Fe se declaró independiente del gobierno central y como si no bastasen las grandes pasiones para separar en tantos pequeños rebaños a la familia humana, puso entre ella y Buenos Aires el pequeño arroyo del Medio, y este fué el pecado que hasta hoy está pagando a caro precio esta pobre ciudad.

Su principal desgracia fué la de estar abierta por todos lados a los salvajes, que la despoblaron varias veces de sus ganados, amenazando en estos últimos años la propiedad y la vida casi bajo los muros de la capital. Agréguese la poca profundidad de su puerto, de modo que

(1) El censo de 1869, da a la ciudad de Santa Fe, una población de 10.670, y a toda la provincia 89.117.

cuando se abrieron los ríos de América al comercio libre, éste, que prefiere más que todo la facilidad de las comunicaciones y la economía de tiempo, corrió espontáneamente a Rosario, puerto más fácil, más profundo y sobre todo más cercano al río de la Plata, el gran puerto del Atlántico.

Hoy el territorio de Santa Fe está tan rodeado por el gran Chaco (1), que se lo ve mejor sobre el mapa que en los títulos de propiedad de sus habitantes. Hace algunos años pregunté a Cullen, excelente gobernador de esta provincia, dónde comenzaba el desierto, y me contestó sonriendo que a dos leguas hacia el norte de la capital, pues pocos meses antes los indios habían dado un asalto hasta esa distancia y matado a unos desgraciados carboneros que estaban juntando leña.

Cullen, que es hijo de una víctima de Rosas, renunció el gobierno de Santa Fe por culpas ajenas, dejando una gratísima memoria. Aprovechó todas las circunstancias, las armas y la política, para extender el territorio de la provincia que habíasele confiado, y mucho más hubiese hecho a ser favorecido por el gobierno demasiado ocupado en otras empresas. La escasez de buenos misioneros es la primera y última causa por la que el Chaco aún es un desierto para la civilización humana. El gobierno argentino carece de medios para dominar a los indios y no sabe emplear las armas de la conciliación. De cuando en cuando manda una centena de soldados, muchos de los cuales son indios ya reducidos a costumbres civilizadas, para que hagan una correría por el gran Chaco. Cuando se encuentra a los salvajes, se mata el mayor número posible y se les roba los hijos, que los jefes de la gloriosa expedición venden después en la ciudad, a pesar de que este comercio está severamente prohibido por la constitución de la República. De este modo se mantiene la execración tradicional de las tribus indias por la raza blanca, y los odios sembrados por la barbarie de los primeros conquistadores son cultivados y acrecidos por la ignorancia y la impotencia de sus descendientes.

El gobernador Cullen me contó que había realizado una incursión hasta noventa leguas al norte de la capital. Después de encontrar por el camino varias tolderías abandonadas, se dieron finalmente con una tribu de indios, que montados en excelentes caballos, pudieron huir, abandonando a una pobre chica de siete años que fué el único trofeo

(1) Según Demarsay, *chaco* deriva de la palabra *quichua*, *chacus*, que en tiempo de los Incas, servía para indicar las grandes cazas periódicas de las vicuñas. (Demersay, *Hist. phys. écon. et polit. du Paraguay*, etc., tomo I, página 415.)

de esta expedición y a quien conocí en casa de Cullen; éste la educaba con cariño e inteligencia.

De los indios de Santa Fe, así como de los otros que he encontrado y estudiado en el curso de mis viajes, pienso tratar al final de este libro, para no desmenuzar en fragmentos y migajas un argumento que merece mucha atención por parte del médico y del filósofo.

Cuando los pecados de Santa Fe sean purgados con el tiempo, que todo lo perdona, se abrirá para esta ciudad un gran porvenir. A corta distancia se abre en el desierto la gran arteria del río Salado, que fué navegado por Page en una extensión de 900 millas con un pequeño vaporcito de 112 pies de largo y que sólo calaba 26 pulgadas. Este ilustre viajero ha encontrado gran diferencia en la densidad de este río, antes y después de recibir las aguas del Crucito y de la Cruz, sus tributarios.

He aquí sus observaciones hidrométricas :

Densidad del Salado, abajo de sus tributarios medida con el hidrómetro número 7...........	8°5
Temperatura del agua (Fahr.)	54.5
— aire.......................	38.0
Densidad del río Crucito....................	2.3
Temperatura del agua......................	52.5
— aire.......................	59.5
Densidad del río La Cruz....................	6.3
Temperatura del agua......................	47.5
— aire.......................	48.5
Densidad del Salado en Monte Aguará.........	21.88
Temperatura del agua......................	34.0
— aire.......................	69.0

A la espera de que la navegación del Salado haga resurgir a nueva vida a la solitaria ciudad de Santa Fe, ésta se contenta con un pobre comercio de cabotaje, despachando a Buenos Aires y a los puertos del Paraná, leña y carbón.

Las señoritas de Santa Fe son altas y caminan con mucha elegancia, lo que es debido al suelo arenoso que oprimen con sus piececitos, como dicen algunos filósofos americanos. Los hombres, en cambio, son de muy baja estatura. Las mujeres son muy pálidas, tienen ojos negrísimos y en su aspecto presentan el tipo porteño algo atemperado por un aire melancólico y severo. Pasan casi todo el día en sus casas, entregadas a los trabajos domésticos, y son célebres en el Río de la Plata por su gazmoñería, por las exquisitas confituras y los excelentes dulces

que saben preparar; dos industrias que con extraña coincidencia están a menudo de acuerdo en países muy diferentes.

Los santafecinos son muy gentiles, pero menos corteses que los entrerrianos, los que sin duda alguna y juntamente con los santiagueños, son los argentinos más hospitalarios que haya conocido.

El clima de Santa Fe es muy húmedo y no es de los más sanos : son frecuentes la tisis y la elefantiasis anestésica. Los desgraciados leprosos, y especialmente los pobres, son aislados en una isla del Paraná, donde mueren sin ningún socorro médico, viviendo miserablemente sus últimos días con la carne que les envía el gobierno del país.

Rival victoriosa de Santa Fe, es la ciudad del Rosario, elevada en pocos años, desde pobre aldea a esta dignidad. Apenas se separó Buenos Aires de sus trece provincias hermanas, un decreto de Urquiza creó una capital y un puerto de agua dulce, y el comercio del interior se hizo íntegramente por la vía del Rosario. El que por esos tiempos recorría estas lejanas regiones, podía ver el estupendo ejemplo de una ciudad que se organizaba a la vista misma del observador. Oficinas, almacenes, casas, calles, plazas, surgían las unas detrás de las otras, y se alineaban y entrecruzaban como tejidos llamados a una vida nueva, por oculta fuerza creadora, y los nuevos habitantes que acudían en multitud a un país donde el comercio hervía con el tumulto de una existencia nueva y lozana, mandaban que los precediesen arquitectos y albañiles para preparar las casas que rápidamente se levantaban como tiendas de una caravana. En esos días las especulaciones eran tan fecundas y el dinero tan escaso, que ofrecíase un premio de 30, 36 y hasta de 40 por ciento al que mandase capitales, ofreciéndole las más seguras garantías.

Quién hubiese podido asistir al precoz desarrollo de esta ciudad, habría podido discernir todos los elementos buenos y malos que se combinan de un modo completamente particular en los centros comerciales. Hubiera visto el arte y el lujo, sacrificados a las exigencias del provecho; el tiempo negociado con angustiosa avaricia, hasta en sus últimos minutos, por una raza inerte por naturaleza, y que la sed de oro ha vuelto activísima; aflojados por desconfianza los vínculos sociales, o sometidos a la fugacidad del interés; toda esa sociedad a la que hacen monótona, pesada, insufrible, la falta de tiempo y de poesía, más que ninguna otra cosa, la ausencia de mujeres cultas y gentiles, verdaderas almas fecundantes de todo consorcio civilizado.

Si os cansa el cuadro de una sociedad preocupada en absoluto de

ganai dinero, huid conmigo sobre el lomo de un caballo y vamos a vivificar el espíritu en la contemplación de la naturaleza vista frente a frente. El desierto no está lejos, y después de algunas millas, llegaremos al límite de la Pampa.

Hemos dejado atrás las casas, los setos y los campos cultivados; no siéntense ni los gritos del aguador que reparte por las casas el agua del río, ni carros estridentes, ni perros ahuyantes, ni un solo rumor de vida civilizada. Pero los bosques hirsutos y espinosos de las mimosas, aún ofrecen a cada lado anchas brechas a nuestro paso, que anuncian todavía la mano del hombre, pues la segur pasó por estos lugares y el carbonero dejó en la hierba sus negros círculos de destrucción. Corramos más ligero y dejemos atrás a los rebaños de ovejas y a las tropillas de caballos que siguen el retintín de sus madrinas. El bosque se presenta cada vez más raquítico y mezquino, no porque el hombre lo haya destruído, sino porque la naturaleza lo intercepta casi de golpe, para abrir campos infinitos de hierbas y de cardos. Ya con la última aromita, verdadera enana de entre las mimosas, se saluda al bosque y se lo deja pasar siempre. La tierra ya no es violada por el arado, ni machacada por pies humanos, ni surcada por ruedas de carro; creeis estar ahora en medio del desierto y aspirar su libre atmósfera, pero os engañáis.

Por entre el ondear brillante y blanquecino de las gramíneas maduras, he visto un mechón de hierbas más verdes y delicadas, que son extranjeras sobre este suelo. Corramos pronto para verlas de más cerca. Son plantitas de alfalfa *(Medicago sativa)*. Pues, bien, el desierto está lejos aún. El hombre está aquí todavía, o ha estado. Busquemos en la espesura de la hierba y encontraremos las ruinas de una choza. Sí, las paredes han caído y se han confundido con el terreno, elevándolo algunas líneas; el incendio ha consumido las vigas, el techo, la empalizada del seto; todo lo que el hombre alzó, edificó y trabajó, ya no existe, pero la blanda alfalfa dejó semillas en la tierra, y allí donde cayeron han renacido para dar otras semillas, y durante muchas generaciones el peregrino que pase por su lado dirá : « Aquí vivió un hermano nuestro. »

Muchas plantas siguen los pasos del hombre en sus correrías por la superficie del globo, sea que traiga consigo las semillas con que se nutre, sea porque sus excreciones y sus casas modifican el terreno que huella su pie, volviéndolo apto para el desarrollo de alguna de aquéllas.

Ramond, perdido un día en las cumbres de los Pirineos, pudo lle-

gar hasta la choza de un pastor, guiado por un *chenopodium*. Así también, Augusto de Saint-Hilaire, cuando atravesaba en el Brasil por los desiertos que se extienden desde Parricati hasta los confines de Goyaz, vió con admiración en medio de un campo frecuentado sólo por los ciervos, *Felis* y otros animales salvajes, una plantita que no nace sino donde está el hombre, y, en efecto, encontró no muy lejos, en la espesura de la hierba, las ruinas de una miserable choza. Cuando en la más desierta de las montañas o de las llanuras del Brasil, se da con el *capín gordura,* puede asegurarse sin temor de error : aquí se detuvo a bivaquear un viajero. Así en la Pampa argentina, cuando veáis un ombú *(Pircurnia dioica),* decid : aquí vivió una familia humana.

Parece como si el desierto quisiese huir tanto más lejos de nosotros cuanto es más vivo nuestro deseo de alcanzarlo. El hombre, con su insaciable manía de tocar y de poseerlo todo, ha dejado muy pocas cosas vírgenes sobre el globo que llama suyo.

No basta atravesar el océano buscando el suelo de otro hemisferio; no basta que otro cielo se extienda sobre vuestra cabeza; aquí mismo, donde estamos, el hombre civilizado ha llegado antes que nosotros.

Sobre la franja extrema del horizonte, apercíbese una tropa de agilísimos cuadrúpedos, que han desaparecidos de pronto, pero que son un signo segurísimo de la proximidad de la Pampa desierta. Por veloz que sea vuestro caballo, jamás los hubierais alcanzado, aunque los hubieseis sorprendido paciendo a cien pasos de distancia.

El guanaco es el animal más veloz en la carrera, de cuantos posee el desierto americano. Ni el ciervo, ni el avestruz, ni el caballo árabe lo alcanzan, y para tenerlo al alcance de la vista, hay que cansar muchos caballos, pues es tan fuerte como ágil. Los indios lo persiguen al través, cruzando en ángulo recto su dirección y tomándolo de sorpresa. le arrojan las bolas, que lo aprisionan con sus nudos.

Este animal, un poco más alto, más ágil y menos grueso que el ciervo, es uno de los más elegantes que conozco. De color bayo claro, cubierto de lana fina y corta, lleva sobre un cuello largo y muellemente encorvado, una cabecita que es todo movimiento y vida, y cuyos grandes ojos negrísimos llaman la atención. Su hocico es aun más pequeño que el del corzo, con labios blandísimos y sutiles. Encerrado en un lugar estrecho, demuestra primero una gran inquietud; después, más confiado, deja oir un ligero grito e inunda, a quien lo amenaza, con una verdadera descarga a metralla de hierbas a medio digerir y fétidas, que saca del estómago a voluntad y que proyecta,

con mucha fuerza, a la distancia de cinco o seis metros. Cuando su adversario es un niño, no contento de inundarlo de quimo, lo asalta y lo derriba, golpeándolo con el pecho y las patas.

El guanaco nos ofrece el ejemplo de una obstinación sin par, y en algunos casos resulta tan inflexible, que prefiere la muerte antes que ceder a su capricho. Tuve una vez ocasión de conocer por experiencia el carácter singular de este indígena del desierto. En una visita que hice a la Reducción de los abipones, en la provincia de Santa Fe, con una escolta que me concedió el gobernador Cullen, compré a un indio una hermosísima guanaca, que desde hacía tres años vivía libre y domesticada entre los salvajes. La conseguí por treinta liras y la conducía a Entre Ríos, donde este animal era del todo desconocido.

El sargento que me acompañaba la traía con una larga cuerda, y durante algunas millas, nos siguió al galope de nuestros caballos. Apenas perdimos de vista la toldería de los indios, la guanaca se detuvo al punto y no quiso dar un paso más. Encerrada entre dos caballos y animada a latigazos, nos acompañó penosamente un trecho, pero a cada rato se detenía como si quisiese regresar a su patria de adopción. En efecto, dirigiéndome con ella hacia ese rumbo, mostró repentina alegría y me siguió festiva y veloz. Pero yo, en cambio, la quería en Entre Ríos y no en el gran Chaco, y parecióme que mi voluntad debía poder mucho más que la de una guanaca. Me engañaba : no siendo bastante el látigo, pedí al sargento su sable, y mientras éste la tiraba, yo la punzaba, y con mucho trabajo la hacíamos avanzar unos pasos. Pero ella entonces se echó a tierra para no levantarse más. Entrando al combate de la obstinación, mandé atarle las cuatro patas en una y la puse a horcajadas sobre la silla de mi sargento. Pero bajo semejante peso, su caballo no podía andar más al paso, y el sol inflamado de diciembre y el largo camino que aun nos separaba de algún lugar habitado, nos atormentaban tanto, que a una milla más allá decidí bajar a tierra a la obstinadísima guanaca, que mientras tanto se dejaba llevar cediendo a la fuerza, sometida, es cierto, pero enfurecida siempre. Una vez desatada, no cambió de opinión, pero trastornado entonces por la impaciencia y la rabia, le dí tales sablazos por la cabeza para obligarla a seguirme, que murió.

Seguramente, el padre José de Acosta, quiso hablar de un animal parecido al guanaco, cuando escribió en sus viajes : « Los pacos a veces se enojan y aburren con la carga y échanse con ella sin remedio de hacerlos levantar, más antes se dejarán hacer mil pedazos que moverse cuando les viene este enfado. De donde deriva el proverbio

que usan en el Perú, de decir, que está empacado, para significar que está obstinado, porque los pacos producen este efecto cuando están airados. El remedio que usan los indios, es sentarse al lado del paco y acariciarlo y apaciguarlo, hasta que se aquieta, y sucede a veces que pasan dos o tres horas antes que se despejen y se les acabe el desden » (1).

La carne de guanaco es excelente y puedo dar fe de ello. Sirve de casi único alimento a muchos indios de la Pampa, a los que suministra también su piel lanuda. A los primeros conquistadores de América daba bezoares, que se consideraban preciosísimos como contravenenos universales y cuyas virtudes tanto ensalzaba el buen padre Acosta, que terminaba su capítulo (cap. XLII) de *Las piedras bezoares,* con estas palabras :

« Lo que está escrito servirá para comprender, cómo el universal Señor y Autor omnipotente, comunicó todos sus secretos y dones maravillosos a todas las partes del mundo que creó, por las cuales debe ser adorado y glorificado por todos los siglos de los siglos. Amén. »

Yo hice la autopsia al guanaco que involuntariamente maté y no encontré piedra de esa especie. El hígado estaba lleno de distomas.

Este animal velocísimo, caprichoso y elegante, no se domestica sino por excepción, ni puede acostumbrarse a soportar pesos. Muchos viajeros lo confundieron con la llama, con la vicuña y otros mamíferos de los Andes.

(1) Acosta, *Historia naturale e morale delle Indie,* etc., tradotta dalla lingua spagnuola nella italiana da Giovanni Paolo Galucci. Salodiano accademico veneto, pagine 94-95. Venezia, 1596.

CAPÍTULO XVI

La Pampa. — Escenas elementales de la naturaleza. — Incendios. — Habitantes de la Pampa. — Las fortalezas de cactus y los rastreadores

Pampa es palabra quichua, y quiere decir plaza, terreno llano, gran llanura. Los españoles que conquistaron la América meridional, adoptaron esta palabra para determinar las vastas regiones del desierto herboso que se extienden desde el río de la Plata hasta los pies de la cordillera. Sin un vocablo ya existente, no habrían podido encontrar en el diccionario patrio un signo apropiado para indicar una cosa novísima, y hubieran necesitado inventarlo. Así lo han hecho siempre los pueblos salvajes y civilizados, cuando en sus peregrinaciones se encontraron frente a frente de un nuevo cuadro de la naturaleza.

Las estepas de la Tartaria y las desmesuradas llanuras de la Rusia meridional, se corresponden con las pampas americanas, y Prevost, que en 1817 viajó desde Buenos Aires a Santiago de Chile y que ya conocía el imperio del zar, encontró mucha analogía entre la pampa y las estepas moscovitas (1).

Imaginaos en medio de un océano sin confines; que esté el mar soñoliento y mudo, y vos solo sobre una nave. Por doquiera el cielo forma al agua un marco igual, y agua y aire se juntan en el horizonte extremo en un círculo continuo. No hay un escollo en que repose vuestra vista, ni una cima en lontananza que recorte el cielo con línea ondulante y atraiga la mirada; todo es monótono, uniforme, infinito a vuestro alrededor, y sois el único contraste con esta naturaleza tan grande que asusta. Cambiad, ahora, la nave en caballo y haced que el agua se coagule y se transforme en una tierra cubierta de hierba polvorosa y glauca, y habréis hecho la Pampa.

(1) *Esquisse d'un voyage de Buenos Aires à Santiago de Chile*, etc. Traducción del inglés. *Nouv. Annales des voyages*, tomo VI, página 354.

Aunque la superficie de nuestro globo sea tan abigarrada y jaspeada como para formar mil cuadros diferentes, podemos reducirla a unas cuantas escenas, que son las que forman los elementos de las combinaciones secundarias. Así como en el mundo moral hay momentos de una belleza incomparable y que nacen del acuerdo o del contraste de las pasiones más vivas y de las luchas más encarnizadas, hay lo mismo en la naturaleza escenas primarias, que constituyen el bosquejo de toda mira grande y bella. Humboldt, pintor dignísimo, trazó algunos de los más espléndidos cuadros en los que asoma el hombre que recorre gran parte de nuestro globo, como para conocer los confines de sus posesiones.

Yo, sin otro derecho que el de mi amor sin límites por la naturaleza en la que me siento encarnado y de haber admirado sus más bellas escenas en tres partes del mundo, quisiera trazar algunos de los cuadros verdaderamente originales, que forman juntos el multiforme paisaje de nuestro globo. El pintor que los reflejase, podría encerrar en una galería toda la superficie terrestre.

Océano.

Pampas y estepas : Buenos Aires, Tartaria, Rusia meridional.

Desierto : Sahara, Atacama.

Océano de neveras : Himalaya, Andes, Alpes.

Volcanes rodeados de naturaleza espléndida y llena de vida : Vesubio.

Volcanes en medio de la destrucción y de la muerte : Atacama.

Valles sonrientes, rodeados por colinas ondulantes : Toscana, Jujuy y Caravajal (Confederación Argentina), Cachemira.

Montañas volcánicas, acumuladas por centenas, áridas y quemadas, entre valles de arena : San Vicente, Isla de Cabo Verde.

Grandes y fértiles llanuras, cultivadas y populosas : Lombardía, Principados Danubianos.

Montañas sonrientes, entalladas por el mar que las baña : Río de Janeiro, Constantinopla, Nápoles.

Ríos desmesurados en medio de llanuras y selvas : Río de la Plata, Misisipí, Amazonas, Ganges.

Bosques de coníferas y montañas nevadas, crepúsculos sin fin : Suecia, Rusia.

Nieves perpetuas, llanuras nevadas, auroras boreales, abedules raquíticos : Siberia, Kamtschatka, Laponia.

Bosques vírgenes : Paraguay, Brasil, Java.

Graderías espléndidas, con todos los climas y todas las vegetacio-

nes a lo largo de las hendeduras de las montañas : lago Titicaca, Perú, India central.

Lagos encerrados entre colinas y montañas : Lombardía, Suiza, Escocia.

He aquí el bosquejo de los principales cuadros de la naturaleza. Con largo estudio se pueden reducir todos los demás a los tipos de que derivan, y de este modo se tiene en la mano una estética del universo.

La Pampa os aterroriza y conmueve por la idea sensible del infinito, pero de modo muy distinto que el mar. En éste tenéis siempre ante los ojos una masa infinita de agua, ante la cual os parece como si quedarais reducido a arista de paja, pero siempre veis el agua que se mueve, agitada y espumosa, o lenta y perezosa; sentís el viento que ahulla entre las antenas de la nave e hincha sus velas; camináis sobre un terreno que se mueve y aunque vuestras relaciones con él sean de una monotonía inexorable, véis, sin embargo, un cuadro de vida del cual sois parte activa, reactiva y batalladora.

En la Pampa, en cambio, tocáis un infinito que no se mueve, y aquel terreno nivelado como por un matemático, que inmóvil, eternamente igual a sí mismo, holláis con el casco de vuestro caballo, impacienta y abruma. Nace el sol, rojizo y fuliginoso, en medio de las hierbas como si saliese de una rasgadura del suelo, y después de acompañaros en las largas horas de un larguísimo día, sin un minuto de sombra, se hunde por la tarde en el extremo opuesto, sepultándose también en la tierra. Ni una mimosa, ni el más miserable arbusto que recorte y desmenuce un rayo de sol y repose la atención un momento. Siempre la misma luz, siempre la misma hierba, la misma tierra, el mismo círculo infinito que abarca la vista.

Después de galopar muchas leguas, cansada la vista de buscar inútilmente un objeto diferente para reposar, siéntese la verdadera necesidad de reconcentrarse en el mundo de los recuerdos, y, taciturno, olvidáis el camino y la naturaleza circundante, siguiendo ciegamente los pasos del guía que os acompaña. También éste siente la misma influencia de plomo y os precede sin un canto, ni una palabra. ¿Y para qué cantaría, si la voz se pierde en este cielo infinito, sin un eco, sin el reflejo de una casa, de un árbol que la detenga al pasar y la devuelva al oído como una respuesta? Nadie responde, nadie se ocupa de vos. Atacado de síncope, o perdido, seríais presa de los *caranchos*, y quién sabe cuándo, otro peregrino extraviado, encontraría vuestros huesos blanqueados por el sol.

Si perdido en vuestros pensamientos largo tiempo, miráis de pronto en torno para variar de ocupación mental, sufrís un doloroso espanto al ver que después de tanto galopar os rodea la misma Pampa, con la misma infinita inexorable monotonía. Sentís entonces todo el peso del silencio circurdante. Es necesario haber sufrido esa angustiosa sensación para imaginarla. Ese silencio continuo de la naturaleza y del hombre, es una imagen palpable de la muerte eterna y parece un íncubo que os estrangula y corta el aliento. Si miráis al *vaqueano,* como invitándole a hablar, él también os mira, y dominado por la misma tiranía del silencio, calla y sigue adelante. Después de muchas horas pasadas de este modo, una palabra cuesta mucho y el argentino sabe además por experiencia, que el hablar galopando cansa y hace mal.

Cuántos profundos suspiros arranqué del corazón, cuando en medio de la Pampa, al caer el mediodía, me echaba a tierra y contemplaba a mi caballo que, con la cabeza entre las piernas, chorreando sudor, enervado por el largo viaje, no movía ni un músculo, como para armonizar con esa naturaleza de plomo que petrificaba todas las cosas en el silencio y la inmovilidad! ¡Cuántas veces me he preguntado si los indios pampas reflejan, en la sombría expresión de sus rostros, la naturaleza que los circunda! ¡Cuántas veces he sentido en medio de esos desiertos de hierba, que el hombre ha sido hecho para la vida civilizada, para el tumulto locuaz, para las luchas multiformes de la pasión y de la mente!

La Pampa, sin embargo, no está muerta : también forma parte del gran todo que se agita y se mueve en la gran vida del Cosmos. Reverdece bañada por las lluvias de invierno, y en la pobre variedad de sus hierbas muestra con todo algunas flores, y eleva a la primavera sus bosques de cardos, que en la superficie apenas pubescente sobre la cual se levantan, parecen gigantescos, pero desaparecen bajo los rayos abrasados del estío, que arde todas las cosas y da a la Pampa un aspecto polvoroso que asusta.

Es, entonces, cuando el peregrino que enciende un fueguecillo con excrementos secos, arroja sin saberlo la chispa de un incendio general, que puede durar días y semanas. Desde lejos pueden verse varias líneas paralelas de fuego, como vivaques de un campo de batalla.

Contemplé una vez, en la provincia de Santa Fe, un incendio que ocupaba nueve millas de largo, y que al llegar a los bosques de mimosas, trepaba por las lianas, formando enormes columnas de humo enrojecido, entre las cuales aparecían como grandes globos encendidos los nidos de loro. Otra vez, en mi viaje a Córdoba, al caer la

tarde, nuestra diligencia corría por entre dos líneas de fuego, y una de ellas llegaba a tan pocos metros de distancia, que veíamos las lenguas recortadas de las llamas rojas y fuliginosas, lamer como una navaja los mechones de las hierbas secas y oíamos el estallido de las combustiones y el aventamiento de las llamas.

Los indígenas de la Pampa son los indios, los avestruces, los guanacos, los *venados*, los zorrinos, varias especies de armadillos, como la mulita o *Dasypus hibridus*, y el peludo o *Dasypus villosus*, y otros mamíferos menos conocidos. Colonos de la Pampa, sólo de algunos siglos, son los caballos y boyadas.

Los europeos se han establecido al borde del desierto herboso y poco a poco van internándose y transformándolo en prados y campos cultivados. A grandes distancias y a lo largo del camino que va del Rosario a Santa Fe, están las casuchas de la posta, rodeadas de una zanja y de dos setos de cactus. Estos diques altísimos y vivos son verdaderas fortalezas, que bastan para defender a los habitantes de la *casa de posta*, de los ataques de los indios. En los años anteriores, cuando la Pampa era menos segura, sostuviéronse asedios durante muchos días dentro de aquellos campos atrincherados y los sitiados vivieron de carne seca, de la que siempre hay abundante provisión, de gallinas y otros animales domésticos compañeros de desgracia. El general Urquiza ha contribuído mucho para acabar con el peligro de las incursiones y hacer más seguro el camino, estrechando relaciones amistosas con los pampas y los araucanos.

Ahora diez años había puntos tan peligrosos entre Córdoba y Santa Fe, que antes de partir de la casa de posta para proseguir el camino, se mandaba adelante un explorador montado en un excelente caballo, para que viese si *el campo estaba bueno*, es decir, si los caballos pacían tranquilos en la Pampa, signo seguro de que los indios no venían galopando y haciendo oscilar el suelo. En sus irrupciones, en efecto, corren tan ligero, que espantan a las hordas de caballos salvajes, y éstos al huir desparraman la alarma y el desorden entre los compañeros lejanos, transformándose unos y otros en telégrafo viviente. Hace pocos años, cuando recorrí esos lugares, se había abandonado esta precaución, pero los viajeros y los postillones iban armados de sables y fusiles. Dos años después, al volver por los mismos lugares, ví las armas que se enmohecían en las casas de posta y solamente los viajeros novicios traín algunas consigo.

Todos los que viven a los bordes o en el corazón de la Pampa, han adquirido por el largo ejercicio una vista agudísima, y sus ojos saben

distinguir los más insignificantes detalles de la hierba más o menos tupida u hollada, y hacen signos y puntos de llamada de una cueva de *vizcacha (Callomis biscacia* de Isid. Geof. y D'Orb.), o de un hueso perdido en el suelo.

El examen de las huellas fugaces que dejan el hombre y los animales, constituye un arte y casi una ciencia, y sus adeptos se llaman *rastreadores* o conocedores del *rastro* (pisada).

Los más famosos *rastreadores* son de la provincia de La Rioja, y en sus adivinaciones llegan a los límites del prodigio. Más de una vez, mi *vaqueano,* interrumpiendo de golpe el largo silencio del viaje, me decía : *Por delante van dos viajeros,* y yo, aunque colocase mis ojos sobre el suelo y examinase sus detalles más minuciosos, como para profundizar los contornos de un campo microscópico, no lograba ver nada, tan elásticas y derechas estaban las hierbas después de ser pisadas por los caballos. Sin embargo, mi compañero añadía que no sólo los dos viajeros nos precedían pocas millas, sino aseguraba que iban al trote y que uno montaba en mula y el otro en caballo. Otras veces dicen al entrar en una casa o al atravesar un patio : por aquí ha pasado a pie, hace un momento, un viejo que llevaba a un chico; por aquí ha pasado esta mañana mi caballo que ando buscando, y así sucesivamente.

Una vez a un santiagueño se le extravió una mula de gran valor, y en tres años no pudo conocer su paradero. En esa época, andaba su dueño de viaje por Bolivia con un amigo mío, y estaba ya por entrar a un *tambo* (casa de alojamiento), cuando mirando al suelo lanzó un grito de alegría : ¡he encontrado mi mula! Se precipita al corral y la encuentra. Entre cien pisadas de cascos equinos, que deformadas y sobrepuestas se veían en el polvo, había reconocido la de su mula.

En La Rioja, un desgraciado robó un poco de ropa blanca extendida sobre un cerco, y su dueño fué a interponer su querella al general Quiroga, entonces gobernador de la provincia, diciendo que un soldado se la había robado. Este feroz gran hombre, con quien hemos hecho relación algunas páginas antes y que era celosísimo del honor de sus soldados, contestó blasfemando :

— ¿ Y cómo sabes que el ladrón es un soldado ? ¿ Lo has visto ?

— No lo he visto, pero desde mi corral he seguido su rastro fresco y no lo he perdido hasta el cuartel, al que no entran más que los soldados, pero tengo en la cabeza ese *rastro* y en cualquier parte que lo vea lo reconoceré.

Quiroga, pronto en la ira, rapidísimo en la venganza, manda tocar

llamada : reune todos los soldados en la plaza polvorienta y ordena que, uno por uno, adelanten al paso.

El despojado venía detrás y examinaba las pisadas que iban estampando en el suelo los pies de los soldados. Un momento después agarra de la garganta a uno de ellos y lo llama ladrón, asesino y algo más; y éste confiesa el robo.

Estos hechos que parecerían increibles, si yo mismo no hubiese sido testigo de otros semejantes, demuestran cuán proteiforme es el ingenio humano y cómo circunstancias especiales aguzan los sentidos y las facultades intelectuales de tal modo, que a primera vista se creería en creaciones de nuevos poderes.

CAPÍTULO XVII

Manera de viajar por el interior de la América meridional. — Consejos a los viajero
Las piedras y las sierras. — Córdoba y su provincia

Si acaso os asusta la idea de atravesar a caballo el trecho de pampa que separa a Rosario de Córdoba, tomad *un asiento en la mensajería,* y de este modo salvaréis los lomos, revolviéndoos la sangre hasta que desaparezca la última huella de *fisconia abdominal,* una de las tantas palabras inventadas por el hombre para colmar el vacío de su ignorancia. Pero antes de encerraros en esa gran caponera que se mece sobre lo alto de cuatro altísimas ruedas, recordad que os conviene llevar también un lecho, porque la hospitalidad de las casas de posta no ofrece a los numerosos viajeros más que dos o tres *catres,* o sea una especie de marco que, sobre cuatro patas raquíticas y desiguales, sostiene el colchón a medio metro arriba del suelo. Sin embargo, esos pobres *catres,* tal como son, serán disputados por vuestros compañeros de viaje, que más ágiles que vos, saltarán apresuradamente de la carroza para conquistarlos, dejándoos en libertad para que tendáis vuestro lecho a los pies del suyo o bajo el pórtico de la casa de posta.

Habéis, entonces, comprado un lecho, y puesto en un canasto, vino, café y azúcar; agregad también un poco de pan, porque podría suceder que este alimento de primera necesidad para vosotros, pero de lujo para el *gaucho,* os faltase, cuando cansado y hambriento lleguéis por la tarde al malhadado hospicio que se llama *casa de posta.* Si no vais muy cómodos, os consuele la rapidez con que los seis caballos montados por otros tantos *gauchos,* harán volar la diligencia por sobre las tiernas hierbas de la pampa. De todos los seres animales e inanimados que forman vuestro convoy, el último en importancia y valor es el pobre caballo que os arrastra; por eso no tengáis remordimiento, si veis que a alguno de ellos le chorrea la sangre de sus flancos demasiado a menudo picoteados por las inmensas rodajas de los postillones,

o si la baba espumosa de su boca se vuelve roja. Corre por delante una *tropilla de caballos,* que siguiendo la campanilla de una madrina y los gritos de un *postilloncito* que los guía, están listos para reemplazar a los compañeros ya cansados por el largo galope.

Así, en medio del desierto, una diligencia europea forma un contraste tan marcado, que un paisista haría seguramente con amor de artista una de las telas más hermosas y el viajero más apático debe estampar en su mente aquella escena para no olvidarla jamás. Todo aquel viejo arreo, tal vez salido de una vieja fábrica española, con sus pinturas provincianejas y sus multiformes apéndices, parece un tosco animalazo fantástico, y a sus ventanillas asoman las más disparatadas fisonomías : desde la cara esbelta y morenita de una criolla, hasta el rostro leonado de un blanquísimo hijo de Albión; desde la mirada intrepidísima de un *gaucho* rugoso y curtido, hasta la cabeza semititánica de un prusiano del norte. Y todos aquellos hombres de los países más lejanos, son llevados a vuelo por seis caballos horrendos y flaquísimos, dirigidos por seis endemoniados postillones, que con sus látigos, sus sombreros de Panamá, y el revoloteo de sus *ponchos* y *chiripás* multicolores, forman un cuadro, al que lo horrendo y lo raro agregan una escena nueva llena de vida y colorido.

Una vez llegado a la *casa de posta,* descended breves momentos, mientras se toman y aparejan nuevos caballos para continuar el camino. Pasaréis todo el día del mismo modo, y si no tenéis la fortuna de saber reconcentraros en vos mismo, y si vuestros compañeros no os ofrecen el refugio de una conversación animada y cambiante, debéis contentaros con el *cigarrillo* y el hastío, ya que habéis contemplado el paisaje circundante tantas veces, que los ojos acabarían por no verlo más.

El acontecimiento más importante de la jornada es el arribo a la última posta, en que las dos urgentísimas necesidades del alimento y del sueño, vuelven sabrosa la pobre cena y la pobrísima cueva que os esperan. *Puchero* y *asado ;* y éstos, a veces, de carne seca, y algunos años también son de cabra viejísima, como los que comí en una posta de Santiago, donde encontré aquella carne tan dura, que debí tragarla en muchos bocaditos, a manera de píldoras, sin sentir su sabor, y confiándome a la buena voluntad del ventrículo para que se dignase digerirla a falta de otra menos dura.

Si los insectos americanos han respetado vuestro sueño, muy de mañana, y a menudo también muy de noche, os depertará el *capataz* o rey de los postillones, invitándoos a proseguir el camino tocando

en una trompeta acribillada de golpes y cribada de grietas, o con un estentoreo : *¡Arriba, arriba, señores!* Sabéis por la experiencia de ayer lo que hoy os espera y lo que os sucederá mañana; pero si entre los libros de vuestro baúl habéis dado cortés hospitalidad al mío, quiero agradeceros con algunos consejos prácticos que os daré de buena gana como fruto de mi experiencia, habiendo atravesado América cuatro veces, del oeste al este y del este al oeste.

Llevad una hamaca y agregad dos gruesos clavos con dos argollas. De este modo, vuestro lecho aéreo os defenderá de los insectos terrestres. En cuanto a los aéreos, y especialmente las terribles *vinchucas,* que chupan tanta sangre que adquieren el tamaño de una avellana, huid de las casas, buscad albergue bajo las plantas, y recomendaos por el resto a la providencia.

Cargad también buena provisión de bizcocho americano, de vino, y otros alimentos, escogiendo especialmente el mate, porque el postillón que elegiréis para vuestro servicio, lo preparará excelentemente y podréis ser cortés con vuestros compañeros de desventura, invitándoles a sorber con vuestra cañita la infusión paraguaya.

Con estos consejos prácticos a los viajeros, sigo el camino.

Si hablasteis alguna vez con la naturaleza, si habéis sentido, en toda su preciosa intensidad, la conciencia de formar una sola cosa con el mundo circundante, experimentaréis poco antes de llegar a Córdoba, una de las alegrías más vivas que sea dado gozar a un peregrino errante sobre la superficie de la tierra. Si habéis nacido en Italia, amaréis sin duda las montañas, sea que vuestra casa paterna estuviese recostada sobre las colinas, o que sobre el extremo horizonte de la llanura extendiese sus vértebras poderosas el gigante alpino. Pues bien, una de las privaciones más dolorosas y que forma casi un mudo y constante dolor para quien vive en los campos del Río de la Plata, es el de no ver una montaña, ni poder trepar la más humilde giba de una colina, ni pegar con el pie contra una piedra. Por todas partes, tierras y tierras fangosas; arcillas afolladas. Pues bien, yo experimenté este dolor, y dos días antes de llegar a Córdoba, en una casa de posta, tropezaron mis pies con una piedra, una verdadera piedra de roca cristalina, idéntica a la que por millares se encuentran por mi patria, iguales a las que había visto y tocado desde niño en el corral de la casa paterna. Alcé aquella piedra con cariño, jugué con ella y la arrojé contra otra piedra no lejana y sentí el choque vivaz. Miré hacia el extremo horizonte y ví diseñarse en la parda línea del occidente una cortina de montañas y sentí que revivía. Parecíame que donde habían piedras el aire debía

ser más seco, más vital; que las hierbas tendrían más aroma y que ese país sería más semejante al mío.

En esa alegría había síntomas morbosos de nostalgia o de poéticas aspiraciones; había uno de esos fenómenos elementales del corazón humano, sobre los cuales la civilización y la educación arrojan a montones mil arquitecturas sin alterar su fondo, de suerte que cuando una voluntad robusta las hace a un lado, encuentra siempre la vivísima intensidad de un sentimiento primitivo. El hombre, frente a la naturaleza y a su contacto con toda la parte sensible de su Yo, será siempre uno de los fastos más grandiosos de nuestra existencia, porque es verdadero, porque es natural. Muchos geógrafos han hecho viajes más extensos y descubrimientos más importantes que Humboldt; muchos naturalistas y físicos le sobrepasan en la profundidad de sus hallazgos científicos; pero ninguno como el autor del Cosmos ha sentido la naturaleza y con la amplitud de su intelecto ha definido y descripto aquel sentimiento vago que todos los hombres experimentan al contacto de su propia mente con los objetos físicos que la circundan. El hombre nacido en países quebrados por colinas y montañas, forma parte viva, integrante de aquel ambiente, de ese suelo, de los productos naturales de aquella zona del mundo. Obligado a vivir largo tiempo en las llanuras arcillosas de la pampa, apenas ve una piedra, siente despertar la memoria entera de todo aquel mundo para el cual había nacido, y consecutivamente a sus sensaciones visuales, todos los poderes sensibles e inteligentes que lo componen, se exaltan, para enlazar con una alegría única a la naturaleza amorosa que lo invita a un abrazo casi materno. La tierra en que encontró la piedra, en la que presintió desde lejos una cortina de montañas, no es su madre, pero siempre ha oído allí un grito de vísceras maternas que lo llamaba hacia ella.

Córdoba es una bella ciudad, situada sobre la orilla derecha del río Primero, que a una latitud de 31°24′ S. y una longitud de 64°09′ O. se alza sobre una llanura que se encuentra a 1240 pies sobre el nivel del Paraná, en el Rosario. La provincia, de la que es capital, confina al norte con Santiago del Estero, al este con Santa Fe, al sud con Buenos Aires y al oeste con las sierras de Córdoba, de las que la más alta, *La Cuesta,* tiene una altura de 2500 pies sobre el nivel de la llanura.

Tiene muchos ríos, y la agricultura naciente espera que la industria vuelva provechosas sus aguas fertilizantes : tienen los poco poéticos nombres de Primero, Segundo, Tercero, Cuarto y Quinto, y se pierden en las llanuras arenosas del Mar Chico. El Tercero,

solamente, desemboca en el Paraná con el nombre de Carcarañá.

La provincia entera cuenta hoy 210.508 habitantes, de los que 34.458 pueblan la capital. En la parte llana, con sus ricos pastos, ofrece manutención copiosa a innumerables rebaños de bueyes y caballos, pareciéndose en el aspecto del paisaje como por la naturaleza de sus productos, a las provincias platinas, mientras que la región montañosa ofrece sus colinas onduladas a las manadas de ovejas, y muestra robustos filones de cobre.

Aquí es donde se comienza a ver al perro adiestrado a vigilar las manadas de ovejas, tan inteligente y escrupuloso en su oficio, que sobrepuja al pastor más cuidadoso. El cachorro que va a ser destinado a este importante ministerio, es arrebatado desde sus primeros días del nido materno y confiado a la teta de una oveja, de suerte que junto con ésta sale al pastoreo y regresa al corral. Poco después se le castra o se le separa con todo cuidado del contacto de otros perros y de los niños. Adulto, no conoce otros afectos que los de una costumbre obligatoria, de manera que guía a los rebaños a los prados, los defiende de los enemigos, y cuando el pastor, por la mañana, le ata al cuello el pedazo de carne que le está destinado, puede estar seguro que el perro, casi oveja, no se alejará ni un solo momento de la sociedad de sus compañeras.

Córdoba es un depósito de tránsito para el comercio entre el Río de la Plata y las provincias del norte y del noroeste de la Confederación Argentina. En 1855, este comercio alcanzó a 1.400.000 arrobas y empleó más de 6000 carros y 17.000 mulas. Cada carro soporta 190 arrobas y cada mula 14.

Paseando por Córdoba, se ve las mismas calles completamente rectas de las otras ciudades sudamericanas, que se cortan siempre a igual distancia y en ángulo recto. Lo que a primera vista más llama la atención, es el crecido número de iglesias, todas antiguas y de estructura maciza y torpe. Allí tuvieron los jesuitas su *Colegio máximo*, que por más de un siglo fué sede de la sapiencia argentina; y aún ahora, expulsados los loyolistas, da diplomas a los juristas y teólogos, que desde las provincias argentinas vienen a buscar un título académico que los haga doctores.

La primera gloria municipal de Córdoba es su *alameda*, lago cuadrado con una isla y un bote, rodeado de un vial y de muchas plantas, pero todo de tales proporciones, que tierra y agua podrían caber en nuestra plaza de la Scala, en Milán. Allí se reunen por la tarde los cordobeses, para descansar de los ocios del día.

En esta ciudad se habla el español con un acento que parece un verdadero canto vocal, y que es célebre en América con el nombre de *tonada cordobesa.*

Los habitantes son gentilísimos y renombrados por su gazmoñería. No sabría deciros si las iglesias volvieron santurrones a los cordobeses, o si son éstos los que fabricaron muchos templos, precisamente porque nacieron en olor de santidad.

Cuestión etiológica, muy delicada y demasiado difícil para que intente resolverla dogmáticamente. Sin embargo, a la espera de que la fisiología de la mente humana llegue a ser una ciencia, me permitiría a este propósito hacer una teoría. En Córdoba los jesuitas encontraron una ciudad que, por su posición, prometía transformarse en un centro importante de instrucción y de comercio; fundaron por eso muchas iglesias y muchos conventos. Por detrás de éstos vinieron muchos frailes y monjas, y detrás del monjío vino la cohorte de los adeptos, de los aspirantes y diletantes del consorcio, de modo que se esparció por sobre todo el país un tinte uniforme, que lo distingue aún hoy de los otras ciudades vecinas. También en Córdoba se fabrican confites, jarabes y azucarados celebradísimos; y este hecho, agrégase a los ya señalados, sobre la asociación frecuente del azúcar y del incienso.

El clima de Córdoba es salubre : el aire es más seco, el terreno más árido que el de las provincias platinas, de suerte que se encuentran también las enfermedades que corresponden a la variación de los elementos (1).

(1) He aquí el itinerario de Santa Fe a Córdoba :

	Millas
De Santa Fe al Sauce	30
Del Sauce a Romero	31
De Romero al Quebracho	36
Del Quebracho a Tío o Concepción	35
De Concepción a Caña	9
De Caña al Arroyito	12
De San Francisco a Monte Redondo	18
De Monte Redondo a Uruguay	12
Del Uruguay a Cañada	9
De Cañada a Consejo	9
De Consejo a Antonio Francisco	12
De Antonio Francisco a Córdoba	12

CAPÍTULO XVIII

Provincia de Santiago del Estero. — Clima y habitantes. — El boa. — Productos
La miel en la América meridional. — Estado miserable de la capital

Si de Córdoba seguimos viaje hacia el norte, encontraremos bosques de mimosas alternados con grupos de palmeras reunidas en pequeñas familias. Son los representantes más obscuros de esta nobilísima familia, y no ofrecen sino un mechón de hojas rígidas y glaucas, sostenido por una columna de hojas secas, que han reducídose ha muchos años al esqueleto leñoso, sin desprenderse del árbol que las produjo, de modo que con una sola cerilla se puede quemar un grupo entero de palmeras, produciendo un admirable fuego artificial de llamas que bullen por entre nubarrones de humo denso y negro. La curiosidad de probar los frutos dulzones de esta palmera cordobesa, puede castigarnos cruelmente con la punzada de sus espinas, que conocí por experiencia, no encontrándolas venenosas como se cree en el país, pero sí agudísimas y lacerantes, de modo que tuve un dedo dolorido muchos meses y tan maltratado, que al menor enfriamiento de la atmósfera y a la primera mojazón, me hacía sufrir.

Al entrar en la provincia de Santiago del Estero, encuéntranse vastas llanuras cubiertas de una eflorescencia salina que alimenta a unos cuantos arbustos gibosos, raquíticos y espinosísimos; entre ellos crecen los cactus rastreros junto a muchas hierbas jugosas, llenas de un humor rico de soda, a las que en el país se da el nombre de jumí. Quemadas dan una ceniza rica en soda, como las plantas marinas, y que se emplea en la fabricación de jabón.

Es bastante probable que la inmensa superficie de los jumales (terrenos cubiertos de jumí) que hay en el interior de la Confederación Argentina, haya sido en un tiempo el fondo de un lago salado, que se desecó poco a poco. Hoy los ríos que surcan ese terreno se impregnan de tal suerte de principios salinos, que durante la seca parecen aca-

rrear, en sus ondas tardías, más salmuera que agua. El Saladillo, con las costras saladas que va depositando sus márgenes; con las huellas frecuentes del yaguar que baja a refrescar sus fauces ardientes; con la llanura triste, árida y monótona que lo circunda, recuerda algunas de las escenas del infierno dantesco.

En otro lugar más favorecido de la naturaleza, el terreno, de improviso cambia de índole y de costumbres, y la diligencia corre por entre espesos bosques de algarrobo blanco y negro, de quebracho blanco y colorado, de vinal, de chañar, de mistol, y otros árboles menores que iremos conociendo, cuando nos detengamos a estudiar la más rica y, tal vez, la más bella provincia argentina : Salta. Entre uno y otro árbol, veis surgir los gigantescos candelabros del cardón, magnífico cactus pentágono, que con un tronco del grosor del de nuestra morera, tiende hacia el cielo sus fantásticos brazos coronados de flores y de frutos. Menos alto, pero más raro que todos estos, es el quimel, que con las cien ramificaciones de sus hojas planas y pulposas y con sus flores rojas, forma un extraño contraste con la monótona arquitectura de los quebrachos, entre los cuales crece, y que parecen modelados todos por una idéntica mano y con idéntico molde.

Si llegáis a transitar por este país durante la sequía, veréis todas las cosas cubiertas de un polvo finísimo que agitan hombres y caballos, que penetrará al carruaje y os envolverá en nube eterna y llegará a vuestros ojos, a vuestra boca y hasta lo más remoto de vuestros senos esfenoidales, de suerte que muchos días después que hayáis dejado aquella tierra polvorienta, arrojaréis por la nariz cálculos de nueva naturaleza, aún no descriptos por los litólogos europeos. Mientras maldecís la polvareda y el cielo implacable que no puede mitigarla con una gota de lluvia, vais progresando siempre hacia el norte, por lo que el sol cae siempre más a plomo, y se pasa a una atmósfera seca y ardiente que recuerda, a cada momento, el desierto africano.

La polvareda, el aire de fragua, la absoluta falta de estímulos intelectuales, os reducen a tal aprieto, que no pensáis en observar, ni en meditar en el pasado, ni esperáis del porvenir, sino que os desplomáis en una apatía sin colores ni formas, que os inmoviliza como al árabe o al indígena de la Pampa. Ví en la provincia de Santiago, por vez primera, una boa desmesurada, que entraba lentamente a una cueva de *vizcacha (Callomys biscacia)*, para estrangular a su habitante; sin embargo, no me conmoví ante el espectáculo, ni me interesé por conservar aquel animal que uno de nuestros postillones cogió por la cola y sacó de la cueva. Mirando a aquel hércules de las serpientes,

desde mi ventanilla, no me digné bajar del carruaje y sólo pude decir : Déjenlo al pobrecito. *(Lasciate quel poveretto.)* Y mientras la boa me miraba con sus ojos vidriosos, no sentí ninguna influencia magnética.

Otras veces me aconteció viajar, con mayor descanso, por los bosques vírgenes de la América meridional y encontrarme frente a frente con serpientes de especies diversas, y hasta con un crótalo, que al correr por entre los matorrales, hacía sonar el árido crujido de su cascabel; y, sin embargo, no sentí esa fascinación que han descripto con tanta elocuencia muchos viajeros. D'Orbigny hizo experiencias, a propósito, con grandes reptiles americanos, encerrándolos con animalitos débiles e inertes, pero no pudo verificar esa influencia magnética que ha dado causa a tantas fábulas y teorías brillantes.

La boa, o ampalagua, como se le llama en el norte de la Confederación Argentina, es un animal del todo inofensivo, que forma con sus volubles espiras y con sus bellos y lucidísimos colores, un ornamento de la selva. En las haciendas azucareras de Santa Cruz de la Sierra, más bien se le utiliza para perseguir a un ratón que causa grandes daños. Un boliviano cultísimo y digno de fe, me dijo que en esas plantaciones la boa era más útil que un perro guardián, pues que logra espantar con el temor que inspira, a los animales bovinos que entran de noche por los setos indefensos, causando estragos en la preciosa caña de azúcar.

Por entre esos bosques de quebracho, que cubren mucha parte de la provincia de Santiago, se ven, de cuando en cuando, algunos árboles cortados, y en esa brecha irregular y angosta, una pila de barro cuadrada, medio desmoronada en ciertas partes, de modo que muestra la trama casi humana de algunos árboles plantados en estacada. Pues bien, aquel montón de barro, sobre cuyo techo crecen hierbas, flores, arbolillos espinosos y cactus, es una casa : un rancho santiagueño. Apenas se ha hecho sentir el rumor de vuestro carruaje, salen de aquella guarida, casi siempre desprovista de puerta, grupos de diez y más rapaces enmarañados, seguidos de perros tan flacos que apenas pueden moverse.

Detened inmediatamente vuestra carrera, y aunque la apatía os vuelva indiferente a todo, descended y admirad un novísimo cuadro de la naturaleza humana. No se observa sobre esas caras las huellas de la miseria o del dolor : son rostros morenos y sucios, cabellos incultos como las malezas de la selva que los vió nacer; son hombres altos, enjutos y agilísimos.

Se visten con la lana de sus ovejas, la tiñen de rojo con la cochinilla que crece indígena sobre los cactus, o de amarillo con la balda, que es tal vez una especie de solídago, o de azul con el índigo. Hablan el quichua; son hospitalarios, dulces, indolentísimos.

Y para qué se ocuparían de agricultura o de industrias, si la naturaleza siembra y cultiva en su lugar, y para ellos calienta el aire y prepara el sustento ? Mientras cargue sus frutos el algarrobo, jamás les faltará alimento y bebida. En tiempo de cosecha, montados sobre caballos flaquísimos, parten al bosque con grandes bolsas, y al volver de tarde, amontonan su recolección sobre la era de sus casas. Allí la vaina dulcísima de aquella benéfica mimosa se seca, y después se la guarda en cajoncitos mantenidos a escasa altura del suelo para que las ratas no puedan devastar el granero. Para variar la monotonía de la alimentación, también se cosecha el fruto del mistol, que se parece al de nuestro crataego, el que es dulcísimo.

Cuando el santiagueño ve sus ranchos rodeados de abundantes almacenes de algarrobo y de mistol, que a veces son más grandes que su misma casa, se echa al suelo, bajo una mimosa, y mirando a través de la entalladura de su follaje hacia aquel cielo de ultramar siempre sereno, puede exclamar como Kant en su lecho : « ¿ Quién es más feliz que yo, no sólo en Europa, sino en todo el mundo ? »

La algarroba es un fruto azucarado que seguramente debe contener gran abundancia de materias albuminoides e hidrocarbonatos, desde que por sí sola basta para sostener la vida del hombre. Reducida a polvo, forma una especie de pan aromático, al que se llama patai; machacada con agua fría, da una sopa llamada añapa; fermentada, por último, en agua, produce una bebida espirituosa, agradable y salubérrima, a la que llaman aloja de algarroba. Todas las preparaciones culinarias con algarroba son consideradas afrodisíacas; yo las usé largo tiempo y las encontré nutritivas, de fácil digestión y también excitantes.

Si a los bosques plantados por la naturaleza el habitante de Santiago puede agregar algunas ovejas, unas cuantas vacas y una tropilla de caballos ¿ quién lo envidiará ? ¿ no es acaso el rey de la tierra ?

Los santiagueños, por su fisonomía, por la lengua quichua que hablan, por sus costumbres, forman una verdadera isla en medio de las otras provincias circunvecinas, en las que no se habla sino español. Aunque hablan un quichua bastante corrompido, su idioma es el de los incas del Perú, y debían formar seguramente, antes de la conquista, una de esas colonias fundadas por los hijos del sol en países lejanos

de sus centros políticos y administrativos. La fisonomía de estos argentinos, muy distinta de la de los bolivianos, me hace suponer que fueron un pueblo de origen diverso transportado quizá a la fuerza del país que ocupaban, perdiendo con la distancia hasta la memoria de la antigua patria.

En los santiagueños el amor a la música es innato, y casi en todos los ranchos hay una arpa, fabricada en la misma casa, y que vale más que toda la habitación y que todos sus muebles juntos. Oí tocar trozos de música europea por aquellos pobres indígenas, con una gracia y un gusto que jamás hubiese supuesto.

La provincia de Santiago es, tal vez, la más poblada de sus hermanas argentinas, y aunque su feroz gobernador Ibarra, con su tiranía en tiempos de Rosas, obligó a muchas familias a emigrar y destruyó a otras a hierro y fuego, aún cuenta con más de 130 millas habitadas. Ha suministrado a las guerras civiles muchos valientes, y los feroces caudillos argentinos, en épocas diversas, recurrieron a aquel semillero de hombres felices y robustos para instrumento de sus ambiciones. La ignorancia hacía, de aquella buena gente, víctima inocente de ajenos delitos.

El clima de Santiago es de los más ardientes y secos del suelo argentino. De noche las mujeres hacen brotar chispas de sus cabellos al frotarlos. También el erudito Landerer, médico tudesco de Atenas, que desde mucho tiempo llena con curiosas noticias todos los diarios europeos, vió desarrollarse muchas chispas, refregando en la obscuridad, la piel de un caballo árabe. Se notaban más en tiempo seco que cuando el aire estaba húmedo, y desaparecían del todo cuando llovía (1). Es mérito del clima y de la raza la escasez de enfermos en esta provincia.

Las afecciones de los países fríos no existen absolutamente, y el aire seco hace menos graves las que suele desarrollar el calor excesivo. He visto en Atamisqui, en Loreto y otras aldeas menores, a muchos octogenarios que acudían al arribo de nuestra diligencia, y que con su apostura prometían aún muchos años de vida próspera y gallarda.

El aire de esta provincia es muy favorable para los escrofulosos y los predispuestos a la tisis.

Los productos principales de Santiago, son la leña, la soda, la cochinilla, la miel y la cera. Hace poco tiempo se comenzó a plantar

(1) *Buchner's Repert für die Pharmacie*, tomo III, página 75.

la caña de azúcar, que crece muy bien y promete espléndida producción.

La cochinilla o grana, se recoge juntándola con un pequeño cacto que se arrastra por el suelo; se amasa en pancitos y se vende en esta forma. Recogida sin medida y preparada sin arte, no suministra sino escasas ganancias a unas pocas familias, pero promete rica cosecha a la inteligencia industriosa. Llevé muestras a Europa y el profesor Bertolio tuvo la gentileza de examinarlas. Confrontándola con una buena cochinilla pardusca del comercio, la encontró de un poder colorante que correspondería a dos quintas partes de esta última. Su bajo precio la haría útil igualmente, aunque no se lograse, con mejores medios de preparación, hacerla digna rival de las cochinillas de la América central, de Méjico o de las Canarias.

Santiago, así como todo el norte de la Confederación Argentina, abunda en muchas especies de abejas e insectos afines que preparan muy exquisitas variedades de miel. Page contó en esta provincia ocho especies : tiosimi, lechiguana, yama, mozomozo, mestizo quilaya, cani, quella, y alpamisqui (1). La primera es una de las más exquisitas y sólo se encuentra en el tronco del *cactus tiosimi*. Algunas de estas variedades de miel, tienen gran poder nutritivo y son reputadas por tan saludables en Santiago, que muchos enfermos, declarados incurables, siguen a los recogedores de miel en sus expediciones para alimentarse exclusivamente un tiempo de esta néctar, mezclado con maíz tostado. Page asegura que personas enflaquecidas y casi atáxicas, vuelven gordas y robustas de estas expediciones curativas.

Conozco la lechiguana, común en todas las provincias septentrionales de la Confederación Argentina, que produce una miel muy sabrosa, de color amarillento, depositada en grandes panales casi negros. Este insecto melífero fabrica sus colmenas en el tronco y al pie de los árboles.

El alpamisqui es fabricado por un pequeñísimo insecto inerme, que destila su miel en las entrañas de la tierra. Es excesivamente transparente, como la más blanca almíbar; es acídulo y un manjar delicioso. Lo probé una vez, sacado de una urna enterrada por los incas en una ciudad destruída, cuyas ruinas se ven desde cerca de Caravajal, en la provincia de Salta.

Para completar, en parte, las noticias sobre la miel y la cera que

(1) PAGE, *La Plata, the Argentine Confederation and Paraguay*, página 365. London, 1859.

producen algunos insectos de la América meridional, agregaré las observaciones del ilustre D'Orbigny.

Los indígenas de Santa Cruz conocen trece especies de abejas, de las que nueve carecen de aguijón, que producen mieles excelentes, tres de las cuales son dañosas, y una sola con aguijón, y por esta causa poco buscada.

Las nueve primeras, son :

1° La *Onesenama,* la más pequeña de todas, de tres a cuatro milímitros de largo, enteramente amarilla y que produce la miel tal vez más exquisita. Los españoles de Santa Cruz la llaman señorita;

2° La *Omececanach,* de doble tamaño que la precedente, con el tórax negruzco y el abdomen rayado de negro y amarillo;

3° La *Ohnarobich,* igual en tamaño a la segunda, y entera negra;

4° La *Pataquiacoch,* grande como la señorita y entera negra. Es muy común;

5° La *Opanoch,* pequeña especie seminegra y semiamarilla, con patas larguísimas;

6° y 7° La *Opomoes* y la *Okichichich,* pequeñas y negras;

8° y 9° La *Ocharichuch* y la *Oceturuch,* pequeñas y amarillas, pero distintas de la señorita.

Las especies que producen miel peligrosa y que los indígenas saben reconocer, pero que tienen el mismo sabor de las otras, son tres :

La *Oreceroch* y la *Overecepes,* cuya miel produce sobresaltos musculares y enfermedades terribles, y la *Omacayoch,* cuya miel deliciosa embriaga como una bebida espirituosa y hace perder a menudo la memoria por un tiempo. Los españoles, que temen engañarse, no usan sino la miel de la señorita, insecto que es fácil reconocer.

La única especie provista de aguijón, es la del *Botoropes,* que produce una miel excelente, pero no muy preferida por los indígenas, por temor a los insectos que la defienden.

La cera, tal como se la trae de las selvas de Chiquitos, es negruzca y blanda. Para purificarla, se la hace hervir largamente con cenizas de plantas ricas en potasa. Luego esta primera lejía se mezcla con cal y se expone durante algunos meses al rocío sobre plataformas que se llaman *tendales.* Cuando se ha blanqueado, se funden en panes que se mandan a Santa Cruz. La cera, en este estado, es blanca, frágil y esparce, si se la quema, un olor aromático, fuerte y agradable.

La capital de Santiago tiene este mismo nombre y es tal vez la cosa menos interesante de toda la provincia. Está situada a media milla de la orilla derecha del río Dulce, a una latitud de 27°46′20″ S, y una

longitud de 64°25′15″ O. Page no le asigna sino cinco mil habitantes, pero cuenta con 7775.

Con sus calles desiertas, sus casas de barro, en muchas partes ruinosas, sus espesos bosques de naranjos y duraznos, que parece como si quisieran cubrirla por entero, ofrece un aspecto triste que conmueve el corazón del viajero (1).

El que ha nacido en esa ciudad puede encontrar placentera la reunión de los parientes y amigos en el patio, perfumado de azahar y de aroma; puede encontrar amable la vida en aquella completa familiaridad de las gentes, toda bondad y dulzura; pero el forastero que a nadie conoce, no lee sobre esas casas sepulcrales sino la historia de un pasado lleno de desventuras.

La catedral erigida por Ibarra, el que tanto ensangrentó a este pobre país, tiene una elegante torre, y su pavimento es del mármol que producen las montañas argentinas. La Merced y otras iglesias, ahora abandonadas y derrumbadas entre hierbas lujuriantes, demuestran que esta ciudad fué un tiempo más populosa y devota que en los días actuales.

El europeo no encuentra en Santiago más que una excelente salud, y si sabe contentarse con poco, puede con fácil industria, habituarse a las costumbres patriarcales de una vida dulcísima. Si ambiciona rápida fortuna y vicisitudes tempestuosas, debe buscarlas en otra parte.

Esta ciudad, colocada a 650 millas del Rosario y a 590 de Santa Fe, carece de las ventajas que se encuentran espontáneas en los países del centro y de la orilla, y espera su redención del día en que sea navegable el río Salado (2).

(1) Santiago fué fundada por Francisco de Aguirre en 1553, y está a 728 millas de Buenos Aires.

(2) He aquí el itinerario de Córdoba a Santiago, igual al trazado para el del viaje a caballo por la posta :

Provincia de Córdoba

		Tiempo	Leguas
Primer día.	De Córdoba a Posta Moyen	3'00	5
—	De Moyen a Guerra	1.30	5
—	De Guerra a Salitre	0.30	2
Segundo día.	De Salitre a los Talas	3.10	8
—	De los Talas a Divisadero	1.15	5
—	De Divisadero a Intiguazi	2.15	7
Tercer día.	De Intiguazi a Sala	0.50	3
—	De Sala a San Pedro	2 00	6
—	De San Pedro a Rosario	0.52	3
—	De Rosario a las Piedras	1.45	6
—	De las Piedras a Pozo del Tigre	1.15	4

Provincia de Santiago

		Tiempo	Leguas
Cuarto día.	De Pozo del Tigre a Portizuelo.......	1.40	6
—	De Portizuelo a las Horquetas........	1.05	4
—	De las Horquetas a Santantonio......	0.40	2
—	De Santantonio a Guardia............	1.35	5
—	De Guardia a Puesto del Monte......	2.30	7
Quinto día.	De Puesto del Monte a Chilca........	1.30	6
—	De Chilca a	2.15	7
—	... a Palumbala....................	1.30	6
Sexto día.	De Palumbala a la Percha............	1.25	6
—	De la Percha a la Egira.............	2.40	8
—	De la Egira a Cordero...............	1.10	4
—	De Cordero a Santiago...............	1.20	4

CAPÍTULO XIX

Ibarra y una heroína del Chaco. — Doña Agustina Palacios de Livarona. — Curación repentina de una enajenación mental de diez y ocho años

Uno de los tantos tiranuelos nacidos y crecidos a la sombra del despotismo de Rosas, fué Ibarra, gobernador de la provincia de Santiago, que él no redujo a mudo desierto porque la prepotencia y la vida de un solo hombre poco valen contra una raza entera que brota siempre obstinada y lozana, aún bajo los pies de quien le troncha sus ramas y dispersa sus semillas. El autócrata argentino, sin tiempo y aliento para abarcarlo todo y todo comprimirlo con su puño, confiaba las provincias lejanas a esbirros de segunda mano, que adivinando al primer golpe de vista los deseos del amo, apresurábanse a imitar, como mejor podían, lo que hacía en Buenos Aires, agregando a las lecciones de semejante maestro sus propias inspiraciones de avidez prepotente, de caprichosas persecuciones o estudiada crueldad. La cabeza de los gobernadores respondía a Rosas del *orden público,* y éste, con satisfacción de todos, nunca era turbado.

Yo, que no puedo usurpar el derecho de historiador argentino, deseo exponeros la historia de una mujer heroica, a quien tuve la fortuna de conocer de cerca, y que gracias a las persecuciones de Ibarra, dió causa a una sublime manifestación de su corazón, uno de los más nobles y generosos que me ha sido dado conocer.

Su nombre es Agustina Palacios. Nacida en Santiago, de padres acaudalados, después de los primeros cuatro lustros de este siglo, se casó con un español que llegó a América en busca de fortuna, por lo que agregó al suyo el nombre de Livarona. Eran hereditarias en su familia la bondad de corazón y la hospitalidad, y quien ha encontrado en la Confederación Argentina a un Palacios, sabe cuánto vale su preciosa amistad. Es virtud, y naturalísima, en Santiago, la de abrir

el corazón al extranjero, no desconfiar de alma viviente y de llevar escrita sobre el rostro la entera expresión del pensamiento.

El marido de Agustina no era irritable, ni exaltado, pero encontrándose en el país de Ibarra debía ser odiado necesariamente, pues que todo hombre honesto estaba obligado a ser su enemigo natural. He aquí la razón porque Livarona se rebeló contra el gobernador y conspiró con el deseo de ver conculcado el mal, para que luego, sin ser cómplice de otra culpa que la de ser caballero resuelto, cayese en desgracia del tiranuelo de Santiago. Este era, además, tan intolerante de cualquiera otra voluntad, tan puntilloso en su lujuria de mando, tan antojadizo en su crueldad, que cada paso suyo dejaba un reguero de odio y de venganzas.

Un día Livarona fué arrestado por los esbirros del gobernador, cuando era esposo afortunado de dos graciosas niñas, Elisa y Lucinda. Arrastrado más bien que conducido, al campamento de Ibarra, se le amenazó de muerte cruel y para dar una muestra de lo que significaba esta palabra, baste señalar dos modos distintos con que aquel sicario sabía ejecutar la pena de muerte.

Obligado el reo a sentarse, se encogía sobre sí mismo, como un feto en el vientre materno, atando la cabeza y los brazos entre los muslos y apretando éstos al cuello. Luego se envolvía a la víctima en un cuero fresco de vaca, que se cosía cuidadosamente, y se colocaba este ovillo de carne humana cerca de una gran fogata. El fuego secaba el cuero prontamente, e Ibarra, sentado frente de aquel ejemplo, deleitábase escuchando el crujido de los cueros y el estallido de las vértebras...

Otras veces, sepultábase a un hombre de pie, dejando fuera de tierra el cuello y la cabeza, y los soldados jugaban a los bolos con aquel blanco viviente, hasta que la palidez y el frío de sus carnes torturadas, les indicaban que ya no era capaz de dolor.

Baste todo esto para explicar el tormento y el horror con que Agustina corrió hasta Ibarra, suplicándole con sus plegarias, con sus lágrimas, con las amenazas desgarradoras de la impotencia, para que le concediese la vida de su esposo. Creo que nada hubiese logrado la infeliz, si la culpa de Livarona no hubiese sido levísima, y si el tirano, por su mujer, no hubiese estado estrechamente ligado a las primeras familias del país.

Eso no impidió, sin embargo, que la gracia de la vida, que antes no se quiso destruir, se concediese ahora, después de una larga aflicción y congojas infinitas y de oscilaciones entre la esperanza y el temor. Si se acordaba la vida, no era sino para destinarla a una lenta agonía.

Livarona, junto con otros cómplices, fué condenado al destierro del Bracho, país del gran Chaco, en el que el saber vivir significaba luchar siempre y a cada momento contra los indios y el yaguar, las fiebres y los mosquitos, con la escasez y un sol de fuego.

Agustina solicitó la gracia de acompañar a su marido al Bracho, y le fué concedida con alegría, ofreciendo a Ibarra la inesperada complacencia de una segunda tortura, pues mujer alguna había osado pensar en aquel país sin horrorizarse. Dejó sus dos chiquilinas a su madre y corrió a compartir la suerte de su marido. Séame permitido emplear las palabras mismas de Agustina, que en un diario manuscrito que tuve entre mis manos, trazó con palabras sencillas la historia de aquella época de su vida.

« Me trasladé al campamento, y lo primero que se me apareció fué mi marido, completamente desnudo, expuesto al rayo de un sol de infierno, sin sombrero, con la cara y los ojos llenos de barro, en el estado más lamentable y doloroso. Apenas me vió, se bañó en llanto que no pudo secar porque tenía las manos atadas. Quise acercarme a él, pero el centinela que lo cuidaba no lo permitió, aunque supliqué y le ofrecí dinero. Quise después arrojar a Livarona mi pañuelo, para que cubriese su cabeza, y ni esto, siquiera, se me permitió. Rogué, entonces, para que se me dejase colocarme al lado de mi esposo y hacerle sombra con mi cuerpo, y me fué negado. Entonces mi desesperación llegó a tal punto, al ver tanta crueldad, que corriendo, salté al cuello de mi marido, y fuí rechazada por el centinela que me arrojó a tierra de un puñetazo. Como si no me hubiese apercibido de ello, renové el asalto y recibí un culatazo tan fuerte en el brazo, como si hubiese roto el hueso. »

Después de algunos días, el convoy de prisioneros se puso en marcha.

« A cierta distancia de la ciudad, se les mandó bajar del caballo, y atándolos al tronco de algunos árboles, se les dijo que se dispusiesen a morir, porque se debía lancearlos. Un momento después les desataban, emprendían de nuevo el camino y pocas horas después se repetía la misma escena, con la única diferencia que esta vez, en lugar de lancearlos, se quería degollarlos. »

Una vez en el desierto se debía pensar en vivir, en construir un cobertizo de barro y de ramas, y Agustina fué a la vez cocinera, costurera, carpintera, pues su marido estaba reducido a tanta postración, por causa de sus largas torturas, que en nada podía ayudar a su compañera. Bastaba, sin embargo, una sonrisa suya, una palabra de amor,

para recompensar a Agustina de cuanto hacía. Ella misma iba al bosque cercano a traer leña, y más de una vez hubo de esconderse entre las hierbas y las malezas espinosas, al sentir aproximarse un *yaguar*. Compraba a subido precio el charque (carne seca) a los crueles soldados, o lo cambiaba con los indígenas por vestidos y bagatelas que había traído consigo al destierro.

Era preciso buscar el agua a distancia de dos leguas, y esta era tan salada, hedionda y cenagosa, que no podía beberla sino a través de un pañuelo, obligada por la sed más ardiente, apretándose la nariz.

Otras veces los soldados le negaban el charque, y ella entonces caminaba cinco, seis o siete leguas, en busca de alguna choza indígena, en donde la buena Agustina encontraba a menudo, en lugar de alimento, insultos, amenazas y algo peor. En estas excursiones, el sol ardiente quemábale la piel y las espinas lacerábanle los pies, y cuando echaba una ojeada por sus miembros abrazados y llagados, tenía horror de sí misma.

Una página de su diario muestra cómo se exaltó su fantasía con aquellas torturas, hasta simular casi el delirio.

« Encontré una choza, pedí un poco de agua, se me la negó. Volvía desesperada sin saber por donde vagaba, cuando encontré a un indio, hijo de una blanca cautiva de los salvajes del Chaco. Aquel hombre tenía una figura infernal y como yo jamás había visto. Tenía la cara un ancho de palmo y medio, y apenas tenía medio palmo de largo. La nariz era tan ancha, que su base llegaba hasta cerca de las orejas, y la boca tenía las mismas dimensiones; los labios gruesísimos y colgantes; los ojos bien pequeños, legañosos y mirada de jabalí; los pies tenían medio brazo de largo y tres pulgadas de ancho; las manos eran monstruosas como los pies; las pantorrillas filiformes; el cuerpo contrahecho parecía una tinaja; rara la marcha. »

A este hombre, que podía ser verdaderamente un producto monstruoso de su raza, o que así pareció a Agustina, por el estado en que se encontraba, pidió agua, y él le respondió que si la quería, fuese a buscarla a cuatro leguas de allí, a un lugar llamado los bañados, y que él hacía el mismo viaje cuando la necesitaba.

« Una vez llegó un mestizo a buscarme, y me preguntó si sabía cortar y coser una chaqueta; probé y quedó tan contento que me la pagó con un trozo de charque. Desde aquel día, corrió por los ranchos de los indígenas la voz de que yo era costurera, y pude de este modo procurarme maíz y trigo.

« ... Intenté una vez hacer tostar las espigas verdes todavía del trigo,

y cocerlo después con el agua salada de aquellas lagunas; pero en lugar de alimento, nos sirvió de purgante.

« ... Imaginé un día teñir con las hierbas del campo algunos trapos cortados de una camisa vieja de Livarona, para hacer flores con ellos, sirviéndome, en lugar de alambre, de las hojas de palmas deshilachadas, y los indios me las pagaron generosamente. También fabriqué para ellos amuletos, que allí se llaman formas de corazón, y son tenidos por utilísimos como preservativos de los males nerviosos y convulsiones. »

Aunque brutales y bárbaros, los indios eran los mejores amigos de la infeliz Agustina, pues que podía, por su intermedio, volver menos dura su suerte y la de Livarona; pero de cuando en cuando venía una horda de salvajes, a los que precedía el incendio de los campos, y los prisioneros, los soldados y los indios semibárbaros, debían huir por muchos días, ocultarse en los bosques, disputar con pena una vida que poco valía, pero que Agustina no podía perder sin perder también el honor, desde que los indios del Chaco matan a los hombres y llevan consigo a las mujeres, a las que hacen esposas o esclavas.

Joven, robusta, con un corazón ávido de sacrificio, la heroina del Chaco sufría todo esto con valor al ver cuán útil resultaban sus afanes a su marido, que sin ella hubiese indudablemente sucumbido por debilitamiento; pero vino un día en que sus dolores cambiáronse en martirio. Livarona enloqueció y su demencia alcanzó al extremo que desconocía a su Agustina, y desde entonces hasta su muerte, no supo siquiera pronunciar una sola vez su nombre.

Ningún médico, ningún socorro podía llegar al Bracho, pero a fuerza de seducciones y de premuras, pudo Agustina, con jugo de naranjas, escribir a su familia, pidiendo una consulta médica para su marido. Le ordenaron baños y vesicantes. Este simplísimo tratamiento, costaba nuevos sacrificios a esa mujer modelo. Ya en ese tiempo había abandonado todos sus trapos a Livarona, para hacerle un lecho, mientras ella dormía sobre un cuero de caballo, apoyando la cabeza sobre un tronco de árbol.

Hizo el baño con cuatro cueros cosidos de caballo, y para recoger el agua necesaria no bastaban dos o tres días y la ayuda de varios indios.

« ... Debía emplear todas mis fuerzas para mantener a Livarona en el baño, y él me daba mordiscos y arañazos, que me sacaban sangre. Una vez me dió tal mordedura en un seno, que caí desvanecida, mientras que él, fuera del baño, andaba por acá y por allá bamboleando.

« ... Recogí muchos pimientos silvestres *(Capsicum frutescens)*, compuse vesicantes y los até a las plantas de sus pies; hube de permanecer después tres días y tres noches de centinela, para evitar que se los arrancase antes de que produjesen efecto. »

Habían transcurrido ya casi dos años que la extraordinaria robustez y el heroísmo de Agustina sosteníanla en aquella lucha, y es hablando de esa época, que escribe en su diario :

« ... Estaba tan lastimada, enferma y abatida, que muchas veces me arrojé a tierra decidida a dejarme morir de hambre, creyéndome ya incapaz de soportar una vida semejante, y confieso que sin el amor a mi esposo, me habría suicidado mil veces.

« ... Pensando en el porvenir, sembré maíz y zapallos, y las plantitas de mi huerto ya prometían una rica cosecha, cuando los soldados, celosos de la alegría que yo demostraba, arrancaron, con la mayor crueldad, una por una todas las plantas. »

Esta vida, o mejor dicho, esta larga agonía, duró más de dos años, hasta que el infeliz Livarona murió, sin dedicar una mirada, sin recompensar con una palabra, los cuidados de su esposa, mártir por su causa. Muchas veces ella me dijo, que lo que más la atormentaba, era no ser reconocida por él.

He aquí cómo describe los últimos momentos de Livarona :

« ... Debilitada por tan largos afanes, no tenía ya fuerzas para verlo expirar, y me agitaba en una lucha terrible. Me acercaba a él, lo colocaba en mi regazo, observaba sus sobresaltos y después dejábalo caer sobre el lecho, y huía lanzando fuertes gritos, como quien pide misericordia; pero los bosques solamente repetían el eco de mis lamentos. Un instante después, me parecía una crueldad abandonar a mi marido a la muerte, sin un socorro, aunque él ya nada sentía, y regresaba otra vez a abrazarlo, dejándolo después de nuevo, reducida casi a un delirio continuo. Finalmente, no sé cómo, encontré un poco de calma, y sentándome sobre el suelo, apoyé contra mi seno la cabeza de Livarona.

« ... Mi amor, por tan largos sacrificios y comunes dolores compartidos en tanto tiempo, habíase vuelto más intenso, más apasionado que nunca, y me sentía incapaz de sobrevivir a su pérdida. Parecíame como si las sacudidas de mi marido se me comunicasen, y que íbame enfriando junto con él y que con él moriría... Me desvanecí, y no sé cuánto tiempo estuve sin conciencia; sólo sé que cuando volví en mí, el cuerpo de mi esposo estaba yerto. »

Agustina Palacios, que enviudó en edad muy joven, no se casó otra

vez; se dedicó con el corazón que ahora le conocemos a la educación de sus hijas, y feliz por el resultado de su intento, hoy vive establecida en Tucumán (1).

Entre los compañeros de destierro de Livarona, citaré a Unzaga, quien, después de la muerte del primero, huyó del Bracho sin saber precisamente adonde se dirigiría; después, con temor de ser descubierto, fué a arrojarse a los pies de Ibarra, suplicándole como gracia suprema, que lo encerrase para toda la vida en las cárceles de Santiago, donde el consuelo de estar cerca de su propia familia le hiciese soportable la existencia. Ibarra, aunque vió a sus pies un esqueleto cubierto de llagas, lo condenó a la pena capital del lanceamiento. La madre de Unzaga, demente hacía 18 años, así que supo la condena de su hijo, corrió hasta el tirano, gritó, alborotó con la fuerza de la locura y del corazón materno, pero el inflexible caudillo se burló de ella y la hizo arrojar a culatazos de su palacio. Pues bien, la impresión de aquella escena horrorosa fué tan fuerte, que esa pobre madre recobró la razón, extraviada 18 años antes, y que ahora para nada más le serviría sino para darle conciencia de una pérdida irreparable.

Sé por el médico Arias, que curó a Ibarra de la enfermedad del corazón, de la que murió, que fué apocadísimo para el dolor físico, y que hasta su último instante tiranizó, burlándose del juicio humano y divino. Sin embargo, hizo construir una hermosa iglesia.

(1) La heroína del Chaco pertenecía a la familia Palacio (no Palacios, como se dice en el texto) y sus hijas Elisa y Lucinda, casáronse sucesivamente en Tucumán, con don Juan Manuel Méndez, uno de los más grandes y progresistas industriales azucareros de nuestra provincia *(N. del T.)*.

CAPÍTULO XX

Tucumán y su provincia. — Estadística y productos. — El tabaco. — El monte de naranjas. — Clima y enfermedades. — De Tucumán a Salta. — Peligros del viaje. — Primeras líneas de un sistema hominis. — El arribeño. — El minero.

El suelo de casi toda Europa es tan poblado, que las ciudades parecen darse la mano, estrecharse y reunirse en un cadena interminable de villas, aldeas y casas, de suerte que el continuo crecimiento de la prosperidad pública y de las poblaciones, ha hecho suponer a algunos economistas, que no está lejana la época en que las metrópolis serán la plaza de una ciudad única esparcida por todo el territorio europeo. En la América meridional, en cambio, las ciudades están separadas por tanto desierto, que làs pocas casas que encontráis por la ruta del viaje, parecen más bien centinelas perdidos o tiendas de un peregrino que pasó antes que vos.

Así pensaba cuando continuaba mi camino desde Santiago del Estero hacia Tucumán. Después de tanto andar y de tanta sucesión de colinas y llanos, de valles serpenteantes y estrechos o abiertos en campo libre; después de un largo silencio de voces humanas, he aquí que se presenta inesperada la capital de la provincia, verdadero hallazgo de civilización, que parece como colocado por la mano caprichosa de la suerte, en medio de la naturaleza virgen y salvaje. En efecto, al entrar por aquellos caminos polvorientos, siéntense de improviso el rumor activo de los ásperos talleres y los confusos clamores de una colmena humana, y al trompeteo del postillón asoman a la puerta bellas señoras vestidas a la moda que les impone la vanidad femenina y los inviolables preceptos de la lejanísima metrópoli francesa.

Esta vasta región del gran calcáneo americano, que fué conquistada por los españoles del Perú y que se extendía al norte hasta Tarija, al sud hasta la pampa de Magallanes, confinando al oeste con las montañas de Chile, y al este con el territorio de Buenos Aires, ha

dado tela para cortar seis provincias de la Confederación Argentina. El suelo al que hoy hemos entrado, fué por vez primera hollado por pies europeos en 1542, por don Diego de Rojas, al que pocos años después siguió Juan Núñez de Prado, que bautizó al país con el nombre de Tucumán, del de Tucumanhao, cacique principal de entre los que lo gobernaban y con el cual había celebrado alianza. Un docto argentino me sugirió otra etimología de Tucumán, que encuentro más ingeniosa que probable. Pretenderíase que con las palabras quichuas *tucú* y *mana* (todo, no), los incas del Perú, al extender su imperio al mediodía escribieron sobre aquel suelo y con esas palabras, un límite a sus conquistas, así como la antigua civilización, encerrándose en la concha europea, grabó sobre las columnas de Hércules : *Nec plus ultra.* Sin embargo, los pueblos poderosos, como las pasiones afortunadas, jamás supieron decir : basta; y así, en Santiago encuéntranse las huellas de una antigua colonia de los hijos del sol, y hasta en la provincia de Córdoba, el lugar de Intiguazi (casa del sol), nos demuestra cómo poco antes de la conquista de Pizarro los dominadores de Quito extendieron su influencia hasta los márgenes de la Pampa argentina.

San Miguel de Tucumán, o como es llamado en nuestros días, Tucumán, fué fundado en 1565 por don Diego de Villaroel, sobre una arteria del río Dulce, distante doce millas del lugar en que ahora se encuentra la ciudad, en donde refugiáronse los habitantes el año 1685, después de una horrorosa inundación que destruyó gran parte de la primitiva ciudad. El río Dulce, también llamado Tala, recibe varios afluentes secundarios, los que se suceden de norte a sur en el orden siguiente : el Lules, el Colorado, el Famaillá, el Aranilla, el Mondolo, el Montaro, el Pueblo, el Viejo seco, el Conventillo, el Ramado, el Medicinas, el Chico, el Marapa, el Señor Francisco (1). Al recibir las aguas del Señor Francisco, el Dulce toma el nombre de Hondo (profundo), que conserva hasta penetrar en la provincia de Santiago.

Tucumán está situado en una fértil llanura, a una latitud de 26°51′ S. y longitud 0°66′, según la anotada por Murdaugh. Cuenta

(1) Hemos conservado el texto sin salvar los evidentes errores en que el autor incurre ; la precipitada y confusa enumeración indica que el ilustre viajero no ha sido muy escrupuloso, sea por escasez de tiempo o por errores de anotación, en lo que atañe a Tucumán, y esta circunstancia adquirirá toda su significación más adelante. La misma conducta hemos observado en el resto del libro, pues son detalles estos, muy importantes para apreciar el justo valor de una crítica. *(N. del T.).*

con 17.438 habitantes, y tiene las mismas calles derechas y cortadas en ángulo recto de las otras ciudades argentinas. Casi todas las casas son de un solo piso; tiene una hermosa plaza con el acostumbrado cabildo y una catedral moderna que es tal vez la iglesia más bella de la Confederación. Las principales producciones de la provincia son el trigo, el tabaco, el maíz, el azúcar, el aguardiente que es de los mejores del mundo, los cueros secos y curtidos de vaca y de caballo, la ganadería, las lanas, las naranjas, el queso, siendo exquisito el de Tafí y tal vez el mejor del suelo argentino (1), y algunos toscos productos manufacturados.

La agricultura tiene en Tucumán un formidable enemigo en la langosta, que de cuando en cuando desvasta las plantaciones de maíz. De las frutas, la única excelente es la naranja, el durazno es malo, y las otras de origen europeo son apenas conocidas. La papa es de pésima calidad, y es substituída por su hermana, más aficionada al calor, la batata.

También aquí la inercia de los habitantes los adormece sobre tesoros que aparecerían prontos y espontáneos, apenas arañasen la tierra. La industria del azúcar y del aguadiente y la tenería de cueros, dan pronta riqueza a los extranjeros y a los pocos criollos que les han dedicado su tiempo y su capital.

Como de un tiempo a esta parte se llama la atención de los emigrantes sobre esta provincia, queremos dar algunos datos positivos del rendimiento que produce una cuadra de terreno cultivada con tabaco y cercada con el acostumbrado cerco de cactus.

	Dólares
Compra del terreno	50
Cuatro arados	16
Ocho bueyes amaestrados al arado	160
Un carro	30
Dos casuchas para el tabaco	120
Instrumentos accesorios	24
Primer gasto	400
Intereses del capital empleado al 12 por ciento al año	48
Tres labradores para ocho meses a 40 francos al mes	192
Un labrador para todo el año	96
Conservación y preparación del tabaco	100
Impuesto	2
Gasto total	438

(2) Las estancias de Laguna y de Silva, en el delicioso valle de Tafí, mandan todos los años a Buenos Aires cerca de 8000 arrobas de este exquisito queso.

	Francos		Dólares
El producto medio de 500 arrobas de tabaco que se vende a 10 francos la arroba, lo que hace..	5.000		
Deducido el gasto de......................	2.190	=	438
Total.............	2.810	=	562

La provincia de Tucumán ha ganado el nombre de jardín de la República, y bien lo merece, por la vegetación lujuriante que cubre sus cerros con espléndido verdor, por la alternativa frecuente y pintoresca de las colinas y de los llanos, por la hierba de esmeralda que crece alta y robusta en un suelo húmedo y caliente, alegrando con sus flores cada palmo de la llanura, cada grieta de la montaña. Esta escena resulta aun más jovial, cuando se viene del árido Santiago : entonces, sin necesidad de aduanas separativas o indicadoras, nos apercibimos súbitamente que hemos entrado al jardín tucumano, por la frescura de las hierbas, por la amenidad del paisaje, por las casitas más pulidas y menos primitivas de los criollos de la campaña.

Si habéis estado en Tucumán en la primavera, habréis sentido una embriaguez singular, aspirando a pulmones llenos el intenso perfume de los azahares que traía el viento del oeste. Seguid esa vía embalsamada y en un galope de dos horas, os encontraréis en el célebre Monte de las naranjas : la octava maravilla del mundo y la primera de aquel país.

Después de haber dejado a derecha e izquierda las glaucas plantaciones de caña de azúcar y las chacras de maíz, cercadas de setos colosales de cactus, pisáis el humbral de un bosque inmenso, sobre cuyas lindes recortadas, encontráis el jazmín indígena, tres veces más grande que el nuestro y de un delicado perfume, mezcla de ámbar y benjuí.

Por otra parte, las matas de mimosas no anuncian la proximidad de la selva, porque el terreno fecundísimo no puede dar vida a arbustos raquíticos, y la naturaleza, de golpe, os sorprende con desmesurados laureles, de hojas siempre verdes y madera amarilla y fétida, cuando del bosque pasa por los dientes de la sierra o del escalpelo afilado de la plana. A pocos pasos se encuentran los naranjos, que por cientos y miles, os ofrecen el variado perfume de un árbol que desde la corteza de su tronco hasta sus hojas, sus flores y sus frutos, es todo aroma, todo vida, todo gracia. Pequeñas sendas serpenteantes que os abren el camino en cien direcciones diversas, son practicables a condición de que agachando la cabeza y haciendo visera con el látigo,

sepáis defenderos de las caricias demasiado rudas de los padres del bosque. Confieso haber visto pocas selvas más bellas, pues el hombre, abriendo con la segur estas sendas, ha entregado a la admiración de todos una naturaleza, que cuando es completamente virgen, lucha y resiste contra el hombre, de suerte que apenas podéis hollar sus lindes.

Si después de un largo galope se desea beber, basta empinarse sobre los estribos de la silla, agarrar una planta parásita de los grandes árboles del bosque, e inclinar sus hojas encarrujadas sobre la boca. Apaga la sed un chorro cristalino de agua fresquísima, que encontráis hasta en la estación más calurosa.

En un lugar remoto de esa selva, pero al cual me guiaba un sendero más frecuentado que los otros, encontré una maravilla del mundo vegetal. Dos naranjos, nacidos a poca distancia uno de otro, se habían tendido las manos, abrazándose con una de sus ramas mayores, de tal modo que no se podía descubrir en qué parte se había efectuado la fusión de las dos vidas, ni cuál fuese el árbol más cortés, que primero tendió su brazo al otro. Mientras tanto, la rama común está viva y da brotes siempre verdes, y sobre aquélla, hombres de todas las partes del mundo que admiraron la naturaleza desde ese lugar, han grabado sus nombres y dejado una huella de su paso.

El clima de Tucumán es húmedo y caluroso. La neumonia adinámica y las fiebres intermitentes, son las enfermedades más comunes. La tenia es endémica. No faltan las disenterías, las afecciones al hígado y los trastornos variados del estómago y del intestino, comunes a los países tropicales. Casi todos los jóvenes son pálidos y extenuados; las mujeres, más sobrias y por eso más sanas, son célebres en toda la Confederación Argentina por su belleza. Tienen la palidez de la andaluza, los ojos grandes, muy negros y sombreados por larguísimas pestañas; la dicción española en sus bocas adquiere un acento rastreador y voluptuoso que tiene mucha gracia. De su influencia sobre el sexo fuerte, dan fe los frecuentes matrimonios entre tucumanas y extranjeros. Allí se ha establecido un compatriota y colega nuestro, el distinguido doctor Soldati, que hace mucho honor a las buenas tradiciones de la medicina italiana.

Las costumbres son muelles, y la sífilis se complace especialmente en arrebatar a sus víctimas los huesos de la nariz.

A lo largo del río Lules se observa endémico el bocio. Su existencia está completamente ligada a aquel arroyo y quien se sirve de sus aguas puede estar seguro de afearse con esta desagradable enfermedad.

Si después de haber recorrido rápidamente la polvorienta provincia

de Santiago y el jardín tucumano, proseguís el viaje hacia el norte, saludad a la villa de Trancas, última tierra de la provincia de Tucumán. Es una aldea pequeña y modesta, con una ancha plaza herbosa, donde pacen caballos y bueyes, y al fondo, un cuarto con una hilera de tres campanas, un verdadero aborto de iglesia, pero que en Trancas es corro, capilla y catedral. En cualquier lugar de la América meridional, es bastante difícil descubrir la iglesia por entre el rebaño de las casas y ranchos que la circundan, porque todas se alzan casi a la misma altura, techadas de paja y cañas, y las campanas se acostumbran humildemente a vivir aisladas y suspendidas de un palo en una esquina de la plaza.

A pocas leguas de Trancas se pasa un río sin puente, sin aduana y sin pasaportes. Los postillones dan un espolazo más a los seis parejeros, y la carroza cae al vado, y en menos tiempo del que se emplea en contarlo, se llega a la otra orilla y a la provincia de Salta.

Al recorrer este país en diligencia, creo haber realizado obra heroica, porque he llegado al término de mi viaje, con la cabeza sobre los hombros y los huesos en sus correspondientes articulaciones. Hasta antes de ir a Salta, había creído siempre que los caminos se construían primero que los coches, especialmente allí donde la naturaleza no ha hecho las carreteras llanas y herbosas de la Pampa; pero estaba equivocado. Los coches, hacen pocos años, llegaban hasta Tucumán, porque la naturaleza de su suelo permitía que lo hiciesen sin caminos; pero un buen día, los empresarios de las diligencias dijeron : se irá hasta Salta, y los viajeros repitieron en coro : iremos en coche hasta allí.

¿ Qué importa que la naturaleza haya levantado un largo sistema de jorobas chicas y grandes y las haya cubierto con espeso abrigo de bosques; qué importa que las cuestas de los cerros se alternen con los más rápidos declives, que los torrentes hayan cubierto con una granizada de guijarros los valles más abiertos ? Esto no es nada : *volenti nil difficile*. La diligencia irá a Salta.

Yo, que fuí víctima inocente de la pretensión extraordinaria de construir los coches antes que los caminos, confieso que tuve verdadero miedo en ese viaje, y qué me ví en mayor peligro que en todas mis correrías terrestres y marítimas juntas. Ni la prudencia, ni el coraje, servían para modificar mi situación. Con las vísceras revueltas por tanta sacudida, después de haber golpeado cien veces con la cabeza el techo de la diligencia, encontraba a cada momento nuevas combinaciones de dificultades que me parecían insuperables. En más de

una ocasión, ví desde la ventanilla, dos ruedas suspendidas un instante en el aire, y si las otras no las imitaron fué por un triunfo de audacia o un milagro de la suerte. Otras veces eran tan rápidos los descensos, que todos los pasajeros se apeaban y a la trasera del coche se enganchaba un robusto caballo dirigido por un gaucho, el que remontando la cuesta impedía que la diligencia se despeñase. Otras veces, a pesar de todo el buen deseo de hombres y caballos, nuestro vehículo protestaba y no quería moverse más : entonces, pasajeros y postillones, con picos, azadas y sogas, se transformaban en pontoneros, y cavando la tierra, hacían posible la prosecución del borrascoso viaje. Pero nuestras desdichas aun no han concluído. Cuando enfadado de tanta audacia me arrojaba al fondo del coche, cerraba los ojos y me esforzaba por meditar en la filosofía de Mahoma, volviéndome fatalista, una insolente rama de quebracho o una mimosa nudosa, me hacía sobre las mejillas una insolente caricia, dejándome el recuerdo de un arañazo.

El primer cuadro que nos muestra la provincia de Salta, está formado por altas montañas, reforzadas por un ribete de pequeñas colinas, que ora se juntan y se estrechan próximas al viajero, o se apartan rápidamente, dejando abiertas grandes llanuras cubiertas de bosques y de pastos.

Las pobres aldeas de Concha y del Rosario, no presentan sino casuchas tristes y sucias, y los espesos y húmedos bosques que las circundan, desarrollan miasmas peligrosos, fecundísimos en fiebres intermitentes. Todo este trecho del país, es conocido con el nombre de Frontera.

Continuando el camino, se da con regiones más alegres y cálidas. La vegetación variadísima del trópico se sobrepone a la monótona región de las mimosas, y allí se encuentran la sacharosa, el lapacho, el guayacán, el nogal del monte, el urunday, la tipa o yuchán, el pacará, el arrayán, con todo el cortejo fantástico de lianas y orquídeas parásitas.

El Campo Santo, con su nombre de mal augurio, muestra bellas plantaciones de caña de azúcar; después de pernoctar en Cogos, última aldea de las precedentes a la capital, se llega a ésta en pocas horas.

Sin embargo, he encontrado dos hombres, o mejor dicho, dos especies morales de hombre, que deseo haceros conocer antes que lleguemos allá. En mis viajes a través del continente americano, hechos sin socorro de ningún gobierno y sin más capital que mi lanceta y mi di-

ploma de médico, no he podido enriquecer la geografía ni las ciencias naturales con descubrimientos nuevos, pero me he ocupado de estudiar al hombre más que cualquier otra cosa : criatura a la que he encontrado siempre más interesante que las más espléndidas escenas de la naturaleza, pues el valor del universo entero es la medida en que lo contempla y lo comprende nuestra mente.

Pero antes de mostraros el esbozo de estas dos variedades de hombres, que arranco de mis anotaciones como páginas de un herbario o de un álbum, quiero justificar el vocablo *especie* que he puesto en bastardilla, precisamente porque deseaba invitaros a estudiarla. Creo que se puede hacer una clasificación moral de los hombres, igual a la que se ha hecho con los minerales, con las plantas y los animales. Las variaciones infinitas de las facultades del sentimiento y de la inteligencia. son fenómenos que se pueden reducir a fórmulas bien definidas, y que no son menos reales que el ángulo de los cristales, el número de los estambres o la forma de los dientes, aunque sea más difícil su estudio. Sin embargo, desde que esta verdad apareció lúcida y segura en mi mente, hacen muchos años, me he preocupado de coleccionar en una numismática humana, todos los individuos con quienes tenía vínculos de familiaridad o relación. Los he observado con calma, describiéndolos con la misma escrupulosidad con que se estudian todos los cuerpos de la naturaleza, recogiendo materiales para un Sistema del mundo humano.

No quisiera, por piedad, que estas palabras, demasiado audaces o ampulosas, sugiriesen una promesa temeraria. Si mi vigor no desmaya y mi vida no se troncha antes de tiempo, espero, antes de morir, hacer un esbozo de la clasificación moral de los hombres.

Cuando la psicología descienda de las alturas metafísicas y se digne entrar en el humilde y seguro campo de las ciencias de observación, cambiará de nombre y se llamará simplemente fisiología del cerebro humano Entonces trazaremos sus confines, dentro de los cuales se mueve el pensamiento y palpita el sentimiento; anotaremos las pasiones y las ideas como fenómenos variabilísimos, pero regulados en sus mutaciones por leyes constantes, y las diferencias de grado o de forma de estos fenómenos, nos darán las bases de una clasificación natural de todos los hombres nacidos bajo el sol.

Los diversos grupos de las facultades, reunidos armónicamente en torno de los poderes mayores, nos muestran las fisonomías de los caracteres, así como el agrupamiento variado de los órganos modifica las plantas y los animales, volviéndolos aptos a formas de vida diversas.

Y entonces no soñaremos en un hombre artificial, imposible e irrealizable, sino estudiando la elasticidad natural de las facultades singulares, trazaremos los límites seguros de la perfectibilidad humana, la filosofía de la educación y el sistema métrico de la vida civilizada.

En una palabra, tendremos familias humanas, especies y variedades; y si los fenómenos morales o intelectuales escapan a nuestros sentidos para caer en el dominio vago o incierto de las contemplaciones internas, debemos necesariamente perfeccionar el lenguaje para definir mejor las cosas poco claras, y buscando un elevado designio, nos perfeccionaremos nosotros mismos para alcanzarlo. Aunque ya no se usa el sistema de Linneo, las clasificaciones más naturales de las plantas derivan de él, y puede considerárselo como el padre de todos : y si plantas, piedras y animales, deben reunirse en grupos naturales para poderlos estudiar, ¿cuál no sería la ventaja de clasificar a los hombres, unidad más preciosa entre cuantos individuos hay en la naturaleza, factor primero y último de cuanto somos y queremos ser?

Mientras tanto, sean estas palabras como la seña que planta el minero allí donde ha descubierto la veta que espera abrir algún día.

Cuando se vadea el arroyo que separa la provincia de Tucumán de la de Salta, podríamos decir que hemos salido de la Confederación Argentina, si los confines de los países fuesen trazados por la naturaleza o por la ciencia, no soldados por la violencia, a hierro y fuego. Salta y Jujuy, extremos países del norte de la República, pertenecen de hecho al Alto Perú, por sus costumbres y orígenes, por todo lo que puede servir a estampar profundamente en un pueblo una fisonomía propia.

Hemos dejado en Trancas al último gaucho. El campesino que se encuentra más al norte, es un arribeño (hombre del alto), y éste llama a los de las provincias meridionales, abajeño (hombre del bajo). Es verdad que los argentinos de la Pampa llaman arribeños aún a los cordobeses y tucumanos, pero el vulgo llama loros a todas las aves que se parecen al *Psittacus parlero*, huésped de nuestra casas, mientras que el naturalista encuentra en esos papagallos géneros diversos y centenares de especies. Así, dignaos permitirme que me atribuya el derecho de llamar arribeño sólo al habitante de Salta y Jujuy.

Allí donde la Pampa cede terreno a los bosques de mimosas, el gaucho, obligado a perseguir los caballos y los otros animales bovinos por la espesura de los matorrales y las selvas, debe agregar a su recado, que ya conocemos, el guardamonte, especie de gran escudo de cuero

que puesto a horcajadas sobre la silla, baja por delante y hacia ambos lados, para defender las piernas del gaucho de las espinas de los árboles. Ese estorbo quita ya al argentino la prontitud de los movimientos y el aspecto libre del hombre del desierto, y el que ahora vemos con guardamonte, puede ser llamado, sin escrúpulo, un semigaucho.

Si ese estorbo, empero, disminuye la agilidad del argentino, no le arrebata nada de la insolente independencia del carácter moral del gaucho.

El arribeño es un hombre completamente distinto. Maneja todavía el lazo, también conoce las bolas, pero es tan diferente de su hermano del sur, como los caballos del norte, de casco enroscado en acero, difieren de sus paisanos del sur, de casco blando y ancho.

Este hombre monta con preferencia sobre mula y no desdeña la humilde cabalgadura del asno; es pequeño, de color terráceo, con unos cuantos pelos desparramados caprichosamente por la cara como los mechones de hierbas de las estepas. Es taciturno en la soledad y en compañía; poco expansivo hasta en la embriaguez. Desconfiado del extranjero, al que poco conoce, no cultiva la hospitalidad y recibe al viajero con ceño de sospecha que corta el aliento y ahoga en la garganta el saludo expansivo y afectuoso del viajero que esperaba con ansia ver un rostro humano.

El arribeño es un boliviano argentino, porque sirviendo de paso a estos dos tipos americanos, los reune y confunde. Su impasibilidad, su aire hosco y tenebroso, parecen una paradoja en medio de aquel paraíso de cielo y de flores que lo circunda. A cada instante os sentís estimulados a cantar y a gritar, a bendecir la naturaleza, a besar esa tierra de luces y perfumes, pero os encontráis delante de una criatura inmóvil, que parece descontenta siempre, con un ceño de desconfianza perpetua. Verdaderamente os veis obligados, en este momento, a decir que el hombre de la campaña salteña es la peor de todas sus criaturas.

Entre tanto, dignaos recordar que ese hombre es un producto bastardo de los indios que obedecían al imperio de los Incas, y que apenas se adivina la gota de sangre europea que se filtró en sus venas. En la provincia de Salta, los blancos son españoles o casi españoles, y entre ellos se encuentra cultura, bondad, todas las virtudes y los defectos del ibero del que derivan.

Anotad estos hechos para ilustrar con ellos la historia de las razas y el estudio de la influencia de los climas.

Si habéis recorrido el trecho que separa el borde septentrional de la Pampa de los primeros peldaños de los Andes, habréis, sin duda, topado con un minero, en la diligencia, en la fonda, en el círculo de las tertulias (conversaciones). Aunque no seais *amateur* de las especies morales del *homo sapiens*, puedo deciros que el minero habría resaltado a vuestra vista y lo hubierais descubierto entre una muchedumbre de otras especies vulgares.

El minero, a los pocos minutos de conversación, sea que se hable del precio del azúcar o de una grave revolución política en el país, concluye por hablar de minas y minerales. Si nadie le escucha, no importa, sigue hablando siempre de lo mismo. Hace dos meses que ha descubierto un filón de cobre que promete el ciento por uno de beneficio; lleva gastadas cincuenta mil liras y no ha ganado un cobre; pero está seguro de su suerte y ríe compasivamente del que le opone la más mínima objeción. Esa mina de cobre, sin embargo, es nada en comparación de dos o tres minas de plata que ha señalado y para cuya explotación está organizando una sociedad : ha encontrado polvo de oro en diez ríos diversos y espera encontrar carbón fósil, estaño y plomo en otros varios lugares.

Si alguien interrumpe al minero en la explicación de sus tesoros, él no se cuida de interruptores y objeciones, sino que habla siempre y es capaz de seguir hablando solo si sus víctimas huyesen. Pedí a un excelente minero, a quien iba recomendado y que veía por primera vez, noticias sobre los médicos y las enfermedades del país; me respondió distraído, y dos minutos después, comenzó a hablar de minas y de filones, y durante hora y media continuó con el mismo argumento, subiendo siempre de tono, sin que me diese cabida para meter una hoja de cuchillo entre las palabras que brotaban de sus labios inspirados, compactas como un cuadro de combate.

El minero jamás está tranquilo. Duerme, es cierto, pues comparte con los hombres, sus hermanos, esta triste necesidad, pero aún durmiendo sueña con cobre, oro y plata.

Amalgama la fuerza ardiente y convulsa del jugador y la monótona pedantería especulativa del negociante, que forman una verdadera contradicción moral, un anacronismo viviente. Hoy es rico, millonario, pero el minero sobrepuja al hombre, y no se detiene en sus millones sino que los emplea en cultivar su propia pasión, y a menudo su propia ruina. Dentro de un mes puede ser pobre, más pobre que el último de sus obreros. Vuelve entonces a vagar de nuevo por cerros y montes, a hacer proyectos, imaginar especulaciones siempre nuevas y más

temerarias siempre. Si goza de larga vida puede sufrir estas vicisitudes muchas veces.

El minero, igual en esto a todos los hombres de grandes pasiones, nunca envejece. Conocí a uno, nacido y crecido en Copiapó, en Chile, y que conservo celosamente en mi museo de numismática, que se jactaba de haber hecho y deshecho su fortuna más de catorce veces, y aunque tenía grises los cabellos, me decía que estaba en vísperas de ser un segundo Rothschild, y contábame todo esto con boca sonriente, inyectados los ojos con el ingenuo entusiasmo de una primera pasión.

Este es un esbozo para un álbum y no un cuadro, pero espero que bastará para justificar mi pretensión de haber querido hacer una nueva especie y tal vez un nuevo género del *hombre minero*.

CAPÍTULO XXI

Salta. — Bosquejo de la ciudad y de la provincia. — Productos, comercio e industria. — Los habitantes de la capital. — Oran, clima y enfermedades. — Tesoros de los bosques. — El valle de Zenta. — Poblaciones.

Apenas se traspasa la pequeña cuesta de un cerro, que junto con otro vecino se deprimen como para formar una puerta (Portezuelo), se presenta la ciudad de Salta, situada en el delicioso valle de Lerma. Las montañas, a derecha e izquierda, le forman como las paredes, una calle por la cual parece dirigirse hacia el norte, mirando al Alto Perú. Al occidente, las montañas se suceden escalonadas, creciendo siempre en altura hasta una cima siempre nevada que se vislumbra en las nubes extremas, y las sombras obscuras que descienden por entre cumbre y cumbre, dan un aspecto singular, casi fantástico, a esa parte del paisaje. El río Arias baña los pies de la ciudad, y en raras excepciones crece tanto que obliga a los viajeros a la natación : en todos los demás casos, se vadean sus aguas limpísimas y algo saladas.

Salta es una ciudad antigua, que cuenta con 11.716 habitantes, y que ofrece un aspecto algo distinto al de sus otras hermanas argentinas, por sus casas de dos pisos con raros balcones españoles, con techos de teja y no de azotea, las calles algo menos regulares y que se permiten violar la monótona eterna cuadratura de las otras ciudades de la Confederación. Tiene una plaza herbosa y seis iglesias : la Merced, la Viña, San Francisco, con un vasto convento de frailes, la iglesia del Colegio, la catedral y San Bernardo, con un monasterio de carmelitas. Posee un hospital de modestas proporciones, un cabildo, y por varios años funcionó un buen colegio fundado por un jesuíta, un tal Agustín Bailón.

Esta ciudad, apenas distante de un grado del trópico de Capricornio, tendría un cielo de fuego si su altura sobre el nivel del mar (3700 pies) no lo atemperase, de suerte que su clima puede asemejarse al

de Andalucía o al de Sicilia. Está situada sobre uno de los puntos más inclinados del valle y rodeada de charcos (*tagaretes*), y nadie perdonaría a sus fundadores este grosero error, sino lo justificase la necesidad de defenderse de los indios, colocando entre ellos y la ciudad naciente, la barrera de esos insalubres pantanos. Algunos, al contrario, pretenden que la etimología del hombre de la ciudad deriva del verbo saltar : ejercicio gimnástico que necesitaban hacer los primeros pobladores para habitar su ciudad, convertida casi en isla por las aguas que la circundaban.

La ciudad de Salta se jacta, con razón, de tener en su provincia todos los climas del mundo reunidos en pequeño espacio, porque a diez leguas de la capital se encuentra hielo con el que se fabrican helados, y a la misma distancia hacia el sur, Campo Santo le ofrece azúcar, bananas y la deliciosa chirimoya. Pocos países ofrecen mayor variedad de productos a los agricultores, tesoros más ricos al naturalista, y, por desgracia, también más variados casos clínicos al médico observador : en un mismo día, ví la verruga, la elefantiasis tuberculosa, la neumonia y la disentería.

La naturaleza ha señalado a esta ciudad su puesto entre las ciudades del centro argentino, de las que tuvo por tantos años la primacía comercial. Situada a las puertas de Bolivia y a pocos días de marcha del Pacífico, se transformó en el vehículo natural entre el Alto Perú y el Río de la Plata, entre las provincias argentinas y Chile. Compra caballos y mulas en la Pampa, los amansa y engorda en sus pastos hasta que la abundante piedra, que esos animales no conocían, les endurece el casco y después los vende con pingüe provecho en Calama, La Paz y hasta en Lima. Recibe de Bolivia, coca, plata de contrabando, café, cacao, y manda ganado, carne seca, trigo, y también productos de la industria europea. Por este activo intercambio, Salta mereció el nombre de puerto seco, y dió gran provecho a muchos de sus habitantes.

El comercio que se ofreció tan espontáneo y lisonjero a los salteños, les hizo olvidar las riquezas del suelo, las que recién fueron estudiadas en estos últimos años. En los valles calchaquíes, el trigo, el maíz y la quinoa, dan productos seguros que el agricultor debe cuidar, porque en las partes más cálidas de la provincia, el polvillo (herrumbre) y la langosta, arruinan con frecuencia sus mejores esperanzas. Esos valles, poblados por una raza indígena que más adelante estudiaremos, dan vinos excelentes, de poco color, de sabor finísimo. En las regiones calurosas de la provincia, la caña de azúcar prospera como en el Bra-

sil, y es justo hacer el merecido elogio de los salteños, que con pequeños capitales han fundado establecimientos que honran bastante a la industria argentina. Citaré entre las primeras, la hacienda de Ledesma, situada en la provincia de Jujuy, pero poseída por la familia Ovejero, de Salta, y la de los Cornejo y los Figueroa, en Campo Santo. En todos estos establecimientos se planta la caña, se refina el azúcar, se preparan melazas, aguardiente y guarapo, que es una bebida alcohólica ligera y muy exquisita. Mi suegro, el senador Saturnino Tejada, fué el primero que tentó el cultivo de la caña azúcar en sus tierras de Cerrillos, a tres leguas de Salta, y logró buen resultado. Los hielos de algunos días de invierno, obligan, sin embargo, a cortar la caña más temprano, por lo que convendría venderla en la ciudad, donde la chupan criollos y extranjeros.

Cornejo tentó en estos últimos tiempos, en Campo Santo, el cultivo del café y los resultados ya obtenidos prometen grandes esperanzas para el porvenir. En las Piedras, Palacios tiene una importante plantación de algodón.

La tenería de cueros, que se practica con la corteza del sevil blanco, especie de mimosa, da excelentes cueros que se despachan a Buenos Aires y a las demás provincias platinas. Fueron premiados con medalla de oro en la exposición de Córdoba.

Salta posee casi todas las frutas de Europa y muchas del trópico, sin excluir la chirimoya, que es sin duda la fruta más exquisita del mundo y que oculta, bajo su corteza verde y aterciopelada, una crema fresca que reune los sabores de la fresa, de la vainilla y del durazno.

Los ríos salteños son abundantísimos en peces, y se puede enriquecer la mesa con el surubí, el sávalo, la vieja, el dorado, el dentudo, el bagre, la boga y muchos otros de nombre y sabor distintos.

Hay en los bosques faisanes (pava del monte), perdices, papagallos, corzuelas (gacelas), chanchos del monte (javalís), cientos de pájaros y cuadrúpedos diversos.

De otros muchos productos naturales trataremos al hablar de Orán, uno de los distritos menos conocidos de la provincia y que tanto promete a la emigración europea.

Sin embargo, con tanta riqueza natural, la población de la provincia, que es de 88.933 habitantes, oscila lentamente hacia abajo y la escasa inmigración alcanza apenas para mantener vivo a uno de los países más ricos del suelo argentino. Si aquí se fundasen nuevas ciudades, si las colmenas humanas creciesen todos los días y nuevos pobladores fecundasen la tierra, la estadística registraría, con grandí-

sima complacencia, este hecho, y encontraría en las condiciones del suelo la razón necesaria de tanta prosperidad. Pero en los acontecimientos humanos, desde el hecho simple y elemental de un pensamiento hasta el resultado complejo de la prosperidad o de la decadencia de un pueblo, hay tal conjunción y entrelazamiento de elementos tan diversos que resulta muy difícil avaluar con rigor científico el grado de influencia y la medida de las acciones.

La plebe de Salta es una de las más desgraciadas que conozco. Parece que los peores ejemplares de las razas europeas, indias y negras, se hubiesen dado la mano para formar una familia raquítica y monstruosa. Se observa el bocio, el cretinismo y a menudo una atrofia de la vida que la hace débil a todas las causas perturbadoras de la salud. Con buenos alimentos, con un clima al que no puede llamarse malo, con la regeneración de un continuo incremento, se encuentran, sin embargo, criaturas que parecen destinadas por la naturaleza a arrastrar una vida escasa de energía y de placeres y a morir antes de tiempo.

Cuando un extranjero recorre por primera vez las calles de Salta, siente que el corazón se le oprime al encontrar a cada paso mestizos de cabellos lanosos y cigomas pronunciadísimos, en los que la anemia, apareciendo a través de una piel fangosa, asume un tinte lívido que da miedo. Más adelante se ve un enjambre de burritos atróficos y flaquísimos, cargados de leña y conducidos por una familia silenciosa de cholos, de cabellos sedeños caídos sobre la frente, piernas enjutas, y que no expresan alegría ni dolor, ira ni deseo sobre sus rostros petrificados.

Sin embargo, cuando entráis a las casas acomodadas, adelántanse gentiles y bellas señoritas, de largas pestañas y ojos andaluces, y sois presentado a honorables caballeros de continente noble y desdeñoso, y en todas las familias puede verse el aspecto de una vida abundante y robusta. Efectivamente, en Salta, la plebe y los ricos, forman dos naciones diversas, que viven bajo el mismo techo, pero que llevan escritos sobre el rostro orígenes diversos y diversos destinos.

Donde la sangre española se ha mantenido pura y donde el desahogo ha combatido las causas perturbadoras, se encuentran la salud y la vida; en donde fermentaron en impuro crisol muchos miserables gérmenes humanos, nacieron la atrofia física y moral, precursora de la inevitable muerte de la raza que de allí salió.

Apartad este hecho del libro de la naturaleza y encontraréis un argumento para corroborar el mal resultado del cruzamiento de las

razas, y tomando esta excepción y colocándola con ingenioso artificio próxima a otros hechos rarísimos, veréis que basta y sobra para negar una de las leyes más fundamentales del organismo humano; tan es verdad, que los hechos nada representan por sí mismos cuando son sacados del orden correspondiente, cuando no los fecunda la luz de una lógica robusta, de una crítica franca y sutil.

Todo el mal que hoy observamos en la clase pobre de Salta, es debido tal vez a los primeros pobladores, que enfermos y exhaustos, transmitieron una mala semilla a las generaciones futuras, y tal vez la estadística de las enfermedades y de la mortalidad nos hable con mayor elocuencia que la razón enteramente física de esta atrofia.

Mientras tanto, apuntamos el hecho y lo dejamos en su lugar.

Orán, con el distrito de que es cabeza, es una parte importante de la provincia de Salta, al que dedicaremos algunas páginas, porque la emigración europea encontraría allí condiciones excelentes de rápida y próspera fortuna. Este lento y continuo derrame de la raza europea, demasiado rellena de habitantes, no se puede impedir, y más que maldecirlo se debe dirigirlo, para que las colonias lejanas honren la cepa a que pertenecieron y formen nuevas colmenas de civilización libre.

Orán pertenecía bajo el gobierno español a la Capitanía general de Salta, que desde su centro político mandaba órdenes a las Tenencias de gobierno de Jujuy, Tucumán, Santiago y Catamarca. Si amáis los pergaminos, encontraréis en los archivos de Orán la real cédula con que Carlos IV le acordaba un escudo de armas con los acostumbrados adminículos de circunstancias : oropeles engañadores, cosquilleo de vanidades mezquinas que cultivaban las pasiones municipales y semilla de futuras discordias, si el amor por la libertad no hubiese resultado más poderoso que el rey de España.

La ciudad fué fundada en 1791 por el intendente gobernador y capitán general don Ramón García León de Pizarro. Está situada en un valle abierto, que comienza en las últimas colinas que parecen sostener a guisa de contrafuerte la cordillera de Zenta. Casi todas sus casas son de ladrillos crudos y paja, y sólo a cada largo trecho, una casucha edificada con cuidado, alza su cabeza, orgullosa de su techo de tejas. La plaza y casi todas las calles, verdeantes de plantas y hierbas, parecen campos más que calles. En 1869 contaba 10.538 habitantes.

Situada sobre la línea del trópico de Capricornio, tiene fuerte calores, algo atemperados por los vientos dominantes del sud. El distinguido gobernador Villafañe, que nos ha facilitado muchas de estas

noticias, observó en su casa, en los meses de diciembre a enero, que son los más calurosos del año, estas temperaturas: 22°, 23°, 23°, 21°, 19°, 18°, 20°, 23°, 22°, 23°, 24°, 22°, 23°, 24°, 22°, 22°, 21°, 20°, 21°, 22°, 23°, 21°, 20°, 19°, 16°, 14°, 16°, 17°, 18°, 18°, 19°, 19°, 19°, 18°, 20°, 20°, 20°, 22°. En el verano, casi todas las semanas, un temporal refresca el aire sin arruinar los sembrados con el granizo.

El doctor A. Baudrit (Baudrix ?), médico francés, que ejerció algún tiempo en aquel país, decía que en invierno se observaban en Orán inflamaciones agudas de los órganos respiratorios y anginas, y que en el verano y en el otoño las disenterías y las fiebres intermitentes no eran graves. Esta ciudad, muy malsana en los primeros tiempos de su fundación, cuando estaba rodeada por todos lados de bosques vírgenes, fué mejorando de clima y sucesivamente la agricultura fué conquistando nuevas tierras a la selva, por lo que hoy Orán no es más malsano que Tucumán y Salta.

Aunque se encuentra tan lejos del centro de tráfico y sobre las fronteras del gran Chaco, hay entre los habitantes de la ciudad algunos estudiosos. Villafañe encontró allí obras de Byron, de Chateaubriand, de Lamartine, de Klopstock, de E. Sué, de Dumas, la *Historia universal* de Cantú, la de la civilización por Guizot, las obras de Rousseau, las cartas de lord Chesterfield. Es necesario haberse encontrado a seis o siete mil millas de la patria, en el silencio salvaje de las selvas americanas, para experimentar una alegría delirante al encontrar de nuevo los libros que nos iniciaron en los estudios de la adolescencia y de la juventud. Parece que se volviese en aquel momento a ver la patria, a abrazar un hermano, un amigo.

A cuatro leguas de la ciudad, se encuentran los primeros escalones de la cordillera de Zenta, que corre de norte a sur, dejando caer de sus flancos cinco ríos que van a perderse en el Bermejo o en el río Grande de Jujuy. Son el Pescado, el Zenta, el Santa María, el Colorado y el de las Piedras.

Los peces, que abundan en estos ríos, han dado nacimiento a una una pequeña industria, que bastaría ella sola para dar fortuna a más de un emigrante. Los peces más grandes, cortados y puestos a secar al sol, se venden en los mercados meridionales de Bolivia, a 24 y 30 escudos el quintal, mientras que su acarreo sólo cuesta diez liras.

Los bosques próximos a Orán forman claros que dejan, de trecho en trecho, un oasis de terreno herboso, en los que se cultiva tabaco, que podría rivalizar con el de la Habana, si el arte se aliase con la

naturaleza. El arroz produce, según Villafañe, el 150 y hasta el 200 por uno, es de calidad superior al del Brasil y al de Tucumán. El maíz rinde el ochocientos por uno. El índigo es indígena; el algodón casi no necesita cultivo.

La caña de azúcar y el café esperan impacientes el arado y la mano inteligente del agricultor.

Los bosques riquísimos en maderas preciosas, han dado ya ganancias fabulosas a los primeros que mandaron por el Bermejo troncos y tablas al Río de la Plata. Por una carta que he recibido de Salta, sé que los hermanos Palacios, con el trabajo de un año, mandaron una balsa a Buenos Aires que les produjo una ganancia de mil onzas de oro.

He aquí, ahora, los nombres de estos tesoros :

Quinaquina, árbol alto y derecho, de 25 a 30 varas (la vara equivale a metros 0.860), de tablas larguísimas, de magnífico color pajizo, y que por sus vetas raras y elegantes puede rivalizar con la caoba. Esta planta, que no debe confundirse con el árbol de la quina, que en América se llama cascarilla, tiene una resina perfumada, que puede obtenerse en gran abundancia, haciendo incisiones en el tronco.

Cedro, de 20 a 25 varas de altura y que a veces alcanza un diámetro de vara y media. Su madera es óptima para construcciones y muebles, semejante a la caoba de Santo Domingo.

Guayacanillo, árbol descubierto hace poco tiempo, su madera amarilla presenta vetas de singular belleza.

Guayacán, de ocho a diez varas de altura, bastante parecido a la magnífica madera de lujo, el *jacarandá,* y que por su color y la estructura fina y compacta, recuerda al ébano. Lo he encontrado también en la provincia de Tucumán. Sus frutos, riquísimos en tanino, sirven para el teñido en negro.

Mistol, de igual altura que el precedente; da madera más resistente que el ébano, jaspeada de amarillo y de café, sobre un fondo color birrete.

Nogal, de 20 a 25 varas de altura; da una magnífica madera de construcción y frutos oleosos que encontré muy buenos. (¿ No será el *Juglands nigra?)*

Laurel, de 15 a 20 varas de alto; madera de color verde claro, con vetas amarillentas.

Perilla, da una madera de color amarillo subido, lisa como el marfil y excelente para los trabajos de torno. Puede dar tablas de ocho a diez varas de largo, y de un cuarto o de un tercio de vara de diámetro.

Lapacho, se alza hasta 25 varas, con un diámetro de media vara; madera dura, excelente para naves, carros, trabazones, etc.

Quebracho blanco, llega hasta 30 varas de altura; madera amarilla rosa, óptima para ruedas; da una corteza febrífuga.

Quebracho colorado, poco menos alto que el precedente; da una madera robusta, que enterrada, parece petrificarse.

Urunday, da una madera muy semejante a la del quebracho colorado, pero algo frágil.

Tipa, de 20 a 25 varas de altura; da una madera blanca y livianísima.

Roble, de 15 a 20 varas; madera amarilla.

Espinillo. de altura igual, con el tronco tortuoso y madera amarillenta.

Palo amarillo, de 10 a 15 varas de altura, excelente para tirantes.

Mora, de 10 a 12 varas de alto; da una madera amarilla y sólida como la del quebracho colorado.

Yuchán o *palo borracho*, de un aspacto tan raro y grotesco que parece una caricatura del reino vegetal. Su tronco se parece mucho a una gran tinaja, cubierto de tubérculos espinosos como la piel del cocodrilo, y se ciñe al ras de la tierra y hacia la parte donde nacen sus ramas en abanico. Su madera livianísima, se corta como el jabón; sirve su liber para fabricar cuerdas y tejidos groseros; su fruto, cuando está maduro, se abre y deja escapar gran abundancia de un algodón livianísimo y lustroso, que no tiene otro defecto sino la gran cortedad de sus hilos : he visto colchas tejidas en Santa Cruz de la Sierra y en Santiago, con los copos del yuchán, que parecían hechas con retazos de seda. Como la lana, puede servir perfectamente para rellenar colchones y cojines. ¿No será esta planta el *Barrigudo* del Brasil o la *Chorisia ventricosa* de Nees y Martins, que Saint-Hilaire encontró abundante en aquel imperio, y que por la terneza de su madera es empleada por los botocudos para hacer esos discos originales con los que se agujerean el lóbulo de la oreja y el labio inferior? El *yuchán* recuerda, en un todo, el aspecto de un árbol que ví dibujado en un paisaje del Brasil con el nombre de *Cavanillesia tuberculata*.

Chacupie, de 3 a 4 varas de alto; da una madera tan dura que rivaliza con el acero. Se hacen con ella cucharas y peines.

Palo santo (Guayacum), conocido por todos a causa de la dureza y la incorruptibilidad de su madera y por sus aplicaciones medicinales.

Bobo, 10 varas de alto; da una ceniza riquísima en potasa, que sirve para hacer jabón.

Sapallo carpí, ídem.

Stato cuito, ídem.

Cevil blanco y *colorado,* con cortezas excelentes para la tenería de cueros.

Palma, da magníficas columnas de 15 varas de alto, óptimas para tirantes y canales.

Sacharosa, arbusto elegante, lleno de peligrosísimas espinas, con flores semejantes a la de la rosa; óptima para cercos vivos.

Lanza, suministra a los indígenas la madera para las lanzas y flechas y a la civilización un material inmejorable para los trabajos que exigen madera durísima y elástica.

Huallavi, hermano del precedente.

Pino, que alcanza una altura de 8 a 15 varas, inferior al pino de de Europa y menos flexible.

Pacará, con tronco de 6 a 8 varas; da una madera blanda para construir cubos y escudillas. Su corteza y su fruto pueden servir de jabón como el *quillay* (1).

Timbó, igual que el precedente, por sus aplicaciones.

Arrayán, da una madera tan dura que puede servir para clavos.

Mato, de 5 a 6 brazos de altura, con madera de color blanco marfil. Tiene un fruto comestible.

Alagarrobo (Prosopis), árbol común que da buena leña.

Quina olorosa, de 10 a 12 varas de alto. Su corteza tiene el perfume del almizcle, menos intenso y más agradable.

Ceibo (Erythrina crista-galli), madera liviana.

Los bosques de Orán también pueden jactarse de poseer la *Coca indígena* y el *Ilex paraguayensis* (yerba mate) (2).

Hasta ahora los terrenos del valle de Zenta han tenido poco valor. Una vasta extensión de 14 a 16 leguas cuadradas, poseída por uno de los fundadores con una huerta y un pequeño terreno en la ciudad, fué vendida en 1856 por 2500 escudos. En la capital del distrito se han vendido terrenos para construir casas, por 60, 70 y 100 francos,

(1) Con este nombre se conocen dos plantas de Chile, descriptas por De Candolle con los nombres de *Quillaia smegmadermos* y *Quillaia Molinae (Prodrom.,* etc., 2, 517). Ruiz y Pavón llamaron a la planta de Molina, *Smegmadermos emarginata* (Flora peruana). La corteza de esta planta es un verdadero jabón vegetal y se encuentra en el comercio bajo diversos nombres.

(2) Mantegazza, *Sulle virtù igieniche medicinali della coca,* etc. V. *Ann. Univ. di Medicina,* marzo 1859. *Lettere mediche sull'America meridionale,* vol. II, página 62.

y otros ya cercados de setos y plantados de naranjos, por 200, 250, 1250 y 1500 francos, según su posición más o menos central y el número de árboles frutales.

La navegación del río Bermejo, centuplicará de inmediato el valor de estas tierras desiertas, y para formarse una idea del silencio que reina en estas regiones, basta echar una ojeada sobre la carta geográfica publicada en la última obra de Page (1), y otra sobre estas cifras que representan la población íntegra del distrito de Orán, no hace todavía veinte años.

Población del valle de Zenta

	Habitantes
Ciudad de Orán........................	1.380
Sobre el Río Colorado....................	145
San Antonio o Costa Norte del Río Pescado..	333
Total................	1.858

Orillas del Bermejo

Orilla oriental del Bermejo o de Manso......	256
Orilla occidental o de San Francisco.........	465
Total.................	721

Centros de población al oeste de Orán

San Andrés a 18 leguas al occid. de la ciudad.	721
Iruya a 30 leguas al noroeste de la ciudad....	2.254
Santa Victoria a 56 leguas de la ciudad......	2.797
Total................	5.772

Luego, la población total de Orán, es de 8351 habitantes (2).

(1) PAGE, *La Plata, the Argentine Confederation and Paraguay*, etc. London, 1859.

(3) B. VILLAFAÑE, *Orán y Bolivia a la margen del Bermejo*. Imprenta del Comercio. Salta, 1857.

CAPÍTULO XXII

El Río Bermejo y sus afluentes. — Historia de su navegación. — Mi colonia italiana. — Diversos modos de colonizar las orillas del Bermejo. — Datos topográficos. — Inexperiencia e instintos de los emigrantes. — Industrias principales de Orán. — La garrapata.

Después de haberos dado un catálogo de las riquezas que tienen reservadas al porvenir los bosques de Orán, dignaos estudiar conmigo las arterias de los ríos que conducirán un día esos tesoros al océano, para difundirlos por los mil centros de la civilización caucásica. Mientras en Europa debemos esforzarnos, a cada paso, para adivinar los orígenes de las artes y de las ciencias entre las nebulosas tradiciones del evo antiguo, en América sucede lo contrario, y la naturaleza, mostrándose a nuestros ojos desnuda y salvaje, como ha salido de las manos de la última creación geológica, nos ayuda a ser profetas del porvenir, más que cronistas del pasado.

El Bermejo, llamado así por el color rojizo de sus aguas, está formado en la parte inferior de su curso, por dos ríos principales, que nacen en la provincia de Tarija y provienen de las altiplanicies y de los valles de los Andes, entre los 21°30′ y 23° sur. La rama superior que pasa por la ciudad de Tarija, en Bolivia, y recibe más abajo el Itau, es el brazo más considerable y lleva el nombre de Bermejo de Tarija. A los 22°20′ aproximadamente de latitud, se une a ésta una otra rama que viene del oeste, separa a Tarija de la última provincia argentina de Jujuy, y es el Bermejo propiamente dicho. Estos dos troncos reunidos, forman un gran río que baña los pies de las altas cadenas de Santa Victoria y de Iruya, y desciende hacia las llanuras de Orán. En este trayecto, el río es rápido y parece un torrente : corre por entre medio de altas selvas y se engrosa con dos robustos arroyuelos, el Pescado y el Zenta. En las proximidades de Orán se relaja bastante, y en Las Juntas, unido al San Francisco, se vuelve un río

tranquilo y profundo, que se dirige hacia el sudeste, haciendo muchas curvas a través de las tierras arcillosas del gran Chaco.

El San Francisco es un río, por sus proporciones, muy semejante al Bermejo, con el que se confunde. Lo forman dos arroyos : el río Grande de Jujuy, que nacido en la altiplanicie de Abra de Cortaderas, recorre de norte a sur el valle de Humahuaca, engrosándose con los afluentes que recibe por el camino, y el Lavayén, que recibe las aguas de la región sudeste de la provincia de Salta. Estas dos ramas, reunidas cerca de la villa de San Pedro, forman un ancho río que corre por un magnífico valle y recibe de las altas y boscosas montañas de Calilegua, el río Negro, el Ledesma, el San Lorenzo y el Colorado.

Desde Las Juntas hasta que penetra en el Paraguay, el Bermejo, en una extensión de 210 leguas, no recibe ningún afluente y presenta siempre el mismo aspecto : lecho profundo y bastante ancho, márgenes cubiertas de bosques o de campo abierto. Su dirección general es hacia el sudeste y recorre casi cinco grados de longitud, tres y medio de latitud en una largura de 624 millas.

Estas observaciones fueron hechas por el capitán Lavarello en su viaje a bordo del *Zenta.*

Esquina Grande es un recodo que forma el río hacia el sur, aproximándose de nuevo a Salta. Por sus alrededores se encuentran lagunas de aguas excelentes, que parecen invitar al colono a que pueble los campos con ganado bovino y caballar, y el río es allí bastante profundo como para que las naves puedan apoyarse en la orilla. En la época de la seca, las que calan más de metro y medio, no pueden remontar el río más allá, por lo que se trata de formar allí un puerto que comunique directamente con Salta por un camino de carretas.

Los contornos de Esquina Grande están poblados por indios matacos, muy pacíficos. Desde este punto, el Bermejo continúa su camino hacia el sudeste, sin presentar ningún obstáculo a la navegación. Por sus orillas vagan numerosas tribus de matacos, chunupies, aalas, belelas, tobas y mocobis, que viven de la caza y de la pesca. Los tobas son los únicos temibles y entre ellos fué que don Gabino Arias fundó en 1780, cerca de la laguna de las Perlas, la Reducción de San Bernardo, a 25°30′ y 63°8′, colonia que fué abandonada a principios de este siglo.

Quince leguas más lejos, se encuentra el lugar que recuerda la otra Reducción de Santiago, fundada entre los mocobis, conocida por todos con el nombre de Cangaya. Estaba cerca del río, sobre las márgenes de una bella laguna, y aún se ven los árboles frutales que plan-

taron los misioneros. A una cuarentena de leguas de la desembocadura del Bermejo, en el Paraguay, se ven las ruinas de la pequeña ciudad de Concepción, fundada en 1585, y abandonada en 1631 a causa de las continuas incursiones de los indios del Chaco. El Bermejo desemboca en el Paraguay a los 26°51′ latitud E. y 60°50′ longitud O.

El largo total del Bermejo ha sido exagerado por los primeros exploradores. Las últimas exploraciones le han reducido a 300 leguas aproximadamente, 200 de las cuales navegables en cualquier tiempo. El ancho varía de 60 a 280 metros, y el término medio es de 120. La profundidad mínima, en Las Juntas, es de un metro y medio, y llega hasta cuatro y cinco. La corriente nunca sobrepasa de dos millas. y la media proporcional es sólo de milla y media.

Las observaciones barométricas registradas por el distinguido doctor de Moussy, dieron para Orán una altura de 310 metros y para Corrientes 50.

En la época lluviosa, o sea en verano, el Bermejo crece, según el ingeniero Monetta, de 12 a 15 metros sobre el nivel mínimo, inundando muchas leguas de terrenos vecinos, pero dejando, de trecho en trecho, descubiertos algunos sitios más elevados que forman otras tantas islas.

El San Francisco ha sido navegado muchas veces. En 1870 don Adrián Cornejo hizo construir algunas embarcaciones y descendió por el río Ledesma, y remontó después por el Bermejo hasta la confluencia del Zenta. Morillo, su capitán, nos ha dejado el diario de su viaje.

En 1781 el mismo coronel Arias embarcóse en Cangaya y bajó hasta Corrientes, a donde llegó el 22 de febrero, después de un viaje de doce días.

Nueve años más tarde, don Adrián Cornejo partió de la embocadura del Zenta, a tres leguas de Orán, embarcándose el 27 de junio de 1790, y llegó al río Paraguay el 20 de agosto, a los 58 días de un viaje en el que visitó la Reducción de San Bernardo y la de Cangaya, adonde encontró al archidiácono don Lorenzo Suárez Cantillana, que ejercía una gran influencia sobre los indios (1).

En 1826 se formó la Sociedad argentina de navegación, con un ca-

(1) Dejó escrito el diario de su viaje en la *Colección Angelis*, que poseemos regalada gentilmente por el ilustre ministro argentino Gutiérrez. (Véase *Diario de la primera expedición al Chaco, emprendida en 1870 por el coronel don Juan Adrián Fernández Cornejo*. Buenos Aires, 1837. *Diario del viaje al río Bermejo por Fray Francisco Morillo de la orden de San Francisco*. Buenos Aires, 1837.)

pital de 300.000 duros (1.500.000 francos), y un marinero francés, apellidado Soria, bajó por el río en una barca construída sobre las orillas del Bermejo, cerca de Las Juntas. Saludado por los tobas con una nube de flechas, un poco más abajo de Cangaya, llegó al Paraguay el 11 de agosto, a los 57 días de navegación feliz. Arrestado por el tirano Francia, recobró recién la libertad en 1831, época en que el desgraciado explorador se marchó a Buenos Aires a dar cuenta de sus empresas, o más bien de sus desventuras.

Hay que esperar la muerte del autócrata de la China americana para intentar nuevas pruebas. En 1855 algunos negociantes salteños confiaron a un norteamericano, Ceyney Hickmann, el *Mataco,* de 120 toneladas de porte, pero murió de fiebre maligna en los primeros días de la navegación. Sus veinticuatro compañeros continuaron, sin embargo. su viaje y llegaron a Corrientes en 70 días y vendieron en este mercado, con gran ventaja, el cargamento que se les había confiado.

En octubre de 1854 los salteños encargaron a nuestro valiente capitán genovés Lavarello, descender el Bermejo, y al efecto construyeron el *Zenta,* en el que se embarcó con un oficial de la marina norteamericana, Cunningham, con un sobrino y pocos hombres de chusma. Este fué, entre todos, el viaje más útil para la ciencia. Los exploradores llevaron inmejorables instrumentos astronómicos, con los que hicieron un buen mapa del río. Surgieron, por desgracia, algunas rivalidades entre los dos navegantes y se originaron muchas acusaciones, que conviene recordar, para que la calumnia no ofenda a nuestro compatriota (1), al que tuve el placer de conocer en Paraná, apenas regresó de su viaje. Ví también dos cicatrices sobre las espaldas de su sobrino, producidas por dos heridas de flechas disparadas por los tobas.

(1) Apenas el *Zenta* se aproximó a las aguas del Paraguay, Lavarello que no podía pisar la tierra de la China americana, por razones que no he podido descubrir, atravesó a pie un extremo del Chaco, y por el Paraná pasó al suelo argentino. Su navecilla lo alcanzó allí y descendió hasta el Paraná, donde obtuvo premios honoríficos y pecuniarios del gobierno de la Confederación, al que presentó sus mapas y el diario de su viaje. El ilustre ministro Gutiérrez lo acogió con su acostumbrada cortesía y le procuró todo lo que un gobierno pobre pero inteligente podía hacer. Cunningham, en cambio, llegó con el *Zenta* a la boca del Bermejo, ofreció sus estudios y sus mapas al presidente del Paraguay y obtuvo un rico premio en onzas de oro, el diploma de capitán de fragata, y un espléndido sueldo con encargo de estudiar los ríos de aquella república. Nuestro compatriota acusó al americano de briboneria (*Nacional Argentino,* nº 291, 1856) y este llamó ignorante al capitán genovés (*Eco del Paraguay,* 10 de enero 1856). Yo que conocí à entrambos, puedo asegurar que los dos eran muy capaces de hacer los mapas del río, los que ojalá no permanezcan largamente olvidados en los archivos de los gobiernos americanos. Recordemos, ahora, el dicho sublime de nuestro Manzoni, cuán difícil es separar la injusticia de la razón con un corte neto y seguro.

El *Zenta* partió el 25 de septiembre de 1855 y llegó al Paraguay el 15 de noviembre, después de una navegación de cincuenta días.

Hacia fines de 1856, cuatro vascos, atraídos por las magníficas maderas de los bosques de Orán, se pusieron a la obra y con los músculos y la tenacidad de propósitos propios de su raza, lograron construir una armadía con las maderas más preciosas, sobre las que se dispusieron descender el río, intentándose disuadirlos de su temeraria empresa con todo género de razones. El coraje y la fuerza física les daban la conciencia del éxito, pero embarcados en julio de 1857, fueron muertos por los indios de la orilla oriental.

La compañía salteña ha echado un vapor al río, pero construído para aguas más profundas, bajó hasta Buenos Aires para no volver más al Bermejo. El pequeño vapor americano de exploración, *Pilcomayo,* de doce caballos de fuerza, remontó el río a fines de 1834, por espacio de cuarenta y cinco leguas en seis semanas, y recorrió el mismo camino, descendiendo, en día y medio.

Aunque profano en estudios agrícolas, no podía escapárseme la lisonjera promesa de una colonia sobre las orillas del Bermejo (1), por lo que antes de partir de Salta, propuse al excelente gobernador de la provincia, don Martín Güemes, un proyecto, que examinado por el gobierno y la Cámara de Representantes, fué después reducido a un contrato que publicó el diario de aquel país *(Comercio,* año III, 270, 23 de diciembre de 1857), y que literalmente traducido, dice :

El gobierno de la provincia, autorizado por la Honorable representación legislativa, por decreto sancionado el 16 del corriente mes, y el doctor Pablo Mantegazza, celebran el siguiente contrato :

Art. 1° — El doctor Pablo Mantegazza se obliga a conducir hasta la provincia de Salta, en el término fijo de dos años, contados desde el 1° de enero de 1858, treinta familias lombardas o piamontesas, sacadas de la clase agrícola. Cada familia contará por lo menos, de cuatro individuos de ambos sexos.

Art. 2°. — Estas familias serán elegidas de entre las más sanas y morales, y de aquellas que se dedican especialmente a la cultura de la morera, del trigo y otros cereales.

Art. 3°. — Cada familia partirá de Italia con un capital de mil pesos (5000 francos) que pertenecerá a una sociedad agrícola lombarda o piamontesa.

(1) Desde Montevideo a la embocadura del Bermejo, hay 300 leguas, y 227 desde este punto a Orán, 3030 kilómetros en total, todos navegables por vapores y naves de distinto porte. He aquí, pues, cómo desde el océano, se puede ir por agua hasta los pies de los Andes, al corazón del continente americano.

Art. 4°. — Esta suma será empleada en el transporte de las familias y en la iniciación de los trabajos agrícolas en el lugar en que se establezcan.

Art. 5°. — El gobierno de la provincia concederá a la colonia, de acuerdo con la ley de tierras públicas, 34 leguas cuadradas de terreno, de las que, por lo menos seis, sobre una u otra orilla del río Bermejo.

Art. 6°. — Se repartirá una a cada familia, quedando dos de frente por dos de fondo para el doctor Mantegazza, el que podrá elegirlas en toda la superficie concedida a la colonia.

Art. 7°. — La sociedad anónima del Bermejo (sociedad de navegación) se obliga a transportar gratuitamente la colonia, desde Buenos Aires hasta las orillas del Bermejo, a condición, sin embargo, de que el gobierno nacional le conceda el privilegio exclusivo que ha solicitado.

Art. 8°. — El gobierno de la provincia se obliga a consignar a favor del doctor Mantegazza, o de quien lo represente, la suma de 2000 pesos (10 mil liras) para los gastos de viaje, inmediatamente que cumpla lo que propone, o sea traer a la provincia las treinta familias de que habla el artículo 1°.

Art. 9°. — Si transcurridos dos años, el doctor Mantegazza no cumpliese las estipulaciones antedichas, este contrato quedará sin valor ni efecto alguno, pero se podrá prorrogar por dos años, si diese al gobierno razón de los justos motivos que le impidieron ejecutarlo en el tiempo indicado lo que deberá hacer antes que aquel transcurriese.

Art. 10. — Se firmarán dos copias de este contrato ; una quedará en los archivos de la secretaría general, y la otra será entregada al doctor Mantegazza.

Salta, 19 diciembre 1857.

MARTÍN GÜEMES,
Gobernador.

Pío José Tedín,
Secretario.

Doctor Mantegazza.

Los impedimentos previstos en el artículo 9°, se realizaron por desgracia, debido a las tristes circunstancias porque atraviesa mi país desde hace pocos años, y pedí y obtuve una prórroga de otros dos años (1).

En una carta que dirigí al gobernador de Salta, el 29 de diciembre de 1857, publicada en el diario de allí, decíale que esa provincia no podía lamentarse de la providencia, que le había dado uno de los suelos más fértiles del mundo y que en los diferentes peldaños de su esqueleto

(1) *La libertad en el orden*, 4 de mayo 1859,

geológico, presenta los productos de todos los climas, desde la *quinoa (Chenopodium quinoa)*, que disputa terreno a las nieves eternas, hasta la caña de azúcar, que necesita sorber mucha humedad bajo los rayos de un sol tropical. Salta posee agua, tierra y sol, en las condiciones más favorables para la vegetación, y sólo necesita la mano laboriosa del hombre, para que maneje y dirija estos elementos y arranque del suelo tesoros más cuantiosos y constantes que los de las minas de Potosí. La cría de ganados es un inmenso recurso para el país, pero el terreno que da hierba para cien vacas y mantiene una familia, puede, con la agricultura, dar alimento a centenares de hombres durante cien siglos.

Introducir a la provincia de Salta familias morales y laboriosas, sacadas de aquellos países que se dedican a la agricultura desde los tiempos más remotos, es hacer un bien al país y emprender una excelente especulación. Un propietario de terreno puede alcanzar estos fines de dos maneras diferentes, aumentando inmensamente sus rentas. Se puede celebrar un contrato con una o más familias de Lombardía por cierto número de años, pagarles el viaje y arrendarles un terreno más o menos extenso, haciéndoles pagar el precio del alquiler con productos agrícolas. Creo, sin temor de errar, que una familia podría ganar para sí todo lo que hoy produce el terreno al propietario, pagando a éste una renta tres veces mayor.

Si el propietario, transcurrido el término del contrato, no hubiese sabido conquistar la voluntad de sus colonos, tendría siempre su terreno bien cultivado, sin contar la benéfica influencia que ejercería sobre los indios el ejemplo de una buena industria agrícola.

La segunda manera, consistiría en invitar algunas familias agrícolas para que a sus propias expensas se viniesen a América, prometiéndoles un alquiler lucrativo por seis u ocho años, con más una prima en terrenos, inmediatamente después de transcurrido el plazo. De este modo, se lograría una inmigración todavía mejor que en el primer caso, y el propietario, después de haber obtenido buena renta por algunos años, pagaría barata la educación agrícola de su país, donando unos cuantos centenares de varas de terreno.

Es difícil, hasta ahora, determinar la extensión de terreno que puede trabajar una familia. Si aquél tiene riego, pocas varas son suficientes para lograr abundante producto, especialmente cuando es fértil y situado en clima salubre. De un colono de Lombardía no se puede esperar ninguna habilidad para la cría de ganado en campo abierto : sabe arar, sembrar, fabricar buenos quesos, pero ignora hasta el nom-

bre de las bolas y el lazo. Para el manejo de estas armas de la industria americana, hay que esperar la segunda generación, « y nosotros, así terminaba diciendo a Su Excelencia don Martín Güemes, tenemos necesidad del presente, y de un presente inmediato, porque a fuerza de esperarlo todo del porvenir, quedaremos sin pasado y sin presente ».

He aquí ahora algunos datos bastantes importantes sobre la geografía de estos lugares, que por primera vez publicó el ilustre De Moussy, quien determinó la altura de las diversas regiones sobre el nivel del mar. Las posiciones astronómicas y las distancias fueron observadas por varios viajeros, como se indica en este cuadro :

	Altitud	Latitud sur	Longitud oeste	Autoridad
Ciudad de Salta	1.150	24°50'	67°44'	Cunnigham
Ciudad de Jujuy	1.230	24.20	67.40	»
Villa de San Pedro	640	24.5	67.6	Lavarello
Confl. del Lavayén y del río Grande de Jujuy	450	23.56	66.45	»
Juntas de San Francisco	290	23.20	65.25	»
Ciudad de Orán	310	23.7	65.45	»
Desembocadura del Zenta	330	23.2	65.44	»
Confluencia del Bermejo de Tarija	—	22.16	66.40	?
Ciudad de Tarija	—	21.58	67.10	?
Esquina Grande	—	24.14	64.15	Lavarello
Tren de Espinosa	—	25.4	62.45	Lavarello
Antigua reducción de San Bernardo	—	25.30	63.10	Azara
Antigua reducción de Cangaya	—	25.22	62.15	Lavarello
Ruínas de la ciudad de Concepción del Bermejo	—	26.4	62.2	Azara
Desembocadura del Bermejo en el río Paraguay	52	26.53	60.46	Cunnigham

Distancias por tierra

	Millas
De Salta a Jujuy, camino postal	45
De Salta a San Pedro	60
De Jujuy a San Pedro	39
De Salta a Orán	180
De Orán a las bocas del Zenta	6
— Tarija	130
— las Juntas de San Francisco	20
— la Esquina Grande	80
De Salta a la Esquina Grande	250

Transporte por agua

Del puerto futuro de San Pedro a las Juntas de San Francisco	90
De las bocas del Zenta a las Juntas	44
De las Juntas a la Esquina Grande	180
De la Esquina Grande a San Bernardo	165
De San Bernardo a Cangaya	60
De Cangaya a la boca del Bermejo	175
De la boca del Bermejo a Corrientes (1)	60

El hombre que emigra de un país en busca de una nueva patria, no lleva consigo aquel precioso tesoro de facultades planeado con justa proporción y con que lo dotaron, sin su licencia, los psicólogos, sino trae consigo la fisonomía moral de la nación que lo plasmó con todas las mínimas particularidades y las infinitas y variadas tendencias que lo hacen miembro de una familia. He aquí la razón porque, en vez de estudiar el terreno y el cielo nuevo para descubrir cuál industria de campo o taller prosperaría más seguramente, se estudia, de inmediato, la manera de hacer brotar sobre el nuevo suelo las industrias patrias y los hábitos heredados, consumiendo en este esfuerzo importuno tiempo y afán. Costumbre antigua que nos ha hecho malgastar la fuerza suficiente para conquistar a la civilización todas las tierras inmensas, todavía en poder de los salvajes; y tan gran tesoro de tiempo que proporcionaría, a los que viven en este siglo, las delicias de una tolerancia moral de que gozarán dentro de mil años nuestros lejanos descendientes.

Tal vez sea destino forzoso de nuestro organismo, que el esqueleto hereditario del primer plasma creador, pueda mucho más que la naturaleza circundante, y que todas las formas diversas de la tribu humana deban fundirse en una única y poderosa familia que administrará, cultivará y hará completamente suya esta pelotilla que hollamos con nuestras plantas. Así, la raza más inteligente y más robusta impondrá su fisonomía a la última civilización, que tendrá de aquélla la sangre, el nervio y el nombre de familia.

Mientras tanto, ahí está el hecho : el emigrante genovés se hace marino, capitán de goleta después, explorador de ríos o comerciante navegador; el inglés explora las ricas venas del comercio; el español

(1) Doctor de Moussy, *Rivières principales du Chaco. Nouv. Ann. des Voyages*, página 49. Abril 1860.

de las Canarias cultiva la tierra con infinita paciencia, y cuanto más ingrata la encuentra, tanto más se desloma para sacarle legumbres y nabos: el lombardo piensa, de inmediato, en plantar moreras, trigo y maíz; y hasta el holandés, que encuentra en la Guayana llanuras húmedas y calurosas y ve a los indios ignorantes evitar los efluvios pestíferos ganando las altas colinas, se esfuerza en hacer habitables las llanuras pantanosas, cava canales y conduce por ellos sus *treks-cuiten*, fiel a sus costumbres de castor que lo hacen digno del mote que luce en el escudo de una de sus provincias : *Luctor et emergo,* y que lo hicieron también digno de un verso de Voltaire, que saludaba a Holanda con estas palabras :

Adieu canaux, canard, canaille !

Contra tanta prepotencia de obstinación, mi consejo debe ser, seguramente, como voz en el desierto, pero aunque sea para un solo emigrante que llevase mi libro a las orillas del Bermejo, me creo obligado a indicar las industrias que prometen más fácil y espléndida fortuna. Aunque mi colonia tuviese que encontrar obstáculos insuperables, la emigración correrá más tarde a esas lejanas orillas, y conviene que economice pruebas inútiles en las que tantas veces los débiles y los inconstantes se consumen sin alcanzar la meta (1).

El valle de Orán producía ahora pocos años 3000 arrobas de azúcar y 3000 de melaza, que fermentadas producirían 500 frascos de aguardiente, y los recortes de las chancacas y de los alfeñiques (preparación azucarada semejante a nuestro azúcar torcido y que apetecen muchísimo los argentinos). La caña se planta en filas de 100 varas de largo. Cada fila destinada a semilla, se convierte en otras cuatro filas; cultivada, da una arroba de azúcar y una de melaza, que puede convertirse en frasco y medio de aguardiente de 26° y 38° B. Y, sin embargo, cada una de estas hileras tan fecundas, no cuesta al plantador más que doce reales (liras 7,50).

De las tres variedades de caña que se cultivan en las provincias septentrionales de la Confederación Argentina, la morada es la mejor.

Un gasto aproximado de siete liras, produce entonces :

(1) Todo esto pertenece a la historia. Hoy existe, sobre las orillas del Bermejo, a cuatro leguas de Esquina Grande, la colonia Rivadavia, fundada en 1862 con 54 familias, y que en el censo de 1869 dió una población de 1622 habitantes.

	Francos
Una arroba de azúcar	17 a 22
Un frasco y medio de aguardiente...	12 a 22

El mejor terreno para las plantaciones de caña, es el que se prepara arrancando los bosques. Esta operación que se llama desmonte, se hace con indios del Chaco, cuyo trabajo no cuesta más de 20 liras al mes. Veinte indios reducen a campo fértil un bosque de una *cuadra* cuadrada, en seis u ocho días.

La caña se hiela rarísimas veces en Orán, porque la temperatura no llega a cero sino en el mes de agosto, cuando la cosecha está terminada. Si sucede esta desgracia, es necesario cortar pronto las cañas para que no avinagre el jugo azucarado y pueda servir para preparar melaza.

Cada planta da en esta tierra y bajo aquel cielo, de cuatro a ocho retoños y puede cosecharse desde el primer año de plantación.

En la época a la que me refiero, habían en Orán de dos a tres mil árboles adultos de naranjos. La fruta se vendía, en los meses de abundancia, a uno y medio y dos reales el ciento; más tarde a cuatro y ocho reales. La compran los indígenas de Bolivia, para revenderla en Tarija a 10 y 16 reales.

El naranjo produce fruta apenas llega a los tres o cuatro años de edad. A una edad doble de esta, es adulto y da por año de cuatro a cinco mil naranjas, por lo que cada árbol produce a su dueño una renta de quince a veinte liras. En algunos casos raros, estos árboles alcanzan a dar diez mil frutos al año. Se cultivan dos variedades : una que da un fruto dulcísimo, de cáscara muy sútil y que se llama *dátil;* otra que da una naranja muy voluminosa, de cáscara gruesa.

El tabaco crece lozano y rico de aroma en el distrito de Orán. Cada planta da doce onzas de hoja seca, apretada en mazo. Cada cuadra de terreno alcanza a sostener 22.000 plantas, por lo que no puede producir menos de 18.000 mazos, que vendidos donde se recogen, al precio mínimo de cinco pesos, darían un producto de 4500 liras.

Para obtener este producto, se gastarían de 2000 a 2500 liras. Y estas cifras se refieren a una cultura imperfecta y a una industria imperfectísima. Con mejores semillas, y la venta en forma de cigarros, se obtendrían mayores ganancias.

El arroz sembrado en septiembre, da a los seis meses un primer producto, en proporción de 150 a 200 por uno. Un mes más tarde, produce otra cosecha igual a la tercera parte de la anterior, si se ha tenido la precaución de cortar la planta por la raíz.

Un habitante de Orán recogió, mientras yo estuve en Salta, 700 sextarios de arroz, habiendo sembrado 6; gastó 190 pesos y vendió su grano a nueve reales el sextario, sin pelarlo, y quien lo compró, iba ganando ya un cincuenta por ciento. En los mercados de Salta y Bolivia, el arroz pelado se vende a veinte reales la arroba, y el sextario pasa poco a este peso.

El arroz de Orán es mejor que el del Brasil y Tucumán. Con esto yo, como lombardo, pongo aquí una apostilla y digo que encuentro a nuestro arroz mucho más sabroso que todos los arroces de la América meridional y de los Estados Unidos.

La mandioca crece muy bien en Orán, y el almidón que se obtiene se vende en Tupiza a seis pesos la arroba.

El cultivo del trigo está casi inexplotado hasta ahora, pero creo que no ha ser de los mejores. Su almidón se vende en Bolivia a dos pesos, y hasta veinte reales la arroba.

La banana, casi sin cultivo, daría rica cosecha de su fruto perfumado y nutritivo. Hasta ahora no se cultiva sino la variedad llamada *plátano guineo*.

Inmejorable especulación para los emigrantes sería establecer una tenería de cueros en Orán, donde se pueden calcular en 3000 los bovinos y caballares al año, sin contar los de jabalí, ciervo y tapir, que los indios venden a bajo precio. Nada faltaría a esta industria : agua pura, cal inmejorable, corteza de cevil, piedra para molino y todo lo que el curtidor necesita.

Un establecimiento para moler trigo y corteza para el tanino, enriquecería al que lo estableciese. Un aserradero de maderas también sería una excelente industria, como puede suponerse por lo que dejamos dicho. El ganado bovino se puede comprar en Orán a seis pesos la cabeza; pero aún aceptando el precio mayor de ocho, supongamos un capital de 9000 pesos (45.000 liras) empleado en el pastoreo.

Pues bien, esta suma, por ley natural de generación, se convertiría al primer año en 12.000, al segundo en 21.000, y el capital acrecería siempre en un 33 por ciento.

Una estancia, cosa que mis lectores ya saben lo que es, destinada para la cría de 1000 cabezas bovinas, cuesta :

En el primer año

	Pesos
Siete peones a 40 pesos al año	280
Un capataz (mayordomo)	50
Mantenimiento de estas personas	192
Instalación de estacadas (rastrojos, potrerillos, corrales)	500
Dos cabañas (ranchos)	150
Cincuenta caballos (a 8 pesos cada uno)	400
Gastos el primer año	1.572

En el segundo año

Gastos en peones y capataz	210
Su mantenimiento	161
Gastos en el segundo año	371

Los gastos para el tercer año serían iguales a los del segundo, por lo que esta industria costaría, en los primeros tres años, 2314 pesos, y en todo este tiempo ya se habría desarrollado. Pues bien, el estanciero vende todos los años los terneros machos de cuatro años de edad, y si tiene 3000 animales, puede calcular una venta de 700 a 800 terneros al año.

Agregaremos aún a la cría del ganado las industrias secundarias del queso y de la matanza, la que convierte a un buey en charque, sebo, lengua salada, grasa y jabón. El charque, o carne seca, se vende en Bolivia a diez y doce pesos el quintal, la grasa y el sebo a diez y seis y veinte. Las lenguas saladas cuestan tres pesos la docena y el quintal de jabón se paga a doce pesos.

Según Villafañe, que ha estudiado profundamente este país, las orillas del Bermejo dan pastos excelentes entre los inmejorables del suelo argentino. Es rarísima la sequía que quema la hierba, y el ganado encuentra, en cualquier caso, en los frutos del bosque, amplio recurso a la escasez del pasto.

El yaguar opone algunas dificultades a la cría de caballos, pues devora con frecuencia las crías. La vaca sabe defender a su ternero de este feroz y vil felino, pero la yegua, por falta de armas o de coraje, no sabe proteger a su prole.

También en Orán, como todo el norte de la República Argentina, los ganados deben luchar contra la peste de la garrapata, insecto maligno, que dejándose caer de los árboles y hierbas sobre el cuerpo

de los animales, hunde en el espesor de la piel su cabeza penetrante, chupa la sangre y no abandona su presa sino con mucha dificultad. Verdadero *bulldog* de los insectos, la garrapata, arrancada a la fuerza de las carnes, produce irritaciones y algo peor, así que más conviene quemarla o escaldarla fuertemente, para que muera sobre el mismo lugar del delito, y no se obstine en dejar su cabeza en vuestro cuerpo. El que viaja por el norte del gran Chaco, maldice más que al desierto y al yaguar, esa octava plaga que hace blasfemar de la vida, siendo una tortura de cada hora y de cada minuto.

Parece que la garrapata se extendiese desde el Brasil hasta Santa Crúz de la Sierra, de aquí a Tarija, después a Orán y Jujuy. Esta última provincia es la que más ha sufrido.

Ya que estaba considerando el reverso de una medalla, que a primera vista habría podido recordaros el Eldorado, transcribiré una nota exacta del precio corriente de muchos objetos de primera necesidad en Orán :

	Pesos	Reales
Una carga de sal (4 arrobas)	2	—
— de harina de trigo	23	—
Un sextario de arroz	1	4
— de maíz	1	4
— de papas	2	—
Una carretada de leña	—	6
Una arroba de carne	—	5
— de sebo o grasa	2	4
Un pan de 7-12 onzas	—	1/2
Una arroba de azúcar	4	—
Una vaca con su ternero	10	—
Un ternero adulto	16	—
Un par de bueyes	32	—
Cuero fresco de buey	1	—
Una vaca de matadero	12	—

Antes de la caída de Rosas todos estos objetos valían la mitad.

Materiales de construcción

	Pesos	Reales
Vigas sin labrar, de quebracho y urunday	2	—
Vigas labradas	3	4
Una carretada de paja	1	4
Palos descortezados	—	2
Mil cañas	8	—
Mil tejas	30	4

	Pesos	Reales
Mil ladrillos	30	—
Mil *adobes* (ladrillos crudos, secados al sol)	10	—
Un sextario de cal	—	6
Una carretada de arena	—	4
— fina	1	4
Un carro grande descubierto	35	—
Una carretada de piedras	—	4
Una mesa de cedro, de media vara de ancho y pulgada y medio de espesor	—	3
Una puerta de tamaño medio	20	2
Un maestro albañil gana por día	1	1
Un muchacho	—	3

Ya que el emigrante tiene reunidos, en pocas páginas, los datos más necesarios para sus especulaciones, agregaremos algunas cifras sobre el capital activo de Orán :

En el Chaco

	Pesos
Veinticinco mil cabezas de ganado bovino a ocho pesos.	200.000
Mil caballos a cinco pesos	5.000
Cabras y ovejas	1.000

En San Andrés, Iruya y Santa Victoria

Seis mil bovinos a ocho pesos	48.000
Cabras, ovejas y asnos	8.000
Total	262.000

En el Valle

Cuatro mil bovinos	32.000
Capital empleado en la industria azucarera	60.000
Capital empleado en la industria del aguardiente	45.000
Tres mil árboles de naranjo	30.000
Total	429.000

Agregando a estos capitales, más conocidos y más fáciles de ser determinados, los capitales puestos en giro por la agricultura de los cereales y otras industrias menores, Villafañe calcula que el capital activo de Orán, suma medio millón de escudos, suma mínima si se reflexiona en la riqueza del suelo, cifra grande, si se tiene presente el pequeño número de habitantes.

Para tranquilizar al emigrante sobre la protección de las leyes ar-

gentinas y su seguridad personal, traducimos literalmente dos parágrafos de la Constitución federal :

« Art. 20. — Los extranjeros gozan en todo el territorio de la nación de todos los derechos civiles del ciudadano : pueden ejercer su industria, comercio y profesión; poseer bienes raíces, comprarlos y enajenarlos; navegar los ríos y costas; ejercer libremente su culto; testar y casarse conforme a las leyes. No están obligados a admitir la ciudadanía, ni a pagar contribuciones forzosas extraordinarias. Obtienen nacionalización residiendo dos años continuos en la nación, pero la autoridad puede acortar este término a favor del que lo solicite, alegando y probando servicios a la República.

« Art. 21. — Todo ciudadano argentino está obligado a armarse en defensa de la patria y de esta constitución, conforme a las leyes que al efecto dicte el congreso y a los decretos del ejecutivo nacional. Los ciudadanos por naturalización son libres de prestar o no este servicio por el término de diez años, contados desde el día en que obtengan su carta de ciudadanía. »

Y en otra parte se agrega :

« El gobierno federal fomentará la inmigración europea; y no podrá restringir, limitar ni gravar con impuesto alguno la entrada en el territorio argentino de los extranjeros que traigan por objeto labrar la tierra, mejorar las industrias e introducir y enseñar las ciencias y las artes. »

CAPÍTULO XXIII

Cocina salteña. — El maíz y la pelagra. — Los alimentos nervinos en Salta
El café y los diversos climas. — La chicha y un piadoso deseo

Conviene ahora saber qué se come y bebe en estos remotos países, pues aunque no lo parezca, de la droguería a la cocina, hay corto trecho. Unicamente los árcades y los sentimentales, gente enferma de cuerpo y de espíritu, desprecian la cocina; el médico y el filósofo deben atravesarla para ir al laboratorio, al gabinete y al hospital; y en el movimiento general que aproxima los pueblos y da tan largo curso a la actividad humana, hay también una fraternidad gastronómica que enriquece las mesas con los tesoros de toda la tierra.

La cocina de Salta es rica, fecunda, también artificiosa, y para el que viene de la Pampa y aún recuerda las frugales y ensangrentadas comidas del gaucho, y las aguas fangosas, bien puede decir que se sienta a la mesa de Lúculo y bendecir la acrecentada civilización...

... E però che si gode
Tanto del ber quant'è grande la sete.

y civilización significa ir a todos los lugares por cualquier parte. Hay infinita variedad de carnes exquisitas, y si las muy conocidas de los rumiantes y gallináceos domésticos os fastidian, encontraréis faisanes y palomas que vuelan casi por los ramajes de las huertas de la ciudad; también vicuñas en los cerros, y cuya carne, de tan sabrosa, se puede comer sin sal; y tantos pequeños y grandísimos habitantes en los ríos, que las pescas recuerdan las del Evangelio y podrían servir para un curso de ictiología con las infinitas variedades de *Bagrus*, del *Pacú nigricans*, del *Salminus brevidens* y mil otros.

El argentino del norte es carnívoro, pero no olvida que vive en la tierra de los incas, agricultores infatigables y habilísimos. No des-

precia las legumbres, las raíces y las verduras, como su hermano del mediodía. En sus valles occidentales recoge trigo riquísimo en gluten y fabrica panes mediocres, que se distinguen por sexos, y se dividen en *pan de hombre* y *pan de mujer*. Aquél se aproxima al pan europeo y lo fabrican panaderos, casi todos extranjeros; el segundo, hecho siempre por criollas, es embebido en grasa, poco poroso e indigesto. En esos países, a mil quinientas millas de la costa del Atlántico, he comido pan hecho con harina de los Estados Unidos. ¡Dura lección dada por un pueblo a otro!

El cereal predilecto por los salteños es el trigo, el grano de oro de los incas, que para los pobres, o mejor dicho, para los ociosos de la campaña, es carne, pan y también vino : a los burgueses y acaudalados proporciona medio para los más exquisitos y variados guisados.

El maíz triunfa como verdadero dueño de casa, y he visto variedades infinitas. En algunas el tronco de las mazorcas, reducido a una caña sutilísima, está acorazado por granos chatos, larguísimos, farináceos. Y el tallo de la planta es tan dulce, que los antiguos peruanos extraían miel, y hoy lo chupan los indios como caña de azúcar (1).

El pueblo de los incas llamaba al maíz *cara*, y preparaba con él tres clases de pan : el *caucu*, reservado para los sacrificios; el *humaintu*, para las fiestas solemnes, y el *tauta*, o pan ordinario (2). Ahora, ni en Salta ni en Jujuy, se hace verdadero pan de maíz, sino se come las mazorcas cocidas en el caldo, aún verdes, o los granos casi maduros secados en el horno (chuchoca), o en forma de locro, de humita, o se hace cocer la harina en forma de polentas diversas.

En los valles occidentales de Salta, muchos viven únicamente de trigo y sólo beben cerveza de maíz, y la pelagra es desconocida. También los indígenas de Méjico, y especialmente los de Tobasco, no comen sino maíz en forma de tortilla o de porol, y no tienen pelagra. He vivido más de un mes en la isla de Tenerife, y he visto aldeanos que se alimentan todo el año con gofio, por sobre del cual puede colocarse nuestra polenta a distancia de tres o cuatro grados de gerarquía. Este alimento, que aún conserva el nombre de *guanche*, es harina de maíz tostada en el horno y mezclada con sal, y agregándole un poco de agua fría, se improvisa sin fuego un plato tan frugal y simple,

(1) En varios países de América, el tallo del maíz produce, con la fermentación de su jugo azucarado, una especie de cerveza, que en Bolivia se llama *chicha de palo de maíz*, y en Méjico *octli*.

(2) Garcilaso, *Comentarios reales de los Incas*, tomo II, página 296.

que desacredita las comidas adamíticas de los antepasados del Edén; volveremos sobre este tema al final de nuestro libro. Los ricos le agregan, a veces, leche de cabra y un poco de pescado seco traído de las costas de África. Y, sin embargo, los descendientes de los guanches, enjutos, momificados como sus antepasados que se encuentran en las cavernas, sin una fibra, ni una célula adiposa más que las suficientes para vivir, no tienen pelagra. La enfermedad del maíz, estudiada por nuestro ilustre Balardini, ocupa hasta ahora un sitio eminente en la etiología de la pelagra, pero el uso exclusivo del maíz, como alimentación azoada insuficiente, no puede considerarse como causa única o principal de este mal, por quien ha viajado y visto muchos pueblos con alimentación menos nutritiva e igualmente pobre que la de nuestros aldeanos, sin que presenten síntomas de la fatal enfermedad de la pelagra.

En las partes montañosas de la provincia se cultiva la quinoa (1), cuya semilla pequeñísima, pero sabrosa, sirve para preparar sopas excelentes. Sé que en Francia se ha comido las hojas preparadas como las espinacas y las acelgas. Yo traje semillas, pero hasta ahora, sembradas en las fértiles llanuras lombardas, sólo dieron frondas altísimas y lujuriantes, pero poco fruto. Sería de desear que los labradores de la Valtelina y de nuestras regiones montañosas, estudiasen esta planta, que tal vez produzca resultados mejores que en la llanura.

Todas o casi todas las legumbres y las verduras de Europa se cultivan en Salta, que tiene todos los climas del mundo. En la sopa nacional de Salta y Bolivia, el *chupi,* se observa un verdadero museo de los tres reinos. Allí se confunden el eclecticismo y el panteismo de la olla : como representante del reino inorgánico, la sal y el agua; el reino vegetal contribuye con batata, pimentón, repollo, nabo, perejil, culantro, manzana, cebolla, rábano, pimiento y qué sé yo cuántas plantas más; mientras que la vida animal, está dignamente representada por muchos pedacitos de carne fresca, o de charque (del quichúa *chharqui,* carne seca o persona muy flaca) y de grasa. Y todo este olimpo gastronómico, caliente, aromático, picante, es sin duda una de las glorias de la cocina salteña y boliviana.

Efectivamente parece que el eclecticismo, verdadera transacción de conciencia del intelecto, predomina en esas ollas remotas, puesto que

(1) La *quinoa*, que se cultiva en Salta, no es el *Chenopodium quinoa* de los autores, pero fué reconocida por el ilustre profesor Passerini como una nueva especie de *Amaranthus*, a la que se dignó dar el nombre de *A. Mantegazzianus*.

el príncipe de entre los alimentos sólidos, en Salta, es la empanada, cartucho de pasta cocida en el horno y que contiene en su envoltura otros tantos representantes del universo comestible, que enumerarlos sería atrevimiento, y recodarlos temeridad.

El carácter general de la cocina salteña se puede definir en pocas palabras : mucha pimienta, muchísimo pimentón, enfurecidos por la ira y el fuego; muchos guisados defectuosos, todos por exceso de grasa, que es siempre de vaca, dorada con el polvo del *capsicum*.

Pocos países pueden ostentar un tesoro más variado de alimentos nervinos. El café es algo más que delicioso, divino. Viene de Yungas, en Bolivia, y es por cosenso universal superior al Moka; viene también de Santa Cruz de la Sierra, y es en muy poco inferior al primero. Lástima que en aquel clima excitante, el café no sea tolerado, así que debe usársele con suma discreción; jamás se puede abusar impunemente. Ascendiendo la altiplanicie de los Andes, con aire rarefacto y seco, el café se vuelve peligroso para todos y un verdadero veneno para las personas irritables. La excitación agradable de los sentidos y de la mente, que entre nosotros da tanto valor a esa bebida, se transforma allí en eretismo convulso, en una verdadera rabia de sensibilidad que irrita, agita y atormenta. El que ha bebido mucho café, parece un erizo nervioso. En mis largos viajes he encontrado que pueden dividirse los climas, según su influencia sobre los centros nerviosos, tomando como regla de medida la tolerancia para el café y los demás cafeicos menores. Los climas que mantienen mejor la actividad nerviosa, son aquellos en los que el café es mal tolerado, y se encuentran generalmente en los países elevados, de aire seco, fuertemente agitado por los vientos. En cambio, allí donde el aire es parado, húmedo y paludoso, se puede usar y abusar impunemente de todos los cafeicos.

El mismo vulgo ha dado ya este juicio en Salta y en el Alto Perú, y todos dicen que hay que guardarse del demasiado café, *porque irrita y reseca.*

Por igual razón, es poco usado el té y se le considera más como medicina que como alimento nervino.

Entre los cafeicos más usados, está el mate, que los lectores ya conocen perfectamente, pero aun el uso de esta hoja se ha impuesto más por contagio de las provincias vecinas, que por gusto y necesidad (1).

(1) Nuestro distinguido compatriota Parodi, ha publicado en Buenos Aires, un buen análisis, del mate, aun inédito entre nosotros. Ha encontrado cafetanato de cafeína, ácido cafetánico libre

Cuando estuve en Salta, se comenzó a introducir por vía Santa Cruz el *guaraná*, y los más pudientes usaban este cafeico delicado, tomándolo con agua fría azucarada, con miras de una acción afrodisíaca. Costaba cinco liras la onza.

El país recibe de Bolivia y del Perú variedades perfumadas de cacao, algunas de las cuales encontré embriagadoras.

La coca se vende en todos los almacenes de la ciudad, pero la usan en público sólo los indígenas y el pueblo bajo. Los blancos y los ricos que la usan, se esconden a las miradas del vulgo profano para masticar la preciosa hoja boliviana, como si cometiesen un pecado y como si toda cosa bella y buena no entrase en nuestro dominio. Yo mismo, como médico, y, por consiguiente, el primero en la lista de los esclavos sociales, no pude evitar la tiranía del prejuicio, y siempre debí usar la coca con el misterio más grande. ¡Ay, si mi boca hubiese revelado a uno de mis clientes el bolo traidor! Hubiese perdido para siempre el respeto de la opinión pública. Y, sin embargo, en aquel clima, la coca es el príncipe de los alimentos nervinos.

Si el eritróxilo es fruto prohibido, no lo es, en cambio, la nicociana, permitida en forma de cigarrillos hasta a las señoras y señoritas. Sólo se fuma en forma de cigarro, porque la pipa, en toda la América meridional que he recorrido, está reservada a los negros de la más baja esfera social y a los extranjeros. Se fuma siempre, a cualquier hora; se abusa hasta donde lo permiten las exigencias de otras necesidades mayores.

Los valles pedregosos, al occidente de la capital, producen vinos famosos, que avergonzarán a los más célebres de Francia cuando entren en el torrente de la circulación europea. El rojo de Cafayate, es un Borgoña elevado a la quinta potencia, un tesoro de energía, de sabor, de voluptuoso amargor. El ilustre zoólogo alemán Burmeister, reducido a mal estado por los desarreglos de sus largos viajes por la América meridional, y consumido por la diarrea, fué restituído a la ciencia por el vino de Cafayate, al que presta, desde entonces, acatamiento de reverencia y gratitud. Hay también en Salta los vinos dulces y balsámicos de las provincias andinas y los sublimes de la muy próxima Bolivia, entre los cuales reina soberano el néctar de Cinti. Con las

clorófila, cera, resina, goma, albúmina vegetal, residuos leñosos; y en las cenizas: ácido sulfúrico, fosfórico, cloro, soda, potasa, cal, sílice, óxidos de magneso y de hierro. Según Parodi, la buena yerba del Paraguay contendría de uno y medio a dos por ciento de cafeína (*Revista farmacéutica de Buenos Aires*).

vainas dulzarronas de varias especies de *Prosopis,* se fabrican muchas cervezas agradables, aromáticas, salubérrimas, y todas comprendidas bajo el nombre de aloja (1).

Hermano de la aloja es el guarapo, especie de cidra picante, obtenida con la fermentación del jugo de caña de azúcar mezclado con agua.

También la gingibirra es una bebida ligeramente alcohólica y tan salubre que, a riesgo de que los lectores demasiado listos me arrojen su anatema, daré la receta en pesos británicos (2). La hemos bebido en casi todas las regiones de la Confederación Argentina, y en Chile se vende con el nombre de chinchibí.

En esos afortunados países, en los que nadie es pobre, salvo los holgazanes, así como cada familia tiene cabaña y campo propio, así cada hombre tiene vino y alegría propias.

Los hombres del campo preparan con maíz dos cervezas bastantes diferentes de nombre y naturaleza, pero ambas excelentes y salubérrimas. La más simple, por su preparación, es la aloja de maíz, que espumajea como el champagne, y se fabrica en pocos días, haciendo fermentar el maíz con algo de azúcar.

El verdadero vino de maíz es la chicha, que los incas bebían en tazas de oro, y que ahora se toma en humildes jarros de lata o de barro, en todos los ranchos de Salta y Jujuy, en el Alto y Bajo Perú, y en muchos otros países de América no visitados por mí.

Hay dos modos distintos de preparar la chicha : el clásico y el romántico. Según el primero, se hacen pequeñas tortas de harina de maíz que, cocidas en el horno, se mastican lentamente, y después, así embe-

(1) Con la harina del fruto de la *algarroba (Prosopis dulcis ?)* se fabrica una especie de pan que se llama *patai,* y que en Chile, se considera bueno para el aneurisma y la disenteria (!!). En efecto, en el *Ferrocarril* del 18 de enero de 1861, diario de Santiago, leí este singular aviso: « *Remedio para el aneurisma y la disenteria. Patais o pan de algarrobo. se halla en venta en la tienda de don Manuel Muñoz.* »

(2)

Azúcar blanca (libras)	20
Jugo de limón	18
Miel (libras)	1
Jengibre molido (onzas)	22
Agua (galones)	18

Se hace hervir media hora el jengibre en tres galones de agua, se agrega el azúcar, el jugo de limón y la miel en el resto del agua, y se exprime a través de un paño. Cuando se enfría, se agrega clara de huevo y esencia de limón. A los noventa días se embotella, se ponen las botellas en una despensa y la cerveza se puede beber a las tres semanas. Si se emplea un poco de levadura, la cerveza está pronta en uno o dos días. Esta bebida puede conservarse varios meses embotellada.

bidas en saliva y divididas en otros tantos bolos, sirven para la decoción del maíz (1). Esta se llama chicha mascada, y es en verdad la mejor, pero los europeos no querrán seguramente adoptarla y se reservarán la segunda chicha, a la que sirve de fermento, en lugar de la saliva humana, la miel de caña de azúcar.

De cualquier modo que se prepare la chicha, es una bebida turbia, en la que flota el aceite de maíz; es dulce y picante a un tiempo, y rica en dextrina y azúcar; es pan y vino a la vez. Cuando está fuerte, embriaga, y predispone al engrasamiento a los que la usan mucho tiempo.

No podemos hablar de la cerveza de los incas, sin expresar el vivo deseo de que esta bebida sea introducida entre nosotros, y a los agricultores que quisiesen prepararla para sus labradores, podemos darles las más detalladas noticias sobre la manera de prepararla. Todo hombre que trabaja y sufre, necesita, a más de pan, aire y agua, un alimento nervino que le anime en la fatiga, que lo alivie en el dolor. El rico de la ciudad, tiene los espirituosos con que suscitar el agradable tumulto de las imágenes alegres, los cafeícos para velicar voluptuosamente los nervios y el cerebro, y encuentra en el tabaco el tranquilo sopor de los narcóticos. El pobre de los campos no tiene vino, ni café, y sólo poco o mal tabaco : démosle la cerveza de maíz. Así como el médico, que no pudiendo curar, calma el dolor, así el economista, mientras aguarda de la civilización un más equitativo reparto del bien y del mal, debe extender al mayor número de individuos la posibilidad del placer moral. Mientras se intenta dar a todos el pan de la inteligencia, que pocos digieren y poquísimos aprecian, ocupémonos también algo de este cuerpo que, aunque despreciado por moralistas y teólogos, es, sin embargo, el pobre saco dentro del cual se agita la vida.

(1) Un escritor español dice : *para hacer buena levadura se ha de mazcar con viejas podridas !!* Ver Padre J. de Acosta, *Historia natural y moral de las Indias*, página 155, Barcelona, 1591.

CAPÍTULO XXIV

La República Argentina en el último congreso estadístico de Florencia. — La República en la exposición de París. — Las lanas y cueros. — Historia de la oveja americana. — Productos menores de la industria argentina.

En el último Congreso estadístico celebrado en Florencia, hablando a nombre del gobierno argentino (que en esa ocasión tuve el honor de representar), decía que esta República, joven nación de medio siglo, era muy poco conocida, y lo que era peor, bastante mal conocida. Las guerras civiles que la han agitado son juzgadas generalmente con espíritu de política vagabunda (si se me permite esta expresión), como consecuencia de una gran debilidad del gobierno, de una gran inmoralidad de las masas, pero en mi opinión, la verdadera causa es muy diversa. Es bastante difícil juzgar a una nación que se forma, que se organiza a nuestra vista, y cuyos elementos se presentan cada día bajo nuevos aspectos y combinaciones distintas. Los movimientos políticos de la República Argentina, son una fermentación natural, necesaria, que desembaraza a esa joven nación de las escorias que le había dejado España, a menudo mejor madrastra que madre.

La guerra no ha podido detener de todas maneras el movimiento intelectual de aquel país, y si alguna vez pareció retardado, jamás hubo detención, ni regresión. Las tradiciones de Rivadavia no se han perdido, y en estos últimos años la inteligencia ha substituído a la espada.

La sociedad sudamericana está formada por dos elementos contrarios que se combaten y funden sucesivamente : los vencedores y los vencidos; los hijos de los soldados de la conquista y los indígenas. Y como si esta sociedad aún no fuese lo bastante compleja, también se mezclaron a esos dos elementos los negros, que dando una mano a los indígenas y otra a los hijos de Europa, unieron estos dos anillos de la gran cadena social. Y así se encuentran allí tres razas, que viven

sobre el mismo suelo, que se entrechocan, se encuentran y cruzan, se mezclan y se funden de mil diversas maneras, hasta que resulte una raza nueva que no será blanca, negra ni amarilla, sino que formará el nuevo tronco de innumerables generaciones futuras.

En esta gran fusión de razas, encuentra el filósofo algo más que un cuadro pintoresco y poético de la naturaleza humana : encuentra material para resolver algunos de los más graves problemas sobre la longevidad de las diversas razas y de los mestizos que producen; sobre la aclimatación de los diferentes pueblos de Europa; sobre la cuestión darwiniana, en fin, aplicada al estudio del hombre.

Arrojando una ojeada por sobre los volúmenes de estadística argentina que presenté al Congreso, en esas mudas cifras que nada inventan, que no crean teorías prematuras y que no son monogenistas, ni poligenistas, se encontrarían tal vez elementos para combatir a los antropólogos que intentaron hacer del mulato y del mestizo dos bastardos de la gran familia humana, dos parias que se desea borrar de la sociedad de América. Quizá, también, se observaría en esas cifras alguna nueva ley sobre aclimatación humana, con ejemplos singulares de longevidad, mencionados en algunos prospectos que ofrecen la ventaja, rara en otra parte, de confrontar razas y nacionalidades diversas.

Entre la teoría pesimista de una aclimatación imposible de las razas humanas y la teoría demasiado sonriente de una aclimatación indefinida de todas las naciones, bajo todos los climas, hay una verdad, que no es ni una ni otra de esas teorías, sino que las comparte a entrambas, y la estadística de la joven sociedad americana está llamada a derramar mucha luz sobre este gran problema social y etnográfico.

La República Argentina fué la única, de entre sus hermanas, que representó a América en el Congreso estadístico, y al saludar, a su nombre, a los representantes de antiguas y poderosas naciones, dije que la joven República, feliz de encontrarse presente en esa reunión, estrechaba las manos a través del océano, a sus hermanas de las que tanto tiene que aprender, pero que al mismo tiempo tenía el orgullo de tender una mano pura de la plaga del pauperismo y de muchas otras que Europa tiene como herencia de la edad media; y que en este intercambio internacional de bien y de mal, de ideas y sentimientos, que no rebaja a ninguna nación, deseaba colaborar en la fraternidad universal, que debía ser el más sublime designio de la gran familia humana.

Y mi saludo encontraba un eco de calurosas simpatías entre los representantes de la fría Escandinavia, de la semibárbara Rusia, de la gigante Inglaterra, y de todas las otras naciones que habían acudido allí, al llamado de la ciencia, prueba segura de que afuera del baluarte del viejo mundo custodiado por la burocracia inmóvil y los ejércitos permanentes, circula una corriente de ideas y de progreso que prepara un nuevo terreno de aluvión, sobre el que los descendientes edificarán una sociedad menos sucia de sangre y más limpia de injusticias.

Más dignamente aún presentábase la República Argentina en la última Exposición universal de París. Después de tímidas tentativas en 1855 en París, y en 1862 en Londres, para reclamar la atención de los estudiosos sobre sus ricos minerales, lanas y reservas animales, desde el 65 se nombró en Buenos Aires una comisión argentina nacional para unificar los trabajos y los resultados de los comités provinciales, y el Congreso votó, por unanimidad, un subsidio de 80.000 liras. La guerra hizo abortar en gran parte los unánimes esfuerzos de los argentinos, « y a pesar de las condiciones más desfavorables, el 1º de julio, sobre 95 premios discernidos a las repúblicas de América central y meridional, la Confederación Argentina, sola, contaba 35, una medalla de oro para el gobierno nacional, cuatro medallas de plata, diez y ocho de bronce y doce menciones honoríficas a los otros expositores » (1).

Dos grandes industrias llamaban la atención general : las lanas y los cueros curtidos.

La cuenca del Plata produce hoy tanta cantidad de lana, que sobrepasa la de todas las colonias inglesas de Oceanía y de África juntas; también Nueva Zelandia, Tasmania, Australia, Natal y Cabo de Buena Esperanza, y todos los años vienen desde el Plata cien millones de kilogramos de lana, cantidad que irá creciendo aún rápidamente.

Son lanas de ovejas merinas puras, o de merinas mestizas, o de carneros indígenas de las provincias del interior. El carnero fué introducido en la República Argentina a mediados del siglo décimo sexto, por los conquistadores españoles que vinieron del Perú. El Tucumán, o parte meridional del imperio conquistado por los incas, había recibido desde los primeros años de la conquista, o sea de 1533 a 1540, animales domésticos de Europa, pero recién en 1550, fué que Ñuflo Chaves, uno de los primeros colonos del Plata, condujo desde el Tucumán al Paraguay, centro entonces de los establecimientos espa-

(1) *La Confederación Argentina en la exposición universal de Paris en 1867.* Paris 1867.

ñoles de aquella parte de América, las primeras cabras y ovejas de las que descienden los innumerables rebaños que pacen en el infinito mar herboso de la Pampa.

Estos primeros animales eran de raza española y bastante parecidos al tipo merino, pero bajo la influencia del nuevo clima sufrieron profundas transformaciones.

Entre tanto, la vaca, introducida algunos años más tarde a las grandes llanuras argentinas, hizo que se descuidase al carnero, que encontró hospitalidad más propicia en las colinas y sobre las grandes altiplanicies de los Andes. En Buenos Aires, Santa Fe, Entre Ríos, contados rebaños de ovejas crecían por el campo desierto, sin que nadie se ocupase de ellos. Cuenta Azara, que de cuando en cuando, apercibidos los españoles del acrecimiento de aquella masa de carne viva, hacían una horrorosa carnicería, y dejando podrir esa gigantesca hecatombe, quemaban más tarde los huesos para hacer cal. Los indios de la Pampa, encontrándose a menudo entre esos ganados, no les daban mayor importancia que los españoles, y a las carnes y lanas ovejunas, preferían las carnes y piel de los guanacos, tal vez porque aquellos inocentes animales se dejaban degollar sin resistencia, mientras era necesario volar detrás de los guanacos con las bolas y el lazo.

De este modo, la oveja de la Pampa, casi salvaje, producía lana muy ordinaria. En 1813, el cónsul norteamericano Helsy, introdujo algunos merinos de raza tudesca, que perecieron en un incendio, y fué recién en 1824 que el ilustre Bernardino Rivadavia hizo venir de España cien merinos, y de Inglaterra cien *southdowns*. Puede decirse que en esa época comenzó para la República Argentina la industria de la lana, porque los ingleses, alemanes y argentinos, dedicáronse a mejorar las razas de sus ovejas y a fundar en sus campos algunas *estancias* exclusivamente dedicadas a la cría de rebaños ovejunos. En 1836 se introdujo el tipo *negretti;* y se tuvo entonces reproductores de Silesia, de Sajonia y de Rambouillet.

En los últimos treinta años esta industria argentina creció a saltos gigantescos (1).

En 1830 la exportación no era sino de 944 fardos, en 1840 era de

(1) El que quiera establecerse en el Río de la Plata y especialmente en la provincia de Buenos Aires y dedicarse a la industria agrícola o a la cría de ganado mayor y menor, encontrará una excelente guía en el libro de Latham, editado ya dos veces en Londres. LATHAM WILFRID, *The States of the River Plate*. Second edition with a map. London, 1868. Ver también DE BALCARCE, *Des laines argentines*. *Bulletin mensuel de la Société des agriculteurs de France,* 15 juin 1870, página 236.

3577, en 1850 de 17.069; diez años más tarde era de 38.482, y este último año se exportaron 150.000 fardos, o sesenta millones de kilogramos de lana, sin hablar de los seis millones de cueros de oveja, obtenidos por consumo de la carne.

Si a las lanas argentinas agregamos las de Montevideo, tendremos para todo el Río de la Plata, una exportación anual de cien millones de kilogramos, cantidad verdaderamente prodigiosa.

Como es natural, Inglaterra prefiere trabajar la lana de sus colonias, pero las argentinas encuentran fácil despacho en los mercados de Estados Unidos, de Bélgica y Francia. Un informe de Aubé, a la Sociedad industrial de Elbeuf, en donde se fabrican tantas telas, juzgaba a las lanas argentinas inmejorables bajo todo aspecto, y para ciertos tejidos, preferibles a las rusas, a las inglesas y a las de Hungría.

Muy interesantes son, para el naturalista y el fisiólogo, las lanas que manda la parte alta del norte argentino. En los altos valles y sobre la altiplanicie de los Andes, en las provincias de La Rioja, de Catamarca, de Salta y Jujuy, las ovejas viven a una altura que varía entre los 2500 y 4000 metros, en donde aun crecen gramíneas. Esos rebaños viven siempre a cielo abierto, en lugares en los que, durante ocho meses del año, las noches son heladas, y de día quema el sol. En esas altas regiones, las ovejas jamás se enferman, ni sufren de sarna o de otros parásitos, y mi paladar da fe de que sus carnes son aromáticas y sabrosísimas. Su lana es además larga, tupida y bastante fina. Son ovejas que, desde la conquista, no han sido mejoradas por mezcla y que han sometido su piel, carne y huesos, a las exigencias tiránicas de la nueva patria (1).

Cerca de estos rebaños neoamericanos, pacen los pelotones indígenas de las llamas y alpacas, y por los cerros solitarios, adonde no llega la voz del hombre, andan errantes el guanaco y la vicuña, que jamás fueron domesticados y a los que es necesario arrancarles la lana con el fusil o con las bolas. El macho de la vicuña da ese copo estupendo, antes exclusivamente destinado para las telas y vestidos de la familia imperial de los incas, y que hoy se emplea para tejer los magníficos ponchos, que cuestan, aun en América, 160 y hasta 1000 liras.

Otra industria argentina que en la gran revista de París llamó la atención de los estudiosos, fué la de los cueros curtidos, y ahora que

(1) Cosa idéntica pasa en nuestra provincia, en el Valle de Tafí y otras regiones análogas, donde la explotación de este producto puede llegar a ser una fuente de gran riqueza. *(N. del T.)*

en Italia y en muchas otras partes, químicos y charlatanes rivalizan en solicitar patentes de nuevos métodos para fabricar cuero, no será inútil decir dos palabras sobre una de las fuentes que derraman sobre el continente europeo mayor número de pieles, y baste decir que, por el puerto de Buenos Aires, se exportaron en 1865 1.690.763 cueros, de vaca y de buey, y 109.539 cueros de terneros.

Y, sin embargo, hasta estos últimos tiempos, América recibía de Europa la mayor parte de sus cueros, curtidos por manos europeas y recargados por dos travesías del océano. Pero se habría debido buscar en las fecundas selvas de las remotas provincias de Salta y Tucumán una corteza que permitiese calzar pieles que no fuesen ya frescas y se la hubiera encontrado en ese arbolito gentil y elegantísimo que se llama cebil (*Acacia cebil*).

A las orillas del Paraná y del Uruguay se hicieron, en cambio, tentativas, en pequeña escala, con la cáscara del *curupy*, arbolillo de las mimosas y rico en tanino. Eran, sin embargo, industrias demasiado mezquinas para suplir las necesidades de la población argentina, y débese a Bletscher haber extendido a más amplio campo la industria de la tenería en Buenos Aires. Emplea la corteza de la madera de un árbol gigante y comunísimo en las provincias de Entre Ríos, de Santa Fe, de Corrientes, en el Paraguay y en el Chaco. Es el quebracho colorado, que da una madera durísima, de grano fino y color rojo, y que hasta entonces no había sido empleado en construcciones, mientras que usábase la corteza para teñir de obscuro la lana y el algodón. La nueva industria de Bletscher abre un nuevo porvenir al comercio argentino, y tuvo un digno premio en la exposición de París. Tampoco su descubrimiento será inútil para Europa, ya pobrísima de cortezas curtientes, porque el quebracho colorado puede también sembrarse y crecer en los bosques de Calabria, Sicilia, del mediodía de Francia y de Argelia (1).

No solamente en lanas y cueros abunda la industria argentina, pues cuantos estuvieron en París, han podido admirar los ponchos de la Pampa y los ponchos de Jujuy, de Córdoba y las sedas de Mendoza, y los famosos encajes de Salta, Tucumán, Jujuy y Corrientes, y las mórbidas hamacas de algodón de Misiones; los productos minerales que apenas explotados prometen rica veta de minerales variados para el trabajo de los indígenas y de los extranjeros; las maderas preciosas y las pieles de animales feroces, y nuevos aceites, nuevas ceras, y más

(1) MARTIN DE MOUSSY, *Rapports sur quelques produits argentins*, etc. Paris, 1867.

de cien productos del campo y del bosque, que esperan la mano laboriosa del colono europeo. Y la cosecha de las cosas argentinas habría resultado diez veces más rica, si la larga guerra mantenida con el Paraguay no hubiese distraído tiempo, capitales y hombres, de la fecunda labor de la paz. Pero haber expuesto tan hermosa muestra, en circunstancias tan luctuosas, es ya por sí solo gran alabanza para la República Argentina, y gran parte de ella débese al distinguido Balcarce, ministro argentino en París, heredero de uno de los nombres más ilustres de la América meridional, pero que no se contenta con haber tenido un padre semejante, sino que estudia por cuenta propia y trabaja para mantener alta la bandera de su país en el centro de Europa (1).

(1) El general Balcarce, padre del actual ministro argentino, es una de las más bellas figuras históricas de la América meridional. En honor de esta familia conviene recordar que también la España americana tuvo sus Washington y sus Fraklin (*).

(*) La edición original de esta obra está dedicada así:

Al Ilustre Argentino
D. Mariano Balcarce
Ministro Plenipotenciario Argentino
En París Y En Londres
Heredero De Un Gran Nombre
E
Hijo Adoptivo De San Martín
Dignísimo De Lo Uno Y De Lo Otro
Como Diplomático, Como Escritor, Como Ciudadano
Ejemplar
El Autor D. D. D.

(N. del T.)

CAPÍTULO XXV

La antigua civilización peruana. — Bolivia es una obra futura. — Digresiones y pequeños descubrimientos de linguística. — La queyna

No puedo abandonar el norte argentino sin un saludo al antiguo imperio de los incas, que comprendía aquel país en su región del mediodía, o como se llama en lengua quichúa, *collasuyu* (1).

El vasto coloso extendíase, en tiempos de la conquista española, desde el segundo grado de latitud norte hasta el 37° de latitud sur. Estrechado de un lado por el océano, alargábase hacia oriente, hasta cerca de la Pampa, bien que por esta parte sea más fácil adivinar sus confines, que trazarlos. Ahora, sobre ese cadáver, se extienden las vastas repúblicas del Ecuador, del Perú, de Bolivia, de Chile y gran parte de la República Argentina. La extensión de aquel imperio no nos conmueve por su grandeza, sino por su organismo robusto y poderoso; por un sistema de centralización, tan bien urdido, como para desacreditar al de la Francia moderna, porque desde el corazón del Cuzco, partían a las más remotas comarcas las voluntades del hijo del sol; por una política de conquista, que en sí reunía las virtudes de dos grandes naciones de Europa : la violencia de la invasión y el arte sutil de reducir, absorber y asimilar.

Y, sin embargo, un puñado de aventureros españoles, guiados por un soldado valeroso y un fraile fanático, derribaron ese imperio en pocos meses : triste lección para los Estados que acumulan en un

(1) Todas las vastas regiones sujetas al cetro de los Incas, se llamaban *Tavantinsuyu*, o sea los cuatro ángulos del mundo. Estaban divididas en cuatro partes : *Antisuya* (parte del este) ; *cuntisuya* (parte del oeste) ; *chinchasuyu* (parte del norte) ; y *collasuyu* (parte del sud). En esta última palabra, creo que se encuentra el origen del nombre *collas*, que los argentinos de las provincias platinas, dan con cierto desprecio, a los habitantes de Salta y Jujuy, y estos a su vez a los bolivianos. La palabra desciende en linea recta de los incas y sin ninguna desfiguración, pero de expresión geográfica se ha transformado en nombre despectivo.

hombre y una ciudad todas las fuerzas, dejando empobrecidos los miembros lejanos. El orden y la armonía son, en la vida de los organismos, como en la de las naciones, los primeros elementos de su existencia, y el más robusto y compacto debe regirse con un equilibrio de variados sistemas, que mutuamente se defiendan. La vida del individuo es suma armónica y poderosa de cien vidas diferentes, y mucho más fácil es cortar a un hombre la cabeza que destruir la vida de un fecundo polípero.

Y el desconsuelo que oprime al contemplar semejante cadáver, proviene de encontrar una verdadera destrucción, no una metamórfosis de fuerza. Los españoles mataron, apagaron, hicieron... nada más que espacio, como si la tierra de Colón no hubiese sido tan vasta como para dar vida a cien naciones y a cien civilizaciones. Ni estos errores se reparan más, ni dejan una lección para el porvenir. No hay más imperios que conquistar, ni continentes que ocupar.

Las naciones que obedecían a los hijos del sol, no eran hordas de bárbaros errantes en busca de caza y de presa, sino formaban una colmena de familias, que cultivaban los campos, que poseían leyes morales o creencias religiosas, industrias activas y artes bosquejadas. Tenían teatros, perfumes (1) y fiestas nacionales; y escribían sus anales con aquellos singulares *quipu*, verdaderas franjas en las que los diversos colores de muchos hilos y nudos formaban las palabras.

La agricultura estaba tan adelantada, que hoy haría enrojecer a muchos americanos; regaban sus campos con agua traída de lejanas provincias, por acueductos hechos con suma maestría. Uno de éstos, que atraviesa el distrito de Condesuyu, tenía más de 400 millas de largo. Cerca de Caxamarca, aun se ven las ruinas de un gran canal, que daba salida a las aguas de un lago, cuando las lluvias torrenciales amenazaban inundar los campos vecinos. Teníase gran cuidado de que los propietarios de los terrenos, por los que atravesaba el agua benéfica, gozasen de ella, y había leyes y superintendentes imperiales que regulaban su distribución. Ahora casi todos estos canales están en ruinas y olvidados.

La agricultura peruana conocía los abonos y había hecho de su empleo casi una ciencia : usaban el *guano*, que desde hace breve

(1) Es conocido que Atahualpa mandó a Pizarro pájaros secos, que servían como perfumes. He encontrado en el norte argentino, una costumbre que recuerda los perfumes del inca. Los criollos hacen secar al sol, la piel que se saca de la cabeza del cuervo (epecie de buitre negro). la que conservan después entre la ropa blanca, comunicando a esta un perfume de almizcle.

tiempo aprovechamos, conservando, casi por gratitud, su antiguo nombre quichua, y las islas guaníferas eran repartidas entre las diversas provincias, y las leyes castigaban a muerte a quien mataba los pájaros preciosos que proporcionaban los medios de estercolar la tierra. Adaptaban el estiércol a los distintos cultivos y empleaban, a menudo, peces sacados del Pacífico.

¡Singular confrontación! También en el Cuzco, salía el Inca a una fiesta nacional con numerosa corte de grandes y cortesanos, y delante del pueblo reunido, rompía la tierra con un arado de oro o cualquier otro instrumento parecido, enseñando así a venerar el arte de la agricultura. Igual que en China, donde un otro hijo del sol, hace la mismísima cosa. En la historia de los incas encuéntranse infinitas analogías con los pueblos del antiguo continente, hechos que indujeron a los historiadores las rarezas más extrañas, y agreguemos con Cattaneo, los condujeron hasta el sumo error de hallar, antes de tiempo, repeticiones y semejanzas entre todas las gentes, como si todos no fuesen más o menos hombres.

Los peruanos cultivaban el maíz, la papa, la banana, que algunos, por error, creen importada a América, la batata y la quinoa. Regocijábanse con la chicha, la coca y el tabaco.

En el pastoreo eran superiores a nosotros por la mayor abundancia de animales lanudos, entre los cuales contábanse la llama, la alpaca, el guanaco y la vicuña. Con la lana de éstos y con el algodón que era indígena, fabricaban tejidos que despertaron en los españoles admiración y envidia.

Tenían magníficos caminos, dos de los cuales imperiales : uno que, pasando por sobre las altiplanicies, comunicaba las regiones del interior, y otro que corría a lo largo de la costa del mar. Ni los precipicios, ni las rocas, ni las nieves, los detenían; abrían tuneles en el duro granito, tendían puentes colgantes, hechos de cuerdas; construían muros y pilastras, y el camino, de veinte pies de ancho, estaba empedrado, y en algunos trechos, cubiertos con un cemento bitumìnoso (verdadero modelo de nuestro macádam), pero tan firme, que el tiempo lo ha vuelto más duro que las piedras. El camino interno que aun se ve, puede calcularse de 1500 a 2000 millas.

El otro, que costeaba las arenas del mar, alzábase sobre fuertes terraplenes defendidos por parapetos de arcilla, a lo largo de los cuales había matas y plantas que daban sombra y perfume al viajero.

De diez en diez millas, había casas llamadas tambos, verdaderos al-

bergues en los que en medio del desierto encontraba el peregrino alimento y reposo.

El servicio de correo hacíase con chasquis, que cada cinco millas, corriendo a pie con toda velocidad, se transmitían unos a otros los singulares despachos de los quipus, o los pescados y las frutas que se mandaban a la Corte del Cuzco. Alcanzaban la velocidad de 150 millas al día, mejor que en muchos países de la Europa moderna, que aún carecen de ferrocarriles.

La arquitectura de los incas no era elegante, pero sí sólida : empleaban para sus construcciones, granito, pórfido y ladrillos hechos de arcilla y hierbas desmenuzadas, que han resistido a los hielos de los Andes y a los soles del trópico. Las piedras eran tan magistralmente dispuestas en sistema de mosaico, que hoy mismo no podríase introducir entre una y otra la hoja de un cuchillo, pero algunas veces empleaban verdaderos cementos, que han negado muchos viajeros.

Ignoraban el uso del fierro, y para la agricultura, la guerra y la industria, servíanse de un bronce durísimo, al que daban temple de acero. Sólo empleaban el oro y la plata en ornamentos, pero los tenían en abundancia tal, que adornaban estatuas colosales y hacían jardines cuyas flores eran de plata y de oro. En Yucay, residencia favorita de los incas, canales de plata conducían el agua a fuentes de oro, en las que los hijos del sol se dignaban bañarse con las hijas de la tierra.

En cuanto al arte metalúrgico de los peruanos, es de notar que les es común con los egipcios y mejicanos antiguos, la ignorancia del fierro, y cómo estos tres pueblos, separados por tanto espacio de mar y tierra y que jamás llegaron a comunicarse, hayan sabido fabricar el bronce, haciéndolo tan duro como el acero.

Las artes textiles eran las más conocidas, pero en las tumbas de los incas se han encontrado brazaletes, collares y ornamentos adornados con cierta elegancia, y espejos de piedras pulidas o de plata, y también balanzas del mismo metal, instrumento precioso de civilización, desconocido por los aztecas, dignos hermanos de los peruanos en otras muchas formas de vida civilizada.

El régimen político del país, aunque simplícimo, no era envidiable. El Inca lo era todo, y con los príncipes de sangre real, y con los príncipes extranjeros, que de reyes se transformaban en cortesanos del Inca, formaban un sistema compacto de aristocracia hereditaria, al que jamás llegaba el hombre nacido fuera de aquella esfera de luz y de poder. Aún el más noble de entre los nobles, al comparecer ante su rey, debía ir con los pies desnudos y un peso a las espaldas, en señal

de sujeción y envilecimiento. El era el primer sacerdote, el todo del país. Pudo decir antes que otro : *L'État c'est moi.*

El Inca, sin embargo, y en esto superior a muchos reyes despóticos de Europa, si era el hombre más rico y poderoso del imperio, si bien tenía en cada provincia una residencia, si bebía la chicha en tazas de oro y tenía un serallo tan bien provisto por los monasterios de las vírgenes del sol como para desacreditar todos los harenes de oriente, era también el hombre que trabajaba más que los otros, que casi siempre extendía con gloriosas conquistas los confines del imperio y que en los tiempos de paz, aplícabase seriamente al estudio y al gobierno.

Se cuidaba mucho la instrucción, pero era privilegio de los príncipes y nobles (todo lo contrario de ahora), y más de un hijo del sol hizo construir su palacio próximo a los colegios, verdaderas universidades de entonces, para estar más cerca de las fuer es del saber. El pueblo no necesitaba ciencia, y lo dice el bueno de Garcilazo en sus *Comentarios,* con tanta ingenuidad, que no puedo por menos de citar sus palabras :

« *No es lícito, que enseñen a los hijos de los plebeios las ciencias, que pertenescen a los generosos, y no mas, porque como gente baja, no se eleven y ensobervezcan, menoscaben, y apoquen la república: bastales que aprendan los oficios de sus padres ; que el mandar y governar no es de plebeios ; que es hacer agravio al oficio y a la república encomendársela a gente común* » (1).

Fuera de la Corte, no había más que hombres completamente iguales, que se numeraban por decenas y centenas, y que eran vigilados por decuriones y centuriones. A cada joven que alcanzaba la edad hábil para reproducir el rebaño humano, el gobierno le regalaba un terreno que no podía vender ni aumentar, sino que se agrandaba según el número de hijos.

Ningún rico, ningún pobre. El que por enfermedad no podía trabajar, era mantenido a expensas de todos, tampoco recibía avara limosna, sino que en todo era igual a los demás. Había terrenos reservados para los viejos, para las viudas, para los huérfanos, para los soldados, que el sudor de todos cultivaba. Era deber primordial de todo hombre sano, cuidar del cultivo de los terrenos pertenecientes al sol, o sea al culto de su Dios; atendían después las tierras de los infelices, después las propias, y por último debían cultivar los terrenos

1) Garcilaso, *Com. Real.*, parte I, libro VIII, capítulo VIII.

imperiales, para lo que reuníanse en grandes hileras y acompañaban el trabajo con músicas y canciones.

De Dios y del Inca eran todos los ganados, todas las minas, toda la coca.

Nunca se vió ley agraria más rigurosa y más simple, ni en lugar alguno hubo un comunismo más despótico; nadie era pobre en aquel imperio, nadie mendigaba, pero el progreso estaba encerrado en una crisálida, suspendido. Extinguida estaba la sagrada chispa de la familia humana : la libertad.

¿ Y qué resta de ese coloso que hace apenas tres siglos gozaba de la vida más robusta ? Quedan indígenas que mascan coca, beben chicha y sirven a los hijos del sol; quedan vicios aprendidos de los europeos y palabras quichuas injertadas en la lengua española (1).

Sobre el vasto territorio del imperio peruano, agítanse cinco repúblicas, llenas de vicios y pasiones, pero con gérmenes fecundos de un porvenir sin fin. El círculo mágico que inmovilizaba a tantos millones de hombres, está roto, y si la anarquía más sangrienta divide a los

(1) El ilustre Gutiérrez, en su erudito trabajo (*La quichua en Santiago*. Buenos Aires, 1860. *Biblioteca Americana*, vol. 7, pág. 213) dice que ha encontrado veinticinco palabras de origen *quichua*, en el español que se habla en la capital argentina. Helas aquí :

Pucho, resto, desperdicio.

Cancha, patio o lugar encerrado por una estacada.

Chhacra, heredad de tierra, huerto.

Charque, del quichua chharqui, carne seca, hombre flaco.

Chhasce, cabellos tupidos y enmarañados.

Chasque, de chasqui, mensajero, correo.

Chhuspa, bolsa.

Guasca, de huasca, cincha, correa.

Vincha, cinta para apretar los cabellos.

Yuyu, hierba.

Humita. comida especial que hemos descripto en la cocina entreriana.

Pampa, gran llanura, plaza, palabra que quedará para siempre en la geografía y en todas las lenguas europeas.

Chuccho, escalofrío de la fiebre o fiebre intermitente.

Cháguare, hilo del trompo y de la bromeliacea que da hilo a muchos indios de la América meridional.

Chuso, trigo cariado, echado a perder.

Chaucha, legumbres tiernas que se comen con cáscara.

Tambo, en el sur argentino es el lugar en que se ordeñan las vacas ; en el norte se emplea con igual sentido que los antiguos peruanos, o sea albergue ; posada de los españoles

Guano, estiercol.

A estas palabras. agregaré algunas otras que oí en el interior de la Confederación Argentina.

Guagua, criatura, palabra eminentemente imitativa.

Chuchui, oh, cuánto frío !

Tutui, oh, cuánto calor !

Viracoche, hombre blanco, hombre decente. Sobre esta palabra, permítasenos una disgresión

descendientes de Pizarro, son hombres al fin que marchan para adelante y progresarán indefinidamente. La libertad cura siempre y por sí misma las propias heridas, aún cuando parezcan graves y crueles. En cambio, el despotismo, quiebra los más poderosos resortes que animan y mueven a la humana familia.

Los españoles habrían podido educar, no destruir al imperio de los incas; habrían podido infundir en aquella masa inerte una chispa de inteligencia, pero no lo hicieron, o porque no supieron hacerlo, o porque con tanto yugo de catolicismo sobre las espaldas, no lo pudieron. En vez de animar la arcilla con la chispa de Prometeo, no vieron más que hombres para el bautismo y brazos y músculos que sepultar en las catacumbas de las minas.

Es obra dignísima para los ingenios americanos, el estudio de todo lo que resta del caracter y de la tradición del imperio del Cuzco, en la moderna civilización española que allí se transplantó. Conviene buscar las más minuciosas propagaciones de este injerto en la fisonomía de los habitantes, en la anatomía, en el estudio de las enfermedades, en el idioma, en el caracter moral, en todo lo que pertenece al hombre y que es modificado por su cerebro y sus músculos. Es rara ocasión encontrar en tiempos cercanos a nuestra época, la fusión completa de dos razas, de dos civilizaciones, de dos mundos; y el filósofo, el médico y el político, encontrarían tesoros que con penosa, difícil y traba-

filológica. Los antiguos peruanos empleaban la palabra *viracoche*, para indicar al ser supremo, al que también llamaban *pachacamac*. Un antiguo escritor español, citado por Prescott en su joya histórica *(History of the conquest of Perú*, edic. VII, pág. 39. London, 1854) encuentra en la etimología de la palabra *espuma del mar*, argumentos para hacer derivar el origen de la civilización peruana de un viajero del antiguo continente, naufragado en aquellas costas. Puedo agregar un hecho más importante, encontrado por mí e ignorado por Prescott, pues en Salta, Jujuy y Bolivia entera, la gente del pueblo y especialmente los indígenas, llaman *viracoches* a los europeos. Nuestro gran Marzolo, habría encontrado una confirmación a su espléndida doctrina, verdadera ciencia nueva de nuestros tiempos.

No puedo decir si el ilustre granadino Caldas tiene razón, cuando llama a la lengua quichua, *armoniosa, dulce y flexible, esta lengua que representa en el nuevo continente a la toscana del antiguo*, y nombramos juez al lector, citándole el saludo común, que se pronuncia lo mismo que está escrito, con poco refuerzo de sonidos guturales y nasales, de los que es riquísima la lengua quichua :

Imeyna canqui ? cómo estais ?

Alliravan quesqueni, gracias, muy bien.

Convengo, sin embargo, con Caldas y Gutiérrez, que es una lengua llena de colorido y rica, sobre todo, para expresar los más ardientes y delicados impulsos del corazón. Una madre que había perdido un hijo, exclamaba *chaupipurchapi tutayarca* (en pleno día sucedió la noche !) palabras que a un mismo tiempo expresan la aspereza del sonido y la poesía del corazón.

En la geografía de la cordillera están escritas palabras llenas de elocuencia quichua : *Cotopaxi*, quiere decir masa de fuego ; *Pichincha*, terrible, amenazante ; *Chimborazo*, nieve del otro lado.

josa indagación, debemos buscar en los tiempos nebulosos de la antigua historia europea. La veta de metal es tan rica como para ocupar una falange entera de mineros.

Más de las cuatro quintas partes de la población de Bolivia, es de sangre netamente peruana, y la quichua es lengua nacional, así como se habla también por todos en la provincia argentina de Santiago. Grave problema para los historiadores, encontrar, en medio de países completamente españoles, un oasis en donde se habla quichua, y que fué profundamente estudiado por el ilustre Gutiérrez.

El carácter del boliviano, lleno de reserva, de desconfianza, de finísima astucia, de ingenio capaz para las ciencias especulativas, depende tal vez en gran parte de la rica herencia de sangre incaica. La chicha y la coca, heredadas de los pueblos vencidos, modificaron profundamente los usos y el carácter de los vencedores.

Los prejuicios, además, que hoy se encuentran por centenas en Bolivia, se heredan con mayor facilidad que las instituciones útiles y los ingeniosos hallazgos del arte. Sólo citaré, por lo curiosa, la costumbre extraordinaria de la plebe boliviana, la víspera del 3 de mayo, día de la Cruz, durante el cual se cree con derecho a insultar por los caminos a los hombres más altamente colocados, porque inmediatamente después del insulto profieren las palabras *saguai, saguai,* cuyo significado ignoro.

Y es triste herencia del yugo de los incas, el abyecto servilismo de los indígenas de Bolivia, que se burlan del ausente y se humillan hasta la tierra ante un hombre o una voz imperiosa, y que a menudo llegan hasta el alcalde a implorar una paliza, fingiéndose culpables de cualquier transgresión, o se hacen abofetear para exigir después el pago del insulto.

En el sistema de la economía doméstica boliviana, entran las palizas como argumento muy eficaz y común, y así en Salta y en Jujuy, oí a menudo entre el pueblo bajo, que el marido decía a la mujer : *Mucho te quiero porque mucho te aporreo.*

En Bolivia se toca un instrumento llamado *qqueyna,* que expresa una melancolía desgarradora. Su voz flébil, cuando rompe el silencio de las noches, provoca el llanto y parece el lamento de una nación que muere. A menudo se acompaña la *qqueyna* con canto, y hay una canción célebre en el alto Perú llamada *yaraví,* del padre Lersundi.

Cuéntase de este cura o fraile, que estuvo perdidamente enamorado de una parroquiana suya que murió. Lersundi compró al sepulturero e hizo llevar al adorado cadáver hasta su casa. Allí, después de colo-

carlo sobre una silla y circundarlo con una corona de cirios, se prosternó, dirigiéndole las más amorosas palabras, entrecortadas por gemidos y gritos. Cuando el cuerpo corrompióse, cavó una fosa en el mismo cuarto y cortándole una tibia, fabricó una *qqueyna* de cinco agujeros, y durante ocho días seguidos arrancó armonías que erizaban los cabellos de los que las escuchaban. Los vecinos, conmovidos, oían y lloraban, pero después del octavo día calló la música y se encontró al padre Lersundi con la *qqueyna* entre las manos, muerto sobre la tumba de su amada.

He aquí los versos del padre Lersundi, conocidísimos en Bolivia :

Querida del alma mía,
Mientras yaces sepultada
En tu lóbrega mansión,
Tu amante canta y llora
Al recordarse el pasado ;
Mas sus cantos y gemidos
Que ya no puedes oir
Se los va llevando el viento (1).

En esta historia y en estos versos hay una poesía rica en profunda tristeza. Aquellos países son, en verdad, fecundos para el filósofo y el poeta.

(1) PAUL MARCOY, *Scènes et paysages dans les Andes.*

CAPÍTULO XXVI

Indígenas de la América meridional. — Naturaleza física. — Costumbres, inteligencia religión — Decadencia y destrucción. — Clasificación de los indios

El geólogo estudia bastante mal la estructura orgánica de nuestro globo, cuando examina en la soledad de su gabinete algunos fragmentos desprendidos de la corteza terrestre. Para trazar su verdadera historia natural, debe recorrer los montes y los valles, leer en el libro de la naturaleza las inclinaciones, la índole y el yacimiento de las rocas. Pequeños accidentes que antes le llevaban, involuntariamente, a deducir falsas leyes y teorías incompletas, a inventar especies y nombres infinitos, le sirven ahora con este segundo método de indagación, para describir con fidelidad cuadros exactos del mundo mineral.

Sucede igual cosa al que se dispone a indagar la naturaleza del mundo humano, cuando quiere delinear la fisonomía física y moral de una raza o de una nación. Podemos llevar a nuestro gabinete los materiales muertos que nos suministran la anatomía, la lingüística, la historia; podemos estudiar el cráneo, las palabras, los cambios políticos de una familia humana, y de este modo encontramos ocasiones para espléndidos descubrimientos, pero aislados y artificialmente divididos de los objetos y fenómenos que existieron antes o después, o al mismo tiempo de los que estudiamos. Además, podemos ir hasta el mismo suelo que pisa una raza humana, podemos convivir con ella, representarnos de una sola vez su fisonomía, su carácter, sus costumbres, su civilización o su barbarie, y haciendo entonces menos ciencia, fabricando menos abundancia de nuevas palabras y trazando pocas líneas de clasificación, conseguimos, sin embargo, la fiel fotografía de una escena de la naturaleza, en la que habremos olvidado pocos elementos. Y los juicios a que seremos conducidos por estas dos maneras de estudio, serán muy distintos y diversamente fecundos en aplicaciones prácticas. La economía social, la política y todas las artes

de la vida civilizada, deben tomar consejo de quien estudia al hombre entero considerado en su conjunto, del que lo retrata sin dibujarlo, interrogando más a menudo la topografía y la historia natural, que la anatomía y la lingüística. La ciencia pura tiende siempre a lo absoluto, y detrás de sus líneas matemáticas dicta axiomas absolutos, mientras que el arte de la vida siempre reune en un solo haz el mayor número de elementos, y como tiene por finalidad alcanzar el desenvolvimiento y la prosperidad de las masas, sacrifica siempre el individuo a la nación, los principios rigurosos al bienestar real, la verdad de la ciencia a la verdad suprema de la felicidad humana.

En mis viajes por América, no he rehuído la ocasión de estudiar a los indígenas en sus desiertos o en los confines de las colonias europeas, y más de una vez la busqué con algún peligro; hubiese querido reflejar algunos cuadros de la naturaleza humana, en vez de buscar la confirmación de teorías científicas o crear otras nuevas. Pero si abundantes eran los materiales, eran pobrísimas las fuerzas que debían asimilarlos y darles el molde de la vida. Trataríase de hacer con el hombre lo que Humboldt, primer creador de un arte novísima, hizo con el mundo de las plantas y de los planetas. Tal vez los gérmenes recogidos en la edad de las inspiraciones, fructifiquen en la edad de las meditaciones : por ahora me contento con mostrar a los demás lo que desearía que estuviese hecho, pero que yo me siento incapaz de hacer. Sufro a la vez, en este momento, la angustia de la impotencia y del deseo.

He visto indios de estas diversas familias : abipones, mocovis, guaraníes, payaguas, cainguas, pampas, araucanos, chiriguanos, matacos, calchaquíes, quichuas, aymaraes, tobas y guajajaras; tuve con algunos prolongada familiaridad; otros estuvieron en mi casa durante muchos meses, y creo tener un concepto de su naturaleza física y moral. Si debiese formularlo en pocas palabras, renunciando a esos esfumados que dan a los cuadros mayor verdad, diría que el indio de la América meridional es un hombre de escasa sensibilidad, descontento de sí mismo; taciturno, silencioso, desconfiado, fríamente cruel; tierno a veces y apasionado; tenacísimo y amante de la libertad; poco inteligente; poco activo; sobrio por necesidad o por inercia, así como en oportunidad voraz, pues que no aprende de la civilización más que los vicios; apasionado de los placeres y de la embriaguez. Supersticioso sin ser religioso; poco moral por su corta inteligencia; incapaz de alcanzar por sí mismo un alto desarrollo de cultura y destinado a ser envuelto y a confundirse en el gran torrente de la civilización europea.

El indio está más arriba que el negro en la escala humana : es más inteligente y sus sentimientos son más ricos de formas, pero nuestro hermano africano nos inspira mayor simpatía, porque es un alborotador más alegre, un charlatán más expansivo. El negro es un mono humanizado; el indio es un blanco que medita sobre el dolor del pasado o sobre una venganza del porvenir. El negro nos divierte sin comprendernos; el indio nos da miedo o compasión. Frente del uno y del otro, sentimos como si fuésemos parientes lejanos; tal vez primos, jamás hermanos.

De la fisonomía de estos parientes americanos hablaré más adelante, y la confrontaré con la de otros pueblos de la tierra. Ahora señalaré rápidamente algunas líneas anatómicas y psicológicas.

Los filósofos que sobre una elástica poltrona, entre la estudiada lujuria de la vida civilizada, lamentan la libre y desnuda civilización del salvaje, deberían dar una vuelta por la Pampa argentina, o llegar hasta Corrientes, para verificar si la civilización ha hecho verdaderamente degenerar al bípedo sabio de Linneo. Quisiera preguntarles si esas pobres criaturas de color barroso, desnudas y cubiertas de asquerosos harapos, con músculos débiles, cabellos sueltos y sucios, devorados por un tropel de insectos, son los representantes de la inocencia primitiva o de la libertad; quisiera saber si aquellos rostros estúpidamente tristes esperan un rayo de luz que les venga del cielo o de las obras de sus hermanos de ultramar.

Los indios resisten al dolor mucho más que nosotros, y he visto pruebas luminosas, al practicarles crueles operaciones de cirugía. Son extrañamente insensibles en la piel y en el corazón. También resisten mejor que nosotros a la intemperie y los largos ayunos. Es en ellos virtud necesaria y fruto de larga costumbre, y la higiene y los cuidados solícitos no salvan la vida de los débiles y enfermizos, por lo que sólo los fuertes se hacen hombres y en el ejercicio de las privaciones se fortifican y duran. Muchísimos, que no son agricultores, que viven de la caza y de la pesca, sufren hambre con frecuencia, y los chiriguanos y matacos, que del desierto vienen hasta las fábricas de azúcar, dan miedo por lo cansados, flacos y cadavéricos. A muchos pude contar las costillas con los ojos, y en sus piernas resecas era difícil encontrar los gastronómicos. Sin embargo, si después que se han atracado de carne, de caña de azúcar y de aloja, sienten cantar la chicharra (especie de cigarra), abandonan en masa las fábricas para regresar a sus bosques llenos de algarroba, y embriagarse y nutrirse, mientras el árbol les dé alimento y bebida.

Los indios agricultores, o los que han sido ya envueltos por la civilización europea y bastardeados por nuestra sangre, tienen cuerpos vigorosos. Entre los payaguas, tobas, pampas y araucanos, he visto hombres bellísimos.

Saben resistir de un modo singular a las lesiones traumáticas, y en América es popular el proverbio : *duro para morir como un indio.* En esto son dignísimos semejantes de sus hermanos de Nueva Zelandia, en los que todos los viajeros han verificado una gran impunidad para las heridas más graves. Hongi, el Napoleón de aquella isla antropófaga, en un combate con los ingleses, recibió una bala que le atravesó el pulmón y vivió muchos años con un agujero en la espalda, por el que despedía el aire con un sonido zumbante cuando estaba de buen humor y quería divertir a sus amigos.

El poder de la sobriedad iguala en ellos a la omnipotencia de la voracidad. En Entre Ríos conocí a don Celedonio, viejo gaucho que vivía transportando a los viajeros en un lanchón de una a otra orilla del río Gualeguay. Vivía de mate y aguardiente de anís, a los que agregaba como apéndice secundario un pedacito de carne asada. Y los patagones engullen, de una vez, tal cantidad de alimento que no podrían caber en un estómago europeo. Son muy aficionados a la grasa y al cebo, aunque estén rancios. La naturaleza concedió a estos hombres la templanza y el estómago del tigre.

En algunos el clima y en todos la fácil oportunidad, hacen sus amores precoces. Los vicios contra natura son rarísimos o desconocidos. Muchísimos viven con varias mujeres, y tienen cuantas pueden mantener. Coliqueo, al que conocí y de quien hablaré más adelante, uno de los reyes más poderosos de la Pampa, tenía ocho. Hombres y mujeres son bastantes aficionados a mezclar su sangre con la nuestra, y esta tendencia es tal vez civilizadora. Aun los indios más crueles, cuando hacen prisioneros, matan a los hombres, pero conservan a las mujeres para enriquecer su serrallo.

Para las mujeres de los payaguas, es delito mortal conceder sus favores a un hombre de otra nación, pero más que la ley de los hombres vale la ley del amor y obedecen a la última cuando se trata de un europeo. En algunos el amor no carece de poesía, y entre los matacos, que se cuentan entre los más estúpidos, el amante para solicitar su sentencia, enciende de noche una tea delante de la choza de su amiga, y escondido entre las malezas, aguarda a que la llama se apague o a que otra luz, encendiéndose al lado de aquella, lo haga el más feliz de los hombres.

En toda la América son célebres por su lascivia los indios de Bolivia, y su potencia amorosa consérvase hasta larga edad. Hablé de esto mismo en mi trabajo sobre la coca. Sería bastante curioso indagar qué influencia ejercitaron la indiferencia indígena y los celos españoles al ponerse en contacto y entrecruzarse junto con los otros elementos físicos y morales. Para ilustrar esta cuestión, citaré algunos hechos sucedidos durante mi estadía en América, y diría casi a mi vista.

Un jovencito de Victoria, en Entre Ríos, a los catorce años, raptó a una niña de doce años, y arrebatándola, a la grupa, huyó con ella al bosque. Al día siguiente regresó a la aldea y el padre de la chica lo castigó con algunas cuchilladas poco graves en la cabeza.

El mismo año en Paraná, capital de Entre Ríos, dos mujeres descubren sucesivamente la infidelidad de su común amante. Después de sorprenderlo, le amputaron con las tijeras los órganos pecadores, y el infeliz murió de esa operación hecha por manos tan poco quirúrgicas.

Hace pocos años, en Bolivia, una mestiza traicionada por su amante, mató al fruto de sus amores poco después del nacimiento, y despedazándolo, compuso un guiso y un ají de tripas, que mandó al traidor, de manera que éste lo creyese preparado en un figón. El desgraciado comió, sin darse cuenta, las carnes y las vísceras de su hijo, y aquella cruel mujer se lo avisó después. Permaneció largo tiempo encarcelada, pero mientras se consultaban códigos para castigar un delito tan nuevo, fué puesta en libertad por una de las tantas amnistías que conceden los presidentes de aquel país para ganarse el favor popular.

Los indios, especialmente los que viven en la Pampa, tienen sentidos agudísimos. Por la penetración de su vista, recuerdan a los árabes y calmucos.

No hablaría de la agilidad de los indígenas de América, sino conociese dos ejemplos singulares de extraordinaria fuerza muscular en dos individuos que reunían, con toda probabilidad, dos estirpes y dos oleadas de sangre.

El cura Campos, gobernador de Tucumán y nacido en este país, ganó muchas veces en las carreras grandes premios, corriendo pequeñas distancias al mismo paso que los caballos, con la única ventaja de poder adelantarse primero, mientras el jinete montaba a caballo. Era un hombre alto y enjuto.

Un pobre muchacho de ocho años, llamado Isidoro, huérfano y nacido en los valles de Salta, conducía todos los días al pastoreo un

rebaño de ovejas y quedábase por los cerros hasta la tarde, hora en que regresaba a la casa de sus amos. Un día la majada volvió sin su pastor, y a pesar de todas las diligencias que se hicieron, no se tuvo más noticias de su paradero. Veinte años después, unos pastores aseguraban que habían visto al diablo corriendo por los cerros, en medio de una tropa de guanacos. Esta noticia, repetida por varias personas, dignas de fe, indujo a uno de los más arrojados vallistas, sin miedo al diablo, a ponerse en acecho en el lugar donde los guanacos acostumbraban pacer, y con las bolas, se apoderó de un extraordinario bípedo, completamente desnudo, cubierto de pelos y con los cabellos sueltos. Ni ruegos ni amenazas bastaron para que hablase, y sólo sabía pronunciar el nombre de Isidoro. Aborrecía la carne y la sociedad de los hombres, y vivía sólo de leche, hierbas y frutas. Después de una breve y forzada permanencia entre sus antiguos paisanos, huyó por segunda vez, y por segunda vez fué aprehendido. Enseñósele a hablar y a ser hombre, y confesó que habiéndose perdido en los bosques, se había familiarizado con los guanacos, los que acostumbrados a verlo en sus desiertos, se volvieron sus buenos amigos, chupaba la leche de las hembras y pacía con ellas. En los últimos años de su vejez, Isidoro el guanaco (como se le llamaba en Salta), era muy tímido, veloz en la carrera como el caballo, y en todos sus movimientos representaba al animal que tantos años había sido su conpañero.

Este es un hecho auténtico, referido por personas dignísimas de fe, y que puede reunirse con otros semejantes conocidos en Europa.

Ya señalé a grandes rasgos el carácter moral de los indios, pero éste varía bastante según las diversas familias. Los más crueles son, tal vez, los pampas y los tobas; los más apacibles y gentiles los chiriguanos.

Todos aman la libertad sobre todas las cosas, y cuando acércanse a las colonias, lo hacen sólo por avidez de rapiña o de provecho. No se dejan encerrar en las trincheras de nuestra vida civilizada, sino obligados por la fuerza. Mi colega y compatriota, el doctor Maspes, conoció en el Brasil a una familia criolla que había recogido a una criatura botocuda, abandonada en la fuga, y la había mimado y educado como a hija propia. Apenas creció, corría por campos y bosques en busca de lagartos y sapos y tragábalos vivos. A los trece años huyó para siempre y se reunió a sus hermanos, a través de montañas y desiertos.

Muchos europeos, en cambio, se volvieron salvajes viviendo con los indios, y es natural. Es más fácil descender que subir. El coronel Pedro Andrés García, en una memoria dirigida al gobierno de Buenos

Aires el 26 de noviembre de 1811, hablando de las condiciones de los hombres del campo, decía algunas palabras muy valiosas para la historia del hombre, tanto más apreciables, pues que las escribió un hombre que describía sin teorizar. Las traduzco literalmente :

« El hombre, aislado y reducido a sí mismo, se vuelve salvaje y feroz, huye de todo trabajo que no sea estrictamente necesario para su mantenimiento, y sin hábitos de obediencia y subordinación, prefiere siempre los medios de la violencia a los de la dominación, por lo que antes que pedir, roba. Vuélvese rabioso e insensible, y como vive reconcentrado en sí mismo, es incapaz de espíritu público, ni le impresionan los resortes de la política. »

Este coronel tenía razón. El egoismo del individuo difundido en el círculo de la familia, se transforma en base de la sociedad, y el afecto de familia mezclado en el vasto océano de un pueblo, se vuelve amor de patria : una de las primeras fuerzas de la prosperidad y de la vida civilizada. Porque es ley suprema de la metamórfosis de las fuerzas sociales, que éstas resulten más sublimes, morales y poderosas, cuanto más se apartan del individuo para desparramarse en el ancho campo de la humanidad.

Los indios son muy supersticiosos y tienen pocas ideas religiosas. Recordaré siempre de un indio de Yungas, que se dejó medir el cráneo y examinar el cuerpo con entera docilidad, pero que huyó horrorizado cuando le pedí un mechón de cabellos. Ni dádivas, ni promesas, sirvieron para detenerlo. Creía que yo utilizaría sus pelos para hacerle un maleficio. Este hecho me recuerda al bandido Basilio, del que cuentan que, en Romaña, después de asesinar a una familia entera y observando que uno de sus compañeros de armas lamía manteca, le dió una bofetada, diciéndole : *Hereje, ¿no temes a Dios ; no sabes que es viernes ?* ¡Cuántos entre nosotros se parecen a mi indio y al bandido Basilio!

Los pampas tienen un dios del bien, *Pilan,* y un dios del mal, *Gualichu ;* pero con arreglo a lo común, se ocupan mucho más del segundo que del primero, que es para muchos totalmente desconocido. El *Gualichu,* es un ser infinito e invisible que los espanta, los molesta y es el autor oculto de todas sus desgracias. Es probable que las tradiciones religiosas de los pampas, sean de origen araucano, pero en esta lengua la palabra *gualichu* o *valichu,* no tiene sentido alguno, a menos que sea una corrupción de *huaychion* o *huaychi* (el que todo lo trastorna).

Las industrias de estos hombres son sencillísimas. Se reducen a

pobres tejidos de lana, de *chaguar*, de algodón; flechas, arcos, lanzas, alfarería grosera, joyas de plata copiadas de las de los europeos. Los pampas tienen herreros y plateros que llevan sus fraguas a caballo y las instalan en cualquier punto del desierto. Algunos conocen bastante bien la tintura y el curtido de pieles; poseo una manta de piel de guanaco hecha por los ranqueles, que, según se me dijo, eran conservadas en una preparación de tabaco y arsénico.

La música de todos los indios es barbarísima, y una vez que invité a un coro de chiriguanos a entonar una canción, creí que traspasaban mis oídos. Asistí también a un concierto entre los payaguas, en el que se tocaban varios instrumentos de viento hechos de calabazas, acompañados con un tambor, y también allí mis oídos corrieron peligro mortal.

Y de estos hombres que ocupaban tanta extensión de continente y en medio de tanta riqueza natural eran las criaturas más pobres, ¿qué ha hecho la civilización europea? Un vasto cementerio. Los indios, al ponerse en contacto con nosotros, debían sufrir la tiranía de este dilema : *someterse a la educación o a la muerte.*

Para educarlos habría sido preciso tiempo y paciencia, y los españoles carecían de uno y otra. Querían sus minas de oro y plata, y, en cambio, les daban bautismo; nada más. Los jesuitas, educadores tiránicos, pero sabios, de los indígenas, vinieron demasiado tarde, después de las carnicerías de Pizarro y de Cortés. Ahora es más tarde que nunca. La obra de los misioneros católicos, escasa, incompleta, a menudo impotente, desaparece al frente de la civilización que empuja de todos lados a los indígenas y los encierra en un círculo siempre más estrecho, dentro del cual se ahogan. Con las mejores intenciones del mundo, la educación de una raza inerte, obstinada, sin necesidades intelectuales, era empresa dificilísima y de confiarse a la obra inteligente de muchos siglos. El resultado que logró en ciertos lugares, fué efecto de una fusión de razas, como en el Paraguay y Bolivia. La conservación de la especie fué el mejor misionero, y los hijos reunieron en un solo cuerpo el destino y la sangre de los vencedores y de los vencidos. En donde esto no fué posible, no se educaba, sino se mataba.

A esta obra de destrucción concurrieron con igual ardor europeos e indígenas. Los primeros, cruelísimos; ignorantes los segundos; crueldad e ignorancia, dos potencias de las que ignoro cuál sea más homicida. Conocidos son por todos los estragos ciclópeos del Perú y Méjico, pero menores que esos hubieron en todas partes, y en la carta

geográfica de América se observan a menudo aldeas y ríos con el infausto nombre de matanza (carnicería), palabra que ahora se intenta borrar, como si los descendientes pudiesen lavar las manchas de sangre de sus padres. La sangre llama a la sangre, y la historia de la América meridional fué, durante dos siglos, un tejido de rapiñas, de venganzas y estragos. Hoy, todavía, nuestros colonos pagan a menudo la pena de los antiguos delitos. La raza india habría desaparecido por completo si la obra de la destrucción no hubiese sido reparada por la obra del amor, el que teje sus guirnaldas sobre la tierra desnuda como en los palacios dorados, entre las ruinas de un pueblo como en la colmena más industriosa y pacífica, tan poderoso es aquel grito venido de lo alto : *creced y multiplicaos.*

Dije que también los indios contribuyeron y contribuyen liberalmente a su destrucción : los pésimos alimentos, la embriaguez, que aprendieron inmediatamente de nosotros y practicada hasta que los mata; el infanticidio, por último, que para muchos de ellos constituye una costumbre y una ley.

Los payaguas, aun en nuestros días, hacen abortar a sus mujeres cuando ya tienen dos hijos, y sólo respetan el embarazo cuando uno de aquellos ha muerto. Lo he visto con mis propios ojos, pero esta misma costumbre existe entre los mbayas, que provocan a menudo el aborto y matan a casi todas las hijas. Las madres de los guanas, atenúan la culpa del mismo delito, diciendo que si en la tribu hay más mujeres que hombres, estos son menos amables con ellas. Las guanas son afectadísimas, libertinas, petulantes, y trabajan también mucho menos que las otras indias, casi todas quebrantadas por trabajos que deberían estar reservados al sexo más fuerte. El aborto provocado ha destruído ya por sí solo muchas naciones americanas, y a mi vista he observado cómo van extinguiéndose los payaguas.

Esta forma de suicidio merecería una monografía. Existe en muchas partes del mundo. Se la encuentra en California, donde la observó el doctor Tomás Coulter; se la observa entre los indígenas de las islas, cerca de Medid (latitud N. 9°28′9″; longitud O. 189°43′45″), en donde Otto de Kotzebue vió a las madres que mataban siempre a su cuarto hijo. También existe entre los yadejas kathiavar (Indias orientales), que matan a muchas criaturas, ahogándolas con el cordón umbilical, o envenenándolas con opio. Parece que esta carnicería se practica en gran escala, porque en una tribu de 125.000 habitantes se matan no menos de veinte a treinta mil. Cuenta la tradición, que esta costumbre fué introducida por un rajá que no logrando casar digna-

mente a su hija, fué aconsejado para que la hiciese matar (1). El infanticidio, en fin, es institución social en China.

Con todo esto, es fácil comprender por qué en algo más de tres siglos, han desaparecido tantas naciones. Ya no hay charrúas, ni yaros, ni bohanes, ni chanas, ni minuanes, ni querandíes, ni tantos otros. Cien tribus más desaparecerán en el curso de este siglo, y entre ellas citaré sólo a los payaguas, mocovis, tobas, abipones.

Algunos pueblos indios no han servido más que para dar su nombre a un valle, a un río o a un país. Así los calchaquíes (2), los quilmes, los andalgalás, los humahuacas, los lules, y muchos otros.

(1) Froidefond des Farges, *De l'infanticide dans l'Inde. Annales de voyages*, juin 1859.

(2) La raza calchaquí es poco y mal conocida. D'Orbigny no hace más que nombrarla, según una relación del gobernador de Santa Fe al virrey de Buenos Aires, y en la cual estos indios son puestos juntos con los Mabataras, los Lules, los Aquilotes, los Amulalaes, los Callagaes, los Palomos, los Torquicines, los Isistines, los Oristines, los Frontones, los Tobas, los Mbocobis *, los Toquistines, los Abipones, y los Naticas.

Dobrizzhoffer, conocidísimo por su obra sobre los Abipones, que no he podido consultar, dice que los calchaquíes formaban, en un tiempo, una tribu numerosa, renombrada por su valor y su ferocidad, y reducida por la viruela a algunos individuos que viven en un ángulo de la provincia de Santa Fe. Puedo asegurar que hoy no se encuentra un solo calchaquí en esta provincia, y en cambio los he encontrado en uno de los valles al oeste de Salta, donde reducidos a la vida civilizada, son buenos agricultores y llamados *indios del valle* o *indios calchaquíes*. Hablan el quichua algo corrompido por el español, comen coca y beben chicha, y recuerdan por sus costumbres a los indígenas del occidente de Bolivia. He podido recoger de entre los argentinos más eruditos, escasísimas noticias sobre estos indios. Todos me repitieron que formaban un pueblo guerrero, que dió mucho que hacer a los españoles antes que fuese reducido a servidumbre, y uno agregó que los incas habían casi destruído durante sus guerras a esa nación y habían trasportado sus restos a ese romoto valle, así como acostumbraban a hacer siempre con los pueblos más rebeldes.

Es singular que Eyries y Maltebrun, en sus *Anales de viajes* (vol. XXVI, pág. 218) dedicasen algunas páginas a los calchaquíes, colocándolos entre los indios del Brasil, y olvidando citar la fuente de la que sacaron esas noticias. Esos pocos datos son muy preciosos y los creo muy exactos, pues que concuerdan muy bien con los recogidos por mí sobre los lugares mismos.

Extraviados como están en la necrópolis de un diario, creo bueno reproducirlos aquí para reclamar la luz de la crítica sobre uno de los puntos más obscuros de la etnografía sudamericana.

Los calchaquíes tomaron este nombre del país que habitaban, largo valle estrechado por montañas y que les aseguraba una retirada segura. Su lengua era un dialecto del quichua. Suponíanse originarios del Perú y se creían descendientes de un pueblo que había huído del despotismo de los incas, o de una gente que se había retirado delante de Almagro, cuando éste emprendió su fatal expedición a Chile.

A ciertos escritores, que buscan por todas partes la oportunidad de releer la Sagrada Escritura, les pareció singular encontrar algunos nombres parecidos a los de David y Salomón, y dedicaron atención a la correa con que sostienen sus vestidos, tejida con lana de vicuña. Usaban cabellos largos y divididos en muchas trenzas, y los brazos cubiertos hasta el codo con láminas de plata o de cobre ; unos por simple adorno, y otros para defenderse del frote de la cuerda del arco. Los vestidos de una mujer casada, eran de un solo color, y en cambio los de las célibes podian

(*) Son los mismos indios que he llamado con distinta ortografía *Mocovís*.

Los más afortunados son los que por la flexibilidad de su temperamento se plegaron a la servidumbre y por su número sobrevivieron a tantas causas de destrucción. Estos se confundieron con los vencedores, dándoles grandes oleadas de sangre y a veces el idioma. De

ser de varios colores. La comunicación entre los dos sexos no era permitida sino después de pasar por ciertas ceremonias religiosas. Demostraban huellas de una civilización perdida, y tenían pequeños ídolos de cobre, que siembre llevaban consigo como sus objetos más preciosos. En sus frecuentes contiendas, cedían a menudo ante la mediación de sus mujeres. Aunque bárbaros, como dice un historiador portugués, nada sabían rehusar a quienes los habían engendrado y amamantado.

El sol era el primer objeto de su adoración ; honraban también los truenos y los relámpagos y alzaban sus chozas a manera de templos, poniendo en la cima algunas varas adornadas con plumas mojadas en la sangre de las vicuñas. Adoraban algunos árboles adornados con plumas, y amontonaban piedras sobre las tumbas de sus muertos. En medio de sus fiestas se originaban altercados con frecuencia, y era entonces bien visto recibir golpes sin huir y sin defenderse. Para pegar servíanse del arco a modo de maza, y tal vez fuese el arma prescripta para esas ocasiones, como la menos peligrosa. En sus banquetes, el sacerdote consagraba al sol el cráneo de una corza atravesado de flechas, pedía una cosecha abundante y la persona a quien confiaba la ofrenda debía presidir la próxima fiesta.

Todos los amigos y parientes de un enfermo, acudían a su choza y permanecían allí, bebiendo mientras duraba su mal. Alrededor de su lecho plantaban un cerco de flechas para alejar a la muerte, y si a pesar de esto moría, sepultábanlo junto con sus perros, sus caballos, sns armas y muchos vestidos, después se quemaba la casa porque el lugar ya era conocido por la muerte y ésta probablemente volvería. El muerto era enterrado con los ojos abiertos para que viese el camino al otro mundo. El luto duraba un año, y durante este tiempo, los que lo llevaban pintábanse de negro. Creían que la muerte era siempre efecto de una influencia maligna, no cosa natural.

Este pueblo mostró una intrepidez extraordinaria contra los españoles. Las mujeres estimulaban a sus maridos al combate, mostrándoles tizones ardientes cuando parecían retroceder frente al enemigo, y antes que entregarse prisioneros, se arrojaban sobre las espadas de sus opresores o precipitábanse desde lo alto de las rocas.

Sus arcos eran derechos, altos como el hombre que debía manejarlos, y hacían las cuerdas con las tripas del zorro o las fibras de una palma. La punta de las flechas era de madera o de hierro. Sabían manejar las bolas. Algunos llevavan un corpiño a prueba de flechas. Otros guerreros se adornaban la cabeza con el ala de un gran pájaro. Todos, menos los que ya habían dado pruebas de coraje, se esforzaban por parecer terribles y colocábanse en la cabeza una piel de ciervo con cuernos, o sobre la nariz un pico de tucán. En la guerra se auxiliaban de todos modos, con instrumentos que hacían ruido, y el más sonoro de estos era una trompeta fabricada con la cola de tatú puesta sobre una caña. En la lucha se movían siempre, y el mejor modo para defenderse de uno de ellos, era apuntarle con un fusil cargado, pues no se atrevían a aproximarse sino después de la descarga.

Los calchaquíes tienen un color barroso tirando al rojizo, cráneo con las protuberancias parietales de Morton, ojos negrísimos y crueles, poquísima barba, muchos de los lineamientos de los quíchuas. Son, sin embargo, más altos y más valientes que estos. La sífilis hace estragos entre ellos y se la observa especialmente en forma de placas mucosas. También están sujetos a la *verruga*.

La Muñoz, cuyo retrato di en mis cartas médicas, aunque educada desde pequeña en casa de mi suegro, conservó siempre su indómita fiereza. Vivaz, alegre y afectuosa, servía a sus patrones con placer ; pero era rebelde al rigor. Obstinada hasta lo imposible ; se dejaba golpear, pero no cedía jamás a un capricho ; creo que se hubiese dejado despedazar. Era inteligente, sobria y púdica.

este modo se formaron nuevas naciones y podemos decir nuevas razas, ni españolas, ni americanas. Así los querandíes dieron su idioma y riqueza de elementos orgánicos a Corrientes, a las provincias brasileñas de San Pablo y a todo el Paraguay. Así, los súbditos de los incas, dieron sangre, costumbres y palabra a toda Bolivia.

Clasificar en un orden natural a todos los indígenas de la América meridional, es uno de los más arduos problemas de etnografía y el más afortunado de cuantos emprendieron su solución, es el que ha cometido menor número de errores, y éste es seguramente D'Orbigny. Lenguas infinitas en número y variadísimas; gente nómada; naciones poco numerosas, divididas sólo por un pequeño río o el reparo de una colina; emigraciones expontáneas o forzados alejamientos, fusión de los últimos restos de muchas naciones; lo bastante para confundir la inteligencia más penetrante y mejor adiestrada en la crítica etnográfica. D'Orbigny reunió en un haz de su ramo pampeano (rama primera de las razas pampeanas), naciones muy diversas por su fisonomía, lengua y costumbres, como serían los mocovís y los mataguayos. Esta familia de ningún modo es natural y Prichard tuvo razón al refutarla. Considera a los mocovís y tobas como una sola nación, pero yo he pasado algunos días en el desierto con Crespo, cacique de los abipones, y sabía hablar con los mocovis, pero no entendía una palabra de lengua toba. Olvida también a los calchaquíes, cainguas, belelas y payaguas.

Sobre los guaycurús reina la mayor obscuridad. Muchos etnógrafos, siguiendo a Azara, hacen de ellos una nación de las más poderosas del Chaco, y que ahora está completamente destruída. Otros llaman guaycurús a todos los indígenas que viven al oeste del río Paraguay y sobre todo a los mbayas. Me inclino, sin embargo, a la opinión de Morillo, capellán de Conrejo, que atravesó el Chaco y convivió mucho tiempo con los habitantes de aquella región. Él cree que *guaycurú* es un nombre colectivo que dieron los españoles a muchas tribus diversas, entre las cuales citaré a los mataguayos, cocolobes, muchicois, sotenabas, tocoyteis (que nosotros llamamos tobas), y muchos otros; nombre que en una de las lenguas indias, significa crueldad o fuerza. También el doctor Ouseley, que tuvo oportunidad de conocer el Paraguay y que estudió profundamente y por muchos años a los indígenas de esa región de América, tenía la misma opinión que Morillo.

A veces una nación india recibía diversos nombres de los vecinos, amigos o enemigos, y los españoles hacían una tribu por cada nombre. Otras veces, la misma palabra pronunciada o estropeada de manera

diferente, creaba nuevos pueblos que no existían. Así, los matacos y los mataguayos, para muchos no son sino una misma cosa, mientras que otros, hacen dos familias y colocan a los primeros al sur y a los otros al norte del Bermejo. Cuando Morillo visitó esos países, estos indios estaban divididos de hecho, más por odios profundos que por el río, y decíase : *mataco bueno, mataguayo malo.*

En una obra recientísima he visto hacer de los cambas una nación, mientras que esta palabra significa amigos, y se aplica a los chiriguanos que han entrado en relaciones amistosas con los europeos; esto sé por un misionero inteligente que vivió muchos años entre ellos (1). Mientras los etnógrafos discuten y se equivocan, aquellas innumerables tribus desaparecen para siempre, y sus pobres restos se pierden en el océano de la civilización caucásica.

(1) Los chiriguanos forman una tribu de la gran familia guaranítica, que se cree partiese del Paraguay hacia 1541, y después de atravesar el Gran Chaco, se estableció al pie de los últimos contrafuertes de los Andes Bolivianos, desde el 17° al 19° de latitud. Confrontando sin embargo, la lengua guaraní con la chiriguana y los usos de estos dos pueblos, no puedo creer que hayan bastado tres siglos para marcar diferencias tan profundas como las que entre ellos se notan. Aun admitiendo que la nueva colonia hubiese permanecido todo ese tiempo separada de la madre patria, el progreso civil es tan lento en la raza india, que tres siglos no son suficientes para formar una nueva fisonomía. La lengua chiruguana deriva seguramente de la guaraní, pero creo que en aquella existen elementos de otro idioma. La segunda no posee sino el nombre de tres números; la chiriguana en cambio tiene muchisimos, y yo mismo he recogido los nombres de las diez primeras cifras. También en la fisonomía encuentro alguna diferencia, y los chiriguanos siempre se distinguen por el *tembetá* que llevan los hombres desde la pubertad. Me inclino, pues, a la opinión de D'Orbigny, que cree que los chiriguanos de los incas fueron una tribu guaranítica que habitó el Chaco antes de la conquista y con la cual se entremezclaron después los emigrados del Paraguay.

Los chiriguanos son los indios más hermosos que haya visto. Son robustos y musculosos, de piel rosado-obscura, cabellos castaños y hasta rubios ; tienen pocos pelos en la cara, los que se arrancan con mucho cuidado en el estado salvaje. La cabeza redonda y no comprimida lateralmente, la frente alta ; labios bastante sutiles, pequeños, expresivos, con su ángulo externo siempre levantado ; el mentón corto y redondo.

He publicado en mis *Cartas médicas sobre la América meridional*, el retrato de un joven chiriguano y de una chiriguana. El primero puede servir como tipo de esta tribu, no así el de la mujer, la que es bastante más tosca de lo que en general son estas indias. La forma de su cráneo, los cigomas, los labios, me producen más bien graves sospechas de que en su sangre corra también el elemento *quichua*. Había sido sacada desde pequeña del Chaco y educada en la religión cristiana. Docil y buena, pasaba de patrón a patrón, de miseria a miseria. Yo la curé de una grave erisipela a la cabeza, y me quedó tan agradecida que quiso servirme un par de meses gratuitamente, aunque yo me empeñase en absolverla de toda deuda.

Los chiriguanos son, por su caracter moral, lo contrario de los tobas. Tímidos y flexibles como los Paraguayos, huyen de los tobas y les abandonan los productos de una agricultura todavía incipiente. Defendidos por el gobierno de Bolivia y cruzados con las otras razas, llevarán a las generaciones de las razas neo-americanas, los buenos elementos de una excelente constitución física y un corazón tierno y apasionado.

CAPÍTULO XXVII

Cuadros de la naturaleza india. — Excursión a las fronteras del Gran Chaco. — Reducción de San Jerónimo. — Una cuestión de lingüística. — Los pampas y los araucanos. — Carta inédita de un rey.

Cuando estaba en Santa Fe, el saberme a pocas leguas del gran Chaco y de los indios, me daba tal fiebre de impaciencia y de curiosidad, que al fin debí ceder a una y otra, y con la escolta de un valiente sargento armado de pies a cabeza, que me dió el gobernador don José María Cullen, me arrojé al desierto. Este excelente argentino me había dado, sin embargo, dos armas mucho mejores que el barbudo soldado, y eran una carta de recomendación para Crespo, el cacique de los abipones, y un caballo tan veloz y seguro, que por cierto no habría podido ser alcanzado por otro alguno.

La soledad de la Pampa y los relatos de mi sargento me acompañaron en el viaje, y sin encontrar amigos ni enemigos, ni bípedos ni cuadrúpedos, llegamos a San Jerónimo, en donde el misionero italiano y Crespo me tributaron la mejor acogida del mundo.

La colonia de San Jerónimo o del Sauce, algunos años antes, contaba más de 800 abipones, los que desde hace mucho tiempo viven en paz con el gobierno de Santa Fe y prestaron más de una vez su brazo para rechazar las invasiones de los indios del Chaco. Recordaban, tal vez, combatiendo para los europeos, sus largas guerras con los mocovis, y aliándose hacían obra de venganza. Esta reducción tenía una linda iglesia de ladrillos, una escuela y una casucha para el párroco. Los indios menos civilizados vivían en ranchos, los otros en toldos, o chozas fabricadas con ramas de árboles, plantas de maíz cubiertas con cuero de caballo u otros animales del desierto. A un toldo no se puede entrar sino en cuatro pies, y allí anidan aquellos hombres amontonándose los unos sobre los otros. En el interior no hay más que el recado (silla) y algunos cueros. Eso es todo. En verdad, cuando con-

templaba aquel océano de cielo azul y gracioso y esos campos infinitos de tierra fertilísima, no daba fe a mis propios ojos, ante los cuales aparecía una familia humana, que por inercia o incapacidad, se negaban la luz y el aire, y entraban en cuatro pies a una cueva poco mejor que la de la vizcacha y la iguana. La naturaleza más rica y variada es siempre pobre para el salvaje, así como el suelo más ingrato abre larga veta de oro y de poesía a la mano que lo atormenta con el trabajo. La primera riqueza es siempre la inteligencia.

Los abipones, abundantes y poderosos en tiempos de la conquista, están ahora reducidos casi a nada, y además de la colonia del Sauce sólo existe otra pequeña tribu en la provincia de Santiago, que se llama la Reducción. Está compuesta por gente alta, musculosa, de carnes enjutas, color pergamino viejo.

Tienen cabellos negros, muy gruesos, que les caen del vértice de la cabeza, como un sotechado. Los más viejos siguen con mayor religiosidad las costumbres de sus padres y llevan dos largas trenzas que dejan caer sobre las espaldas. Sus rostros son anchos y angulosos, los cigomas muy prominentes y los ojos pequeños y obscuros. La nariz es grande, la boca inarmónica y cubierta de escasos pelos. Como todos los otros indios vistos por mí, tienen pequeños los pies, no encanecen sino a su extrema vejez y jamás son calvos.

Poquísimos son los que usan todavía el *quillapí* (de *quillá,* nutria) o gran manto hecho de piel de nutria o de zorro; casi todos han adoptado el vestido del gaucho. Las mujeres se ciñen la cintura con una jerga que les cae hasta los pies y les impide correr. En sus casas dejan el resto del cuerpo desnudo, pero al salir se cubren la cabeza y el pecho con un pañuelo de lana o de algodón, que cierran por delante con las manos. He visto algunas vestidas a la europea.

Los abipones son mansos, indolentísimos, apasionados por los placeres del juego y de la embriaguez. Más de una vez, llamado algunos de ellos a la parroquia, no pueden presentarse porque han perdido en el juego hasta el último harapo con que ceñían los flancos. Manejan bolas y lanzas con destreza extraordinaria. Tienen bolas de todas las dimensiones y es muy difícil que con ellas se les escape un pájaro al vuelo o un guanaco a la carrera, que es tal vez el animal más veloz del desierto americano.

Viven casi únicamente de carne de caballo, cocida o asada. Para conservarla, la cortan en largas cintas que hacen secar al sol, y cuando quieren comerla, la achicharran sobre brasas y después la arrojan a bocaditos en una cazuela, en la que fríen grasa de caballo. Ví a una

familia de abipones alrededor de una cazuela, que con suma destreza, hacían saltar del fuego los bocados calientísimos de carne así preparada y los devoraban con voluptuosidad. La llaman *sopada* y es su plato de mayor deleite. Prefieren la carne de yegua a la de caballo padre y a la de caballo castrado; fuman y beben mate.

Hacen pocos años, algunos indios decidieron trabajar la tierra. Uno de ellos me mostraba con orgullo algunos de sus plantíos de maíz, de calabaza y de maní *(Arachis hipogea)*; y mientras me congratulaba con él por la rica cosecha que le prometían sus campos, díjome que había sembrado para los pobres de la aldea, pues no quería que ninguno llamase a su rancho y se volviese con las manos vacías. Ese buen indio llamábase Cortés. Además, sus campos eran curiosísimos, sin setos, ni calzadas, ni simetría. Parecían oasis en el desierto y en sus contornos embrollados no se sabía donde acababa la Pampa y en donde comenzaba la obra del hombre.

Es muy difícil persuadirlos al trabajo; escasos de necesidades y apasionados por la independencia y el ocio, prefieren estar echados todo el día sobre sus pieles y no levantarse más que de cuando en cuando, para cazar avestruces y gamos. Matan al yaguar con el lazo o la lanza y venden la piel por cuatro o cinco escudos. Sus vecinos, los mocovis, comen la carne. Poquísimos son los indios unidos por vínculos de matrimonio, pero son bastantes fieles a la única mujer que han elegido para compañera de la vida. No ceden sus hijos por dinero alguno, y tanto una como otra cosa, es rarísima entre los indígenas de América.

La lengua abipona, áspera y muy gutural, va perdiéndose de día en día. A esta hora, muchos de esos indios hablan mejor el español que su lengua materna. El *cachique* Crespo asegurábame que, hablando en abipón, podía hacerse entender por los mocovis, por los guaraníes y por los espineros, y no por los tobas. Uno de los caracteres singulares de esta lengua, es que presenta muchas palabras diversas, según las hablen los hombres y las mujeres. Este hecho singular, se encuentra también en otras lenguas de América. He aquí algunas diferencias en una de las lenguas del Chaco (1):

El hombre dice : *saraghiogoypillo,* voy a casa.

La mujer dice : *seraghiogoy,* voy a casa.

H. : *jagouipa,* yo bebo.

M. : *jaouca,* yo bebo.

(1) Francisco Alves do Prado, *Notice sur les guaicourus. Extr. du Journ. patriot. du Brésil,* 1814

H. : *houlégré,* un hombre.
M. : *agouina,* un hombre.
H. : *alco,* está muerto.
M. : *ghema,* está muerto.

Los omagas, los guaraníes y los chiquitos, tienen pocas palabras diferentes para los dos sexos, pero especialmente las de madre y de hijo. En los caraibos las diferencias son muy notables.

Hombre : *oubao,* isla.
Mujer : *acaera,* isla.
H. : *irhen,* maíz.
M. : *atica,* maíz.
H. : *ouchelli,* hombre.
M. : *eyeri* (1), hombre.

Explicaríamos, tal vez, este hecho con Cicerón, el que observa que las formas antiguas de una lengua se conservan con preferencia entre las mujeres, porque cambian con menos frecuencia de lugar? ¿O el uso de matar a los prisioneros masculinos y conducir a su casa a las mujeres de otras naciones, llevó un elemento nuevo que pasó después por tradición a las hijas de las prisioneras? Dejemos a los lingüistas la ímproba sentencia. Profanos en estos estudios, permítasenos citar el hecho sin explicarlo, y mientras tanto daremos una muestra de lengua abipona, verdaderas reliquias de un pueblo que desaparece.

Nociones de lengua abipona

Padre, *pay.*
Madre, *naté.*
Cristiano, *naqueylemá.*
Yo, *aimí.*
Tú, *acám.*
Él, *era.*
Nosotros, *acám.*
Aquellos, *eroá.*
Bueno, *reená.*
Malo, *naiyapk.*
Ser, *irim.*
Dar, *nanan.*
Yo soy, *elaim.*
Yo temo, *aim-riat.*
Tú temes, *acam-iraisch.*
Él teme, *era-jarit.*
Nosotros tememos, *acam-rait.*
Vosotros teméis, *acam-raicié.*
Ellos temen, *acam-yait.*
Uno, *initer.*
Dos, *inoacalij.*
Tigre, *nihanka.*
Saludo general, *lá.*
¿ Cómo está ?, *¿ehoncit-taré?*

(1) GARCÍA, *Origen de los indios,* páginas, 172, 175, 255. 1729.

Diálogo entre un confesor y una penitente abipona

¿Meká canegar lahao y-oalé yhiyitahá?

¿Has amado a algún hombre además de tu marido?

Ahá haohecan ecá.

Sí, he amado a otro.

¿Edgam leihagha maoichitapigte ecá y oalé?

¿Cuántas veces has pecado con ese hombre?

Pap-o denó ayhiyhe maohiretaaqué hehá y oalé hoigam ehitneteuen.

Muchas veces y no recuerdo.

¿Mohéuengra grihicham ecá achichagu quenáo y oalé?

¿Has deseado pecar alguna vez con algún hombre?

¿Mecá cachalgué acyiguilialque ena gnacargoé há?

¿Has tenido algún hijo fuera de matrimonio?

¿Egam ladig machittaya ichacatagm gembi ag-ha gravicá auam inigri auam aehigachagá ichacatag-ni?

¿Cuánto tiempo hace que te confesaste, cuántos meses o cuántos años, o no te has confesado nunca?

En el Sauce existen entre los abipones dos tolderías (reunión de toldos) de mocovis, que en Santa Fe se llaman también montaraces o guaycurúes. Es una tribu muy numerosa que anda errante por el gran Chaco. Algunos, sometidos, se han establecido en las colonias de Calchines y de San Pedro. Parécense mucho a los abipones, pero tienen la piel más obscura. Conservan sus costumbres absolutamente intactas, y no es raro, en estos días, ver entrar sus mujeres a Santa Fe sobre caballos extrañamente adornados con plumas de avestruz y huesos de animales. Como sus vecinos, son habilísimos para tejer jergas y ponchos de lana, que tiñen de magníficos colores de mucha duración. Parece increíble cómo pueden, sin telar ni diseño, tejer estofas ricamente adornadas y cuyo brillo aumentan entrelazando plumas de pájaros.

En junio del 56 llegaron a Paraná treinta y cuatro indios de la

Pampa de Buenos Aires, para ofrecer sus servicios a Urquiza contra la capital rebelde. Este general, entonces presidente de la República Argentina, no aceptó aquellos raros aliados, pero los colmó de presentes para que no desvastasen con sus incursiones la provincia de Santa Fe o la de Córdoba. Esos diputados del desierto eran todos reyes, o hijos o parientes de reyes, pero fueron alojados sin ceremonia en los corrales, o sea en los mataderos públicos, en las inmediaciones de Paraná. Aquellos príncipes no se manifestaron ofendidos por esa hospitalidad; los visité y permanecí largo tiempo con ellos, olvidando por amor a la ciencia, que todos eran ladrones y asesinos y que el código penal íntegro habría tenido en ellos digna aplicación.

Los pampas son araucanos, que de los Andes descendieron a los desiertos herbosos, para depredar las vacas y caballos, que huyendo de los españoles, encontraban en las vastas llanuras una segunda patria. Su fisonomía, sus costumbres y lengua, prueban este hecho con mucha elocuencia; puede traducirse con la lengua araucana la pampa. Unos y otros son valientes, feroces, incansables en la guerra y la caza, ávidos de la libertad del desierto, siempre nómades. A caballo, son más que árabes; son verdaderas furias del desierto; a pie, caminan de prisa como las golondrinas, o permanecen horas y horas mudos (1), reconcentrados, tomando mate, fumando o jugando. En esos momentos aparece como petrificada en sus rostros de fango la sombría tristeza del desierto. Y el efecto de aquella extraña inmovilidad del rostro, se aumenta con la costumbre que tienen de arrancarse los pelos de las cejas y de los labios, reduciéndolos a líneas horizontales y finísimas, que me parecían a primera vista trazadas con un pincel.

Leed el hermoso poema de Pedro de Oña : *El arauco domado*, y en versos estupendos veréis descripto el valor de los araucanos. He aquí tres estrofas dignas de Tasso, y en las que Oña describe al esforzado Tucapel en el furor de una batalla :

Estaban destos parte en la muralla,
Al ímpetu pagano resistiendo,
Y parte por la plaza combatiendo
En más reñida y áspera batalla :
Por donde más de sangre que de malla

(1) Muchas tribus indias son taciturnas. Viedma, que estudió profundamente a los patagones, dice : « Las mujeres no hablan con los hombres, sino cuando son interrogadas, y aun entonces sólo para responder a la pregunta ; el que habla mucho, *sin ocasión ni asunto*, no goza de crédito, ni hay quien lo escuche. » (Antonio de Viedma, *Diario de un viaje a la costa de Patagonia*, etc. página 69. Buenos Aires, 1837.)

Cubierto, Tucapel iba rompiendo
En los de su escuadrón más señalado
Que entre novillos toro madrigado.
Triste del español a quien su maza
En descubierto diere algún alcance
Que sin remedio es mate al otro lance
En el tablero angosto de la plaza :
No vale arnés trenzado ni coraza,
Para dejar de verse en este trance,
El que con temerario desatino
Presume de atajalle su camino.
Trompica a Diego de Abalos y a Sierra,
Haciéndole medir la dura tierra :
La llama que en su ardiente pecho encierra,
Despide por los ojos humo espeso,
Con que un furor, en saña, en ira crece
Y un infernal espíritu parece

Los indios que ví en Paraná, tenían consigo algunas mujeres pampas y araucanas; no eran bellas, pero tenían una fisonomía dulce e interesante. Llevaban las trenzas de cabellos envueltas alrededor de la cabeza, como una corona, y adornadas con margaritas. En las orejas llevaban triángulos colosales de plata; se cubrían toda la cabeza con una especie de manta de lana que cerraban sobre el pecho con una especie de escudo monstruoso, también de plata, y del cual pendían ornamentos de margaritas. También de esto mismo eran los brazaletes y anillos que llevaban en los tobillos.

Los hombres usaban ponchos tejidos por ellos, y se envolvían la cabeza con pañuelos de origen europeo. Sus lanzas son larguísimas y de una caña fina y elástica, que lleva en la punta una hoja de hierro : con ellas, a la carrera del caballo, derriban a los más diestros ginetes. También usan bolas y bolas perdidas. La lanza, el lazo y las bolas, son las armas en toda la Pampa. Los huelleches son los únicos que usan flechas. Cuando estuve en América, todas las tribus de la Pampa guardaban paz entre ellas y se reunían con el fin de destruir a los blancos y robar sus ganados, que después vendían en Chile. Había entre ellos algunos europeos renegados, y usaban fusiles, pistolas y hasta cañones. No mantienen relación alguna con los indios del gran Chaco, a pesar de que ni hay grandes ríos ni altas montañas intermediarias.

Los pampas son, de todos los indios que he visto, los que más se distinguen por una expresión baja y feroz que inspira repugnancia :

es la antípoda de la expresión tranquila y pacífica de los peruanos y de los payaguas.

En mi última vuelta por América, tuve oportunidad de viajar junto a una india del Brasil, de una raza poco conocida : la de los *guajajaras*. He aquí su aspecto : piel color de cuero viejo, ligeramente ahumado; cabellos negros y gruesos; cuerpo fino y pobre; manos pequeñas; dedos sutiles; ojos negrísimos, pequeños, casi horizontales; nariz recta, aplastada en la base, con las ventanillas bastante dilatadas, muy semejante a la de los negros; frente deprimida; prominencias parietales de Mortón; cigomas poco pronunciados; labios poco salientes; dientes largos y cortos y blanquísimos. Pequeña aún, la vendió su padre por un pañuelo de seda, y educada por una familia francesa establecida en Maranhão, aprendió el francés y el portugués y la ví atender trabajos femeninos difíciles y graciosos.

Cerraré este capítulo donando un autógrafo de literatura india. Es la carta del rey de los abipones, en la que respondiendo al gobernador Cullen, daba cuenta de todo lo que había hecho por mí. La dictó a un secretario mulato y la firmó después. Quien ha conocido a muchos indios, descubre en esta carta los signos más evidentes de su carácter, la desconfianza y la jactancia de la sinceridad junto al lamento continuo de no conseguir del favor todo lo que podríase obtener con la fuerza.

Colonia de Sn. Gerónimo, diciembre 25 de 1855.

Exmo. Sor Governador Don José María Cullen.

Exmo. Sor.

Tengo a la bista su muy apreciable de VE. fha. de aller, en la que VE. me ase el grande onor de recomendarme al sor Dr. Pablo Mantegaza.

Me es muy sensible Exm. Sor ser mis facultades, tan reducidas para poder llenar, mis deberes en este caso a medida de mis deseos, apesar que el Sor Dr. en nada me ha ocupado, solo en tomar de mí algunas noticias sobre las Indiadas de lo que he tenido el gusto de ymponerlo con toda yngenuidad de que me ha preguntado : por lo demas, el Sor Dr. se ha abenido muy bien con el Padre, nuestro cura, pero quedo satisfecho de que el Sor Dr. no hirá descontento de mi cariño.

Con esta oportunidad, tengo el plaser de saludar a VE. con mi acostumbrado respecto. Su atento y SS.

Antonio Crespo (1).

(1) Hemos respetado la ortografía heteróclita del cacique abipón y de su secretario.

CAPÍTULO XXVIII

Medicina de los indígenas de América. — El gualichu y los médicos cantantes de los patagones. — Un colega payagua. — Palabras mágicas en la terapéutica de muchas naciones. — Las ventosas y la succión. — El histerismo en las abiponas. — Los médicos vagabundos de los yungas.

En donde hay un hombre está el dolor, y en donde está el dolor, también está la medicina. En las tribus más pobres de inteligencia y de civilización, en las que la religión se reduce al miedo y la moral al egoísmo, hay un arte médico. Y es natural : el nombre no quiere sufrir y no se resigna a la muerte; por eso, aunque ignora cómo la sangre circula, cómo se cambia el alimento en músculos, nervios y huesos, suministra remedios al que sufre aunque sepa lo que es la enfermedad y lo que sea el remedio. El creerse curado ya es medicina; suponerse bien curado medicina eficacísima. Muy errado andaba, pues, el histérico filósofo de Ginebra, cuando hacía decir a su Emilio : « Si me enfermase, haría como los animales : permanecería tranquilo sin pensar en sanar y sin miedo a morir. » Este filósofo quería rebajarse más que el perro y el mono.

Al investigar los primeros crepúsculos de nuestro arte, se olvidó demasiado la medicina de los salvajes que aún viven en sus desiertos, y era, sin embargo, una fuente preciosísima para el médico filósofo, el que procura rastrear en la cuna de nuestra ciencia, el primer origen de los graves errores heredados y la fuente primera del criterio terapéutico. Allí se puede encontrar una de las fórmulas más elementales del arte médica, reducida casi al amor a la vida que lucha contra el caos de la ignorancia y de la superstición. Si se observa a los indígenas de América, de África y de Oceanía, encuéntranse en todos conocimientos médicos y quirúrgicos, embriones de doctrinas patológicas, y en ciertos lugares verdaderos esbozos de sistemas.

Los antiguos peruanos tenían sacerdotes que también eran médicos;

conocían muchas plantas medicinales y entre las cuales gozaba de alto crédito el tabaco, que husmeaban para muchas enfermedades. Más adelantados en medicina que ellos, eran sus hermanos de Méjico, que tenían grandes hospitales para los enfermos pobres y los soldados inválidos. Moctezuma mantenía en sus jardines imperiales un huerto de plantas medicinales, y Cortés, gravemente enfermo, no desdeñó someterse a la cura de un consejo de médicos mejicanos. Parece que éstos fueron bastante estimados por los conquistadores, y refiere un antiguo cronista español que hasta eran mejores que los europeos, *porque no prolongaban la curación para aumentar la ganancia.*

En la medicina de todos los indígenas que he observado, encontré siempre dos elementos, o sean pocos remedios y muchas prácticas fantásticas y religiosas. En donde la ciencia decae, sobreviene el prejuicio, así como entre nosotros las ciencias más pobres en hechos son las más ricas en palabras y teorías.

Las enfermedades de los pampas siempre son venganzas del *gualichu,* el que siéntase al lecho del enfermo, lo atormenta y lo mata. Sobre esta doctrina patológica, se conforma con mucha lógica la terapéutica, y así, los amigos y parientes montan a caballo, armados de lanzas, y persiguen al *gualichu* con agudos gritos, hasta que lo estrechan alrededor de una laguna, en la que al cerrar el círculo, oblíganlo a ahogarse.

Los patagones tienen sacerdotes médicos, los que reducen toda su terapéutica al canto, y gritan con tal fuerza al oído de los enfermos que, Viedma que los oyó más de una vez, dice que tienen *voces tan fuertes y desentonadas y tan desagradables, que ellas por sí solas bastarían a matarlos.* Si la enfermedad continúa y agrávase, el brujo invoca la ayuda de todos sus colegas y de cuantas viejas puede reunir, y todos en coro, cantan alrededor del enfermo, sin dejarlo tranquilo ni un minuto, ni de día ni de noche. Si el enfermo es una joven doncella, merece un mayor esfuerzo de gritos, y llevándola hasta un lugar apartado de la toldería, construyen una tienda de ponchos, y allí todos gritan hasta desgarrarse las gargantas; y de cuando en cuando, un viejo da una vuelta alrededor de la tienda, sacudiendo al aire cuantos objetos de hueso y de metal puede manejar a la vez, y entonces todos los hechiceros y las viejas redoblan sus gritos. Durante la enfermedad se matan caballos, que se ofrecen en sacrificio al ídolo de la casa, y que come el enfermo y sus coristas.

Entre tantos médicos, sólo es responsable el hechicero de la familia, que goza de la fe del enfermo, y esta responsabilidad es gravísima.

Lo menos que puede sucederle, si el enfermo no mejora pronto y muere, es la pérdida del empleo, o el desprecio universal. Este desprecio es reforzado con bastonazos en muchos casos especiales; y si el médico deja morir a la mujer o al hijo de un *cachique*, es castigado con la muerte, por lo que poquísimos médicos cantantes mueren de muerte natural. Y, sin embargo, hay siempre nuevos y numerosos pretendientes a este peligroso empleo, y daré la razón con las palabras de Viedma, para que sean más púdicas : *porque tienen facultad de usar de las mujeres de los indios, si ellas consienten, o de ellos, si el hechicero es mujer.*

Tampoco los payaguas no tratan mejor a sus médicos, cuando son desgraciados en sus curas, y el penúltimo fué muerto a palos, porque había perdido la vida preciosa de un príncipe real. Su sucesor, que me contó el hecho, era un astutísimo indio de cerca de treinta y cinco años, con quien mantuve larga familiaridad durante mi estadía en el Paraguay. Contábame que había aprovechado de la experiencia de sus predecesores, y en efecto, con fina diplomacia sabía ejercitar su arte sin haber recibido un solo palo. Siempre acudía a los llamados, pero cuando del aspecto del enfermo sospechaba el cadáver cercano, con aire compungido y misterioso, anunciaba a la familia que el espíritu quería la muerte de aquel enfermo y que ninguna fuerza humana o divina podía salvarlo, rehusándose en absoluto a emprender la cura. Su ciencia del pronóstico era profundísima y habíasela enseñado la más urgente de las necesidades : la de vivir.

Que singular era mi colega : desnudo el pecho, ceñidos los lomos con un paño, los cabellos echados atrás, y que atados en el vértice, caían sobre las espaldas en larga trenza; adornada con plumas de pájaros de vivos colores. Usaba un collar reluciente, hecho de escamas y huesos de peces, y jamás abandonaba su pipa sagrada, hecha de guayaco y completa y admirablemente esculpida, y que llevaba, cosa singular, por emblema, la víbora de Esculapio.

Aquel *pai*, así llaman los payaguas al médico, era considerado en la tribu más que el cacique, y le concernían las obras más graves, esto es, la conservación de la salud pública y el equilibrio de la población. Cuando una mujer estaba embarazada por tercera vez, debía hacerla abortar, lo que lograba percutiendo el vientre y caminando encima. En verdad que Malthus no podía tener más cruel intérprete. Cuando era llamado para curar un enfermo, encendía su pipa, y bailando y cantando a su alrededor, invocaba a los espíritus para que lo inspirasen. Los gritos, el movimiento borrascoso y el tabaco, lo hacían

entrar en un estado de singular exaltación, y entonces, gritando : *el espíritu me posee,* preguntaba al enfermo en donde sentía dolor, y poníase a chupar la parte doliente y a morderla, hasta que brotaba sangre. Algunas veces también usaba cocciones o infusiones de plantas medicinales.

No sabría decir si mi colega aquel, mezclaba al tabaco de su pipa alguna hierba narcótica, pero lo creo probable, porque en muchas tribus americanas, los sacerdotes y las hechiceras empleaban, para inspirarse, una hierba llamada *villoa,* y como dice el buen padre Acosta, *echando el jugo de aquélla en la chicha, o tomaban otros caminos, o se embriagaban mucho* (1).

Lo que creo poder afirmar con seguridad, es que las palabras que decía no eran arrojadas al acaso, sino formaban parte de un rito determinado y atribuíales una virtud mágica.

Por lo demás, esto no es cosa nueva en la historia de la medicina. Los griegos en sus templos de Esculapio, en Cos y en Pérgamo; los romanos con su sibila; los druidas, primeros médicos de sus góticos sucesores, y los magos de Persia, los bracmanes de la India y los tahonas de Otaití, usaban palabras mágicas para curar enfermos. En la Odisea, los hijos de Antíloco, para detener la sangre que salía de la herida de Ulises, usaban el Επαοιδη, bien que primero la vendaron. Los cármenes fueron recomendados para el uso terapéutico por Q. Sereno Sammonico, en la peroración que sirve de fin a su poema :

... seu malis aegro praestare medelam,
Carmina seu potius ; namque est res certa saluti
Carmen, ab occultis tribuens miracula verbis (2).

Pero nadie, que yo sepa, emplea con mayor fe las palabras, para la cura de las enfermedades, como los nuevos zelandeses, y queremos dar un ejemplo :

He Kopito. —*Kopu nui, kopu roa, kopu takitaki, kopu whakaahu tena te ara te hamama na kawea kowhitia, pararitia, pupa nau mai kiwaho.*

Para la hinchazón de estómago. — Grueso vientre, largo vientre, extendido vientre, crepitante vientre, aquí está el camino abierto, tómalo por acá, arrójalo fuera.

(1) Acosta, *Historia naturale e morale delle indie*, Traducida por Gio. Paolo Galucci Salodiano. Venecia, 1595.

(1) Marzolo, *Parole medaglie della storia della medicina*, página 39. Venezia, 1859.

He Korere. — *Titi puru e, titi puru e, titi kohea, titi maiami, e tene te titi ka titi tena te puru ka puru, ko te puru ra tena, i purua ai te tupuna a Houtaiki.*

Para la diarrea. — Cierra la diarrea, para la diarrea, la diarrea cederá, la diarrea será detenida, allí está la diarrea y el astringente, porque este es el remedio que curó la enfermedad de tu antepasado Houtaiki.

He manawa. — *Kei te manawa, kei taku, kei tahu manawa, kei te manawa whena, ye manawa kaukau. Tina ki roto whena ki roto wakactaka atu ki roto.*

Para la enfermedad del corazón o dispnea. — Allí está en mi corazón o está mi aliento y en tu aliento está en tu corazón, y mi corazón en el corazón es valeroso internamente ; que sea arrojado internamente (supónese tal vez un Dios en el corazón del enfermo).

He Hono. — *Tutakina i ou iwi, tutakina i ou toto, tutakina i ou mongameya tena te rangi, ka tutaki, tena te papa ka whene.*

Para un dorso estropeado. — Cicatrizad vuestros huesos, cicatrizad vuestra sangre, cicatrizad vuestra medula, y que se una como los cielos y que los huesos sean fuertes como la tierra.

Las substracciones de sangre y las ventosas, se encuentran entre los remedios más universales, y se los ve usados en todos los tiempos y en todos los países. Estrabón, Plinio, Plutarco, Suetonio, cuentan que los psilos y los marsos, curaban las mordeduras de serpientes chupándolas. Los antiquísimos romanos y los godos conocían las ventosas escarificadas. No hablo de los chinos y de los indios, pues todos los creen inventores de este método de cura.

Los hotentotes y los indígenas de las Antillas, apartadísimos en territorio, pero tal vez muy vecinos en ignorancia, usaban las ventosas escarificadas contra las heridas venenosas. En las islas Shetland, desde tiempos remotísimos, se usaron las ventosas escarificadas con un proceso muy ingenioso. Calentábase la parte de la que deseábase substraer sangre, después se incidía superficialmente con un cuchillo en seis o siete puntos y se aplicaba un cuerno de carnero horadado en su extremidad cónica, por donde chupaba el médico y hacía el vacío, cerranao después la abertura con una piel que la circundaba. Aplicando alrededor de aquellas ventosas fomentos calientes, se llenaban de sangre. Copland vió practicar la mismísima operación entre los africanos de la Costa de Oro, con la sola diferencia que, en lugar de cuerno, empleaban una pequeña calabaza.

Los europeos han aprendido de los indígenas el uso del *mechoacan,* del piñón de purga, de la quina, del estramonio y de otros muchos

remedios menores. En general, he visto emplear siempre los amargos para combatir las fiebres intermitentes, los balsámicos contra el catarro, las substancias fétidas contra el histerismo y las convulsiones. Las mujeres chiriguanas curan estos males bebiendo una infusión de pelos quemados de cerdo. Pero estas cerdas deben ser las del lomo del animal. He admirado la extraña coincidencia de que en países tan remotos, se usen las mismas cosas para los mismos males. Nosotros damos el aceite de Dippel, el aceite de succino, y éstos son, en verdad, hermanos legítimos de la infusión chiriguana.

He encontrado comunísimo el histerismo entre las indias abiponas, lo que confundiría bastante a los patólogos europeos que dan tanta importancia a los refinamientos de la civilización en el desarrollo del histerismo. Otra enfermedad muy común entre aquellos indígenas, es un sudor frío, que baña sus cuerpos desde el pubis a los pies, sin ser acompañado de fiebre. La panacea universal de los indios abipones, mocovis, tobas y, en general, de los indígenas del Chaco, es la raíz de guaycurú, que emplean para uso interno y externo. No sé si por emulación del arte o por inercia, jamás quisieron mostrarme la planta que daba este milagroso remedio.

Tendremos datos preciosos sobre la terapéutica de los indígenas americanos, cuando se publiquen los manuscritos que Bonpland legó al Museo de historia natural de París. Sabemos que entre ellos debe encontrarse una copia ilustrada de un tratado de farmacología americana, escrita por el jesuita húngaro Segismundo Asperger, que vivió más de cuarenta años entre los indios, y en el que cada planta estaba dibujada, con nombre español y guaraní, y una historia de sus propiedades medicinales. Una copia de aquel precioso manuscrito fué vista hace pocos años por De Moussy en las manos de un comerciante italiano de Ytaquí; pero éste no quiso cedérsela por ningún precio.

Todos los indígenas que he conocido tienen un verdadero terror a la viruela, que creen, y tal vez con razón, importada por nosotros. Esta enfermedad hace, efectivamente, estragos horribles y justifica sus temores. Algunas tribus fueron destruídas enteramente por esta desdicha. Hoy, cuando en un solo indio se anuncia la viruela, todos lo abandonan en su choza y la tribu huye lejos, centenas de millas de aquel lugar infausto. Otra prueba para demostrar la arcádica simplicidad y los sentimientos generosos del hombre salvaje.

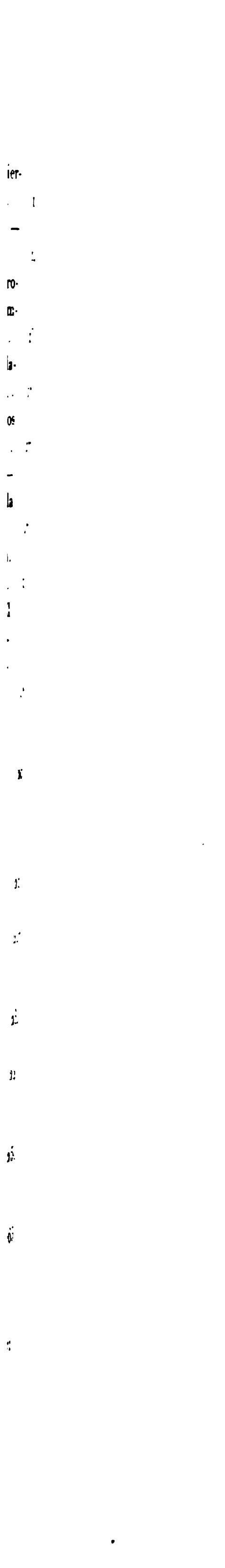
He conocido en América algunos indios que ejercen en su juventud la profesión de médico y boticario ambulante. Todos son de los valles de Yungas en Bolivia, por lo que les llaman yungueños en su país, y

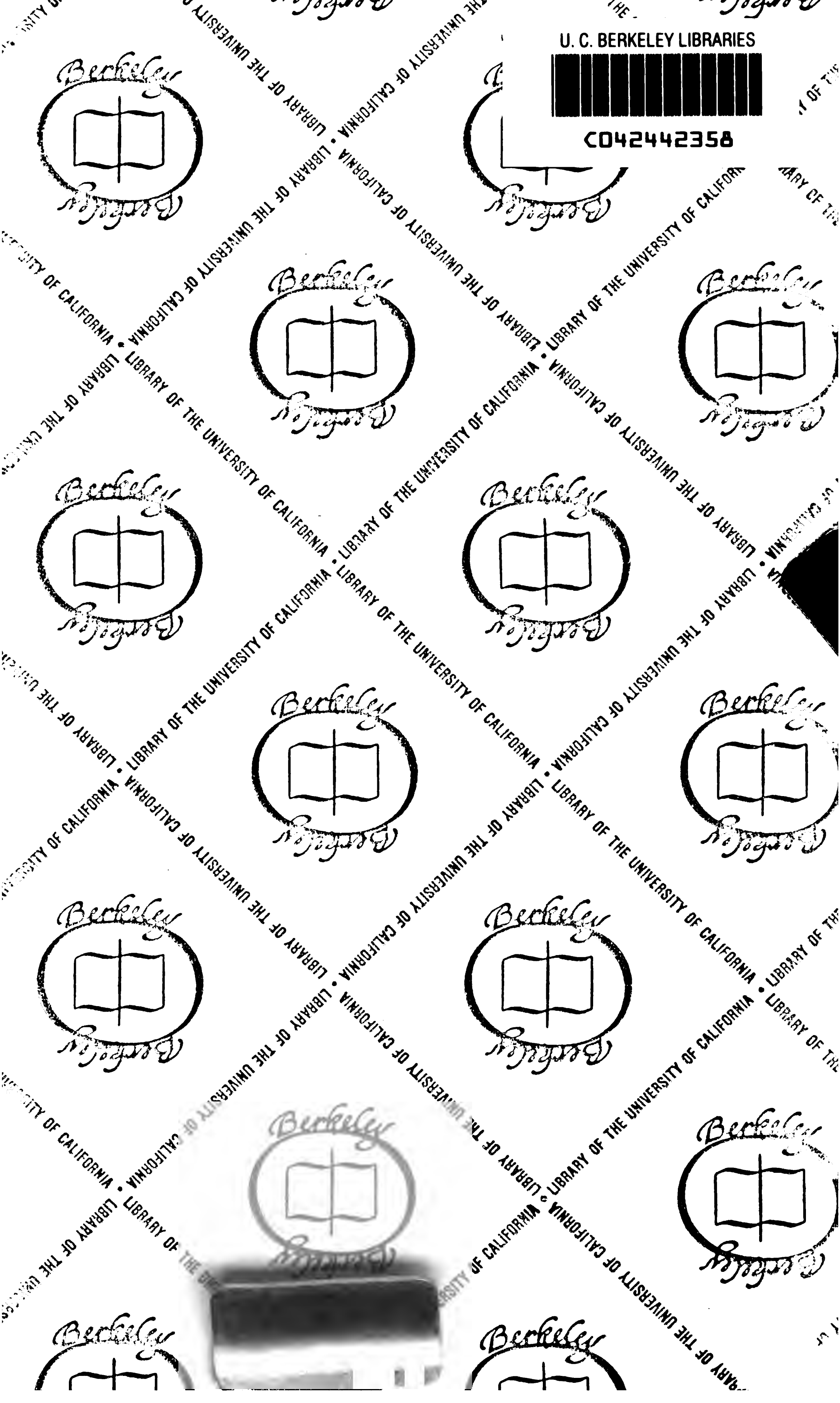
por los argentinos y por los brasileños son llamados coyas, sinónimo de boliviano. En su primer juventud, parten del país nativo en pequeños pelotones, recorriendo siempre a pie las aldeas y las ciudades, y deteniéndose a vender los remedios que conducen en elegantes bolsas de lana. Son muy avaros y por avaricia se han vuelto homeópatas, tanto, que una onza de estoraque es subdividida en infinitas dosis y convertida en sonantes reales y bolivianos. Viven de coca y de hospitalidad, y sin vender casi nada, regresan a su patria después de cinco o seis años de viaje, ricos de dinero, de caballos y de mulas. No hacen diagnosis pero interrogan al enfermo, y tienen para cada mal un remedio. Poseen el astringente para las hemorragias; las semillas del *Miroxilon peruanum* para el dolor de cabeza; el *equincollo*, el estoraque, el bálsamo peruano, las hojas del vinal, para el mal de ojo; despachan también afrodisíacos y abortivos. Algunas veces venden polvos de oro que traen de sus ríos nativos. Estos médicos ambulantes gozan de gran reputación, y en toda América son esperados con impaciencia y se festeja su paso. Los encontré en Entre Ríos en los primeros días de febrero y habían partido de Curva el 10 de agosto. En mi segundo viaje por América, los encontré en Bahía, en el Brasil. Basta arrojar una mirada sobre el mapa del continente de Colón, para admirar la potencia ambulatoria de esos indios. Son, verdaderamente, los primeros caminadores del mundo. Esos viajes entran en el sistema educacional de los yungueños, y cuando retornan a su país, son apreciados de todos como hombres probados por las vicisitudes humanas y buscadísimos por las jóvenes doncellas.

Estos indígenas son de baja estatura, imberbes, de cabellos muy negros, que caen en trenza sobre las espaldas (1). El color de su piel es moreno terroso; tienen nariz aguileña, ojos horizontales, fisonomía muy plácida; manos y pies pequeñísimos y defendidos únicamente por una suela sin empeine. Usan un *poncho* y un calzón de lana de oveja, camisa europea y sombreros muy altos de fieltro blanco. Se defienden y van a la caza con una honda de lana, que manejan con singular destreza. Hablan la lengua *quichua;* son recelosos, muy avaros, muy inclinados a la embriaguez. Medí la circunferencia de su cráneo y encontré una media de 44 centímetros.

(1) Uno de ellos me dijo que esa trenza es la señal de su independencia: significa que, aunque tributarios del gobierno boliviano, están exentos del servicio militar.

ÍNDICE




U. C. BERKELEY LIBRARIES
C042442358
Berkeley
LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF CALIFORNIA